



de cuentos de ciencia ficción y fantasía

**Premio ★ 2000** y publicación en la



Los cuentos que obtengan mención del jurado serán incluidos en un volumen que publicará

Ultramar Editores

1. Las obras deberán ser inéditas. estar escritas en español y tener una extensión no menor de mil palabras y no mayor de quince mil palabras.

2. Deberán estar mecanografiadas a doble espacio en una cara del papel en hojas tamaño oficio, en tres copias firmadas con seudónimo.

 Las tres copias deberán ser presentadas en carpetas separadas, en cuya tapa figurarán el título y el seudónimo empleado. Los mismos datos deberán constar en el angiso de un sobre cerrado y lacrato, dentro del cual el concurso e incluirá sus datos personales nombre y apellido, domicilio, ¿téfono, número de documento dedentidad.

4. Los virticipantes podrán presentar, hás de un trabajo, siempre



5. Los originales deberán ser entregados personalmente o remitidos a nombre de Primer Concurso Internacional El Péndulo/Ultramar, Ediciones de la Urraca, Venezuela 842, 1095 Buenos Aires, Argentina. Sólo se admitirán los trabajos entregados (o enviados por correo: la fecha del matasellos será prueba suficiente) hasta el 31 de agosto inclusive.

6. El jurado se expedirá antes del día 15 de octubre de 1987. Su veredicto será inapelable, y podrá ser resuelto por mayoría en caso de no existir unanimidad

7. La suma estipulada como premio será entregada al ganador durante el mes de nyciembre próximo en fecha que e establecerá en el momento de anunciarse los resultados del Concurso.

8. Los tratajos no premiados y Strespectivos sobres podrán ser retirados o pedidos por carta a Ediciones de la Urraca, Venezuela 842, entre el 1º de noviembre y el 31 de diciembre de 1987. Después no habrá derecho a reclamación.

9. El jurado estará compuesto por Pablo Capanna, Nicolás revista ElePéndulo de convistance sea firmado Steib (por Ultramar Editores) y www.ahirmacod.86uto (por El Péndulo).



#### CUENTOS

Thomas Burnett Swann ¿Dónde está el pájaro de fuego?

Mario Levrero Confusiones cotidianas
Carlos Gardini Historia de Rosicler o Los colores perdidos
Leo Masliah Caso extremo

Luisa Axpe Crónica Kim Stanley Robinson Aire negro

## ARTICULOS

Stanislaw Lem Philip K. Dick: Un visionario entre los charlatanes
Pablo Cananna Prometeo paranoide

ENTREVISTAS

Mario Levrero: Las realidades ocultas

#### SECCIONES

Este número Polvo de estrellas La vuelta al mundo Encuesta Libros

Cine



53

61

87

103

90





homas Burnett Swann nació en Florida, Estados Unidos, en 1928, y murió de cáncer en 1976. Poeta escritor y profesor de literatura en la Florida Atlantic University, deió la carrera académica a principios de la década del '60 para dedicarse por entero a escribir. Publicó el primer cuento, "Winged Victory", en 1958, y la primera novela. Day of the Minotaur, ocho años más tarde. En la introducción a la edición francesa de uno de sus libros, un crítico escribió: "En vez del macrocosmos, prefiere el microcosmos; en vez de un planeta extraño, un bosque solitario: en vez de monstruos, osos de felpa." La mayor parte de su obra consiste en la recreación en clave fantástica de la historia mediterránea antigua: en ella conviven o chocan trágicamente los seres humanos y las criaturas legendarias (faunos, minotauros, dríadas, mandrágoras). Swann, que no se casó nunca, declaró una vez en una entrevista: "Creo que algunas personas no nacieron para casarse. Para ser escritor hay que estar solo durante mucho tiempo. Mi único noviazgo fue un desastre. Ella envidiaba mi escritura. Yo tuve que optar entre escribir y la relación con esa mujer, y me quedé con lo primero. Alguien tenía que irse, y se fue ella." Swann publicó dos libros de cuentos, The Dolphin and the Deep (1968) v Where is the Bird of Fire? (1970), y las siguientes novelas: Day of the Minotaur (1966), The Weirwoods (1967), Moondust (1968), The Forest of Forever (1971), The Goat Without Horns (1971). Green Phoenix (1972). Wolfwinter (1972). How Are the Mighty Fallen (1974), The Not-World (1975), Lady of the Bees (1976). The Gode Abdel (1976). The Minitians of Yam (1976). The Minitians of Yam (1976), traducida al español com no La mansión de las rosas, Will-O-The-Wisp (1976). Ch'Shler Bells (1977). Queens Walk in the Dusk (1977). En "¿Dónde esta el pápiro de luego", el primer relado de Swana que llamó la atención de los lectores y de los críticos, un fauno cuenta en primera persona la historia de la fundación de Roma.

Cristina Siscar entrevista a Mario Levrero, que acaba de publicar dos libros (Fauna Desplazamientos y Espacios libres) y vuelve a estas páginas con una serie de "Confusiones cotidianas": historias de situaciones tal vez absurdas y fantásticas.

Carlos Gardini en la "Historia de Rosicler, o Los colores perdidos" nos cuenta otro episodio de Vendavalia (véase EP 11, 12 y 13), ese mundo de magos, maravillas y monarcas inspirados.

Leo Masilah (Montevicho, 1954) estudió piano, órgano y amonía. Su maestro de composición fue Cortún Matronán. En 1978 participó como compositor y plantisa en conciertos del Núcleo Musica Niueva de Montevicho, y desde notnose es creaco e interprete de música popular, tema que ha enseñado en diversos talleres de Montevicho, Río de Janeiro y Buenos Aires. Su composición tilhada "Llanto" imegro uno de los conciertos del Festival Anual de la Sociedad Internacional de Música Contemporámea realizado en Bruselas. Editó seis discos en Montevicho (Carsiones barás, 1980); Falta un vidrío, 1981; Rectal

2-EL PENDULO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

especial, 1983; Canciones y negocios de otra Indole, 1984; Estraños en It casa, 1985; Leo Masliah en español, 1986) y dos en Buenos Aires (Descontale del próiniro, 1985 y Punc, 1987); en brere aparecerá un tercero: Leo Masliah y Jorge Cumbo en diplete. Estribó y dirigió dos obras de letaro, publicó un dedidáctico sobre música (Un detective privado ante algunos prohemas no del todo ajenos a la llamada música popularly la novela Historia transversida de Foreat Menerhuez (De la Flor, 1985). Este año aparecerá en Duenos Aires su segunda novela, El show de Josa Fim, yen Monteido uma recopición de sus testos ros publicados originalmente en revistas unaguayas y argentinas y leidos por el mismo en sus recilads. "Caso etcriero", el cuertio que presentamos en este número de El Pedudio, retine algunas de las mejores cualidades de la obra literaria y musical de Masliah: soprresa, lumora, Saurdo, inteligencia.

Luisa Axpe es autora de un volumen de cuentos fantásticos (Retoños, 1986) y de una novela todavía inédita. "Crónica" pertenece a un nuevo libro en elaboración.

Kim Stanley Robinson, uno de los mejores escritores de ciencia fisción norteamiericanos de la última década, publicó su primer cuento en 1976, en una de las famosas antiologias Orbitó Damon Knight. En 1981 su cuento Venice Drowned' lhe finalista del premio Netal, y al año siguiente orto de sus relatios. "To Leave a Mark", estuvo a punto de obtener el premio Hugo. "Aire negro" ("inalista en 1984 tanto del Nebula como del Hugo) es una kistoria de locura vinisticismo a botor de un harco de la Armada Invencible. Robinson ha publicado un libro de cuentos, The Planet on the Table (1986) y tres novelas: The Wild Shore (1984), Icehenge (1985) y The Memory of Whiteness (1985). Actualmente vive en Suiza.

Pablo Capanna desmenuza esta vez las especulaciones quizá un tanto exageradas del futurólogo Adrian Berry, autor de Los próximos diez mil años, La máquina superinteligente y El sol de hierro.

Stanislaw Lem (Lwów, Polonia, 1921) two que intermurpir sus estudios de medicina al producirse la ocupación nazi, durante la cual se vio obligado a trabajar como mecinico y solidador de automónies. En 1946 se trasladó con sa familia a Cracivia y dos asos más tarde termino la carrera de medicina. Mientras trabaja ha como ayudante en un instituto de investigación publicó aprimeros trabajos (pomas y ensayos obre mediodogo ación princia). Su primera novela, Los astronaulas, apareció en 1951; su obra, hasta el momento, consta de mos treinta títulos, la mayorda de ellos traducidos a decensa de idiomas. Philip K. Dick Un visionario entre los charlatanes. "es su homenaje a un colega norteaméricano no menos inclasificados de vesconocertation porteaméricano no menos inclasificados de vesconocertame."

Carlos A. Sánchez, autor de la portada de este número, nació en Buenos Aires en 1959. Ilustrador y diseñador publicitario, realizó cubiertas de numerosas revistas y libros. En 1986 el Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasia le otorgó el premio "Más Allá" reservado al mejor ilustrador del año.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



#### OLVO DE STRELLAS

Elvio E. Gandolfo

Cambalaches

anglosaiones

Uno de los métodos de extrañamiento empleados no sólo en la ciencia ficción sino también en la literatura, el teatro o el cine en general es el de distorsionar, invertir o cambiar el orden o el contexto de actividades, personaies u obietos muy comunes, para distanciarlos, hacerlos radicalmente distintos. Dos ejemplos: aquel cuento de Damon Knight donde la bosta de vaca se convertía de pronto en un objeto sofisticado: un film de Buñuel donde el cuarto de baño era empleado para comer en avergonzada privacidad, mientras la mesa familiar socializaba la para nosotros muy intima actividad de librarnos de nuestros desechos orgánicos.

Tal vez no haya objetos culturales más familiares para un argentino que el Martín Fierro de José Hernández y la letra del tango Cambalache, de Enrique Santos Discépolo. Un buen modo de "extrañarlos" para quien

"dedrainoles" para quien los sabe de memoria es leerlos en atro tidona, lo que les birinda un no sé qué de exicito, extravagante a lisa y lanamente ridiculo. Vaamos por ejemplo cómo sueno el formos párrafo sobre la época en que el poisono vivía y su ranchito entra y sus hijos y mujer, en el antiguo idiamo de el antiguo idiamo de sobres y la Thiother:

Twas long ago that with wife and sons, And cattle a goodly batch, I rode my horse among the

Más grave es la que ocurre con Cambalache. Na sólo su cercanía en el tiempo y la sensibilidad urbano hace más indigna su transformación en una letra anglosajona sin ritma, sino que además la versión tue publicada en Grey, revista dedicada o a la publicidad, o al creative advertisina, Ya desde el arranque la versión es discutible:

I know that the world was and always will be a piece (of iunk...

Porque una cosa es la aborcadora, cósmica "porquería" del original y otra muy distinta una miserable piece of junk, que puede limitorse a un coño oxidado o una lata de cerveza vacía. Y cuando la indignada reacción de Discepolin ("Qué falta de respetal/Qué atropello a la razán!/Cualquiera es un señor!/Cualquiera es un ladrán!") se transforma en didrán!" la transforma en didrán!" se transforma en didrán! se transforma en did

There is no more

respectfulness, what an outrage to the limind

Anybody can be a [gentleman! Everybody is a thief!

nos parece oir los chillidos histéricos de una institutriz victoriana, y no el dolor varonil por el absurdo ético que impera en loda gran crisis económica. Para culminar, el "idale nomás!, dale que vall" se ve Inturado por expresiones dignas de los tablones de una cancha de beishol-

Keep on running, man! Keep it up! 'Cause all of us will meet in hell.

En caso de que nos encontremos con él in hell, cosa muy probable, podríamos expresarle con o sin respectíulness al traductor (seguramente un creative advertisel), lo que pensamos de su versión de Cambalache.

### OPINION I Los estados de

## ánimo y yo

A veces me siento talentoso, otras veces habilidoso. De vez en cuando, estúpido y afortunado. En otras ocasiones, brillante pero cansado. Los días peores son aquéllos en que me siento al mismo tiempo cansado y estúpido. No sé realmente cuál es el promedio de todo eso. Algún punto intermedio. supongo. Cómo se relaciona todo esto con el éxito es un profundo problema metafísico que

me alegra dejarle a mis mayores hasta que pueda pasárselo a mis sucesores.

ROGER ZELAZNY

### Ida y vuelta

En la Unión Soviética hay cuatro millones de jóvenes que estudian inglés. En Estados Unidos, en cambio, son apenas 25.000 los que se dedican a estudiar ruso.

#### Dime quién te gusta y te diré quién

puede gustarte Es extraño que la crítica literaria de ciencia ficción sea acientífica por completo". La tajante afirmación pertenece al sociólogo William Sims Bainbridge v al sociólogo v experto en computadoras Murray M. Dalziel. Sorprendidos ante el hecho decidieron, a mediados de la década del '70, realizar una investigación más o menos científica del género v publicaron en 1977 sus conclusiones en un artículo

titulado "Nuevos mapas de la ciencia ficción".

El método elegido fue el de la encuesta. Aunque uno de ellos era va un ávido lector de ciencia ficción, ambos dedicaron dos años a empaparse en el mundo y submundo del género, que es especialmente complejo en Estados Unidos, Asistieron a seis convenciones importantes, se asociaron a clubes, aumentaron su radio de lecturas, realizaran más de cien entrevistas individuales v enviaron un cuestionario preliminar a los socios de la New

England Science Fiction
Association

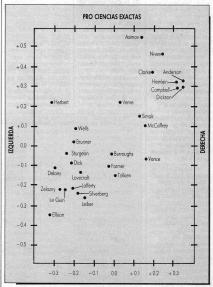
Una vez realizado ese trabajo de campo, estructuraron el cuestionario definitivo, compuesto por 112 preguntas. Las respuestas completas que se

recibieron pertenecían a 130 lectores expertos de ciencia ficción.

ciencia ficción.

Para algunos, el
método seguido por los
dos científicos puede ser
discutible. Las preguntas se
basaban, por ejemplo, en
una lista de 27 autores muy

conocidos. Veinte de ellos estaban incluidos simplemente por haber ganado los premios Hugo entre 1963 y 1972. Verne, Wells y Burroughs (Edgar Rice) se agregaron para aumentar la perspectiva histórica: John W.



La política es la dimensión horizontal, con los "derechistos" a la derecha y los "izquierdistos" a la izquierda. La ciencia ficción "dura" es la dimensión verifical, con los autores más inclinados a ella en la parte superior y los autores más alejados de ella en la parte inferior. EL PRIDUILO S

Campbell por su indudable influencia: Arthur Clarke por su popularidad: Tolkien v Lovecraft para que la lista incluyera el plano de la fantasía. Los 20 ganadores de Hugos eran Asimov, Heinlein, Niven, Anderson, Sturgeon, Zelazny, Leiber, Le Guin, Silverberg, Simak, Vance, Ellison, Herbert, Brunner, Farmer, McCaffrey, Delany, Dickson, Dick, Lafferty. La gran omisión de la lista es flagrante: no figura en ella Ray Bradbury.

El primer dato que surgió de las respuestas fue el grado de popularidad de los autores. No hay demasiadas sorpresas Incluso puede sospecharse una influencia de aspecto físico: la encabeza el robusto, optimista y voluntarioso Isaac Asimov. con un 50 4% de respuestas "me gusta mucho", y la cierra un magro habitanie de Providence, H. P. Lovecraft, con un 19 1%

Una segunda parte del cuestionario trató de captar la influencia del aspecto político sobre la elección del autor. Allí eligieron dos autores prototípicos "a priori" de esas tendencias: Poul Anderson (para los derechistas) y Harlan Ellison (para los izavierdistas). Los "radicales" muestran un curioso equilibrio: el 35% prefiere a Anderson, el 40% a Ellison, Los conservadores, en cambio. son tajantes: un 73% prefiere a Anderson, y sólo un 20% a Ellison.

Otro grupo de respuestas trató de delimitar la pertenencia a determinados tipos de literatura. De acuerdo a los porcentajes, quienes más se adecuan a término "New Wave" laquel movimiento renovador de las herramientas estilísticas de la década del '601 son Ellison, Delany, Silverberg y Dick. Én el otro extremo, los más asiduos practicantes de la "ciencia dura" son Asimov, Niven, Clarke y Anderson. A la cabeza de los practicantes de la "fantasia cientifica", figuran Leiber, McCaffrey, Tolkien y Anderson. Del "horror y lo extraño", Lovecraft, Farmer, Leiber y Wells. Correlaciones establecidas programando las tarjetas

en una computadora que

debía vincular la tendencia

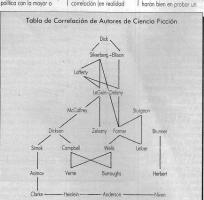
menor cercanía a la 
"ciencia dura", mostró que 
por lo general los más 
"derechistas", eran los más 
inclinados a ese tipo de 
ciencia ficción tecnológica, 
seaún muestro el cuadro.

Como suele ocurrir en las llamadas "ciencias sociales", las conclusiones tienen a la vez un tono general convincente, y un tono particular discutible.

Tal vez el resultado más útil de la investigación fue un "mapa" que traza los níveles de correlación entre los distintos autores, según las lineas trazadas por las distintos áreas de los preguntos. Se vinculó a cada una de ellos con los 26 restantes, lo cual ofreció 702 coehcientes de correlación len realidad

de pares simétricos). La tabla resultante final, que incluimos aquí, puede ser usada, según Bainbridge y Dalziel, como una Guia para Lectores. Basta con fijarse en las líneas rectas, que vinculan a autores con un índice de correlación mayor de 0.30. El tamaño y la dirección de las líneas no significa nada: sólo hav que prestar atención a los autores que unen. Lovecraft, Tolkien v Vance no aparecen porque no estaban relacionados estrechamente con ningún otro autor. Si a usted le gusta Asimov, por ejemplo. es probable que también lleguen a gustarle Clarke y Simak. Los lectores de Dick,

351 debido a la formación



6-EL PENDULO

poco de Silverberg y Ellison. Las líneos de ramificación, pueden ir trazando un mapa de lecturas amplio y diversificado (de Silverberg puede pasorse a Lafferty, Le Guin, Zelazny y Farmer, por ejemplo).

#### Ley de Thurber

Basado en mi análisis, he llegado a lo que llamo la Lev de Thurber, que consiste en que los científicos no saben realmente nada sobre nada. Dudo de todo lo que hayan descubierto alguna vez. No creo en absoluto que la luz tenga una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo (o sea cual fuere la velocidad legendaria). Los científicos sólo creen que la luz va tan rápido, porque le tienen miedo. Siempre he sospechado que la luz sólo arrastra los pies, y ahora estov seguro de ello.

JAMES THILDRED

#### OPINION II El subconsciente

y yo

Dado que hasta ahora mi subconsciente ha sobrevivido a todas mis intenciones conscientes y sigue apareciendo cuando lo necesito, tiendo a confiar en su viabilidad, maleabilidad y soez astucia

animal.

Sin embargo parece operar basado en un principio de inercia. O sea, no es autocrítico y no parece solir a buscar nuevos problemas sólo por el goce de resolverlos.

Aun así, también

narece comportarse en un aceptable estilo Kraft-Ebbing, en el sentido de que una vez que le aplico ciertas restricciones y lo pateo para que actúe baio nuevas realas alcanzamos una especie de relación sadomasoquista. en la que vo tenao el látigo en la mano durante las horas de vigilia. Una vez comprendido esto, cuando las cosas empiezan a encajar correctamente la alearía impera por doquier.

ROGER ZELAZNY

#### No confies en la NASA

En un artículo sobre hipotéticas colonias espaciales, el periodista estadounidense Douglas Colligan citó entre los probables efectos a largo plaza de la vida en ellas el síndrome solipsista", o pérdida del sentido de la realidad. Para dar un eiemplo concreta del mismo agregó: "Es una condición real presenciada con frecuencia sobre la tierra en los ciudadanos de Lund, Suecia, durante sus largas noches invernales laue duran a veces

Ni corto ni perezzoz, Darios Dravins, un ciudadano de Lund, escribio a la revista donde se publicà el articulo para informar que tal vez sus conciudadornes perdieran a veces el sentido de la recalidad, pero no más que en afras zonas del planeta. Invitabo a Colligna a unitrea a la euforia del Testivol de primavera de los estudiantes "entre magnolis en flor", y

dieciocho horas)."

agregaba que Lund era una localidad con cosi mil oños de edad, un clima semejante al de los Estados Unidos del Norte, una antigua catedral y una universidad con casi veinte mil estudiantes. A su criterio la información del periodista debira de provenir de un folleto de la NASA titulado Space Settlements.

En la respuesta a la carta. Colligan reconoce que fue ésa su fuente v. con una mirada más analítica y humorística que en su primera lectura. garega que el folleto, lejos de ofrecer fuentes de referencia confiables, se limita a mencionar Cuando huye el día, un film de Inamar Bergman "que expresa esa sensación muy bien". Colligan sugiere entonces que los astronautas asistan a un festival de Beraman como parte de su preparación para vivir en el espacio.

Para tranquilizar aun más al estudiante sueco. garega que más adelante el mismo folleto, sin limitarse a Suecia, sostiene: "Lo que probablemente hiciera la vida en una comunidad extraterrestre más dura que en Minnesota o California (?) sería el aislamiento en relación con la Tierra, y la pequeñez del medio ambiente. En esos dos aspectos una comunidad extraterrestre se parece más a Hawai que a

Impulsado por la lógica desopilante de la NASA Colligan sugiere que el mejor modo de simular la vida en el espacio es ir a ver Cuando huye el día en

Alaska.

Honolulú, y que por su parte preferiría asistir al testival de primavera de los estudientes en Lund

#### OPINION III Las máquinas de escribir v vo

Ante todo, quiero aclarar que no me gusta sentarme a un escritorio para escribir. Escribo semirrecostado, con los pies elevados y la máquina de escribir sobre

Mi máquina de escribir tavorita para este fin es mi Remington portátil. Si se le descompone algo, mi Smith-Corona Galaxia portátil con estuche separable es mi máquina de requesto.

D'espués tengo una Smith-Corona muy liviana, muy pequeña que llevo conmiga cuando viajo pero que no empleo en ninguna otra oportunidad. Es demasiado liviana para un uso prolongado, y no me gusta del todo el modo apretado en que se ararupan sus teclas.

Mi máquina eléctrica es una Olivetti Underwood Praxis 48, en la que pueda componer... aunque desde luego eso implica sentarse a un escritorio. La reservo para cartas, cuestiones pesados, o cuestiones que exigen velocidad.

"También conservo una vieja Royal vertical por cuestiones sentimentales. Fue mi primera máquina de escribir. Mi padre me la consiguió hace unos verinticular o años, y le costó sus buenos cinco dólares entonces. A

EL PENDULO-7

porque tiene un tipo Elite. La máquina de escribir más satisfactoria que tuve nunca fue uno Searo & Reabuck Towe poráfil, comprada en 1955. Por desgracia se hiza pedazos hace unas años y nunca pude hallar una figual. La Remington actual – que lenga desde hace unos cuarto años—es lo más aproximado a ella que encontré desde enfonces.

ROGER ZFLAZNY

### Conejos orientales

En 1973 Mario Levrero (la ciudad, Paris, El lugar) escribió una secribió una secribió una seciribió una seciribió una seciribió una seciribió una seciribió una conteja, los candos hasados en los candelos, los guardabasques y el lídia ta, titulado Caza de conejos. En 1982 lueron la ciencia ficción calenda ficción calenda ficción fortamenercana, ounque en igor no testian nada que ver con el giárero. A finase el 1986 lueron editidados

por fin en libro. Se trata de alao muy poco común: un ibro-objeto, de tamaño considerable y espléndidamente ilustrado por Pilar González. Levrero exhibe sus ancestros en la investigación del mundo conejil en una serie de citas previas (Cortázar tragándose plumosos ejemplares, José Pedro Díaz inventando liebres para poder ser cazador. Carroll acorralando al Snark con acciones de ferrocarril v jabón, Melville afirmando tozudamente que la ballena es un pez). mientras Mario Delgado deduce en una "Carta abierto a los cazadores" inicial que "todo es posible.

R-FL PENDLILO

siempre que no falten los

Los interesados en tener el libro pueden encargarlo a cualquiera que viaje a la vecina arilla. Está en librerias de Montevideo o en el propio sello editor: Ediciones de lo Plaza, Zelmar Michelini 1329, local 19.

#### LIBROS ENTERRADOS

#### Me Ilamo Vladimir Sloifoiski

Hay autores de ciencia ficción que producen una primera obra notable v luego se limitan a desaparecer o a crear obras menores, olvidables. Es lo que ocurrió con Gerald A. Alper, que en 1970 escribió Me llamo Vladimir Slofoiski, A partir de entonces su nombre desapareció de las estanterías o las revistas del género. Por desgracia. Porque en aquella primera novela desplegaba un poder inventivo y una energia narrativa dignas de

La materia temática no es nueva: una conspiración de sociedades secretas dominan la trama de la realidad, y crean realidades históricas paralelas: una Nueva York que de hecho está emplazada en plena Rusia, una Roma donde abundan os hombres-rana monstruosos, etc. La forma tampoco deia de tener antecedentes: el sadismo y la violencia de un William Burroughs, la parafernalia paranoica de Dick o el primer Vonnegut. En cuanto al cimiento de la estructura narrativa es la iconografía y la filosofía (o seudofilosofía) de los años '60, mezcla rara de zen y James Bond.

Una primera virtud de Alper es el goca que exhibe en la creación de personajes grotescos, que orillan el delimin en sus componentes y la velocidad e impacto de un dibujo animado de Tex Avery en la representación. Así pinto, por ejemplo, al villano Rolo Bumaleaven: "El hombre era un repulsivo gianne de unos ciento giarde de unos ciento de un serio de un repulsivo giarde de unos ciento de unos ciento de un repulsivo giarde de unos ciento de unos cientos de un repulsivo giarde de un repulsivo gi

cuarenta kilos. Estaba en el cuarto secreto a prueba de ruidos de la mansión. Lloraba, Tenia el pelo blanco, una cara infantil y los labios fruncidos. Alrededor de su estómago de piedra había una llanta de tractor mecanizada inflable al instante. La usaba a la vista como un monstruoso cinturón. Con ella, y con ese estómago inhumano de cincuenta kilos, podía atraer a una persona y proyectarla con un ¡Yo-jo-jo! v un iboina! cinco o seis metros contra una pared y estrellarle el cerebro "

Alper se muestra diestro también en el maneio fluido de teorías psicológicas o sociales que agregan ingredientes agudos a la salsa historietística v paranoide de su novela. Un ejemplo de su malabarismo teórico: "Básicamente, la historia se separa en tres grandes factores de poder: el clero, la aristocracia y la burquesia. De un modo general, estas tres fuerzas son paralelas a las tres dimensiones de la mente



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.a

superyó. La aristocracia es el yo. La burguesía, la satisfacción del instinto animal, es el ello, el sexo."

La dilation, as a cerul, as seculos seculos de la volumera es uno de los "filiporos raros" de quelle aditinol rara que fue Andrómeda, sello que contó con un buen fondo, pero que debido a los voutores de la exportación imperiontes en aquellos años en el mundo editiorál argentino, solia despochar litrajes enteros a Verarouz o trimbuctú, dejando pocos ejemplares para circular en el merardo Larota.

Es probable que en sus archivos secretos descanse la clave de un pasaie humorístico atribuible a la traducción al castellano. En la página 47 se lee: "Miró a sus veintinueve compañeros. Mercachifles. carniceros, estibadores, analfabetos. Uno de ellos, Carlos Gardini, se ganaba increíblemente la vida tocando el violín en los patios de las casas de departamentos del Bronx ' La traducción está firmada por A. Laurent v R. Queen. evidentes seudonimos El nombre de Gardini (benemérito traductor, a su vez, de El Péndulol rechina dentro del sistema de nombres de la novela. ¿Qué ocurrió entonces? Carlos Gardini traduio este libro y se burló de sí mismo? ¿O tocó alguna vez el violín en el Bronx v fue amigo de Alper? ¿En caso contrario, quiénes eran realmente A. Laurent v. R. Queen? 5Mercenarios a sueldo de Rolo Bumaleaven?

FUENTES: Grey, Harper's; Analog Yearbook; "An Outline of Scientists", de James Thurber; Science Fiction Review; Omni



#### LA VUELTA AL MUNDO

## Menos que

El número de mayo del '86 de la revista Discover incluve un artículo muy interesante de Stephen Jay Gould. Gould es profesor de biología, geología e historia de la ciencia en Harvard v colaborádor bastante regular -aparte de revistas como Discoverdel New York Time Review of Books, donde se dedica al tema del origen del hombre -el origen geográfico más bien- v cierta remanente polémica sobre si nuestros más antiquos antepasados son africanos o asiáticos, "Asia es la madre de los continentes", fueron las palabras iniciales de Osborn (1926) en el prólogo a On the Trail of Ancient Man, de Andrews. decano de los paleontólogos

norteamericanos.
Pues bien. Puntualiza
Gould la poca evidencia
fósil que sostiene esta
teoría, y acumula pruebas

-muchas obtenidas par él mismo- que apuntalan nuestro origen africano. No deja de señalar cierto racismo subliminal que tiende a rechazar esta última hinátesis ilustrándolo con una anécdota propia "Mi amigo y colega Biran Kurtén escribió una hermosa novela. La danza del tiare, sobre el contacto entre el hombre de Neanderthal v el hombre de Cro-Magnon en Europa. hace unos freinta y cinco mil años. Allí describía a los primitivos' e indígenas Neanderthal como de niel

mil años. Allí describía a los 'primitivos' e indígenas Neanderthal como de piel blanca, y a los invasores Cro-Magnon como de piel oscura. Lo cual me chocó, porque muy inconscientemente, siempre habío pensado en hombres de Neanderthal negros y de Cro-Mognon blancos.

Naturalmente, la conietura de Kurtén es mucho más razonable, dado que los Neanderthal, adaptados al clima más frío de Furona eran probablemente de piel más clara que los Cro-Magnon, provenientes de climas más cálidos. Tuve que preguntarme entonces por qué había apartado -sin pensarlo mucho- esta hipótesis. Y la respuesta no sólo puede ser cierto racismo residual: tuve que reconocer que había identificado 'primitivo' con piel oscura v 'adelantado' con piel blanca.

Éste asunto del racismo implicito en la hipótesis del origen asiárico es sólo una observación y no un argumento o una prueba; Gould aporta los elementos que la paleontología ofrece para defender la feoria africana, entre ellos la

a dbundancia de Ifasiles de hominidos muy itempranos en Africa, y la quisencia de fosiles en cualquier otra lugar. El primer miembro de nuestro genus, el homo Abulis, apraceis en Africa, y all dia origen la por la menso las fásiles así la catestiguan y al homo executos. Sola entrones, y tal de vez hoce un millón de años, la humanos emigraron desde Africa hocia Europa y Asia."

La polémica es interesante, porque muestra -argumentos y contraargumentos mediante- la manera un tanto tortuosa en que la ciencia avanza y se desarrolla. Y, además, de qué forma las investigaciones destinadas a fundamentar una hipótesis (como en este caso la de origen africano) nueden conducir a resultados laterales de primera importancia.

Cuando Darwin, en

1871, habló del origen del

hombre en África. la hiza

sobre la base de la identidad humana con especies indudablemente africanas, como los chimpancés y los gorilas. Un criterio bastante razonable, antes del desarrollo de la genética, y que dio lugar a un árbol evolutivo según el cual los humanos y los arandes monos habían divergido en algún momento a partir de un antepasado común. Luego, la rama no humana se habría dividido en gorilas y chimpancés. Pero recientemente, Charles Sibley y Jon Ahlquist, de Yale, desarrollaron un método que permite comparar la estructura

completa del ADN de las especies para determinar más finamente parentescos genéticos. Es una metodologia muy nueva, aue no ha conducido todavia a resultados muy concluyentes, pero algunos de ellos podrían alterar el árbol genealógico tradicional. Según parece, las distancias aenéticas entre nosotros y los chimpancés son mucho menores que las que existen entre los chimpancés y los gorilas; lo cual impondría la conclusión de que los aorilas se apartaron del årbol evolutivo mucho antes, dejando un antepasado común para los humanos y los chimpancés.

El desafío que los resultados de Sibley y Ahlquist significan para el árbol evolutivo convencional, tiene aplicaciones en la polémica sobre la velocidad y el ritmo de la evolución. Si nuestros primos más cercanos son los chimpancés, y los gorilas se separaron del tronco evolutivo mucho antes, la transición hacia la posición erecta debió producirse en una fecha mucho más reciente que la tradicional -esto es, cuando chimpancés y humanos se separaron, v no cuando se separaron los humanos del antepasado común de gorilas y chimpancés. Ahora bien: la transición a la posición erecta -señala Gould- es la modificación más importante sufrida en la evolución de la especie humana -mucho más que el desarrollo del cerebro-. por sus consecuencias

anatómicas. Si el árbol evolutivo tradicional es verdadero -esto es, si los humanos se separaron primero del tronco común de chimpancés y gorilas-, la divergencia ocurrió entre cinco y ocho millones de años atrás. Si el nuevo árbol evolutivo propuesto es el correcto, y los gorilas se apartaron antes del tronco común, el margen para la transición a la posición vertical aueda muy comprimido, debiendo haberse realizado hace más o menos un millón de años, lo cual apoyaría la postura de auienes consideran aue la evolución de las especies se produce mediante súbitos y grandes cambios seguidos por largos períodos de inmovilidad. os que, como Gould. siquen esta teoría puntualista han llegado a pensar que implica un

se inquietan por la avalancha de testimonios aportados por los puntuacionistas. Melvin Konner, en un artículo en The Sciences, (junio 1986), señala que el puntualismo no es exactamente una novedad. Aunque naturalmente aggiornado, se emparenta con el catastrofismo de Cuvier. Precisamente con esta catastrófico-creacionista rompe Darwin al enunciar sus leyes sobre la selección natural y la acumulación de pequeñas modificaciones que, al permitir la predominancia de los rasgos más adaptativos sobre los menos, conduce

cambio radical en la

Los neo-darwinistas no

biología.

a la transformación y cambio de las especies. La aparición de la genética, en nuestro siglo,

produjo obligados cambios, y la reformulación del modelo darwiniano: pequeñas mutaciones en los genes producen, en las poblaciones, material evolutivo diferenciado, del cual se selecciona naturalmente aquél que presenta mejores rasgos adaptativos. Estos modelos discretos y graduales de la evolución constituyeron el cuerpo del neo-darwinismo, establecido hacia la década del cuarenta. Pero hace unos veinte años, las teorias catastrofistas -o mejor, puntualistas-, para evitar cualquier connotación de tipo creación o intervención divina"- cobraron un nuevo auge. Por una parte, ciertos reaistros fósiles mostraban una notable estabilidad de las especies a lo largo de períodos muy prolongados. Por otra parte, los descubrimientos de la biología molecular indicaban que el registro genético es redundante. minimizando así la posible incidencia de las pequeñas mutaciones de un gen en particular -no tendría mayores efectos, habiendo varias copias "en buen estado"- al mismo tiempo que ciertas mutaciones "menores" en algunos genes podían tener consecuencias diferenciadoras muy

grandes. De hecho,

muy pequeña de su

material genético. Y

finalmente, ciertos datos

algunas especies como los

hombres v los chimpancés.

difieren en una proporción

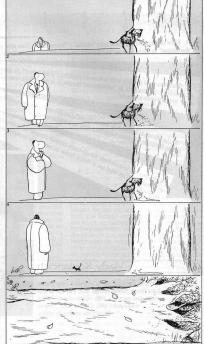
astronómicos parecieron confirmar la producción de catástrofes en la Tierra com la que provaco la extinación de los dinossunios hace unos 65 millones de años. Se ha sugerido que dichas catástrofes ocurren con cierta regularidad, y que podrian deberse a tenómenos muy lentos y de larga escala, como la oscillación del Sol alrededor del plano galóxicio.

Los neo-darwinianos no se deian conmover por estas argumentaciones, v señalan que los períodos de cambio súbito de los puntualistas son lo suficientemente extensos como para permitir la evolución gradual, y que la teoria neo-darwiniana no niego en absoluto la existencia de largos períodos en que la evolución se inmoviliza: una especie bien puede llegar a un estado de intercambio ideal con su medio ambiente, no necesitando emprender cambios adaptativos. Y en cuanto a la regularidad de las catástrofes, indican que el movimiento periódico del Sol en el plano galáctico no tiene consecuencias biológicas sustentadas cientificamente, y que ningung estrella oscura compañera del Sol -otra hipótesis esarimida- ha anarecido

Es una polémica por ahora obierta, y que no se reduce a una mera cuestión académica. La cuestión académica . La cuestión gradualismo versus puntualismo tiene vastas consecuencias éticas y filiosóficas. En efecto, no olvidemos que nosotros también somos una especie, y por lo tanto

estamos sujetos a las leves de la evolución. Si ésta se produce a saltos, el próximo paso evolutivo del nombre será repentino e intpredecible; no debemos preocuparnos por el futuro de nuestra especie, va que somos ajenos al curso que tomará, v las hipótesis sobre lo que ocurrirá quedan a cargo de la ciencia-ficción: podemos fantasear futuras evoluciones a la manera de Sturgeon. Pero si la evolución es aradual. somos de manera efectiva el material sobre el cual está operando, día a día y sialo a sialo, la evolución, v la variedad de características que ofrece la especie humana son material evolutivo: algunas de ellas seguirán profundizándose y otras están destinadas a la extinción, Y si esto es así apor qué no intervenir en el proceso? La ingeniería genética dentro de muy poco -si no ya- puede llegar a proveer los medios para hacerlo. Sin hablar. naturalmente, de las teorías del darwinismo social, o los experimentos eugenéticos que llevaron a cabo los nazis para mejorar la raza v dirigir la evolución para producir la especie del "ario perfecto"

Estas observaciones no son nada simpáticas, por cierto, pero, como señalo Konner, los atrocidades cometidas por las nazis no demuestran que la teoria gradualista deba ser abandonada. Tampoco son ésos los argumentos de gente como Gould, hasta que la evidencia científica zanje la discusión. Los puntualistas, por su parte,



no carecen de argumentos -un ejemplo es el que ocupa la primera parte de esta nota-, y la polémica sigue abierta. Una polémica nada ociosa, y en

la que están involucrados problemas que, previsiblemente, costará mucho resolver. Especialmente porque no

pertenecen -o no

pertenecen del todo- al terreno de la ciencia, sino al de la filosofía.

LEONARDO MOLEDO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

 Existe una rivalidad tradicional entre "ciencias" y "humanidades". ¿Cree usted que la oposición entre esas "dos culturas" es inevitable, o que las diferencias son artificiales y existen modos de zanjarlas?

2. ¿Encuentra usted paralelos entre la tarea del científico y la del escritor? ¿Se puede hablar de "creatividad" del científico y, por otra parte, de "investigación" literaria de la realidad? En otras palabras, ¿la imaginación se

opone necesariamente a la razón?

3. Le interess la literatura de ciencia ficción? Que diferencias encuentra usted entre la literatura de 4. La ciercia y la teconología han producido combios abruyos en ametro modo de vida y nuestra percepción de la ciercia y la teconología han producido combios abruyos en ametro modo de vida y nuestra percepción de la ciercia ficción ha contribuido en alterna medida a mediatizar o contremida de la ciercia ficción ha contribuido en alterna medida a mediatizar o contremida de la rendituda. 4. La ciercia y la teconología han producido esquitos abruptos en auestro modo de vida y muestra percepción de la recipidad y la teconología han producido esquitos abruptos en alguna medida a mediatizar o comprender de la recipidad. ¿Cree usede que la ciencia ficción ha coutribuido en alguna medida a mediatizar o comprender percepción de coutribuido en alguna medida a mediatizar o comprender percepción de coutribuido en alguna medida a mediatizar o comprender percepción de la recipidad. i.i.é mieresa ia interatura de ciencia incoini: ¿que durernoias ensue ciencia ficción, la literatura fantástica y otros modalidades narrativas?

esos cambios?



### Vlady Kociancich

Escritora argentina, nacida en Buenos Aires, Autora de un libro de cuentos (Coraje, 1970) y de tres novelas (La octava maravilla, 1982; Ultimos días de William Shakespeare. 1984; Abisinia, 1985). Tiene en preparación un libro de relatos.

1. ¿Realmente existe todavía una rivalidad entre ciencias y humanidades? No estoy demasiado segura. Más bien sospecho, en la aparente oposición, una desganada memoria de enfrentamientos que corresponden al pasado. Me refiero a siglos de lucha entre ciencia y religión. con dos bandos que se disputaron al hombre FL PENDLILO-12

como las dos madres del juicio salomónico. La división salvaje de un solo mundo no puede complacer a mentes lúcidas. La fórmula mitad-paramí-mitad-para-ti, aplicada a un organismo tan misterioso y aún tan vastamente inexplorado, es igual a cero. Me pregunto si la persistencia de alguna rivalidad no se debe (como en oscuros

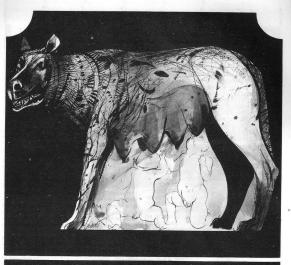
tiempos) a la soberbia de ciertos sectores de las ihumanidades" que, por una parte, aspiran a que se los reconozca como ciencias y, por otra, niegan a las ciencias el valor del conccimiento exacto. El psicoanalisis, el estructuralismo, la sociología abundan en persos del hortelano, que ni comen il dejan comer. En el largo trayecto que eccorre la ciencia encuentro mayor dignidad: una timeza unida a la modestia, una aceptación cimiento. Tal vez la rivalidad quo se nnen opor a en la pregunta sea obra de quienes creen defender "la humanidad" de esta especie entre especies a fuerza de puro dogmatismo. El dogma es un refleio mecànico del miedo.

- Con mis amigos científicos me hallo más a gusto que con mis colegas. Esto no es un capricho. Los científicos hablan de sus dificultades y de sus descubrimientos, de su trabajo y de su mundo, como yo hablo de los míos: con pasión y algo de azoramiento. Científicos y escritores se ocupan de la realidad y, según su método, del pedazo que les ha tocado en suerte. Una conversación entre escritores suele centrarse en publicaciones, editores, libreros; una conversación con científicos lleva, inevitablemente, maravillosamente, al tema del hombre, se convierte en discusión metafísica o ética. Escritores de raza y científicos de raza no pueden prescindir de la investigación, aunque difieran los métodos, ni de la imaginación que la expande y transforma. El razonamiento sin imaginación es un contrasentido. Por supuesto, existe. Hay tantos burócratas en la ciencia como los hay en la literatura.
- La literatura de ciencia ficción fue la gran pasión de mi infancia. Con mi padre (que sólo lee ciencia ficción, lealtad al género que ha hecho de su biblioteca una de las más curiosas de Buenos Aires) esperábamos la salida de Más Allá como al Mesías de nuestra pedestre existencia. Qué enamorada estaría de aquella revista donde descubrí a Bradbury v me aterrorizaron los trífidos que, por primera y única vez en mi vida, mandé una carta -de elogios, claro- a la sección correo de lectores. La firmé con seudónimo y hoy lo lamento; me gustaría ver mi nombre en los vieios ejemplares de Más Allá. Con el tiempo, este amor se desgastó, sin perder su interés. La literatura de ciencia ficción está expuesta a los mismos peligros que los géneros. Es cierto que hay lectores puros de ciencia ficción, como mi padre, y lectores puros de novela o de

ensayo. Yo sov lectora de libros. Dependo, quizá en exceso, de la calidad de la obra, de la calidad del autor. La literatura de ciencia ficción, la fantástica, la de terror, el realismo mágico, tienen un talón de Aquiles: sus reglas del juego. El futuro. lo improbable, lo aterrador, lo mítico deben figurar necesariamente en el texto de cada una. Son barajas muy gastadas. Sólo la audacia y el ingenio del jugador impiden que la partida, a fuerza de previsible, resulte tediosa. De estas variaciones imaginativas, me inclino por la literatura fantástica, no porque la considere superior a otras modalidades, sino porque tiene más elasticidad. porque permite una inclusión de recursos que, en principio, le serían ajenos. Muchas veces descubro que los relatos de ciencia ficción que me gustan son aquéllos que se codean amigablemente con los relatos de literatura fantástica.

4. Sí. Ha contribuido tanto que casi ha logrado autodestruirse como literatura sobre el futuro imaginario. En un artículo citado en El Péndulo, leo que Ballard apunta la poca repercusión social y psicológica que tuvo el hecho real del primer hombre en la Luna, y lo atribuye a insensibilidad de esa década. A mi parecer, los cambios que Ballard esperaba y no se produjeron entonces, va habían ocurrido. La imagen de un hombre realmente caminando en la Luna no podía producir una conmoción después de más de veinte años de imágenes de hombres caminando en otros planetas que proyectaba la literatura de ciencia ficción en sus tiempos de auge. Las naves espaciales habían entrado ya en la realidad cotidiana a través de la letra impresa; hoy lo hacen a través del cine. Es curioso: ciencia v ciencia ficción se encuentran en una situación paradójica. Los avances de la primera tienen mucho de onírico, de irreal, aunque la segunda la haya vuelto perfectamente comprensible, es decir, fácilmente aceptable por la mente humana. La ciencia ficción, reducido el impacto de sus invenciones por la celeridad con que la ciencia las convierte en hechos, se refugia en el pasado. Mitos, leyendas, sectas, magias, feéricas monarquías, ocupan el lugar antes protagónico de las máquinas maravillosas y de los astronautas racionales. La ciencia ficción tradicional se adelantaba a la ciencia. La de hoy, aunque sique cumpliendo su papel de relaciones públicas entre el hombre común y la ciencia, ya no está apostada en el presente señalando el futuro, sino en el futuro, señalando nostálgicamente los caminos del pasado, que se borran con vertiginosa rapidez.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

## Thomas Burnett Swann

# ¿DONDE ESTA EL PAJARO DE FUEGO?

ILUSTRO LUIS SCAFATI

[

Soy muy viejo según el modo de contar de mi pueblo, los faunos: diez años cumplidos. Apenas un niño, dirian los hombres, pero nosotros somos la raza de los cascos hendidos y puntiagudos, de las orejas velludas, descendientes del gran dios Fauno que cortetaba con Saturno en la Edad de Oro. Como las cabras, nuestras primas, consideramos que diez años es toda una vida.

Y en mis años he visto el nacimiento de Roma, una ciudad en el Palatino que según Rómulo cruzará el anaranjado Tiber y se extenderá hacía el oeste hasta el Mar Tirreno, hacía el sur a través de la nueva colonia griega de Cumas hasta la punta de Italia, y hacía el norte a través de Etruria hasta la tierra de los galos. Rómulo el Lobo dice estas cosas, y le creo, porque nunca se ha equivocado salvo una vez. Ahora, sin embargo, no desco hablar de Rómulo sino de su hermano gemelo, Remo, que también fueparte del comienzo. Remo, el pájaro de lutego. Con una pluma de caña, escribiré su historia en papiro y la confiaré a las arca que, en la frescura de la tierra, resisten y preservan.

Mi pueblo ha vagabundeado por las colinas y bosques de Italia central desde el reinado de Saturno: los Apeninos de rocas azules donde nace el Tiber, y los bosques de hayas y robles donde las driades se peinan la cabellera verde en las ramas moteadas por el sol. Cuando los invasores llegaron desde el Africa y desde los altos Alpes del norte, Saturno se retiró a una tierra adonde los faunos no pudieron seguirlo. Abandonados, permanecieron en Italia, junto con las driades en sus casas de hojas. La vida de un fauno siempre ha sido corta y simple. No usamos ropas que entorpezcan nuestros movimientos excepto, en los meses de invierno que no tienen nombre, un abrigo de piel de lobo. Nuestra única arma es una honda simple con un cordel de cânamo, No tenemos hembras propias y debemos propagarnos seduciendo a doncellas de las ciudades amuralladas. A mí me trajo al unudo una muchacha de Alba Longa que había ido a buscar agua al río Númico, frente a su ciudade.

Como la ciudad estaba dominada por el rey Amulio, un tirano que años atrás había robado el trono a su gentil hermano Númitor y lo había encarcelado en el palacio, ella accedió a quedarse un tiempo con mi padre en el bosque. Pero cuando me dio a luz y vio mis cascos hendidos y mis orejas puntiagudas, exclamó: "¡Antes amamantaría a una cabra!", y regresó a su ciudad y a su rey tiránico. Fui criado por un grupo de faunos que había construido un pequeño campamento en el bosque, con ramas sostenidas por estacas para protegerlos de las lluvias de Júpiter, y una empalizada baja para resguardarlos de lobos merodeadores o pastores hostiles.

Era de noche y habíamos encendido una fogata, no sólo para cocinar sino para confortamos en la soledad de los negros bosques. Fuerzas malignas habían venido con la huida de Saturno, lémures o fantasmas y estrigas chupadoras de sangre. Mi padre, apretando nueve habíchuelas negras en la boca, recorrió el campamento y las escupió una por una, murmurando cada vez: "Con esto compro mi rescate y el de los míos." Los esto compro mi rescate y el de los míos. "Los esto compro mi rescate y el de los míos." con esto acompro mi rescate y el de los míos. "Los enseñado esa costumbre, lo seguirían, co-enseñado esa costumbre, lo seguirían, co-enseñado esa habíchuelas y se apaciguarían.

Hecho esto, se lavó las manos en un cuenco de arcilla con agua, entrechocó dos cacerolas de cobre dejadas por mi madre, y dijo: "Buenas gentes, en marcha." Alos seis meses de edad—unos cinco años para un humano- quedé muy impresionado por el ritual de mi padre. El nunca me había demostrado el menor afecto, pero nadie más lo había hecho, y juzgué que el papel de un fauno consistía en ser valiente y sagaz, no afectuoso.

Mi padre lucía muy gallardo al enfrentar a los fantasmas, y muy sabio, pues aunque los encaraba con valentía, hablaba con discreción. Los otros faunos, ocho en total, criaturas nudosas, pardas y velludas que lucían tan viejas como los robles del bosque, estaban acuclillados sobre sus cascos y observaban con admiración y también con impaciencia, pues aún no habían disfrutado de su cena de liebres asadas y bayas de mirto.

Pero mi padre apenas había dicho "Buenas gentes" cuando un tronco de árbol atravesó la delgada cerca y unas figuras atravesaron la abertura y saltaron entre nosotros con cayados de madera. Lémures, pensé al principio, pero los cayados y los taparrabos de piel de cabra los identificaban como pastores. Oi los nombres "Rómulo" y "Upbo" aplicados al mismo hombre y supuse que el car el jefe, el más musculoso y el más joven.

Ante todo apagaron nuestra fogatá. Busqué refugio en un matorral y observé, los ojos abiertos de terror y las orejas trémulas. A la luz de los rescoldos humeantes, vi a mi padre derribado por Rómulo mismo. Me levanté y corrí a su lado, pero los musculosos brazos de Rómulo me alzaron en el aire. Me levantó sobre su cabeza, abrió la boca y solto él agudo gemido de una loba cazadora. Con el campamento arrasado y los faunos caídos o tambaleantes, él saltó la cerca rota conmigo en brazos, y los pastores lo siguieron con cilebres asadas en los brazos.

Pateé a mi captor con el casco, pero él me apretó con tanta fuerza que me faltó el aliento, y pensé que era mejor quedarme quieto.

Corrimos por los bosques, entre robles más viejos que Saturno y cipreses plumosos como doncellas etruscas bailando al son de flautas silenciosas. Al fin el terreno se volvió pantanoso y las sandalias de Rómulo chapalearon en la hierba mojada. Había oído a mi padre habíar de esta región palúdica cerca del Tiber, y contuve el aliento para evitar los vapores venenosos. Al final me debilité y respiré entrecortadamente, esperando que el aire me quemara los pulmones. Durante el viaje Rómulo nunca pareció agitarse, nunca tropezó ni descansó.

Comenzamos a trepar y pronto llegamos a la cima de lo que supuse seria esa colina de pastores, el Palatino. En una ancha meseta, el fuego de los hogares fluctuaba a través de las puertas de chozas circulares. El movimiento de mi captor creaba la impresión de que los fuegos bailaban y oscilaban, y pestanée para asegurarme de que eran reales y no un sueño febril creado por el pantano. En los corrales de piedra, los cerdos grunían y

las vacas mugían con rencor por haber sido despertadas.

Ûna de las chozas, la más grande, parecía pertenecer a Rómulo. Entramos por una puerta baja -aunque Rómulo se agachó, mis orejas rozaron el dintel- y me encontré en una sala sin ventanas, con olor a cabra, con un suelo de tierra endurecido por la fogata central. Rómulo me arrojó contra una pared donde una cabra estaba mordisqueando una pila de paja. Un agujero en el techo dejaba salir el humo, pero sólo en parte, y esperé a que mis ojos dejaran de lagrimear antes de echar una mirada atenta a mi captor.

Vi que los potentes brazos que me habían sostenido pertenecían a alguien que era poco más que un muchacho (en el momento, por cierto, lucia abrumadoramente adulto, pero ain así el más joven de la cabaña). Sin embargo era alto, ancho, de piernas robustas con músculos firmes en el abdomen destados obre el taparrabos. Un fino vello adolescente le oscurecía la barbilla, pero el surce entre las cejas sugería ambiciones que 
excedían sus pocos años. El pelo renegrido, 
alto y desparejos se le ensortijaba en rizos 
alto y desparejos el e ensortijaba en rizos

Se irguió a la luz del fuego y río, y comprendi vagamente, aun entonces, por qué hombres del doble de edad lo seguian y lo llamaban Lobo. Su cara apuesta revelaba la crueldad del lobo, junto con su fuerza sobrnatural. Si yo hubiera sido mayor, tambien podría haber visto la feroz ternura del lobo hacia los que ama; pues este joven, aunque rara vez amaba, podía amar con gran tenacidad. En estas circunstancias, sólo me pacidad.

rebeldes.

recía cruel y poderoso, y me intimidaba. Un pastor de edad, el largo pelo blanco sujeto con una cinta detrás de la cabeza, se levantó del fuego cuando Rómulo entró con sus cinco hombres. Los cinco se echaron a refir y alardearon de su victoria sobre ingente. Pero cuando Rómulo habló, los otros callaron.

-Los faunos estaban ahuyentando espíritus, Fáustulo -le explicó al viejo-. El jefe dijo: "Buenas gentes, en marcha", y allí entramos nosotros. Como ves, he capturado a un niño.

-En un año estará totalmente crecido -dijo Fáustulo, cuyo rostro, aunque arrugado como un ladrillo agrietado en un horno, trasuntaba una dignidad sin edad. Más tarde supe que no era un mero pastor, sino un sabio de Cartago. Tras naufragar cerca de la desembocadura del Tíber, había vagabundeado tierra adentro para buscar refugio entre pastores y desposar a una muchacha Ilamada Larencia. Cuando su rústica prometida titubeó en regresar con él a Cartago, permaneció con esas gentes y aprendió su oficio.

-¿Qué harás con él entonces? Tus juegos nocturnos son pueriles, Rómulo. No te ayudan a conquistar el trono de Alba Longa.

Rómulo frunció el ceño. Todo lo que hago, Fáustulo, me ayuda a conquistar el trono. Esta noche peleamos con faunos. Mañana, con soldados. Mis hombres necesitan práctica.

Su tono ominoso y el recuerdo de lo que le había hecho a mi padre me hicieron temblar. Me hundí en el heno donde la cabra no parecía dispuesta a comer (¡una bestia hedionda, aunque fuera mi prima!) y atisbé entre briznas de paja.

Rómulo vio mi terror. -Preguntas qué haré con nuestro cautivo -le dijo a Fáustulo-, ¡Comerlo, antes que crezca! Carne de cabra al espetón. -Como Páustulo no pareció complacido por la broma (o la seria intención, yon o estaba seguno), Rómulo interpeló a un joven pastor de ojos inexpresivos y chatos como los de un carnero. - Parece que Fáustulo no tiene hambre. ¿Qué dices tú, Céler?

Guiñándole el ojo a Rómulo, Céler me tanteó los brazos y murmuró: –Demasiado flaco, demasiado flaco. Engórdalo primero, ¿eh? –La voz era gangosa y lenta, como si hablara con vino en la boca.

Rómulo pareció reflexionar.—No-dijo al fin— El estará flaco, pero yo tengo hambre. Y quiero hacer un cinturón con sus orejas.—Así diciendo, me levantó del suelo y me acercó al fuego sosteniéndome del rabo. Me quedé callado hasta que senti que las llamas me chamuscaban las orejas. Entonces empecé a balar, y Rómulo y Céler el de ojos de carnero echaron la cabeza hacia atrás en

una carcajada. Una voz habló desde la puerta, baja pero dominante. –Déjalo. Rómulo.

dominante. –Déjalo, Rómulo. Rómulo se volvió v. reconociendo al que

hablaba, me arrojó de vuelta contra la paja. Con un potente brinco llegó a la puerta y abrazó al hermano. -Remo -exclamó-. ¡Pensé que te habían

retenido en Veyes! Remo estrechó al hermano con entusias-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com?.ahi



Archivo Histórico de Revistas Argentinas I www.ahira.com.an

mo, aunque su físico ligero casi se hundía en el masivo abrazo de Rómulo. Al igual que los otros, usaba un taparrabos, pero de lana. no de piel de cabra, y teñido con el verde del pájaro carpintero que habita los bosques del Lacio. Un arco le colgaba del hombro, y una aljaba con flechas al costado, las muescas de bronce empenachadas con plumas que hacían juego con el taparrabos. Cuando le vi el pelo, sujeto con una cinta pero derramándose en un fuego sedoso detrás de la cabeza, contuve el aliento. Pico, el dios pájaro, pensé. ¿Quién tenía pelo amarillo en esta parte de Italia, excepto los dioses y los galos (y las damas etruscas, con la ayuda de sus famosos cosméticos)?

Se liberó del abrazo de Rómulo y se acercó a mi nido de paja. Me aparté de él. Tal vez fuera un dios, pero a fin de cuentas siu herman me había secuestrado y casi cocinado. Pero no tenía por que temerle. Me alzó en brazos como lo habría hecho mi madre si no le hubieran disgustado mis orejas. Me acunó contra su terso pecho de bronce –perfumado con trebol como si hubiera dormido en un prado- y acarició el vello de mis orejas, alisándolo hacia las puntas.

-No temas, pequeño fauno -me dijo-. Mañana te llevaré de vuelta a tu gente.

-¡Llevarlo de vuelta!-protestó Rómulo-. Yo mismo lo capturé.

-Los faunos no son animales —dijo Remo-. No del todo, al menos. Han vivido en este bosque durante siglos, y no tenemos derecho a capturar a sus hijos. -Señaló el cayado ensangrentado de Rómulo.- Ni de luchar contra sus padres.

-A ellos les gusta pelear tanto como a nosotros -rezongó Rómulo-. Los aporreamos un poco, nada más. Si no adiestro a mis pastores, ¿cómo podrán tomar una ciudad? -Sonrió, y los dientes blancos y filosos centellearon a la luz del fuego. - Si no tomamos la ciudad, ¿cómo conseguiremos mujeres? -Céler y los demás, con excepción de Fáustulo, aprobaron bulliciosamente. Más tarde yo averiguaría que estos jóvenes pastores, echados de Alba Longa y de otras ciudades del Lacio por delitos menores, no tenían mujer, y que Rómulo había prometido una casa en la ciudad y una esposa para cada hombre. Rómulo le guiñó el ojo a Céler.- Mi hermano sabe mucho de animales, pero nada de mujeres. Le encontraremos una muchacha cuando tomemos Alba Longa... una

hembra atractiva con senos como granadas maduras.

-Hermano -dijo Remo, curvando los labios en una sonrisa lenta-. ¿Qué sabes tú de granadas? ¿Has practicado jardinería fuera del Palatino?

-¡Yo sé! -exclamó Céler-. ¡Yo sé sobre ellas! Las muchachas que yo recuerdo...

 Y las muchachas que yo imagino –suspiró Remo.

-Recordar, imaginar -dijo Rómulo-. Una cosa es tan mala como la otra. Pero una vez que tomemos la ciudad... Ahora, hermano, cuéntanos sobre tu viaje a Veyes.

Rômulo y los demás se sentaron alrededor del fuego, mientras Remo permanecía de pie. Sin duda había existido un propósito urgente en su visita a Veyes, la ciudad etrusca doce millas al norte. Aun a mi edad yo intuía ese propósito y, acuclillado a sus pies, esperé sus palabras más ávidamente que las de mi padre cuando me contaba historias de dríades y diosas del río. Remo me aclaró más tarde las cosas que no atiné a compren-

der en el momento.

Los hermanos, al parecer, afirmaban que eran hijos del dios de la guerra Marte y una princesa vestal, Rhea, hija del mismo rev Númitor a quien Amulio había depuesto y encarcelado en el palacio. Mientras Remo hablaba, noté que estos gemelos reales en exilio ansiaban, ante todo, tomar el trono de Alba Longa y restaurar a su abuelo o reinar en lugar de él. Remo había ido a Veves para pedir al lucomo o rey que los respaldara. Era temerario para un joven pastor latino, aunque fuera un príncipe depuesto, pedir audiencia con un rey etrusco y solicitarle que guerreara contra una ciudad latina. Pero Rómulo y Remo, a fin de cuentas, eran muy jóvenes.

-Entré en la ciudad dijo Remo- con granjeros que pedían refugio por la noche. El palacio me asombró. Las paredes eran de estuco púrpura, y esfinges de terracota flanqueaban la entrada. Dije a los guardias que deseaba ver al rey, que solo podía hablar con él. Que le comunicaran que Remo, principe exiliado de Alba Longa, solicitaba audiencia.

"-Pelo amarillo -dijo uno de ellos-, nuestro rey es un hombre jovial. Se lo comunicaré. Tu descaro lo hará reír.

"Al cabo de un largo rato, el guardia regresó para decirme que el rey me vería... en la sala de banquetes. En la gran sala, el cielo raso estaba pintado con monstruos alados y extraños y enormes gatos. El rey estaba tendido en un diván con una joven al lado. Ella estaba casi desnuda. Él me invitó a sentarme en un diván cercano y me apoyó el brazo, recargado de ámbar y oro, en el hombro.

"Remo -dijo-, he oido tu historia de labios de pastores que en un tiempo sivieron a Amulio pero ahora me sirven a mí. Me contaron que tu madre, la vestal Rhea, te concibió con el dios Marte y fue sepultada viva por romper su volo de castidad. Que su tio, el rey Amulio, ordenó al pastor Faustulo que os ahogara en el Tiber, pero el pastoro dejó a la deriva en un tronco hueco. Que el tronco llegó a la orilla y una loba os amamató en su caverna y un pajaro carpintero os trafa bayas, hasta que Fáustulo os encontró y os crio como a sus propios hijos.

"Al parecer, la historia es muy famosa en la comarca, aunque Amulio cree que habeis muerto hace tiempo, pues a los tiranos rara vez se les cuenta la verdad. Te saludo como el principe que eres. Pero los de Veyes queremos la paz con Roma nuestra vecina más cercana. Conduce a tus pastores contra Amulio, si debes hacerlo, y ruega a Marte que los habitantes de la ciudad se alcen en armas para ayudarte. Cuando hayas capturado la ciudad, vuelve a mi y firmaremos tratados de amistad. Hasta entonces, seamos amigos pero no aliados.

"Le miré atentamente la cara, la barba corta y puntiaguda, negra como un buitre, las cejas arqueadas, los ojos almendrados, y vi que no cambiaria de parecer. Me despedí y tomé la carretera de basalto que atraviesa la gran puerta con arcada y regresé a voso-

Rómulo se puso de pie, casi rozando mis oreias. - No habrá avuda de Veves entonces. Y solos aún no somos lo bastante fuertes. Treinta pastores a lo sumo, aunque recorramos la región. -Se acarició el vello de la barbilla, como si ansiara la barba tupida, y los años, de un hombre. -Tendremos que esperar por lo menos un año antes de atacar -continuó, con la grave fatiga de quien no está habituado a esperar, de quien a los diecisiete años gozaba de cierto liderazgo y codiciaba un liderazgo mayor-. Reúne más pastores alrededor de nosotros. Envía exploradores a la ciudad e investiga el ánimo de la multitud. -Ni Rómulo ni Remo habían visitado Alba Longa: su sangre real les hacía difícil hacerse pasar por pastores.- ¡Padre

Marte, que no haya que esperar mucho! Caminó hacia el rincón de la choza donde una enguirnaldada lanza de bronce, coloreada de verde por el tiempo, estaba aparecomo una reliquia sagrada. Marte, como todos saben, se manifiesta en lanzas y escudos.—Un día, pronto, gran padre, deja que te diga: "Marte, despierta!"

–Pero aun si tomamos la ciudad –preguntó Remo–, ¿nuestro abuelo nos permitirá gobernar? El trono le corresponde.

-Está muy viejo-dijo Rómulo-. Cuando él se quite de en medio, y lo hará muy pronto, construiremos un templo a Marte y adiestraremos un ejército que aun los etruscos temerán.

 Y ofreceremos refugio a los esclavos, y aun a los pájaros y animales.

-Oh, Remo -protestó el hermano-. ¡Gobernaremos una ciudad, no un zoológico! Por una vez, olvida a tus animales.

-¡Pero la ciudad puede aprender del bosque! ¿Recuerdas cuando curé tu fiebre con bayas, el año pasado? Un oso me las mostró junto al Tiber.

Rómulo meneó la cabeza. –Remo –sonrió—, tendremos problemas pra gobernar juntos. A veces deseo no tener un hermano o no amarlo más que a ningún hombre. Pero capturemos la ciudad... luego planearemos nuestro gobierno. Ahora es tarde. Es casi la hora del cuervo.

Tras despedirse calurosamente de Rómulo y Fáustulo, Remo me tomé en brazos y abandonó la choza. Desde luego yo podía caminar solo, pero callé por no perderme el paseo. Tambaleando un poco bajo mi peso, el bajó por la ladera del Palatino hacia el Tiber, que se curvaba como una serpiente bajo la luz de las estrellas y en ciertos lugares se hinchaba como si digiriera una comida. Cerca del pie de la colina entramos en la boca de una caverna donde una fogata ardía en un túmulo de arcilla. Remo agitó el fuego.

–Odio la oscuridad –dijo–. Está poblada de espíritus tristes. Gentes que murieron como mi madre, sin los ritos apropiados.

Miré somnoliento alrededor, y vi que el suelo de tierra estaba cubierto de cañas y tréboles, que había un jergón de lana limpia y blanca en el rincón, y que había cuencos de arcilla alineados a lo largo de la pared de enfrente. No había nadie en la caverna, pero un gran perro dormía del otro lado del fuego. Cuando entramos, el animal despertó y

abrió los ojos. ¡Vaya perro! Un lobo inmenso, la pelambre gris amarillenta opacada por la edad, se erguía sobre las ancas para enfrentarnos. No supe si gruñía o sonreía. Cuando Remo se agachó para depositarme en el jergón, me negué a soltarle el cuello.

-Calma, pequeño fauno -rio él-. Esta es Luperca, mi madre adoptiva. Fue ella quien nos encontró a Rómulo y a mí a orillas del Tíber y nos trajo a esta caverna. Es muy vieja ahora. A veces recorre el bosque, pero de noche comparte mi caverna y mi cena. -Se arrodilló junto a ella y le acarició las orejas de borde negro. Al evocar la escena. veo su nobleza, el joven de manos delgadas y melena amarilla como el girasol, la loba vieja que lo había amamantado en esa misma caverna. Pero a los seis meses de edad sólo veía un animal pulgoso que monopolizaba la atención de mi amigo.

-Mi nombre es Silvano -dije altaneramente. Eran las primeras palabras que decía desde mi captura.

-No sabía que hablabas -rio él, apartándose de mi rival para venir a tenderse junto

a mí.

-Nadie me lo preguntó -dije, menos altanero ahora que él había respondido a mi llamado. Mientras el fuego se extinguía habló de Alba Longa, comentando que cuando él gobernara la ciudad con Rómulo los faunos serían tan bienvenidos como los hombres.

-Sin duda has visto la ciudad -dijo, v antes que vo pudiera responder que sí, que mi padre me ĥabía llevado una vez a ver las murallas para señalarme el sitio adonde había huido mi madre, continuó-: Es una ciudad muy pequeña, apenas un pueblo en realidad. Pero las casas son blancas y limpias, y el templo de Vesta es puro como la flama de la diosa. Ahora es una ciudad infeliz. Amulio es un gobernante cruel. Él mató a mi madre, Silvano. Rio cuando ella dijo que mi padre era Marte. "Has quebrado tu voto", le dijo, y la sepultó viva en la tierra. Fáustulo la vio antes que ella muriera. Era apenas una niña, desconcertada pero orgullosa. Miró a Amulio con sus grandes ojos negros v dijo: "Marte es mi esposo y cuidará de mis hijos."

Todos le creveron excepto Amulio. Ahora entiendes por qué lo odio. Y tengo otras razones. Confisca a los vinateros un tercio del vino y a los pastores un cuarto de sus oveias. ¿Qué obtienen ellos a cambio? La

protección de los soldados... ¡cuando no les roban el vino y las ovejas! Pero discúlpame. Silvano. Te mantengo despierto con problemas que no son para tu edad. Duerme, pequeño fauno. Mañana te llevaré a casa.

Pero yo ya sabia que no deseaba regresar a mi gente.

Habían pasado doce meses. Creciendo dos pulgadas por mes, yo había alcanzado la altura normal de un fauno, cinco pies. A veces miraba el arroyo que corría cerca de la caverna y admiraba mi reflejo, pues los faunos son vanidosos mientras semejan árboles jóvenes, y hasta que comienzan a volverse nudosos -ay, demasiado pronto- como los robles de Saturno. Mi tez era broncínea como un escudo etrusco. Yo lucía mis orejas con orgullo, agitando su pelambre sedosa por encima de la cabeza. Me peinaba la cola con una rama de castaño y la mantenía libre de cardos y cáscaras. Řemo tenía ahora dieciocho años pero yo pronto lo alcanzaría. Junto con Luperca, yo aún compartía la caverna y a menudo cazábamos juntos, yo con honda, él con arco y flecha. Pero ante su insistencia cazábamos sólo los animales menores, v sólo por necesidad: la liebre y el cerdo salvaje. Los osos, los ciervos y aun los lobos no tenían nada que temer de nosotros. En ocasiones, durante estas cacerías, veía a mi padre v lo llamaba al pasar. La primera vez se detuvo para hablar conmigo. Vi la cicatriz que el cayado de Rómulo le había dejado entre las orejas. Lucía mucho más viejo de lo que yo recordaba, y un poco encorvado.

-¿Estás bien? -preguntó, ignorando a Remo.

-Sí, padre -respondí, casi esperando que me abrazara. Pues me había habituado al afecto de Remo

Pero los lazos familiares entre los faunos no suelen ser muy profundos; vivimos muy poco tiempo. -Bien -dijo él-. Creía que te habían matado. - Y galopó hacia el bosque.

En la Colina Palatina, nuevas chozas se alzaban cerca de la de Rómulo y Fáustulo. Pastores sabinos se habían mudado allí desde una colina cercana, el Quirinal (así llamada por su dios de las lanzas, Quirino), y también ladrones y asesinos del bosque, a quienes Rómulo recibió con agrado en el grupo. Cuando Remo se opuso, Rómulo arguyó que los ladrones podían ayudar más que los pastores a tomar una ciudad. Podían moverse con sigilo y atacar con repentina furia.

Como pastores, por supuesto, los hermanos debían cuidar de un gran rebaño de vacas y ovejas, conduciéndolas de pastura en pastura en lo alto y al pie del Palatino, protegiéndolas de lobos y osos, y sacrificando a las deidades llamadas Pales. Los rebaños que cuidaban pertenecían a un habitante de Alba Longa llamado Tulio, que a menudo enviaba a un inspector de la ciudad para contar o examinar los animales; él era, pues, quien nos informaba acerca de Amulio y su creciente despotismo.

Un día el inspector se quejaba de que el rey había duplicado los impuestos; al si guiente, de que los soldados habían insultado a una vestal o ejecutado a un niño por un millar—todos los hombres en buenas condiciones físicas de la ciudad debían cumplir con ese deber en un momento u otro—y de ningún modo todos ellos estaban satisfechos con Amulio ni maltrataban a los civiles. Pero un grupo de recalcitrantes, recompensados con tierras, ganado o armaduras (aún no había moneda en el Lacio), servian a Amulio con gusto.

Inflamado por las noticias de la ciudad, formulo dejó sus rebaños al cuidado de perros ovejeros y entrenó a sus hombres; les enseño a trepar riscos abruptos como murallas de ciudades y a moverse con la rapidez del lobo. En la colina llamada Aventino, Remo les enseño á fabricar arcos con ramas de nogal y a emplumar las flechas para que fueran mortiferamente precisas.

Un día, cuando Remo descansaba después de cuidar los rebaños y adiestrar a los arqueros, tuvimos una aventura que en el momento no parecía relacionada con la guerra y la conquista, aunque luego demostro ser de gran importancia. Encontré a Remo de pie bajo la higuera, cerca de la boca de la caverna. El la llamaba la Higuera de Rumina, la diosa que protegía a los lactantes, porque entendía que había cuidado de él y de Rómulo mientras la loba los alimentaba.

Encontrándolo preocupado, me acerqué en silencio, le tomé la cintura, y lo hice rodar en la hierba. Mi desventaja en tales

forcejeos era mi cola, pues a él le gustaba aferrarla y tironearla hasta que yo suplicaba piedad. Esta mañana, sin embargo, lo había tomado por sorpresa, y pronto estuue sentado sobre su pecho, triunfante. Ya empezaba a pesar más que él, con mis cascos y mi cuerpo delgado pero nervudo.

-Basta -jadeó-. ¡Deja que me levante! -Me incorporé y nos abrazamos, riendo y

conteniendo el aliento.

-La próxima vez que me des la espalda -juró-, te arrancaré la cola de raíz. -De pronto se puso serio.- Silvano, mis abejas mueren.

Había encontrado las abejas en un tronco mal escondido, las había aturdido con humo, y las había trasladado a un hueco de la higuera, a resguardo de los osos hambriensos y los pastores. Por un tiempo habían parecido prosperar y Remo estaba encantado. Sólo tomaba la miel cuando había de sobra. Pero ahora...

–Mira –dijo, llevándome al árbol cuyas anchas y toscas ramas se elevaban hasta una altura notable–. Las abejas están muy

enfermas

De pie junto a él, mi mano en su hombro, examiné el árbol. Las abejas trasladaban sus muertos en gran número. Dos de ellas, agobiadas por el peso de una tercera, cayeron al suelo a mis pies.

-No creo que podamos ayudarlas -dije-. Pero hay otras colmenas, Remo. No nos fal-

tará miel.

--Pero me gustan éstas, --protestó él, volviéndose hacia mí-. Son mis amigas, Silvano. No me han picado ni una vez, ni siquiera
cuando les quitaba la miel. --Lucia tan turbado, tan joven y vulnerable, que perdí el
habla. Hacia un año que lo conocía, y apenas había cambiado. Aún tenía la cara imberbe, y sus cabellos parecían rayos de sol
trenzados. ¿Ouién podía explicar que este
joven rubio de ojos verdes, tan diferente de
Rómulo, fuera hijo de una morena madre
latitá? Solo Marte sabía la respuesta. Pero
Rhea, la gentil Vestal, parecía estar en su
sangre más que el belicoso Marte.

–Espera –dije–. Los faunos aman la miel y a veces crían abejas. Mi padre sabrá qué

hacer.

Fuimos a buscarlo en el bosque al sur del Aventino. Aunque yo era un fauno desnudo, sólo entorpecido por la honda, apenas podía seguir el paso de Remo, que corría por el bosque como si tuviera alas. En realidad, se

2014 Antenivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

había cosido al taparrabos las mismas plumas de pájaro carpintero que usaba para las flechas.

–Remo, ten piedad –jadeé–. ¡Echarás a volar sobre los árboles!

Remo rio. - Dicen que un pájaro carpintero me alimentó cuando era pequeño.

-Y te dio sus alas.

En el corazón del bosque, los árboles eran altos como colinas y más viejos que Saturno. Lo que habían visto los había dejado cansados —curvados, retorcidos, flojospero aún poderosos. Los robles eran los más viejos, pero las encinas y las hayas de corteza gris mezclaban el sol y las sombras en una venerable bruma de ramas. Búhos de ojos azules ululaban entre las hojas y las urracas, pájaros de buen agüero, parloteaban en cavidades ocultas. La llam a pequeña yverde de un pájaro carpintero ardía contra el fuego del bosque, y Remo lo señaló con excitación. —Uno como ése me alimentó con bavas.

Remo podría haber andado durante días sin encontrar a mi padre, pero los faunos tienen cierto instinto en el bosque y lo conduje directamente a nuestro campamento.

Frente a la cerca, balé como una cabra para anunciar mi parentesco con los que estaban detrás de la empalizada. Alzaron una sección y un fauno nudoso y moteado como la parte inferior de una roca cubrió la entrada. Las orejas le temblaban de suspicacia.

-Soy Silvano -dije-. Dile a Nemo, mi

padre, que deseo verlo.

El fauno se marchó sin decir palabra. Otro ocupó su lugar. Para los ojos humanos -para Remo, según confesó más tarde- nada distinguía a este fauno del primero. Pero reconocí a mi padre por la cicatriz en la cabeza y la longitud de las orejas: eran muy largas, aun en un fauno.

–Silvano –dijo sin emoción–. ¿Me necesitas?

-Sí, padre. Éste es Remo, mi amigo.

-Os he visto juntos.

-Necesitamos tu ayuda. Las abejas de Remo mueren. Esperabamos que tú nos ayudaras a salvarlas. La colmena está bien situada, pero las afecta una enfermedad. Se están llevando a sus muertos.

Nemo reflexionó un momento. -Ah -dijo-. Debes encontrar una dríade.

-¿Una dríade, padre?

–Sí. Ellas hablan con las abejas. Conocen todas las curas.

-Pero las dríades son raras. Nunca he visto una.

-Yo sí -dijo Nemo con orgullo-. El cabello era del color de las hojas del roble, y la piel era como leche... -Se interrumpió, como avergonzado de su propio entusiasmo.-Pero te diré dónde buscar. Dos millas al sur de este campamento, hay un círculo de robles. Algunos dicen que Saturno los plantó. De todos modos, uno está habitado por una dríade. No sé cuál. La vi recogiendo agua de un manantial y la seguí hasta un altar en ruinas entre los robles. Allí se me escapó. Debes ocultarte en los arbustos y observar las abejas por una hora o más. Én el árbol donde se albergan la mayoría de ellas estará tu dríade, tomando el néctar. Pero díme, Silvano, por qué son tan importantes esas abejas? Déjalas morir. Hay otras.

Remo respondió por mí. -Son amigas. Nos gusta oírlas trabajar fuera de nuestra caverna. Ahora están casi en silencio.

—¿Las llamas amigas? Eres uno de los antiguos, ¿verdad, muchacho? Tu cabello es cebada madura, pero tu corazón pudo haber vivido con Saturno. En los vejos tiempos, había amor en el bosque, Así dicen las crónicas de mi gente. Trazos en la piedra, figuras, imágenes de arcilla... siempre había de amor. Faunos, hombres y animales viviendo en armonía. —Se volvió a su hijo—Cuida de el, Silvano. Ayúdalo a encontra su driade. Ayúdalo siempre. El está señalado para sufrir.

Extendí el brazo y toqué a mi padre en el hombro, como a menudo tocaba a Remo. Él pareció desconcertado, aunque no supe si complacido u ofendido. Cuando nos dio la espalda, fuimos en busca de nuestra dríade.

Estaba el círculo de robles, tal como el había dicho. No los árboles más antiguos, aunque Saturno los hubiera plantado, pero viejos no obstante. En el medio se elevaba una pila de piedras rotas que en un tiempo habían formado un altar. Dedos de sol tocaban las piedras y las plantas que las cubrían, narcisos blancos con corolas de bordes rojos, acantos de hojas puntiagudas y junquillos amarillos comos il a luz del sol hubiera florecido en los pétalos. Pero no exploramos el altar por temor a que la diráculos de nos descubriera, sino que nos agazapado nos descubriera, sino que nos agazapa-

L PENDUL



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mos en unos arbustos más allá de los robles

v buscamos abeias.

Pronto un zumbido tenue me acarició los oídos. Presté atención al sonido v codeé a Remo. Un enjambre de abejas se acercaba a los robles. Volaron en círculos y desaparecieron en el roble más cercano al altar, un árbol grande con un tronco de unos veinte pies de ancho en la base, y una cuña de verdor en lo alto. Sí, era muy posible que alojara a una dríade. Traté de levantarme, pero Remo me aferró la cola.

-No -susurró-. Tu padre dijo que observáramos adónde iba la mayoría de las

abeias.

Esperamos, vo muy inquieto, pues un minuto de un hombre parece diez para un fauno. Pronto tuve sueño y, usando la espalda de Remo como almohada, dormí hasta que me sacudió.

-Tres eniambres han entrado en ese árbol v se marcharon -dijo-. Ningún otro árbol ha atraído tantas. Debe ser ése.

Nos levantamos y caminamos hacia el árbol en cuestión. - Olvidamos preguntar a tu padre cómo entrar -dijo Remo, mirando el gran tronco. Al parecer las abejas habían entrado por un agujero invisible para nosotros, muy por encima de nuestras cabezas. El tronco era demasiado áspero y ancho para trepar, no había ramas al alcance de nuestras manos. Rodeamos la base, tanteando entre las raíces en busca de una entrada, pero sólo conseguimos desalojar a un lagarto turquesa que se deslizó sobre la sandalia de Remo y corrió hacia el altar.

Remo lo observó pensativamente. -Tu padre perdió de vista a la dríade cerca del altar. -Seguimos al lagarto hasta las piedras rotas y nos pusimos a patear entre los escombros, aunque cuidando de no aplastar los junguillos ni los narcisos. Un ratón campestre, preparado para escapar, nos miraba desde la piedra más alta. Una abeja salió de

un junguillo tembloroso.

–Silvano –exclamó al fin Remo–. :Creo que lo hemos encontrado! -Apartó ávidamente las matas y se lanzó de cabeza en una apertura con tamaño suficiente para un cuerpo por vez. Lo seguí sin entusiasmo. Tales agujeros ocultaban serpientes venenosas, además de lagartos y ratones inofen-

Las paredes eran lisas; ni las raíces ni las piedras nos raspaban el cuerpo. Pero el viaje va. Yo imaginaba una serpiente en cada re-

codo del trinel

De pronto Remo se incorporó y me levantó consigo. Habíamos entrado en el tronco de un árbol, el árbol de la dríade, esperé. En lo alto una luz redonda brillaba a través de una abertura. Peldaños de madera tallados en el costado del tronco trepaban hacia la

-; Lo encontramos! -exclamó Remo, tironeándome de la cola con alegría-. :Encontramos la casa!

-Espero que ella sea más accesible que su

casa -murmuré.

Comenzamos a subir v enseguida sentí un mareo, pues el árbol era muy alto. Me consolé pensando que nuestra dríade tal vez fuera bella. Había oído que ellas permanecían jóvenes hasta que morían con sus árboles. Remo y vo no veíamos mujeres en el Palatino, y la imaginación era un sustituto pobre. Yo lo había visto garabatear figuras en las paredes de nuestra caverna, Rumina v otras diosas. Invariablemente las dibujaba jóvenes, bellas, radiantes, la imagen de la Mujer en su joven corazón. ¿ Nos esperaba ahora una mujer semejante?

Por la abertura circular llegamos a una sala que seguía vagamente la forma del tronco. Pequeñas ventanas redondas abjertas en las paredes dejaban entrar el sol. Un diván atravesaba la sala, con patas de león y un edredón de seda poblado de guerreros. El aire olía a madera viva y pétalos de narciso blanco alfombraban el piso. Entramos en el cuarto con cierta vacilación. Enseguida choqué con una mesa y casi tiré una lámpara semejante a un sinuoso dragón, Remo. entretanto, se había sentado en una silla sin

respaldo.

Es madera de aurianciáceo de Cartago -dijo-. Vi una parecida en Veyes. Pero ¿dón-

de está la dríade?

 La escalera continúa –advertí, desembarazándome de prisa de la lámpara con forma de dragón-. Debe haber una segunda habitación encima de nuestras cabezas.

Remo caminó hacia la escalera. -La llamaré. No quiero que nos tome por ladrones.

Pero no tuvo que llamar, pues oímos pasos que bajaban la escalera. Empuñé mi honda por si la dríade estaba armada. Eneas, después de todo, había encontrado una raza de feroces amazonas en Italia. Las dríades que vivían solas, amazonas o no. parecía largo y la negrura se volvía opresi- debían saber cómo luchar por sus árboles.

La driade se detuvo al pie de la escalera y nos enfrento. Era pequeña um comparada con un fauno de cinco pies, pues no media más de cuatro. El largo cabello se le derramaba sobre los hombros; era verde y oscuro como las hojas de los árboles, y lucia negro en las sombras. Pero donde le daba el sol ardía como el jade que los viajeros traen del, Oriente. La boca era rosada y pequeña; la piel, blanca, pura, y fresca como leche de cabra. Una túnica de lino pardo, bordeada con pequeñas bellotas, la cubría hasta los pies calzados con sandalias.

Esperó a que habláramos y nos explicáramos. Como no dijimos nada (¿qué podíamos decir, si obviamente éramos intrusos?), decidió hablar ella, despacio, como si le faltara práctica, pero con gran precisión.

-Habéis invadido mi casa. Yo estaba durmiendo arriba cuando vuestras toscas sandalias me despertaron. ¡Que Jano, el dios de los portales, maldiga vuestro espíritu ma-

ligno!

"-Lamentamos haberte despertado -dijo Remo-. Pero en cuanto a invadir tu casa, no supimos con certeza que era una casa hasta que encontramos esta habitación. Luego nos extraviamos en su belleza. -Hizo una pausa.- Hemos venido para pedir un favor.

-¿Un favor? -exclamó ella-. Imagino de qué favor se trata. -Me clavó una mirada furiosa.- Vosotros los faunos sois los peores. ¿Nunca se te ocurrió cubrirte la entrepier-

na, como hace tu amigo?

—Si reparasen mi desnudez –dije con orgullo–, tal vez sea porque la admiras. Las dríades necesitan hombres, y los faunos necesitan mujeres. ¿Por qué no ser amigos?

-He agasajado a reyes -escupió-. ¿Por qué retozaría con extraños que llegan del

bosque... un fauno y un pastor?

-Sólo queremos preguntarte por nuestras abejas. -Remo pestareó, un nifo lastimado a quien retan por un acto que no ha cometido. Avanzó hacia ella y ella no se movio.- Nuestras abejas mueren y queremos que las cures. -Se miraron. Luego, increiblemente, imprevisiblemente aun para mí, Remo la tomó en sus brazos. Como el niño reprendido que hace precisamente aquello de que se lo acusó, le besó los pequenos labios rosados. La mono de ella se levanto rápida como ser piente -por primera vez vi la daga- y le hirió el costado.

Él se apartó con un grito, fijando los ojos no en su flanco ensangrentado sino en ella, y no con furia sino con vergienza ante su propia humilación. Tomé el cuchillo antes que ella pudiera usarlo de nuevo y la aferre mientras forcejeaba en mis migo, le aprete las municas cruel mente hasta que se quedó quieta. Sentí sus pechos contra mi carne, y luego, antes que pudiera descarla demasiado, dije: --Remo, es tuya, ¡Bésala de nuevo!

-Suéltala -dijo él.

–Pero Remo, ella te atacó. Merece lo que temía.

—Silvano, suéltala —dijo él, un niño pequeño, desconcertado, derrotado, pero enérgico. La liberé. Ella le miró la sangre del costado.

-Por favor -le dijo Remo-. Mis abejas

mueren. Díme qué hacer por ellas.

Ella lo condujo a la clara luz de una vennan y le secó la sangre con el borde de la túnica. —Quema gálbano bajo la colmena y llévales racimos de uvas pasas en hojas de omillo. Curarán y serán fuertes de nuevo. —Luego lo miró largamente, sin prisa, y yo podría haber estado en otro roble, por la atención que me prestaban. —Eres muy joven. Al principio estabas oculto en las sombras. Cuando me besaste, estuve segura de que eras como los demás.

-Lo soy -dijo Remo-. Vine a preguntarte por mis abejas, pero las olvidé. Deseaba tu cuerpo. Me hiciste pensar en la hierba y las flores bajo el sol caliente. Soy como los

demás. –Per

-Pero le dijiste a tu amigo que me soltara. ¿Por qué no te enfureciste cuando te herí?

-Me enfurecí. Conmigo mismo.

Ella le sostuvo la cara entre las manos.

-Tienes la fragancia del bosque. Has yacido
entre tréboles, creo. Como Eneas el troyano.

Yo lo amé, sabes. El vino a mi fal como tú.
¡Todo el Lacio vibraba con sus triunfos!
¡Turno derrotado, las amazonas de Camila
puestas en fuga! El se sentó en mi diván y
dijo: 'Melonia, estoy cansado. Desde el saqueo de Troya he vagabundeado y luchado.
Perdí a mi esposa y a mi padre y abandone
A ma reina de Cartago. Y estoy cansado.'

"Tomé su cabeza entre mis manos y lo besé, a mi principe, a mi guerrero. En los años siguientes, observé cómo envejecía. Desposó a la princesa Lavinia para fundar un linaje real en el Lacio. Pero murió en mis brazos, un anciano cuya melena era una

cascada blanca. Y maldije este árbol que me conservaba joven. Quería morir con Eneas. Los años pasaron y no me entregué pese a mi soledad. He esperado a otro Eneas.

Se apartó de él y miró por la ventana un enjambre de abejas que se acercaba al árbol. -Me traen miel. Mis pequeñas amigas. Tus amigas, también. -Lo enfrentó de nuevo-. ¿Por qué eres joven? Eneas era gris cuando vino a mí, más viejo que vo en guerras y amores, aunque más joven en años. Ahora vo sov antigua. Pero tú eres joven. No puedes haber esperado mucho tiempo. Tus ojos están desnudos, son ojos de niño. No has aprendido a ocultar tus pensamientos. Me deseas y me temes. Yo podría apuñalarte con palabras más agudamente que con esta daga. ¿Por qué vienes a mí joven y virginal? Te haré viejo. Tengo cara de muchacha, pero mis ojos están cansados de esperar.

Como naves mercantes redondas, cargadas con preciosos aceites, las abejas invadieron la habitación y descargaron su néctar en una taza de ágata. Ella extendió la mano y unas gotas le cayeron en la palma. —Para mí, Remo, eres como las abieas. La

vida de ellas dura seis semanas.

¬¡Entonces ayúdame como a Eneas! Ella tendió las manos y le aflojó la cinta que le ceñía el pelo.—Se derrama como girasoles. Tengo frio, tanto frio. Dame tus girasoles, Remo. ¡Príncipe de Alba Longa!

-¿Me conoces?

-Al principio no te reconocí. Sólo después de herirte. Te conocí por tu pelo amari-

llo y tu gentileza. El bosque habla de ti, Remo. Con amor.

Las voces de ambos se fundieron con el rumor de las abejas, y el aroma del néctar palpitó en mis fosas nasales, dulce y embriagador. Me había demorado allí demasiado tiempo. Bajé la escalera y regresé a la pila de piedras.

Mucho más tarde, cuando Remo salió del túnel, dijo: -¡Silvano, estás llorando!

-No estoy llorando -protesté-. Los faunos no lloran. Tomamos las cosas como vienen y nos burlamos de todo. Un zarzal me raspó los ojos y los hizo lagrimear.

Aunque no me creía, Remo no insistió. De hecho, no habló demasiado aun después que abandonamos el círculo de robles y nos

adentramos en el bosque.

-La dríade -pregunté-, ¿era hospitalaria?-insistí con la esperanza de que hablara de ella ligeramente, como una mujer poseída y olvidada. ¡Ansiaba saber si en su corazón no me había reemplazado por una dríade malhumorada y más vieja que Eneas! —Sí.

-Remo -protesté-, pareces abatido. ¿No tienes nada que contarme sobre Melonia?

tienes nada que contarme sobre Meionia? Fue casi como si hablara el viejo Fáustulo. –¿Qué se puede decir del amor? No es felicidad solamente; también es tristeza. Es simplemente posesión.

-Creo que tienes ganas de luchar -dije-. O de dibujar a una de tus diosas. O de nadar en el Tíber. No me pareces poseído, sino

vacío.

-Estoy pensando en muchas cosas -dijo-. Ayer quería castigar al hombre que mató a mi madre, y quería ser rey por los faunos, los lobos y los esclavos fugitivos. Ahora quiero ser rey también por ella.

Nos acercabamos al Palatino. En la boca de nuestra caverna, él se detuvo, me enfrentó y me puso las manos en los hombros.

-Silvano, ¿por qué llorabas?

-Ya te dije -repliqué.

-¿Pensaste que ella te había alejado de

mi corazón, pequeño fauno?

No me había llamado "pequeño fauno" desde esa noche, un año antes (diez años antes), cuando Rómulo me robó del campamento.—Sí —dije, perdiendo el control de dis lágrimas—. ¡Y no por una muchacha sino por una bruja! O una ardilla, diría yo, por su modo de vivir en un árbol. Remo, ella te morderá.—Siendo medio cabra, yo siempre yeda a las personas como animales.

El no se rio de mí ni tomó mis lágrimas a la ligera, sino que me tocó la oreja con los dedos, delicados como mariposas. –En el círculo de robles –dijo–, junquillos y narcisos crecían juntos. Había lugar para ambos. ¿Entiendes lo que digo. Silvano?

En ese instante Céler, de ojos de carnero, corrió hacia nosotros colina abajo. Sus ojos se habían vuelto más chatos y estúpidos

durante el año transcurrido.

-Remo-llamó con su voz gangosa-.; Noticias de la ciudad! Rómulo quiere que vayas a su choza.

III

La colina lucía sombría y extraña en el atardecer, y la choza de Rómulo parecia fundirse con la piedra. Solemnes y dignas, las ovejas recorrían los senderos y, al detenerse, apenas podían distinguirse de las rocas

bajas que Vulcano, según se decía, había arrojado de sus cavernas en un arrebato de furia. Los pastores y los que se les habían unido recientemente, los últimos reclutas de Rómulo, se demoraban en pequeños grupos hablando del trabajo del día o el adiestramiento de mañana. Los recién llegados se mantenían aparte de los pastores originales. Vestían el mismo sencillo taparrabos. pero las caras, aunque jóvenes en su mayoría, eran temerosas y hurañas. Yo sabía que uno era un asesino que había huido de Lavinio después de matar a la esposa; otro, un parricida de la nueva colonia griega de Cumas. Remo deseaba echar a hombres como éstos del Palatino, pero Rómulo los recibía con gusto porque sabían pelear.

Cuando el asesino de la esposa me vio. baló como una cabra. Remo dio media vuelta con furia pero yo lo empujé hacia la choza de Rómulo. No debía pelear por mi culpa.

-Pareces una rana -respondí de buen humor-. Debes hacerlo así. -Y balé tan convincentemente que las cabras respondieron desde todas partes.

Una figura se nos acercó, una alta nave bogando en un mar de bruma. Era Rómulo. A mí me saludó con un cabeceo, a Remo con

una sonrisa.

-Hermano -dijo-, Gayo ha venido de la ciudad. Nos trae noticias. -Entramos en su choza, donde un hombre menudo y barbado que me evocaba una chinche de agua, por la libertad con que se deslizaba por la sala, contaba una historia que parecía haber contado varias veces y sin duda contaría de nuevo. Los ojos le chispearon cuando nos vio a Remo y a mí, un nuevo público.

-Remo -dijo-. Y Silvano, ¿verdad? ¡Escuchad lo que he visto! Ayer en el mercado me encontré con Númitor y dos sirvientes. Últimamente Amulio le ha otorgado considerable libertad. Para apaciguar al pueblo, supongo, y evitar que se queje de los impuestos. De un modo u otro, un perro ovejero le ladraba a uno de los soldados de Amulio. Un perro amigable que quería jugar. Pero el soldado no quería. Alzó la lanza y atravesó el corazón del animal. Númitor gritó con furia y trató de golpear al hombre con el cayado. El soldado, lejos de amilanarse, desenvainó la espada, pero un barbero y un vinatero intervinieron mientras los sirvientes se apresuraban a llevarlo de vuelta al palacio.

'Mientras el viejo desaparecía, le oí gri-

28-EL PENDULO

tar: '¡Si mis nietos vivieran, no habría soldados!' Todos los que habían observado la escena, vo incluido, quedamos conmovidos por el valor de Númitor. Y todos deseamos que de veras hubiera nietos que echaran a los soldados de las calles.

Con un ademán vigoroso finalizó la historia y golpeó enfáticamente el hombro de Remo. La emoción de Remo era evidente. Sus ojos, grandes y turbados, reflejaban las llamas del hogar: luces melancólicas en un bosque verde y triste. Por lo que yo sabía, nadie había revelado al inspector la verdadera identidad del joven. Pero Gavo lo observaba con inusitado interés. Tal vez había oído algún rumor de los pastores.

Librando a Gayo de la tentación de repetir su historia, Rómulo lo condujo hasta la puerta. -Nos traes malas nuevas. Gavo. Gracias a Júpiter aquí no tenemos rev! Te extraña que nos quedemos en la campiña?

Gayo sonrió irónicamente. Sin duda había intuido que la mayoría de los hombres de Rómulo, y el propio Rómulo, eludían la ciudad por razones que no tenían nada que ver con una predilección por la campiña.

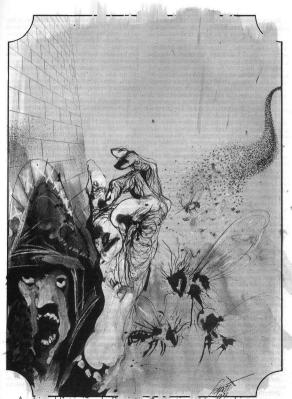
-Cuando pienso en Amulio -suspiró-. siento la tentación de quedarme con vosotros. Lo llaman el Sapo, aunque él se llama a sí mismo el Oso. Pero Tulio, mi amo, depende de mí. Sus rebaños se han multiplicado. Rómulo. Le llevaré buenas noticias. -Con un ademán de despedida, bajó por el Palatino.

En la choza de Rómulo, Fáustulo, Céler, los gemelos y vo nos reunimos junto al fuego para evaluar las nuevas de Gayo. En tales ocasiones Remo siempre me incluía, aunque la primera vez Rómulo y Céler se habían opuesto a la presencia de un fauno.

-Hemos aguardado pacientemente -dijo Rómulo sin disimular su entusiasmo-. Ahora el ánimo de los pobladores parece apropiado. ¡Se pondrán de nuestra parte en cuanto nos conozcan! Pero hay que informarles quiénes somos, y nuestro abuelo es la persona indicada para ello. Primero debemos identificarnos ante él. Mañana iré a Alba Longa y obtendré una audiencia.

-Pero él vive en el palacio de Amulio -exclamó el viejo Fáustulo, encorvado como un arco de nogal pero tenso, como el resto de nosotros, con el espíritu de la revuelta-. ¿Cómo puedes obtener una audiencia?

-Él tiene razón -dijo Remo-. No puedes simplemente ir al palacio como vo hice en



Archivo Histórico de Revistas Argentinas Www.ahira.com.ar

Veyes, y decir que deseas ver a Númitor. Los guardias de Amulio son demasiado suspicaces. Tu estatura y tu porte te destacan de

inmediato. Debería ir vo.

-¿Tú, Remo? ¿Y tu cabello? Los hombres rubios en el Lacio son tan raros como las vírgenes en Etruria. ¡Te tomarán por un espía de los galos! Aunque no lo hagan, ¿cómo obtendrás una audiencia con Númitor?

-He pensado en ello desde hace tiempo. Primero me teñiré el cabello de castaño oscuro. ¿Conoces la tintura que se extrae de las riberas del Tíber? Me frotaré un poco en el cabello y disimularé el color. Luego robaré una de las vacas de Númitor. Sus pastores me atraparán y me llevarán a Númitor. Cuando se roban vacas, el propietario, no el rey, tiene derecho a juzgar. Amulio no participará en esto a menos que Númitor me entregue a él. No creo que lo haga.

-No -dijo Rómulo-. Es demasiado peligroso. No te permitiré correr el riesgo.

Habitualmente yo quería patearlo con ambos cascos. Ahora quería abrazarlo,

-Remo tiene razón -dijo ese idiota, Céler. en su tono habitual-. Los viejos lo aman. Es suave y cortés. Que vaya, Rómulo. Yo también soy parte interesada en esto.

Sí, pensé, ganado, mujeres y una casa en la ciudad. Es todo lo que quieres. ¿Qué sabes sobre el gobierno? Remo, amigo mío. aunque ganes la ciudad, no habrás ganado tu justicia.

De acuerdo, pues -dijo Remo con un énfasis que puso fin a la discusión.

Y yo te ayudaré –dije.

-No, lo haré solo. Los faunos no son populares en el Lacio. Los pastores podrían

matarte sin vacilar.

Rómulo lucía preocupado. Se acarició la barba incipiente y frunció el entrecejo. Este joven feroz y ambicioso, que no temía a los lobos ni a los guerreros, estaba desvergonzadamente atemorizado por el hermano. Al fin, como un padre que envía a su hijo a luchar contra los galos, puso las manos en los hombros de Remo y dijo: -Ve pues, hermano. Pero mientras estás ausente, yo reuniré a los pastores. Estaremos prontos para atacar la ciudad cuando regreses con nuevas de Númitor. Si no regresas en tres días, atacaremos de todos modos. La puerta es fuerte, pero las murallas no son altas para pastores que viven en colinas.

-Ni para pastores conducidos por príncipes -dijo Fáustulo con orgullo, abrazando a

los gemelos-. Durante dieciocho años os llamé hijos. En verdad, desde que os encontré en la caverna junto al pecho de Luperca. Después de haberos alimentado, ella me permitió llevaros. Ella, vuestra segunda madre, sabía que había llegado el momento para una tercera. Y os traje a esta choza y a Larencia, mi esposa. Cuando Larencia murió un año más tarde, os crié yo mismo. Ahora, como la loba, debo apartarme y regresaros a vuestro abuelo. No lo avergonza-

En nuestra caverna, la mañana siguiente, Remo se cubrió la cabeza con un manto y dirigió una plegaria al dios Bonus Eventus, cuya imagen él había bosquejado en la pared. Nadie conocía el verdadero aspecto del dios, pero Remo lo había dibujado joven y con mejillas redondas, con una brizna de cebada en la mano. Extendiendo los brazos, sin reparar en Luperca ni en mí, Remo rogó:

-Bonus Eventus, dios que trae suerte al granjero con su cebada y sus olivos, tráeme suerte a mí también. ¡Condúceme a salvo

hasta mi abuelo!

Después de la plegaria, puso una taza de leche ante la imagen, pues todos saben que los dioses, sean humanos, como suponían Remo y los etruscos, o potencias incorpóreas en el viento o las rocas o los árboles, exigen alimentos en ofrenda. (¡Luperca miró la leche, y yo esperé que el dios bebiera de prisa!) Luego cuidó de sus abejas, quemando gálbano bajo la colmena y llevándoles uvas pasas en tomillo.

-Cuida de ellas -me pidió-. Y también de Luperca. Tal vez tengas que alimentarla con tus manos. Está muy débil. -Pensé: no tan débil como para no beber esa leche. -Y por favor, Silvano, dile a Melonia adónde fui. Pensaba visitarla hov

Pateé el suelo con enfado. -¿ La dama ardilla?

-Diosa -corrigió él.

-¿Diosa? ¡No vivirá más tiempo que su árbol! -Pero su árbol ha vivido cientos de años.

y vivirá cientos más. Hasta que regrese Saturno. Luego él le encontrará otro.

-¿Eso te contó? ¿Y qué dices del rayo? ¿Y las inundaciones? ¿Y los leñadores?

-Te tiemblan las orejas -sonrió él-Siempre te tiemblan cuando te enojas. -Y comenzó a acariciarlas con sus dedos irresistibles .- ¿Verás a Melonia? Promételo, Silvano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

–No hagas eso –exclamé–. Sabes que me hace cosquillas.

-Pero te gustan las cosquillas.

-Precisamente. Me puedes hacer prometer cualquier cosa.

-¿Prefieres que te tire de la cola? –De acuerdo, de acuerdo. Veré a Melonia. Ahora vé a robar esa vaca.

Desde luego, siempre había tenido la decisión de ayudarlo. Mi problema era cómo permanecer oculto hasta que él hubiera iniciado el robo, luego salir al descubierto, implicarme y compartir la captura. Seguí sus huellas a distancia segura. En los pantanos, traté de que mis cascos no chapalearan ruidosamente, y entre los túmulos funerarios de los sabinos, algunos frescos, otros cubiertos de hierba, me armé de coraje para no asustarme ante la presencia de los espíritus y echar a galopar. Tuve el cuidado de que siempre hubiera un árbol o una colina entre ambos. Él se movía de prisa, como de costumbre, pero sus huellas y mi agudo oído me indicaron el rastro.

Los pastores de Númitor dormían a la sombra, tres hombres nudosos tan viejos como su amo, quien, se decía, sólo contrataba a viejos para trabajar para él porque los jóvenes le evocaban a su hija y sus nietos perdidos. A los pies de los pastores vacía un viejo perro que también parecía dormido. Me escondí detrás de una encina y esperé.

Remo se acercó al rebaño y escogió una vaca negra y flaca de ubres encogidas. El perro lo miró somnolientamente mientras los tres pastores continuaban dormitando.

-¡Vamos, vaca, ven conmigo! -gritó Remo, escabulléndose entre las matas con gran bullicio. Parecía divertirse como un niño persiguiendo gansos.

El perro no se movió hasta que vio que los pastores abrían los ojos. Entonces se incorporó y acorraló desganadamente al intruso. Los hombres se frotaron los ojos y comenzaron a gritar "¡Al ladrón, al ladrón!" Remo fingio desconcertarse ante los gritos y corrió en círculos alrededor de la vaca. Yo salté desde mi encina y me reuní con él.

-Te dije que no vinieras -susurró, enfadado como nunca.

-Son dos -graznó un pastor-. Y uno es un fauno. ¡Pudieron llevarse todo el rebaño! Se acercaron cautelosamente al sitio donde rodeábamos a la vaca, la cual, impertérrita ante nuestros movimientos, continuaba desayunando hierba, mientras el perro, en actitud vigilante, ladraba desde un macizo de lupines.

-Bravo, perro. Bravo, Balbo -murmuraron los pastores, acariciando la cabeza pulgosa del animal. Uno de ellos tomó unas correas de cuero de un colgadizo cercano a

la pastura.

-Ahora -dijo el menos achacoso de los tres, que parecía el jefe-, atadles las manos. Sin resistirnos, ofrecimos las manos. Mientras un pastor las sujetaba, el jefe agitaba el cayado amenazadoramente. El perro corrió de aquí para allá ladrando, luego se detuvo para recobrar el aliento.

–Son sólo muchachos –dijo el que nos había atado, estirando el cuello para vernos mejor-. ¿Tenemos que llevarlos hasta la ciudad? Es un largo camino, Julio. Tal vez

sólo necesiten una buena tunda.

Remo se apresuró a hablar. -Mi padre me dio una tunda una vez. Por eso hui. Me hizo revoltoso. No, temo que deberéis llevarnos ante Númitor. De lo contrario cada una de vuestras vacas será robada y vendida a los etruscos de la otra margen del río. Lucía muy feroz y ladeaba la cabeza desdenosamente ante esos hombres que se atrevían a decir que era sólo un muchacho.- Y mi amigo, el fauno... ¡No lo creeríais! Joven, como es, ya ha tomado seis doncellas. -Añadió malignamente:- Yo he tomado siete. Pero claro, vo tengo más años.

-Serán jóvenes, pero son peligrosos -suspiró el jefe-. Númitor tendrá que juzgar. ¿Podéis vosotros dos llevarlos a la ciudad mientras Balbo y yo cuidamos los rebaños?

Los viejos se miraron entre sí y luego miraron hacia la ciudad, como calculando el efecto de veinticuatro millas en sus debilitados tobillos. Uno de ellos tocó a Remo con el cavado, el otro a mí. Echamos a andar obedientemente. -Lo intentaremos

–Si hablan golpeadlos –aconsejó el jefe. Y así partimos en busca de Númitor.

Alba Longa, la ciudad de los sueños de Rómulo y Remo, que yo había visto sólo desde los bosques al pie de su meseta, era en verdad un modesto pueblo amurallado de cinco mil personas. Sus paredes de roca. aunque altas, empezaban a deteriorarse, y entre los adoquines de las calles crecía hierba. No obstante las casas brillaban con veso blanco y nos parecían pequeños palacios.

-Y los techos -suspiró Remo-. Están cubiertos con tejas de arcilla cocida. -Estábamos acostumbrados, por cierto, a los techos de paja de las chozas de los pastores.- No hay peligro de incendio, y la lluvia no se filtra.

-Ea, ladrones, adelante -gritaron nuestros captores, y nos empujaron con sus cayados. Por doquier la gente se detenía a mirarnos, para obvio placer de los pastores. que gritaban en voz más alta: "¡Éa!" Una vestal con una negra vasija etrusca casi derramó el agua. Un vinatero soltó su odre de vino v un hilillo rojo humedeció los adoquines. Había barberos en puestos junto al camino, y vendedores de hortalizas con grandes melones en las manos; niños, perros pastores y asnos; y, huraños y numerosos, los soldados de Amulio. Yo sabía que en la mayoría de las ciudades latinas no había un ejército permanente, ningún soldado excepto en tiempos de guerra. Pero los hombres de Amulio, blandiendo lanzas con punta de bronce, marchaban por la ciudad como diciendo: "Marchamos siguiendo órdenes del rey, y los civiles no tienen por qué saber cuáles son.'

 Ea –gritaron nuestros captores una vez más, y un soldado les golpeó la cabeza con el mango de la lanza-. Callaos, viejos. Estáis cerca del palacio. -Humillados, los pastores guardaron silencio y dejaron de acica-

tearnos.

A la izquierda se erguía el templo de Vesta, construido por arquitectos etruscos sobre una plataforma de piedra, con cuatro columnas cuadradas en el frente. El frontón relucía con terracota naranja pero no con las imágenes amadas por los etruscos, pues la diosa latina Vesta vivía en su flama y no tenía semblanza fisica. Frente al templo se agazapaba el palacio de Amulio, un rectángulo blanco y bajo que se diferenciaba sólo por el tamaño de las casas que habíamos pasado. Se murmuraba que un día Amulio esperaba construir un verdadero palacio etrusco, multicolor en vez de blanco, con frescos y columnatas, gracias al ganado que requisaba con sus impuestos; los cambiaría con los etruscos por arquitectos y piedra.

Como comienzo, al menos, había flanqueado las puertas con leones etruscos de bronce, esbeltos y de patas delgadas, las colas enroscadas sobre el lomo, los ojos almendrados como los de los hombres que los habían hecho. Frente a los leones había un 32-EL PENDULO

par de guardias humanos, menos imponentes que los animales.

-¿Qué os trae al palacio del rey? -preguntó uno. Su chaqueta era de cuero, su

velmo con cresta, de bronce,

Nuestros captores no había recobrado la compostura desde la escena con el soldado. Tartamudearon torpemente v Remo tuvo que hablar por ellos.

 Nos sorprendieron robando ganado de Númitor. Quieren someternos a su juicio.

Ante la mención de Númitor, los guardias se suavizaron. Uno de ellos se apoyó en la puerta y llamó, y un sirviente arrugado vino desde adentro. El guardia y el sirviente cuchichearon; el sirviente desapareció y regresó en seguida. Nos condujo por un corredor sostenido por vigas de madera hasta un jardín detrás del palacio, cerrado en tres lados por una pared de ladrillo. Las rosas proliferaban en un caos bermellón y los crocos se derramban como cálices de oro. Era el primer jardín de flores que yo veía. Quería rodar sobre los capullos, pese a las espinas, y patear el aire con los cascos. Luego vi al rey del jardín v olvidé mis sueños. Estaba sentado en una silla sin respaldo y miraba una piscina lechosa. Su cabello blanco y ondeado se distinguía apenas de las túnicas. que se le plegaban alrededor de los pies y le tapaban las sandalias.

No parecía reparar en nosotros. El sirviente le llamó la atención. -Príncipe, tus pastores han traído a dos ladrones para que

reciban justicia.

Alzó la cabeza y nos miró inexpresivamente. Tenía la cara tan amarilla y cuarteada como papiro puesto en una tumba por faraones más viejos que Saturno; hombresdioses que gobernaban el Nilo antes que los etruscos hubieran pasado por Egipto v llevado sus tradiciones a Italia. Una cara como papiro donde el tiempo había borrado la escritura: inescrutable.

-Tráelos aquí -dijo. Nos arrodillamos y Remo le tomó la mano.

-Mi rey -dijo. Nada más, pero con infinita sinceridad.

Númitor retiró la mano e indicó al joven que se levantara. -Yo no sov tu rev -dijo tiesamente-. Nunca lo fui. Tú eres demasiado joven... la edad de mis nietos, si hubieran vivido. Y nacieron después que vo perdí el trono. Dime, muchacho, ¿por qué robaste mi ganado?

-Porque deseaba verte.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

-¿Verme? No comprendo.

-Como ladrón, sabía que me traerían aquí para que me juzgaras.

-Tenías razón. Antes que emita mi juicio, ¿qué favor pides? Te lo advierto, tengo po-

cos que ofrecer.

-Îe bendición. Tu amor. -Un viejo ama a sus hijos. No tengo ninguno. A sus nietos. No tengo ninguno. Mi corazón está despojado de amor. Un nido sin golondrinas. Pero ¿cómo te llamas? Algo en tí me eyoça...

–Un pastor me llamó Remo, y llamó Rómulo a mi hermano. Somos gemelos.

Los nombres, desde luego, no significaban nada para él, pero la última palabra de Remo le llamó la atención. –¿Gemelos, dices?

-Poco después que nacimos, nuestra madre fue sepultada en una fosa y a nosotros nos quisieron ahogar en el Tíber. Pero Fáustulo nos salvó y nos convirtió en sus hijos.

Númitor gruñó y se irguió, como los géiseres de Vulcano, blancos de bórax, que rugen desde la tierra y tiemblan en el aire.

-¿Qué dices? - tronó-. Mientes tan bien como robas. Vi a mis nietos cuando Amulio se los arrebató a mi hija. Uno tenía pelo oscuro, más oscuro que el tuyo. El del otro era dorado, dorado como esta flor. -Aplastó un croco bajo la sandalia. – Un obsequio del dios, su padre: ¿Cuál eres tú?

-Él de cabello dorado. -Remo cayó de rodillas y hundió la cabeza en la piscina que se tiñó de hilillos pardos. Se levantó y sacudió el cabello. Aunque estriado de tintura, relucía amarillo como oro entre vetas de

hierro.

Observé la máscara de papiro. La superficie curtida y gastada tembló y se ablandó, el olvidado lenguaje del amor habló en los ojos turbios. Pasó la mano por el pelo de Remo y palpó la tintura derretida.

-Ticmpo -dijo-. Dame tiempo. No estoy acostumbrado a las lágrimas. Arden como el vino. -Un anciano enceguecido por las lágrimas tomó al joven en sus brazos. -Rhea -suspiró-, tu hijo ha vuelto a mí.

-Eres un idiota senil -graznó una voz desde la puerta-. Este jovenzuelo te ha en-

gañado. Merece una lección.

Reconocí a Amulio, aunque nunca lo había visto. Lo supe por los venosos ojos de sapo que nunca parpadeaban, la forma encorvada y enana. Amulio el Sapo.

-; Guardias! -llamó.

–Vé a ver a Rómulo –suspiró Remo–. Yo los contendré.

Detrás de mí un príncipe y un tirano forcejeaban entre rosas y espinas. Con un solo brinco de mis cascos, me colgué de la pared y trepé a los ladrillos. –Bonus Eventus –rogué-, iavúdame a traerle avuda!

#### IV

Aterricé en una calle angosta detrás del palacio y mis cascos resonaron en los adoquines. Una anciana que traía melones del mercado se detuvo sorprendida, luego siguiócalle abajo con un gesto que parecia decir: "Que Amulio proteja su propio palacio. Si los faunos pueden asaltarlo, mejor para ellos." No había nadie más a la vista, pero un asno, sujeto a una estaca, me observó inexpresivamente. Al parecer su dueño estaba ocupado en la tienda de un teñidor, que apestaba a trompas marinas, muy valorizadas por su tintura púrpura.

Remo me había dado segundos. En cuanto los guardías lo dominaran, me seguirían o enviarían a sus amigos. Tenía que llegar de prisa a la puerta; tenía que correr. Pero un fauno corriendo en una ciudad de soldados luciría sospechoso. Me tomarian por la drón. Mascando hierba entre los adoquines, el asno sujeto observaba el sol. Lo solíté y lo patée con todas las fuerzas de mi casco.

Galopó calle abajo.

-Ea, ea -grité, corriendo tras el como para recobrar mi propiedad perdida. Al doblar una esquina echó a correr por la calle central y fue directamente hacia las torres de la puerta. Cuando aminoraba la marcha, yo la aminoraba. Cuando aceleraba, yo aceraba y gritaba "¡Eal". Vian amao intentó detenerlo; contuve el aliento, pero el asno se solto y arremetió contra la puerta. Los guardias rieron y lo azuzaron con una palmada en el flanco y un "¡Arre!". Tumbando el carro de un alfarero, cargado con lámparas de arcilla anaranjada, corri tras él.

—Que los ladrones te partan la crisma peritó el alfaren. Agité el brazo sin mirar atrás y corri cuesta abajo hacia el bosque. Al mi izquierda, el lago Albano brillaba en el sol de la tarde, y esquifes de aliso abuecado cabeceaban como libélulas en el turquesa derretido. Delante de mi cipreses sombrios señalaban la senda del Palatino.

Encontré a Rómulo con Céler y el rebaño

al pie del Palatino. Cuando le conté lo sucedido, se puso muy pálido y clavó el cavado en el suelo.

-Sabía que tenía que haber ido yo. -Olvídalo -lo consolé-. ¿Quién le puede

decir no a Remo?

-¡Si le hacen daño, incendiaré la ciudad! Céler, cuida el ganado. -Me llevó de prisa cuesta arriba, haciendo planes durante la marcha.- Atacaremos esta noche. En la oscuridad, quizá podamos trepar las murallas antes de que nos vean.

-Pero el pueblo no nos conocerá. Remo no tuvo oportunidad de contar nuestro plan

a Númitor.

-No importa. No podemos demorarnos. Una vez en la ciudad, gritaremos su nom-bre, "¡Viva Númitor!", y trataremos de obtener apoyo.

Rómulo estaba en lo cierto, no podíamos demorarnos. Pero ¿qué podíamos hacer contra murallas y soldados? Si derribábamos las puertas con un árbol, los soldados sin duda estarían esperando. Si trepábamos las murallas, podían vernos y esperarnos también. Como Alba Longa se yergue sobre un risco, es difícil llegar a las murallas sin ser visto, aun de noche. No dije nada: Rómulo conocía los peligros. Pero no podía arriesgar la vida de Remo con un plan tan mediocre.

Bajé el Palatino y me dirigí a la caverna. Quería pensar. En el camino pasé junto a Céler y su rebaño. Estaba apoyado contra una roca, el cayado en la mano y una paja entre los dientes. Imbécil complaciente, pensé. Tranquilo como una oveja cuando la vida de Remo está en peligro.

-Así que encerraron al Pájaro en una jaula -sonrió-. Grandes juegos esta noche, ¿eh? -Antes que yo pudiera patearlo, cambió de tema.- Silvano, he oído que encontraste una dríade. ¿Dónde está su árbol?

-Es la dríade de Remo -dije con indigna-

ción. –Y la tuya –se burló–. Y la mía si me

muestras el árbol.

-Al norte del Quirinal -mentí-. Una encina con la marca de un rayo en el tronco. -Bajé las orejas para no oír la respuesta y fui de prisa a la caverna. Adentro me arrojé en un jergón de trébol, pero la fragancia me recordó a Remo y enturbió mis pensamientos. Caminé de un lado a otro. Luperca se me acercó desde el fondo de la caverna y se 34-EL PENDULO

apretó contra mi pierna. Me arrodillé y le tomé la cabeza entre las manos.

-Luperca -dije-, Remo ha ido a la ciudad. Lo han tomado prisionero. ¿Qué haré? -Ella me miró con tanta inteligencia que advertí que entendía mis palabras; se puso

a gemir y lamenté no entender las suyas. Luego oí un zumbido de abejas fuera de la caverna. Salí y miré la colmena de la higuera. El remedio de Melonia había funcionado. Las abejas recobraban la salud. ¡Melonia! Ella podía ayudar a Remo. Había curado las abejas. ¿No tendría un secreto para liberarlo de la prisión? A fin de cuentas, había amado a Éneas, el incomparable guerrero. Galopé hacia el círculo de robles. Detrás de mí una caracola vibró en el Palatino y supe que Rómulo convocaba a sus hom-

Me detuve al pie del roble y llamé: -Melo-

nia, me envía Remo. -Ninguna respuesta. Llamé de nuevo. Una voz, ahogada por las ramas, respondió: -Ya bajo. Espérame junto al altar.

En un tiempo asombrosamente corto, salió del túnel. No era la Melonia que yo recordaba, firme y majestuosa, sino una pálida niña arbórea pestañeando en el sol extraño. Alzó una mano para cubrirse los ojos.

-¿Está herido? -No, pero Amulio lo ha tomado prisione-

ro. -Y le conté acerca de la captura. ¿Qué se propone hacer Rómulo?

Le expliqué el plan, o lo que sabía de él. Los pastores de Rómulo –suspiró ella–. Los he visto adiestrándose en el bosque. Son valientes pero no tienen armadura. No tienen lanzas. Sólo cayados y arcos. ¿Dé qué sirven los arcos contra las murallas, o para pelear cuerpo a cuerpo en las calles? Costarán la vida de Remo.

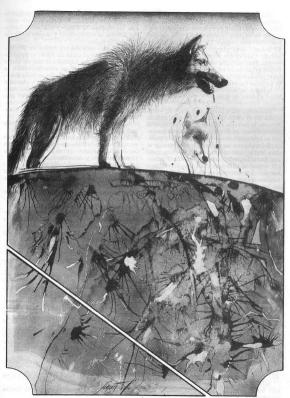
-Melonia -grité desesperado-, tú puedes

salvarlo. Sé que tú puedes.

Me tocó la mejilla con la punta de los dedos, que parecían briznas de hierba. -Eres buen amigo de él, Silvano. Tú y yo y el bosque somos sus amigos. Tal vez podamos salvarlo. Ahora vuelve donde Rómulo. Díle que cuando Arturo brille directamente sobre el templo de Vesta, iré a él en el bosque, bajo la puerta de la ciudad. Que no haga nada hasta que yo llegue, pero que sus hombres estén preparados.

Le apreté la mano; era tibia y menuda como una golondrina. -Melonia, no he sido

amable contigo.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

-Ni yo contigo. Pero Remo nos ha hecho amigos. Tú eres su hermano, Silvano, Mucho más que Rómulo el Lobo. Confía en mí.

Me voľví para marcharme v ella me llamó. -Silvano, espera. De veras temo por él. El bosque está inquieto. Las grullas han volado todo el día como antes de una tormenta. Pero no hubo tormenta. Y anoche los búhos gritaron en mi árbol. He buscado buitres, pájaros de buen agüero. Especialmente pájaros carpinteros. No se ve ninguno.

-¿Buen aguero? -exclamé-. ¡Tú eres el buen agüero de Remo!

Alto sobre Alba Longa, el templo de Vesta ardía en el claro de luna, y la anaranjada Arturo, la estrella de la primavera, trepaba sobre el frontón de piedra. Cincuenta pastores se agazapaban en el bosque bajo la puerta: Rómulo con su antigua lanza consagrada a Marte; varios con arcos y flechas, cuyo uso Remo les había enseñado; pero la mayoría armados sólo con cuchillos, cavados u hondas. Los cuerpos de todos estaban desnudos excepto por los taparrabos: ni grebas en las piernas ni corseletes de metal para protegerles el pecho o la espalda del ímpetu de una flecha o la mordedura de una espada.

El ariete era un olmo talado en el bosque; las escaleras lucían frágiles como árboles jóvenes aún no puestos a prueba por las tormentas. ¿Cuántos pastores, me pregunté, sobrevivirían a esa noche? Me alegró que el encorvado Fáustulo, a insistencia de Rómulo, hubiera permanecido en el Palatino. Sentí una momentánea piedad. ¿Quién podía culparlos, por toscos que fueran, por desear casas en la ciudad y mujeres que

cuidaran de sus hogares?

-No podemos esperar más -dijo Rómulo. Le incomodaba seguir órdenes de una dríade que nunca había visto. Creo que sólo me había escuchado en su preocupación por Remo y en el conocimiento de su propia ineptitud.

-Pero Arturo acaba de elevarse por encima del templo-protesté-. Antes, aún estaba en ascenso. ¡Sé que ella vendrá!

-¿Qué podrá hacer si viene? Somos unos idiotas al probar suerte con la puerta, como parece ser la intención de ella. Deberíamos escalar la muralla del otro lado. Entonces oí las abejas. -Silencio -dije-.

Ahí viene.

Mis orejas temblaron. El zumbido creció: los hombres atisbaron el bosque con 36-EL PENDULO

curiosidad. Me sentí como un viajero que se acerca a una cascada. Al principio oye apenas un murmullo tenue y distante. Luego los árboles se entreabren y el murmullo le aturde los oídos.

Ahora nos rodeaba un sinfín de abejas. Inflamadas por el claro de luna, se arqueaban como una Vía Láctea encima de nuestras cabezas y tejían un escudo contra la oscuridad. Melonia las conducía. Ella parecía estar hecha de hojas y bruma y claro de luna. Caminaba en una nube de abejas, y tuve que mirar atentamente para ver que sus pies tocaban el suelo. Los hombres estaban boquiabiertos; también Rómulo, y sobre todo el estúpido Céler .

-¿Ésa es tu dríade? -susurró-. ¡Parece una diosa!

Yo también estaba boquiabierto, pero menos por su belleza que por las manchas oscuras de su rostro - eran de sangre? - v su túnica rasgada y desaliñada.

-No es nada -susurró ella al pasar-. Parte de mi plan. -Se dirigió a Rómulo. No le fue difícil reconocerlo, el más musculoso de los jóvenes y el único con una lanza.

-Rómulo -dijo-, hermano de Remo, te saludo. Cuando la puerta esté abierta, alzaré el brazo. Entra con tus hombres.

Antes que él pudiera cuestionar esas crípticas instrucciones, ella se marchó colina arriba hacia la puerta. Las abejas se arremolinaban sobre ella; el zumbido murió, los fuegos se extinguieron en la oscuridad.

-¿Qué se propone? -jadeó Rómulo-. Sil-

vano, está loca.

-O es una bruja -exclamó Céler, mirán-

Los hombres se estremecieron y cuchichearon. Algo se movía en el bosque. Formas inseparables de los árboles, invisibles. apenas audibles. Algo respiraba.

-Estrigas -era el cuchicheo-. Vampiros.

-Lémures. ¡Los envió para que la siguiéramos!

Ahora ella estaba a mitad de camino de la puerta. -Guardias -llamó, la voz quebrada como por el dolor, pero suficientemente fuerte como para ser oída en las torres que flanqueaban la puerta-. Ayudadme. Estoy herida. -Cayó de rodillas.- Avudadme.

Silencio. Luego una voz, vacilante, tenta-

tiva. -¿Quién eres?

-Vengo de Veyes. Los lobos atacaron a mi escolta en el bosque.

Crujiendo, la puerta se movió hacia

adentro sobre su macizo pivote de piedra. Una lámpara osciló en una de las torres, desapareció, reapareció en el suelo. El portador se detuvo en la entrada. Melonia se levantó, se tambaleó, cayó de nuevo. -Avudadme. -El guardia caminó hacia ella, espada en mano.

Ella alzó el brazo.

-Nos cerrarán la puerta en la cara -gruñó Rómulo-. ¡No podemos trepar la colina a tiempo! -Pero no titubeó demasiado. Fueran cuales fueren sus defectos, no era cobarde. Exhortando a sus hombres, corrió colina arriba hacia la puerta. Yo corrí junto a él. La colina se hinchaba encima de nosotros, interminable y negra. Me sentí como un nadador en el hueco de una ola montañosa. ¿Llegaríamos a la cresta?

Arrodillado junto a Melonia, el guardia irguió la cabeza y nos vio. -¡Cerrad la puerta! -gritó. Echó a correr; la puerta se movió hacia adentro, monstruosa, implacable.

Luego una sombra cruzó la luna. Miré hacia arriba: mis orejas se irguieron. :Las abejas de Melonia! En una mortífera corriente ámbar llovían desde el cielo. Un grito, una agitación en la torre. La puerta calló con un gruñido, entreabierta.

Hundí los cascos en la hierba, aparté piedras, me lancé furiosamente hacia adelante. Rómulo tropezó y lo ayudé a incorporarse. A través de la puerta entreabierta, vi hombres en movimiento, el centelleo de una lanza, el remolino de abejas y bronce. Luego entramos en la ciudad. Las abejas se retiraron y nos dejaron librar nuestra batalla.

Un soldado me atacó, empuñando la lanza v sonriendo como los demonios de la muerte en las tumbas etruscas. Alcé mi honda y le pegué en los dientes. Se detuvo, un agujero negro y redondo donde habían estado los dientes, y me miró con fijeza. Manaba sangre del agujero. Como un arco roto, cayó a mis pies.

-Los superamos en número -gritó Rómulo-. ¡Están retrocediendo! -Lanzas agitadas, escudos apartados. La calle estaba vacía excepto por nosotros, frente a la puerta.

-¡Númitor! ¡Númitor es rey! -Rómulo inició el grito, y el resto lo continuó.- ¡Númitor es rey! -Deslumbrados por una victoria demasiado fácil, nos abalanzamos hacia el corazón de la ciudad, el templo, el palacio, y Remo.

Pero la calle estaba bloqueada. Una fila de lanzas brillaba en nuestro camino, como los remos de una galera alzándose del mar en centelleante unidad. Una pared de lanzas para frenar nuestro avance, y detrás otra, y otra, y al fin una fila de arqueros, hoscos como bronces etruscos. Los soldados que habíamos puesto en fuga eran pocos. Ahora debíamos enfrentar un ejército. Ya teníamos el cuerpo estriado de sangre. Habíamos gastado nuestro aliento en el ascenso y la lucha en la puerta. Habíamos perdido a algunos hombres, seis, según conté con una rápida ojeada a la calle. Estábamos fatigados, nos superaban en número, no teníamos armadura. ¿Cómo sacudir esas lanzas fijas e inmóviles?

-¿Dónde están las abejas? -exclamé-. Melonia, ¿donde están tus abejas?

Luego vi los lobos que atravesaban la puerta e invadían la calle. Ahogados como gotas de lluvia, sus pies tocaban los adoquines. Mis fosas nasales temblaron con el olor de la pelambre, herboso y húmedo de bosque. Sentí una respiración caliente y olí carne putrefacta. Nos aplastamos contra las paredes para dejarlos pasar. Los lobos no nos prestaron atención. Fueron directamente hacia los soldados, las lanzas en ristre v los arcos tensos. Melonia y Luperca los seguían.

Melonia habló en voz tan baja que no pude entender sus palabras, o mejor dicho su encantamiento. Se dice que los príncipes etruscos, cuando cazan, embrujan a los animales con el sonido de las flautas y los conducen a sus guaridas. Parecía que la voz de Melonia ejercía semejante poder sobre los lobos. A veces, es verdad, un animal se resistía o amenazaba con apartarse de la manada. Pero Luperca, asombrosamente ágil, le mordía los talones y lo ponía de nuevo en la línea. La venerable loba que había amamantado a mi amigo en una caverna y la añosa dríade sin edad: ambas eran reinas.

La línea tembló, las lanzas oscilaron como remos engullidos por una ola. Los arcos largos y tensos se mecieron en los brazos de los arqueros. Y los lobos atacaron. Por encima de las lanzas ondeantes, un cuerpo girando en el aire. Lanzas alzadas para desviar su mortífera caída. La línea se rompió. Los arqueros no llegaron a disparar. Hombres v animales rodaban en la calle: las armaduras chocaban contra las piedras y

tumbaban a los hombres; los animales les saltaban sobre el pecho y les desgarraban la cara desprotegida. Las lanzas eran inútiles, y más aun las flechas. Unos pocos tuvieron tiempo de usar dagas. La mayoria usaban las manos.

Algunos de los hombres se liberaron y echaron a correr. Los lobos los perseguían. Heridos, doloridos, los soldados se lanzaban contra las puertas y golpeaban pidiendo que los dejaran entrar. Las puertas per-

manecieron cerradas.

La ciudad había despertado. En los tejados ardían antorchas. La gente se agazapaba detrás de ellas y miraba el desbande de los tiranos que, pocas horas atrás, habían dominado Alba Longa. Una extraña procesión se formó: Melonia y Luperca con la manada de lobos, una nube de abejas sobre sus cabezas; Rómulo y sus pastores, alzando los cayados en señal de victoria.

Pero la marcha de un ejército es lenta, y Remo aún estaba en el palacio. Ignorando a

los lobos, me acerqué a Melonia.

-Ven conmigo -rogué.

Ella asintió. -Luperca puede cuidar de

los lobos.

En una nube de abejas, corrimos por el mercado de puestos silenciosos, donde mañana el vinatero vendería el vino y el granjero rizuado se apartó de nuestro camino. Un perro ovejero quiso mordernos pero, al oír los lobos, se perdió en un callejón.

El palacio estaba casi a oscuras. El templo de Vesta, enfrente, irradiaba una clara luz desde su hogar eterno. Los leones etruscos grunian en broncinea impotencia. Ningún soldado los custodiaba. La puerta estaba abierta. Entramos al corredor central y, siguiendo una luz, doblamos hacia un salón.

-La sala de audiencias de Amulio dijo Melonia. Señaló un cúrulo de oro y marfil elevado sobre una plataforma de piedra. Un alto candelabro, poblado de lámparas, arrojaba reflejos melancólicos sobre el tapiz que colgaba detrás del trono. Viendo que la sala estaba vacía, me volyi para continuar la búsqueda. Melonia me detuvo.

-Perderemos minutos. Deja que mis abejas lo encuentren. -Alzó los brazos e inscribió en el aire una serie de circulos y lineas, como el revoloteo de las abejas cuando señalan las flores. Las abejas entendieron y abandonaron la sala.

Nos miramos. ¿Dónde estaba la poderosa

38-EL PENDULO

hechicera que había abierto la puerta de una ciudad para dejar entrar el bosque? Como una golondrina tras una tormenta, maltrecha y magullada, se desplomó en el suelo. Le indiqué que se sentara en la silla.

-No -dijo ella-. Amulio se sentaba allí. -Miró las colgaduras color cereza detrás de la silla.- Hasta la tintura es falsa. No es púrpura de Tiro, el color de los reyes, sino la tintura de las trompas marinas.

Me senté junto a ella y la acuné en mis brazos. -Todo saldrá bien -dije-. Pronto lo

tendremos de vuelta.

-Ahora, tal vez. ¿Pero luego? Él siempre sufrirá, siempre estará amenazado.

-Cuidaremos de él.

-Nosotros también somos vulnerables. Aún ahora añoro mis altas paredes de corteza. No puedo abandonarlas por mucho tiempo.

De pronto las abejas regesaron, volando en circulos en la puerta para llamarnos la atención. En el oscuro corredor, las perdimos de vista, pero el zumbido nos guió por varios recodos hasta una escalera que olía a rocas y humedad. Bajamos a un sótano iluminado por una sola antorcha, humeante y con olor a resina. La estancia, a través de una puerte an enerjada, daba a una pequeña celda. La puerta estaba abierta de par en par. El cuerpo de Amulio, aferrando una daga, estaba encorvado como un sapo hinchado en el umbral. Remo se erguía en la celda, detrás del cuerpo.

Vino por mí –dijo, aturdido.

-¿Y tuviste que matarlo?

-No. Ellas lo hicieron. -Señaló a las abejas que se habían posado en el jergón de la celda. Me arrodillé junto al cuerpo y vi las cuñas rojas, un centenar o más, y los ojos cerrados e hinchados.

-Abrió la puerta y dijo que mis amigos venain quería tomarme como rehên. Retrocedí. Desenvainó la daga, y ellas lo atacaron desde atrás como miles de hondazos. Se frotó los ojos, gruñó y cayó al suelo. Entonces llegasteis.

-Las abejas te aman -dijo Melonia con orgullo-. Tal vez algunas vengan de tu propia colmena. Intuyeron el peligro.

Él hundió la cara en el cabelló de Melonia y el la o abrazó con exquisita ternura. Por primera vez, amé el hecho de que el la amara. Parecían dos niños, entibiándose en su abrazo y olvidando que el amor, por fuerte que sea, también es breve, porque está suje-

to a las fragilidades de la carne. Yo queria envolverlos en el círculo mágico de mi propio amor y desviar, como una hilera de escudos, todas las flechas amenazadoras. Pero yo era un fauno, más perecedero que los hombres.

Al fin ella se apartó de él. –Qué pálido te has puesto, encerrado en el palacio. En un solo día, te marchitas como un loto.

-Venid -dije yo-. Debemos encontrar a Rómulo. Está muy preocupado. -Subimos

la escalera.

El palacio estaba atestado de hombres. Proyectando sombras en los tapices de las paredes, recorrían las habitaciones con antorchas y se sorprendían ante tesoros que, para los ojos de un pastor (y también para los mios), rivalizaban con las riquezas de Cartago. Un abanico de plumas de pavo real. Perlas grandes como bellotas. Un espejo cuyo mango era el cuello de un grácil cisne. No se veian guardias ni sirvientes. Debían de haber huido ante nuestra llegada, y el palacio lucía tentadoramente accesible. Los pastores parecían olvidar que habian venido a liberar y no a saouear.

Encontramos a Rómulo en la sala de audiencias de Amulio, y debo señalar que él no estaba saqueando sino, antorcha en mano, tratando de organizar la búsqueda de Remo. Tenía dificultades: sus hombres mostraban más interés en los tesoros encontrados que en los hermanos perdidos. Cuando nos vio, aulló como un galo en tren de guerra. Arrojándome la antorcha, alzó a su gemelo del suelo y lo abrazó con ardor fraternal. A menudo parecía el más tosco de los guerreros, un lobo joven e impulsivo que, a pesar de su tierna edad, de algún modo había salteado la juventud. Pero con Remo no sólo era joven, sino juvenil, y sólo con Remo podía agradarme.

-Hemos tomado la ciudad -exclamó, mientras yo nivelaba la antorcha y me protegía los ojos de la resina chisporroteante-. -;Hermano, Alba Longa es nuestra!

-Y de Númitor-nos recordó Remo-. ; Al-

guien ha visto al rey?

Lo encontramos en una sala en el fondo del palacio, en un diván, la barba blanca extendida sobre un cobertor carmesi. Había dormido mientras caía la ciudad, y aún se creía dormido cuando Remo le explicó lo sucedido y dijo: —Este es tu nieto, Rómulo.

Al fin el sueño se le borró de los ojos. Le tendió los brazos a Rómulo, aunque obviamente no se sentía a sus anchas con este nieto fornido y musculoso que olía a lobos y sangre, que venía a él desde el bosque.

Rómulo y Remo alzaron al rey y, con Melonia y comigio, se dirigieron a la puerta. A lo largo del camino, en corredores y recámaras, Rómulo reunió a sus hombres, y una numerosa procesión salió del palacio. Más allá de los leones etruscos, más de unia evintena de pastores holgazaneaban o estaban sentados en la calle, apostados alli por Rómulo y aguardando su señal para entrar en el palacio. Observaron a Númitor con vara curiosidad.

En el tejado de las casas, los habitantes de la ciudad también aguardaban. Pero los lobos de Melonia aún merodeaban las calles, y las timoratas gentes de Alba Longa, aunque visiblemente commovidas ante la presencia de Númitor, aún no estaban prontas para arriessarse a baiar.

Rómulo se adelantó con Númitor y alzó el brazo del viejo rey en el aire. –¡Pueblo de Alba Longa, recobráis a vuestro rey!

Con un ligero movimiento. Númitor se liberó del abrazo de Rómulo y permaneció solo. Irguió los hombros encorvados y alzó la cara curtida. Olvidando su timidez, los habitantes vivaron como si ellos mismos lo hubieran devuelto al trono. Los pastores callaban: no querían a Númitor sino a Rómulo. ¿Habían luchado para devolver el trono a un viejo que lo había perdido antes que ellos nacieran? Observé el rostro de Rómulo y vi su impaciente deseo de que Númitor hablara al pueblo para abdicar en favor de sus nietos. El Lobo había actuado honorablemente: había proclamado rev a su abuelo. El próximo movimiento correspondía a Númitor.

Entretanto, Melonia nos había abandonado. La vi en la calle con Luperca, reuniendo a sus lobos y abejas como un pastor reúne ovejas. Remo la vio también, pero ella meneó la cabeza: no debía seguirla.

-Está cansada -susurré-. Necesita su

árbol.

—Pueblo de Alba Longa —decía Númitor en voz clara y resonante—, Amulio ha muerto. Mis nietos han vuelto a mí. Un cayado en mi vejez, me avudarán a vivir mis últimos

años, a gobernar sabiamente, aunque sea por breve tiempo. Como rey de Alba Longa, declaro una amnistía para todos los que respaldaron a Amulio. Terminaré mi reinado en paz, tal como lo empecé. Los años

intermedios quedan en el olvido. –Hizo una pausa, o mejor dicho adoptó una pose, alzando los brazos con el estudiado ademán de un mimo. Al parecer un rey, aún en el exilio, nunca olvidaba los gestos de la realeza.

La ovación fue vehemente. -¡Viva Númitor!

-¡Rey de Alba Longa!

La gente bajó de los tejados y se abrió per se combres de Rómulo hasta los pies del rey restaurado. Remo me cerró la mano sobre el hombro. Rómulo palideció. Un murmullo, inadvertido en la ovación general, corrió entre los pastores. Habiamos rescatado a Remo; para mi era suficiente. Pero los pastores que rámulo y Remo habian soñado con el trono desde la niñez.

Las fuerzas del viejo flaqueaban. –Llevadme a la cama, nietos míos. Decid a vuestros hombres que las bondades del palacio les pertenecen. Los vinos, las frutas, los venados. Mañana gobernaré... con vuestra

ayuda. Ahora dormiré.

Mientras Númitor dormía y los hombres de Rómulo recorrian el palació, una salchicha en una mano, un racimo de uvas en la otra, Rómulo, Remo y yo hablábamos en el jardín. Los junquillos, labrados cálices de oro durante el día, habían palidecido con la luna, volviéndose de plata, y parecían derramar claro de luna en la piscina.

Por una vez, Céler estaba ausente de nuestro consejo. Rómulo nos aseguró que no estaba herido, pero nadie lo había visto desde el discurso de Númitor a su pueblo. Andará atrás de alguna mujerzuela –mas-

cullé.

Nos pusimos a hablar de Númitor.

-¿Viste su entusiasmo? -preguntó Remo-. ¡Reinará durante años!

-Entonces construiremos nuestra propia ciudad - anunció Rómulo-. Aunque reinamos con Númitor, no podemos actuar a nuestro modo en Alba Longa. ¿Qué cambios podemos hacer mientras un viejo conserva el trono? Su pueblo no aceptará cambios mientras el viva. Han tenido un tirano; ahora quieren un figurón venerable. Que tengan lo que quieren. Construiremos *nuestra* ciudad en el Palatino. Ya tenemos un círculo de chozas. Añadiremos una muralla, un templo para Marte, luego una sede de gobierno...

-Y un altar para nuestra madre -dijo Re-

mo, entusiasmado con el plan— Un templo para Rumina y un parque para los pájaros y animales. Sin embargo, Rómulo, creo que el Palatino no es la mejor colina. Es verdad que ya están las chozas. Pero algunos de los propietarios son ladrones y asesinos, como bien sabes. Oue conserven sus chozas, pero en la nueva ciudad no habrá sitio para los de esa calaña. ¿Por qué no construirla en el Aventino? Tiene casi la misma altura, está más cerca del bosque de Melonia y sus amigos, que nos dieron la victoria.

Pregunta al padre Marte quién nos dio la victoria -replicó Rómulo-. Melonia ayudó, es cierto. Pero mis pastores, Remo, tomaron la ciudad. Los hombres que llamas

ladrones y asesinos.

-Hombres como Céler son buenos guereros -admitió Remo-Pero no buenos ciudadanos. No quiero faltarle el respeto, Rómulo, pero ¿lo imagina adorando en un templo o sentado en la cámara del senado? Dale una mujer y rebaños, pero dejalo en el Palatino. ¡Construye nuestra ciudad en el Aventino!

-Pedid una señal del cielo -interrumpí. Los dioses, pensé, favorecerían a Remo, que los adoraba a todos y no sólo al dios de la guerra-- Consultad el hígado de una oveja, como hacen los augures etruscos, u obser-

vad los pájaros del buen agüero.

—Muy bien —dijo Rómulo a regañadientes. Pediremos una señal. Una madrugada, la mejor hora para los augurios, subiremos a nuestras respectivas colinas y observarenos el cielo en busca de buitres, las más afortunadas de las aves. Quien vea más escogerá su colina para nuestra ciudad. Ahora, hermano mío, vamos a dormir antes que riñamos.

Los divanes abundaban en el palacio; elegí uno con patas de águila y me dormí, soñando con buitres.

#### V

Con menos resistencia de la que los hermanos había previsto Númitor recibió la declaración de que ambos deseaban construir una ciudad en el Tiber. Advirtiendo sin duda que semejante ciudad constituiría un obstáculo entre Alba Longa y los etruscos -ahora amigables, pero en expansión-, Númitor prometió enviar obreros y materiales, y ya había comprado los rebaños de Tulio y



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los había cedido a los gemelos que por mucho tiempo habían sido sus pastores.

Pero primero se debía elegir un sitio. Al amanecer, tres días después de la captura de Alba Longa, Remo y vo estábamos en la cima del Aventino, buscando buitres. Se había escogido ese día porque estaba consagrado a las Pales, deidades pastoriles que habían dado su nombre al Palatino. Antes del amanecer, Remo había fumigado sus rebaños con azufre para ahuyentar los espíritus malignos y había alfombrado los pesebres con ramas de madroño, amado por las cabras, y guirnaldas de mirto y laurel. Más tarde los pastores del Palatino brincarían sobre hogueras y, mirando hacia el este, rogarían a las Pales. Un día afortunado, al parecer, para los augurios. Pero ¿para quién?

-Me pregunto por qué los dioses gustan de los buitres -dije, arrugando la nariz mientras imaginaba a los pájaros en un festín-. Criaturas tan desagradables.

Remo rio. -Desagradables, sí. Pero útiles. Libran el bosque de cadáveres. y nunca matan

-¿Por dónde vendrán?

-Tal vez no vengan. Son muy raros en esta comarca. Melonia aconseja que observemos el río, donde los animales van a beber

v morir. Él la había visitado diariamente desde la caída de Alba Longa. Su nombre se había vuelto grato aun para mis oídos. En vez de su habitual taparrabos, él vestía una túnica. casi sin mangas, que le caía justo debajo de los muslos, tejida por la dríade con cañas y hojas. Pronto se marchitaría, pero Melonia le había prometido una prenda de lana del color de las hojas para reemplazarla. -Ahora formas parte de mi árbol -había dicho ella-. Hojas verdes, túnica verde. Llevas el bosque contigo.

-Pero ¿cómo sabrá Rómulo si realmente vemos la cantidad que decimos?

-Aceptará nuestra palabra -dijo Remo, sorprendido.

-¿Y tú aceptarás la de él?

-Por cierto.

-Para él es muy importante construir en el Palatino.

-Lo sé. Pero jamás nos mentiría.

-Remo, ¿alguna vez has pensado en construir tu propia ciudad... sin Rómulo? No será fácil gobernar con él. Si ganas tu colina, será aun más difícil. ¿Y cómo te librarás

de hombres como Céler? ¿O cómo lograrás que se comporten si son incluidos?

-Construiré con Rómulo o no construiré. Es mi hermano, ¿Te das cuenta, Silvano, de que compartí con él el mismo seno materno? Nunca hemos estado separados.

-Lo amas profundamente, ¿verdad?

-Es uno entre tres. Tú, Rómulo, Melonia, Amo a Melonia como a alguien más allá de mí, una diosa o una reina. Hojas verdes enlas ramas más altas de un árbol. La amo con reverencia y un poco de tristeza. A ti te amo, Silvano, como alguien cercano y entrañable. Un fuego en una noche fría. Hogazas de cebada cociéndose en el hogar. Tú nunca me juzgas. Contigo soy casi más yo mismo. ¿Y Rómulo? Las columnas de piedra de un templo. El bronce de un escudo. Cosas duras, sí. Pero fuertes y necesarias.

-Tú eres muy diferente de Rómulo. Él no es siempre un escudo. Él es... -escogí mis palabras con cuidado, pues no deseaba ofenderlo-. Él es impetuoso en ciertos sentidos

-Lo sé -dijo con tristeza-. Y yo trato de frenar ese ímpetu. A cambio, él me da co-

-¿Coraje, Remo? Tus propias agallas son suficientes. Nunca te vi titubear cuando sabías que era lo correcto.

 Tú no puedes ver mi corazón. ¡A veces brinca como una langosta! Pero Rómulo no tiene miedo.

Entonces tú eres el más valiente, pensé. Tú dominas el miedo, mientras que el coraje de Rómulo es irreflexivo, instintivo. Pero no dije nada; él sólo se habría burlado de sí mismo.

Y entonces los vimos: muy alto por encima de la turbulencia anaranjada del Tíber, seis buitres volaban hacia el norte. Aves torpes, desagradables -yo no había cambiado de parecer- pero, oh, cuán bienvenidas.

Remo, has ganado! -exclamé-. Aun si Rómulo las ve, nosotros las vimos primero. Vuelan hacia él, no desde allá.

Corrimos colina abajo y trepamos por el Palatino, pocos cientos de yardas al norte.

-Despacio, Pájaro Carpintero -grité-. Esa túnica te ha dado alas.

Él rio y se arrancó una hoja de la cintura.

-¡Toma mis plumas y vuela! En un remolino de hojas y polvo, irrum-

pimos en el círculo de chozas y encontramos a Rómulo, que esperaba en la parte más elevada de la colina con un pequeño grupo de hombres.

-; Seis! -exclamó Remo-, :Rómulo, vimos seis al mismo tiempo!

Rómulo pareció sorprendido, pero habló con calma. - También nosotros. Justo antes que llegarais. -Su rostro revelaba al fin el nacimiento de una barba, una pequeña V negra bajo la barbilla. El muchacho ambicioso, impaciente en su espera, se había convertido en un hombre que, no menos ambicioso, había dejado de esperar.

Deben de haber sido los mismos seis.

Volaban hacia aquí.

-No importa. Aún cuentan.

-Entonces hemos empatado. No –intervino Céler– Nosotros vimos doce. -Torció la boca en la caricatura de una sonrisa, pero sus ojos chatos estaban

-¿ Doce? : Nunca hubo tantos cerca de es-

tas colinas!

Rómulo iba a hablar, pero Céler continuó. -Hoy los hubo. Los seis que acaban de pasar v. antes que ellos, seis más. Aun más grandes... grandes como águilas. Volaron en círculos dos veces para asegurarse de que los viéramos. Enviados por los dioses, ¿verdad. Rómulo?

-¿Es verdad? -preguntó Remo a su her-

Rómulo se exasperó. -Claro que es verdad. Céler te lo ha dicho. Y puedo construir la ciudad donde vo decida.

Remo palideció y habló con esfuerzo. -Constrúvela pues. -Debía de ser claro para él que Céler había mentido y que Rómulo. aunque vacilante al principio, había repetido la mentira. -Silvano -me dijo a mí-. Vov

a la caverna.

Echamos a andar colina abaio. A nuestras espaldas Rómulo daba órdenes. -Encontrad un toro y una novilla. Marcaremos con un surco los límites de la nueva ciudad. Pero primero celebraremos la festividad de las Pales. Céler, abre el vino. Y el resto, preparad hogueras.

Los hombres gritaron hurras y pusieron manos a la obra. Después del festín, Rómulo unciría los animales a un arado con punta de bronce y los conduciría alrededor de la base de la colina donde se proponía construir las murallas, dejando un espacio para la puerta. La superficie encerrada por el surco sería terreno afortunado. Quien cruzara el surco en vez de entrar por la puerta

designada atentaría contra la suerte de los constructores y permitiría la invasión de espíritus hostiles.

Remo calló hasta que llegamos a la caverna. Se acostó en el jergón y Luperca, como si oliera problemas, se tendió junto a

-Puedes construir tu propia ciudad -sugerí. No, avudaré a Rómulo. Pero primero

debo comprenderlo.

-Sé como te sientes. Tu colina era la

meior. Me miró. -La colina no es importante. Rómulo mintió. Eso es lo importante. Está construvendo la ciudad sobre una mentira v

los hombres lo saben. -Nadie se opuso. Les gusta el Palatino. -Eso es lo malo. Lo sabían y no dijeron

nada.

Lò deié solo toda la mañana y esperé bajo la higuera. Una vez miré hacia la caverna. Tenía los ojos abiertos, pero no parecía verme, ni oír los festejos en la cima de la colina.

-Rumina -dije, más conversando que orando-. Tú eres la diosa de los animales lactantes. Pero tu árbol se yergue a nuestra puerta. Olvida por un tiempo a los corderos

v avuda a mi amigo.

En la tarde, trepé a la higuera y tomé un poco de miel en un cuenco redondo, de arci-Îla. Las abejas, intuyendo tal vez para quién era (o instruidas por Rumina misma), no se opusieron. En la caverna me arrodillé junto a Remo.

-Cómela -dije de mal humor-. Ya has

meditado bastante.

Él sonrió, se incorporó y tomó el cuenco. Se lo llevó a los labios como si fuera leche. pues amaba la miel de sus propias abejas, y vació el cuenco.

–Ahora –dijo– avudaré a Rómulo con sus murallas. Pero antes quiero ver a Melonia.

-Te esperaré aquí.

–No, ven conmigo. -Sin duda querréis hablar a solas. ¿A

quién le interesan las grandes orejas de un fauno en tal ocasión?

–Ella ha llegado a amarte. Además... –La sonrisa se le borró. -Quiero que estés conmigo. Es algo que siento... soledad, miedo, no sé bien qué. Te quiero conmigo.

En el bosque más allá del Aventino, nos topamos con Céler y tres de sus amigos, apoyándose unos en otros y batiendo las matas con tanto bullicio que los lagartos

turquesa volaban en todas las direcciones. Al vernos se detuvieron, y Céler lució más sobrio por un instante. Sonrió forzadamente. –Orejas Grandes y Pájaro Carpintero –dijo. Os perdisteis nuestra fiesta. Los dioses se ofenderán

-Ya están ofendidos -dijo Remo, sin detenerse-. Pero no por Silvano y por mí. -Los festejantes emprendieron el regreso al Pala-

tino con asombrosa firmeza.

De pronto recordé que Céler me había preguntado dónde estaba el árbol de Melonia. Yo no le había dicho, pero la noche de los lobos él había désaparecido de Alba Longa. Me pregunté si la habria seguido hasta su casa y hoy, envalentonado por el vino y los amigos, habria regesado para invadir el árbol. – Remo –dijero, ¿piensas que ha encontrado el árbol?

Echamos a correr. Las ramas del roble de Melonia se extendían como una ciudad que ha crecido sin planificación, los templos y arcadas confundidos en tosca belleza. Desde lejos, nada sugería una invasión

Nos acercamos al tronco.

-Esa rama baja -dijo Remo tensamente-.

Creo que empieza a marchitarse.

-Muy poco sol -dije, pero sin convicción.

Se puso a llamar.—¡Melonia! ¡Melonia! Examiné el suelo buscando rastros de fuego u otro medio de ataque, pero el tronco estaba intacto. Alrededor del altar, sin embargo, había señas claras de Céler y sus amigos: junquillos aplastados, piedras volcados al y, sí, habían entrado en el túnel; apesta-

ba a vino.

El silencio y el desorden reinaban en el cuarto de Melonia. A ella la encontramos junto al diván, un cuerpo menudo y blanco ennegrecido por magulladuras y tendido, incongruentemente, en un lecho de pétalos de narciso. Remo la acostó en el diván y le alisó el cabello enmarañado, donde los pétalos se habian adherido como para echar raíces en su generosidad. Ella abrio los ojos.

-Pequeño pájaro -dijo-. ¿Quién cuidará

de ti? -Eso fue todo.

Él le cubrió el cuerpo con pétalos y le besó la boca, que ya no podía sentir las magulladuras. –Nunca pensé que viviría

más que tú -dijo.

Volví la cabeza pero oí su llanto. ¿O era la columna de abejas que entraba por la ventana abierta, el bosque llorando a su reina, y por el rey que la había amado? Los pastores dicen que las abejas dicen sólo lo que está en nuestro corazón: nuestra congoja, nuestra alegría, no la de ellas. Que el murmullo es siempre igual, y somos nosotros quienes lo oscurecemos o aclaramos con nuestro ánimo. Tal vez, pues, vo oía mi propio llanto.

La dejamos en el árbol con las abejas.

-Ella no querría que la sacaran -dijo Remo-. El roble muere. Irán a la tierra juntos.

Miramos el árbol y ya parecía que el deterioro trepaba hacia las verdes y soleadas torres. –¿Oíste lo que dijo? –preguntó Remo.

Le apreté la mano. –Sí. Sí, pequeño

pájaro.

Cuando llegamos al Palatino, Rómulo había dispuesto a sus hombres alrededor del pie de la colina. En un corto espacio, la puerta había dejado la tierra intacta. Totalmente desnudo bajo el caliente sol de abril, se inclinaba sobre el arado, los muslos macizos perlados de sudor. Le rodaban gotas por la barba. Lucía muy fatigado, y muy majestuoso.

Con piquetas y palas, los pastores estaban trabajando dentro del circulo. Rómulo había capturado el numen, o magia de los dioses. Ahora debían construir murallas y proteger la magia. Cantaban mientras cavaban. Céler y sus amigos con más fuerza que

los demás:

Rómulo, hijo de Marte, el dios de la lanza. Criado por la loba gris...

Céler interrumpió su trabajo al vernos. Soltó la pala.

Deteniéndose fuera del círculo, Remo exclamó: «Rómulo, tus murallas son inútiles, la suerte se ha ido. ¡Hay un asesino dentro! -Saltó sobre el surco. Los pastores lo miraron horrorizados. Yo mismo, cerca de la puerta, me sorprendí de su atrevimiento. Se lanzó sobre Celer. Céler recobró la pala pero Remo lo detuvo, se la arrebató de las manos, y lo tumbó con un golpe en el hombro.

Rómulo tomó la pala del pastor que tenía más cerca. –¡Idiota! –le gritó a Remo-. Eres tú quien ha malogrado nuestra suerte. Lu-

cha conmigo, no con Céler.

-Apártate de mí-advirtió Remo. Pero no hizo nada para defenderse de Rómulo; esperaba a que Céler, aturdido pero consciente, se pusiera de pie.

Rómulo lo golpeó con el dorso de la pala. Vi los ojos de Remo. Sorpresa, eso era todo. No miedo ni furia. Entonces cavó. En el bosque, una vez, oí el grito de una loba cuando un pastor le mató los cachorros. Todo dolor, todo ansiedad. Un grito de los órganos vitales del cuerpo, como si la roja v rápida palpitación pudiera arrebatar los cachorros de la muerte. Así gritó Rómulo, arrodillándose junto al hermano. En el pelo de Remo, las manchas eran de tierra, no de sangre; el suelo se mezclaba con los girasoles. Pero el tallo estaba roto.

Tomé la pala de Remo. -Levántate -le dije a Rómulo-. Voy a matarte.

Él me miró a través de las lágrimas. -Sil-

vano, ojalá lo hicieras. Creo que fue Remo quien frenó mi mano.

Nacidos de un mismo seno materno, había dicho Rómulo, su hermano, su columna y escudo de bronce. En vez de matarlo, me arrodillé a su lado. Turbados y repetuosos, los pastores nos rodearon, y Fáustulo apoyó la mano en el cuello de Rómulo.

–Hijo mío, no querías hacerle daño. Déjame preparar el cuerpo para la sepultura.

Rómulo meneó la cabeza. -Primero debo hacer las paces con él.

-¿Y tú, Silvano? -Permaneceré con Remo.

Los hombres treparon la colina. La luz del sol se desvaneció y las sombras vinieron a velar con nosotros. En alguna parte una vaca mugió con tranquila insistencia. Es tarde, pensé. Espera a que Remo la ordeñe. -Debe tener un sitio para la noche -dije-.

Nunca le gustó la oscuridad.

Rómulo se movió. Creo que se había olvidado de mí. -¿La caverna?

 No. Allí estará solo. Lo llevaremos al árbol de Melonia. Céler la mató, sabes... él y sus amigos.

Me miró con atónita comprensión. -Por eso Remo lo atacó. Morirán por esto, Silvano.

En la caverna encendí una antorcha con fragmentos de pedernal y regresé a ver a Rómulo, Luperca me siguió, Rómulo le acarició la cabeza.

 Vieja madre –dijo–, tú también lo amabas. –Alzó a su hermano y lo sostuvo ligeramente, el pelo de Remo contra la mejilla.-Su pelo huele a trébol.

-Lo sé. Caminamos despacio (Luperca estaba muy débil) y llegamos al fin al árbol. Temblorosa pero callada, ella esperó frente a la caverna

Lo tendimos en el diván junto a Melonia. Apreté la mejilla contra el hombro donde, en mi niñez, había buscado calor y amor. Le crucé los brazos como si fueran alas plegadas.

Pequeño pájaro -dije-, le recriminaste a Melonia tener que vivir más que ella. Pero soy yo el que recibió tu castigo. Toda tu vida fue amor... excepto esto. ¿Dónde está tu ciudad, amigo?

–En mí –repuso Rómulo.

Me volví furiosamente hacia él. -; En ti? Luego lo lamenté. Le corrían lagrimas por los ojos. No intentó ocultarlas. Pensé que iba a caerse v tendí la mano. Él la aferró v conservó el equilibrio.

-¿Crees que sólo quiero murallas y ejércitos? -dijo-. Al principio era así. Esta mañana era así, cuando mentí sobre las aves. Pero entonces tenía a Remo: parecía que lo tendría siempre. Hiciera lo que hiciese, él me amaría siempre. No necesitaba más gentileza que la de él. Ahora se ha ido... a menos que lo capture en mi ciudad. Una gran ciudad, Silvano. Los hombres la llamarán Roma, por mí, v sus legiones conquistarán el mundo: Cartago y Cerdeña, Karnak, Sidón v Babilonia. Pero sus carreteras no sólo llevarán ejércitos sino leves, no sólo conquista sino sabiduría. ¿No ves, Silvano? Remo vivirá en nosotros y la ciudad que construyamos. ¡Regresa conmigo, pequeño Fauno!

¿Dónde está el pájaro de fuego? En la alta y verde llama del ciprés veo su sombra, aleteando con las golondrinas. En la ciudad que puebla el Palatino, donde los faunos caminan con los hombres y los lobos son alimentados en los templos, oigo el roce de sus alas. Pero ésa es su sombra y su sonido. El pájaro en sí se ha ido. Sus alas baten siempre más allá de mis manos, v el viento posee su grito. ¿Dónde está el pájaro de fuego? Mira, arde en el cielo, con Saturno y la Edad de Oro, Iré a encontrarlo,

#### AGRADECIMIENTOS

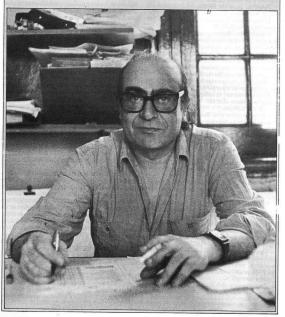
Deseo expresar mi especial deuda con Romulus: Builder of Rome de Alan Lake Chidsey y con The Life and Times of Tarquin the Etruscan de Carlo Maria Franzero. T.B.S.

Título del original en ingles: Where is the Bird of Fire? @ 1962 by Nova Publications; del libro del mismo título, © 1970 by Thomas Burnett Swann, Traducción de Carlos Gardini.

ENTREVISTA DE CRISTINA SISCAR

## MARIO LEVRERO

LAS REALIDADES OCULTAS



Habla y mira hacia adentro. El acto de escribir sería para él él ejercicio de objetivación de esa mirada: clavar la pluma en las fisuras que el confort cotidiano se empeña en encubrir con rutina y eufemismos.

Jorge Mario Varlotta Levrero nació en Montevideo en 1940 y vive en Buenos Aires desde hace dos años. Librero, fotógrafo, actualmente jefe de redacción de la revista Cruzadas, sus libros aparecieron y desaparecieron en colecciones efimeras. Ha publicado tras resultes ("tribucios inclusivos inclusivos").

publicado tres novelas ("trilogía involuntaria"): La ciudad (montevideo, 1970), París (Bs. As., 1979), (El lugar (Bs. As., 1982) y tres tomos de cuentos: La máquina de pensar en Gladys

(Montevideo, 1970), Todo el tiempo (Montevideo, 1982), Aguas salobres (Bs. As., 1983), además del folletín Nick Carter, la historieta Santo varón, un Manual de parapsicología y varias letras de canciones sui generis musicalizadas por Leo Masliah, firmadas como Mario Levrero o Jorge Varlotta.

La condición del escritor, el concepto de realidad, la literatura fantástica y de ciencia ficción son algunos de los temas que motivaron esta conversación.

El Péndulo: Hay quien te inscribe dentro de la corriente de la literatura uruguaya que Ángel Rama denominó "los raros".

Mario Levrero: Yo no figuro entre los autores reunidos por Rama en esa antología, porque cuando apareció yo empezaba a escribir y no había publicado nada todavía. Pero algunos críticos posteriores me ubican en esa corriente.

El Péndulo: ¿Y vos te considerás un raro dentro de la literatura rioplatense?

Levrero: Me consideraba un poco raro cuando escribí el primer texto. Yo no tenía muchas lecturas, v menos autóctonás, y me parecía que lo que vo había escrito no tenía nada que ver con la literatura uruguaya, lo veía completamente descolgado. Entonces un amigo me dijo: "No seas pretencioso, leé a Felisberto Hernández". Leí a Felisberto y encontré parentescos. Después seguí buscando ese tipo de literatura, y me di cuenta de que lo que yo escribía no era

El Péndulo: ¿Qué fue lo primero que escribiste? Levrero: La ciudad. En todo caso, fue lo primero

que conservé.
El Péndulo: Varias veces
declaraste que tu literatura
es realista. Si la compararas con lo que la crítica llama realismo, ¿seguirías
sosteniendo lo mismo?

Levrero: Lo que pasa es que no tengo muy leídos a los críticos, ni tengo mucho interés en leerlos tampoco. Lo que recibo de la crítica es, en general, una sensación de tangencialidad.

El Péndulo: Pero, ¿qué diferencia establecés entre Kafka y Benedetti, por ejemplo?

Levrero: Y... Yo a Kafka lo considero un realista y a Benedetti un best-seller.

El Péndulo: Me parece saludable que amplies el concepto corriente de realismo, abarcando zonas de la realidad que van más allá de lo aparente y convencional.

Levrero: Claro, vo tra-

bajo con procesos interiores. Cuando empecé mi primer libro, mi amigo Tola Invernizzi me decia: "¡Secia guiloi". Y yo miraba hacia adentro para ver qué habia. Si habia algo, podía seguir escribiendo. Siempre hay un material preexistente que podemos encontrar dentro de nosotros, si lo buscamos. Considero que este mundo subjetivo no debe excluirse del concepto de realidad.

El Péndulo: Se trataría de una literatura de introspección.

Levrero: Por supuesto. El Péndulo: Pero en muchos cuentos se subjetiviza la realidad exterior, la interioridad la invade.

Levreno: Es difícil de diferenciar. Interviene un yo literario que no es el yo habitual, con el que no podría escribir. Tengo que llegar a un estado casi de trance para que aflore esa otra persona que escribe, aunque también hay invasiones autobiográficas y de lo exterior... Del mismo modo, hay objetos exteriores que simbolizan objetos o procesos interiores. Yo nunca sé bien cuándo un objeto es un objeto de afuera o cuándo expresa algo que no tiene ningún otro lenguaje que lo exprese

El Péndulo: La obsesión de la vida cotidiana dentro de un ámbito cerrado (generalmente una casa que a veces toma proporciones de ciudad o casa interminable), su descripción minuciosa, se traduce en lenguajes que parten de la acumulación lógica de imágenes de objetos v sensaciones, pasan por la asociación libre, y alcanzan, en algunos casos, el collage más desenfrenado, como en el cuento "La toma de la Bastilla o Cántico por los mares de la luna". ¿Cómo escribiste ese cuento?

Levrero: Por lo que puedo recordar, sufría una sensación muy opresiva con relación a la luna. Algo me hacía salir a la calle, v cada vez que salía v veía la luna llena, inmensa, era como si hubiera encontrado lo que estaba buscando. Me obligaba a yagar por la ciudad. amparado por esa presengia, pero muy angustiado. Siempre me quedaba la impresión de que alguna cosa debía hacer con eso. Después de no sé cuántas lunas, empecé a dibujar algo; necesité salir a la calle y ver la luna; y cuando volví, me puse a escribir el cuento de un tirón. Está escrito la noche de un trece de julio v la mañana del catorce, que era para mí un aniversario afectivo, aparte de ser el día en que se celebra la Revolución Francesa, Cuando reparé en la fecha puse la frase final y el título que, ahora se me ocurre, impriNo necesito tanto tiempo para escribir como para llegar a escribir. Me hace faita cuttivar mucho el ocio, mirar por la ventana..."

men otra dimensión a lo narrado, aunque parezcan estar fuera de texto.

El Péndulo: ¿Qué sería para vos la literatura fantástica?

Levrero: Bueno, tendría que cumplir con algunas leyes: por ejemplo, la existencia de un personaje sobrenatural.

El Péndulo: Creo que en los cuentos fantásticos de Borges no hay ningún ser sobrenatural.

Levrero: ¿Cuáles son los cuentos fantásticos de Borges?

El Péndulo: Dame algún ejemplo de literatura fantástica.

Levrero: Es un género que me gusta muy poco. No sé, ciertos cuentos de Hoff-

mann...
El Péndulo: Bueno, desde el clásico modelo anglosajón del siglo XIX el relato
fantástico ha experimentado una evolución, se ha
abierto a otras posibilidades. Afortunadamente, los
límites entre realidad y
fantasía son ahora más imprecisos. Entre nosotros,
Cortázar y otros autores
han contribuido a liberar a
nuestra literatura de esa
vieia dicotomía.

**Levrero:** Me hacés pensar en la novela *La luz argentina* de César Aira, de lo mejor que he leído en los últimos tiempos. Todo lo que sucede es cotidiano,

pero contado de una manera que podría decirse fantástico. El título hace referencia a los cortes de luz que hay todos los días. Cada vez que ocurren, la mujer del protagonista que está embarazada-se queda fígida, entra en una especie de trance. Así diariamente. Y la novela es esce: no avanza.

El Péndulo: ¿Te interesa la ciencia ficción?

Levrero: He leído algunas obras excepcionales: todo Cordwainer Smith. El hombre demolidade Alfred Bester Hacedor de Estrellas de Olaf Stapledon, Ciudad de Clifford Simak. Pero, en general, la ciencia ficción no me interesa. Pienso que es un género comercial que se justifica en EE.UU. Entre los subgéneros, la novela policial me parece más honesta, menos artificial. La ciencia ficción es el invento de un editor.

El Péndulo: Alguien puso un rótulo a algo que se venía haciendo desde hace mucho. Cuando Poe escribió el primer relato policial, no imaginaba la plata que ganaría más tarde el Séptimo Circulio. Con respecto a la ciencia ficción decías, en las respuestas a un cuestionario, que "enseña a aceptar con facilidad los cambios de nuestro tiempo".

Levrero: Sí, a mí me sirvió. Hay una visión del hombre, de la humanidad, que puede parecer terrible, pero en el fondo es bondadosa. Te saca de la problemática individual y te conecta con el universo. Ay dentro de ese universo hay una tendencia positiva, aunque quepa el desastre. Con la anticipación del futuro, la introducción de la tecnología y de otros espacios, moviliza la imaginación para facilitarte la adaptación a lo que ya nos toca vivir.

El Péndulo: Vos escribiste un Manual de parapsicología: ¿Es un material que empléas en la produc-

ción literaria?

Levrero: No. Me sirvió para liberarme del interés por la parapsicología. Al ponerle punto final, empe- cé a experimentar con menos frecuencia los fenómenos y me interesé mucho menos en su explicación.

El Péndulo: ¿Leés literatura escrita en español?

Levrero: Poca, Casi todo lo que leo son traducciones: Dostoievski, Chejov. Graham Greene... Ahora estov preparándome para una tercera lectura del Ulises de Joyce; la segunda fue muy placentera. Y acabo de descubrir a Beckett, Pero desde que vivo en Buenos Aires dispongo de muy poco tiempo. Casi no escribo, porque no tengo una clara conciencia de la identidad ni del tiempo transcurrido. En realidad, no necesito tanto tiempo para escribir como para llegar a escribir. Me hace falta cultivar mucho el ocio, mirar por la ventana (y aquí ni siquiera hay ventana). Así que leo novelas policiales. que es lo que me descansa. Hasta hace poco el promedio era de una por día. Yo me formé con las novelas del Séptimo Círculo.

El Péndulo: Creo que eso se nota en tus textos: un español de traducción. En última instancia, no son las palabras lo que te interesa, ¿no?

Levrero: No. Precisa-

de evasión, de escape, y literatura de integración, de liberación de zonas reprimidas..."

mente, yo le decía a Marcial Souto el otro día que en mis textos se pueden cambiar todas las palabras por otras equivalentes, sin riesgo de alterarlos. Porque la narración funciona a base de imágenes.

El Pendulo: Si tenemos en cuenta tu formación, los géneros menores que alimentan tu literatura (folle-tin, historieta, canción popular) y que además cultivás, las ediciones y la circulación de tus libros, ¿podrámos decir que representás al escritor marginal?

Levrero: Claro. Lo que corre parejo con la dificultad para asumirme como escritor. Durante quince años lo negué ferozmente.

El Péndulo: ¿Por qué? Levrero: Una terapeuta me dio una explicación; me dijo que escribir es matar al padre. Parece que hay una culpa que a uno no le permite aceptarse como escritor.

El Péndulo: ¿Qué hacía tu padre? Levrero: Era profesor de

inglés, y durante mucho tiempo fue también empleado de tienda. Leía poco. No le interesaba el arte, aunque decía que lo respetaba.

El Péndulo: La creación artística, al inventar sus propias leyes, puede atentar contra la Ley. ¿Te parece que la condición del artista es la marginalidad?

Levrero: No sé. A mí, por ejemplo, Kafka me permitió, me dio permiso para reconocer que vo veía la realidad como él la veía. Yo tenía esa visión del mundo. pero no me animaba a comunicarlo, ni siquiera a mí mismo. Hay literatura de evasión, de escape (yo la consumo y la evasión me parece lícita) y literatura de integración, de liberación de zonas reprimidas. Disto mucho de tener conocimientos sociológicos para responder de otro modo a tu pregunta. En mi caso digamos que se trata también de una automarginación. Yo no hice nada por promover mis libros ni por editarlos. Fue principalmente Marcial quien se interesó en que aparecieran.

El Péndulo: De acuerdo. pero hay ciertos rasgos socioeconómicos y culturales de nuestro medio que exceden la voluntad del escritor y marcan el carácter de la actividad literaria. Pensaba en "El matadero", considerado el primer cuento argentino, que fue publicado por primera vez en la revista Río de la Plata en 1871, veinte años después de la muerte de Echeverría en el exilio v más de treinta años después de haber sido escrito.

Levrero: Si, ese ejemplo es válido. A mí se me conoció un poco en Uruguay por 
la publicación de mi novel 
la El lugar en un número de 
El Péndulo, Y luego me favoreció la tercera edición 
de La ciudad, publicada 
por Banda Oriental, que se 
distribuyó en un circulo de 
cinco mil lectores asegurados.

El Péndulo: ¿Qué son las 'Confusiones cotidianas''?

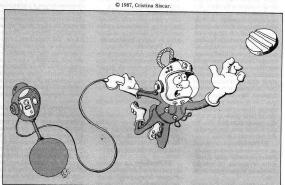
Levrero: Ese texto lleva un agradecimiento a un poeta argentino, Federico Raúl Urman, con quien me carteaba cuando yo estaba en Uruguay. En un cuento suyo encontré una sutil torsión de una situación cotidiana que crea una especie de zona de terror. Eso me estimuló para idear esta serie de relatos. Por otro lado. el título se debe al texto de Kafka "Una confusión cotidiana"; allí también encontramos situaciones que sufren una torsión, como si lo cotidiano se rebelara v atacara a quien lo vive y padece.

El Péndulo: Próximamente aparecerán dos novelas tuvas en De la Flor. ¿Podrías describir cómo están escritas?

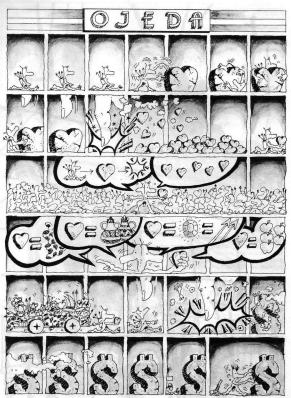
Levrero: Fauna tiene es-

tructura de novela policial, pero integra elementos parapsicológicos y psicológicos también. En la otra. Desplazamientos, enfrento el conflicto con la figura paterna. Tenía un título provisorio: La sombra, debido a que el protagonista. al ir por un corredor, ve el perfil del padre en la sombra que de su perfil proyecta una lamparita. Lleva una cita de Jung a propósito de la sombra como representación de la parte del ser opuesta al yo, más que mala, avara y mezquina. Cuando estuvo terminada no me gustó; la juzgué, precisamente, mezquina y con poco peso. Sin embargo, en todo ese material desentrañado a partir de la imagen muy breve de un sueño, había algo que ejercía una cierta fascinación. Entonces traté de ver

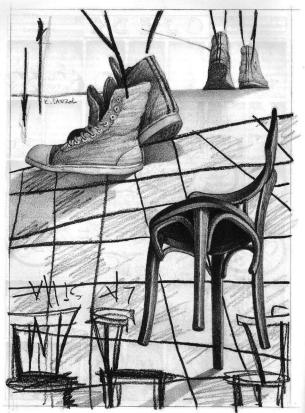
en qué residía el fracaso. Por lo general, cuando llego a una situación que vo Îlamo nudo, donde el protagonista termina de vivir una peripecia y se abre otra, intuyo que hay varios caminos para empezar la nueva; v todos los caminos tienen el mismo valor. Recordé que, mientras escribía la novela, al llegar al nudo no había elegido siempre con total sinceridad el camino a seguir. Entonces volví a escribirla. agregando nuevas soluciones posibles. Iba a ponerlas como un apéndice, pero finalmente las integré en la novela. O sea que uno viene levendo v en determinado momento se repite un fragmento que toma por otro camino que se trunca o se continúa más adelante. Es una obra ramificada. Ahora me siento satisfecho



50-FI PENDUIO



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

## Mario Levrero

# CONFUSIONES COTIDIANAS

ILUSTRO KIKE SANZOL

Esta serie debe su inspiración a un relato brève del poeta bonaerense Federico Raúl Urman, y el título de la serie, desde luego, a Franz Kafka. Quedo muy agradecido a ambos.

M.

1

Como todas las mañanas, Nodríguez se dirigia caminando a su oficina cuando, al cruzar la calle, fue pisoteado por una estampida de búfalos salvajes. Por la tarde, un titular del diario decia: "FATAL ACCIDENTE DE TRANSITO: NODRIGUEZ ARROLLADO POR UN CAMION".

entre la gente hasta donde estaba su marido, pero no lo encontró. El dueño de casa fue
hasta el recibidor para despedir a unos invitados que, según su esposa, lo esperaban
para saludarlo al retirarse, pero ellos al parecer ya se habían ido; buscó con los ojos a
su esposa para que le explicara el error de su
información, y ella no estaba. La señora
Mernández, preocupada por la desaparición de su esposo, buscó al dueño de carsa para comunicarle que se retiraba; la casa,
para comunicarle que se retiraba; la casa,
sin embargo estaba vacía. Los ojos que reco-

marlo, pero ya no estaba. La señora Mer-

nández, que vio la escena, se acercó por

2

El mozo pasó a su lado con la bandeja de saladitos; Mernández se dio vuelta para lla3

rrían el texto esperando una continuación

de la anécdota,

Xernández se quitó la máscara de Xonzález con una carcajada feroz. Sin embargo, la

reunión no pareció desconcertarse. Xutiérez se quitó la máscara de Ximénez, Xérez la de Xópez, Xonzález la de Xérez, Xópez la de Xutiérrez y Ximénez la de Xernández, y así prosiguieron deliberando y la propuesta inicial de Xernández fue desde luego derrotada.

4

Viene y se sienta en una silla. Yo me acerco y le indico que esa silla me corresponde. El se levanta de la silla y busca otra, pero advierte que están todas ocupadas; queda de pie. Yo no me siento.

5

-No sé si me comprende lo que quiero decir, Yodríguez -dijo Yonzález. Yodríguez seguía mirando el largo papel lleno de cifras y meneaba la cabeza como si todavía siguiera escapándosele un elemento clave para la visión de conjunto del problema. Yonzález entonces se arremangó la pierna derecha del pantalón, dejando a la vista una pantorrilla peluda y la parte superior de un calcetín a delgadas rayas verticales rojas y blancas, y luego se quitó ambas piezas de la dentadura postiza, que manejó como un par de castañuelas, arrancándoles breves y rápidas sonoridades secas mientras con el pie derecho trazaba una especie de semicírculo formado por los puntos en que el pie tocaba el suelo al levantar y dejar caer rítmicamente la pierna, en forma coordinada con el sonido de castañuelas que hacían los dientes. El rostro de Yodríguez se iluminó.

-Perfectamente, señor Yonzález -dijo,

con una sonrisa-. Perfectamente.

6

-Entrecôte con ensalada, por favor -dice al mozo el señor Lernández. Después de unos minutos, aparece el mozo y le pone por delante, sobre un plato, un enorme paraguas negro, cerrado; y a un costado el plato con la ensalada.

El señor Lernández se siente confuso. Quisiera soltar una gran carcajada, pero teme al ridículo. Imagina que el mozo está loco (ahora el mozo se ha retirado, y nadie

54-EL PENDULO

en el restaurante parece advertir nada anormal), pero también piensa que puede tratarse de una broma. Es posible, piensa, que el dueño del restaurante, de origen húngaro, lo haya tomado por un paisamo suyo, y le haya gastado esta broma por algún curioso juego de palabras: su pronunciación del francés no es buena, es posible que entrecó-te o algo que suene parecido tenga en húngaro el significado de "paraguas"; vaya uno a saber. El seño Lernández trata de mantener, sobre todas las cosas, su dignidad. No pide explicaciones; y aq que todo el mundo toma la escena como algo normal, el hará lo propio. Llama al mozo.

-Disculpe -le dice-, pero he cambiado de

parecer. Preferiría cenar pato a la naranja.

—Muy bien, señor –responde el mozo con total corrección, y retira los platos de la mesa. Vuelve al poco rato con una generosa

porción de pato a la naranja.

El señor Lernández ha quedado confuso. Ya en su casa, recuerda borrosamente la escena del paraguas; como un sueño. No se atreve a comunicársela a nadie. Tal vez entrecote no quiera decir nada en húngaro, y nadie le creería; lo tomarían por loco o por un mal bromista.

Días después, siempre con ese foco de inquietud en su espíritu, el señor Lernández resuelve invitar a cenar a un amigo; desde

luego, en ese mismo restaurante.

-Te asombrarás -le dice, y agrega que

debe permitirle, por esa única vez, pedir él, Lernández, la cena por los dos. Pide, desde luego, entrecôte con ensalada. Cuando el mozo regresa —es el mismo

mozo de la vez anterior-, trae dos platos con entrecôte y dos platos con ensalada.

Durante la cena, el amigo comenta:

-Por cierto, me parece una cena excelente. Pero -agrega, con un tono y una expresión que rellejan duda, como si se sintiera defraudado o como si no pudiera comprender cabalmente la intención del señor Lernández-, pero no veo que tenga nada de asombroso.

7

-Por favor, no vaya a asustarse: soy diabético-dijo el hombre que había entrado por la ventana del dormitorio, y la mujer contuvo el grito en su garganta. El hombre salió tranquilamente por la puerta de calle. La

mujer quedó un rato pensativa, sus manos todavía aferradas a la sábana que había subido hasta el mentón, y luego, de improviso, comenzó a gritar, y gritó hasta que vinieron los vecinos.

8

En el baile de máscaras, Kernández se ha disfrazado de Kernández, Kérz se ha disfrazado de Kérez, Kodríguez de Kodríguez y así sucesivamente. Cuando llega la hora de quitarse los disfraces, todos se sorprenden de haber tenido la misma idea; vuelven a sus casas malhumorados, pensando en la estupidez de los otros.

1

Ionzález, que está loco, le vende a Iutiérrez un reloj que no funciona. Iutiérrez vuelve con el reloj y lo increpa a Ionzález.

-Usted me vendió un reloj que no funciona.

–En efecto.

-Pero, ¿usted sabía entonces que no funcionaba?

-Desde luego.

-¿Pero usted está loco?

-Claro que sí.

### 10

El señor Gernández aborda en la calle a la señora Gernández y la abruma durante varias cuadras con propuestas escandalosas. La señora Gernández en un principio rie de la broma, luego se va fastidiando y finalmente se mete en su casa muy ennojada. Rato después llega el señor Gernández y todavia la señora Gernández está muy enojada; el señor Gernández no teinede la razón. Cuando al fin consigue que ella le explique, el señor Gernández rosponde:

-La culpa es mía, querida. En realidad nunca te habia hablado de la existencia de mi hermano mellizo. Desde que éramos pequeños el aprovechaba la semejanza para tejer bromas de mal gusto y colocarme a menudo en situaciones muy incómodas. Lo que me preocupa de todo esto -concluye, pensativo, el señor Gernández- es que mi percollizo falleció hace tres años.

Al retirarse de la reunión, en esa noche de copiosa lluvia, el seño Aernández se lleva por error, o por considerarlo tal vez más ventajoso, el paraguas del seño Bernández nen lugar del propio. El señor Bernández, nen contirando su paraguas en el paragúero o bien confundido por la similitud que guardan entre si generalmente los paraguas, se lleva a su vez el del señor Cernández. Cerdandez se lleva que que para de paragúero de la compandez y el seño de seño de seño de compandez y el seño de seño de

#### 12

-Téngame estos paquetes mientras le subo la falda -dijo el anciano caballero, en la parada del ómnibus-. Cuidado porque son frágiles.

La joven no dijo nada y se alejó unos cuantos metros. "Ya no se respetan las canas", meditó el anciano, y su mirada se perdió tristemente en el infinito.

#### 13

En la playa solitaria, tomo sol tendido boca arriba. Después de un rato me vuelco sobre el costado derecho, apoyo un codo en la arena para irme incorporando, quedo sentado, doblo una pierna, miro por encima del hombro izquierdo hacía atrás, después miro el mar frente a mí, y luego a la derecha: a lo lejos, como a doscientos o trescientos mertos, vec un cuerpo de mujer sobre la arena. Ella está sentada, abrazándose las rodillas y mirando el mar; el pelo negro y lacio le cubre los hombros. Lleva una pequeña malla de dos piezas, de color verde.

Mi pasividad se va transformando poco a poco en un vivo interés, que me permite apreciar cada vez más detalles a pesar de la miopía y de la distancia; incluso creo llegar a reconocer a esa mujer: seria la misma que ayer, me había llamado la atención en el centro del balneario, al hacer unas compras; yo había sentido que me miraba con una breve intensidad; luego recuerdo que ayer la había encontrado parecida a alguen, sin poder ubicar a quien. Ahora, las



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tres imágines —la de la mujer de años atrás, la de ayer y ésta que contemplo— se funden en una sola, y me pongo de pie y comienzo a andar hacia ella. A medida que me acerco, me voy extrañando cada vez más de su extrema inmovilidad.

Después, cuando estoy muy próximo a ella, me meto en el mar, riéndome de mi miopía y de mi imaginación; sin necesidad de llegar a su lado pude advertir que esa mujer, tan parecida a la de ayer y a la del recuerdo impreciso, era en realidad un tronco retorcido de árbol, trabajado por el agua, con una raída bolsa de arpillera enganchada en una rama. La risa deja paso a un leve dolor de cabeza que se disuelve mientras

nado por debajo del agua.

De vuelta en mi lugar primitivo, sentado en la arena, miro nuevamente hacia el tronco de árbol y vuelvo a ver con total nitidez a la mujer -quien, abora, deja de ceñirse las rodillas con los brazos, se pone grácilmente de pie, sacude la lona blanca con pintas azules para quitarle la arena y comienza a alejarse, hacia el bosque de pinos, haciendo ondular las caderas y sin echar un solo vistazo en mi dirección.

#### 14

La conversación se había hecho muy animada, en torno a la mesa donde hombres y mujeres festejaban algo. En uno de esos silencios repentinos que se producen por azar, cuando parecen haberse agotado simultáneamente todos los temas de las conversaciones cruzadas entre distintos puntos de la reunión, se oyo claramente la voz grave, profunda, del señor Rutièrrez. Dijo:

-¿Quién no ha sido devorado alguna vez por los caníbales? -y luego el señor Rutiérrez miró detenida y fijamente, uno por uno, a todos los integrantes de la reunión. Después, nadie pudo salir de aquel silencio.

#### 15

-Me tiene sin cuidado.

-¿Perdón?

-Dije que me tiene sin cuidado.

-Es que no había escuchado lo que dijo anteriormente.

-Que me tiene sin cuidado.

-Perdón, pero no comprendo a qué se refiere. -Me tiene sin cuidado.

#### 16

-Venga, señorita, siéntese en mis rodillas que la llevaré cómodamente a la casa de citas -dijo el hombre que hacía rato venía siguiéndola en una silla de ruedas, junto al cordón de la vereda, multiplicando las propuestas escandalosas. La dama echó una mirada de furia y desprecio por encima del hombro.

-No pensé que este trasto pudiera ser un inconveniente -dijo entonces el hombre, dejando la silla y caminando ahora a su lado con paso ágil.

### 17

-Tengo que confesarte algo -dijo, violentamente ruborizada, la flamante señora de Oodríguez al señor Oodríguez en la noche de bodas.

-Por favor, querida -respondió el señor Oodríguez con serenidad, mirándola tiernamente a los ojos-. Soy un hombre actualizado; dejemos de lado estas cosas.

Ella suspiró con alivio.

-No sabes cuánto me alegra tu comprensión—dijo, buscando algo en su cartera-. Así todo será más fácil—agregó, acercándole a la nariz un trapo embebido en cloroformo. Luego, casi con pena, comenzó a estrangularlo con una media.

#### con un natucio la ab81 Mate francoura

-Dême dos pesos, y le pasará una cosa buena-escucho una vez más con fastidio; hacia
meses que esa mujer, de cara redonda, sentada siempre en el mismo portal, le decía lo
mismo cada vez que él pasaba; y él solia
pasar por allí unas cuatro veces al día. Por
fin se rindió. "Veremos qué cosa buena me
sucede", se dijo, y le dio los dos pesos a la
mujer. A partir de ese momento, nunca más
volvió a verla.

#### 19

El señor Quernández, quien ha adquirido recientemente una nueva mansión, recibe a

un grupo de invitados con el objeto de darla a conocer.

-Y aquí -está diciendo- tenemos el cuarto de los chicos. Ésta es la cocina de servicio. Vamos ahora por esta escalera al piso alto, donde están nuestros dormitorios, los cuartos de huéspedes y la galería.

Mientras suben por la amplia escalinata, el señor Quernández comenta su adquisición, también reciente, de un auténtico Pi-

ción, también reciente, de un auténtico Picasso para su galería. Los murmullos de admiración de los visitantes son continuos desde que ha comenzado la exhibición, y ahora crecen perceptiblemente.

-Éstas son nuestras habitaciones. Y por aquí tenemos los cuartos de los huéspedes. Aquella es la entrada de la galería.

Cuando llegan allí, el señor Quernández descorre la puerta corrediza y se encuentran nuevamente ante uno de los dormitorios

-Perdón; qué torpeza la mía -se excusa el señor Quernández, con una risita-. Es tan reciente nuestra mudanza que parecería que todavía no conozco bien mi propia casa.

Siguen recorriendo los amplios pasillos y abriendo el señor Quernández nuevas puertas corredizas, que dan a otros dormitorios, cuartos de baño, cuartos de huéspedes, una pequeña salta con un billar y un aparato de televisión, y los invitados se van impacientando, mostrando cierta rigidez en las sonrisas que mantienen, ya, con dificultad en sus rostros.

Agotado, el señor Quernández se excusa y pide los planos del edificio. Los visitantes se miran entre st, ya decididamente serios, mientras el señor Quernández, secándose con un pañuelo la abundante transpiración de la frente y el cuello, busca también en los planos inútilmente la galería.

-Esto no puede ser -murmura-. No puede ser. Hoy mismo estuve allí, contemplando el Picasso. Es imposible, aquí hay un error

Los invitados se van excusando, a su vez, pero bastante secamente, y van retirándose, uno a uno. Ya en la calle, se reúnen todos en un café cercano y rien a carcajadas.

#### 20

-Fíjate disimuladamente, qué ridícula esa rubia teñida que está a tu derecha –dijo la señora Tutiérrez en voz muy baja y evitando setternouo mirar en la dirección de la rubia. Pero el señor Tutiérez no respondió; habia caído bajo la fascinación de un fideo, tipo vermicelli, que sorbia y sorbia sin llegar a encontrar su otro extremo; al principio habia pensado: 'este fideo es muy largo, debe cortar-portar per en encontrar su otro extremo; al principio habia pensado: 'este fideo es muy largo, debe cortar-perio de vista, confundiéndose con los otros fideos, y le había entrado curiosidad por saber cuán largos pueden llegar a ser estos vermicelli. Oyó, como en un sueño, la voz de su mujer que le volvía a decir algo, pero el fideo no se terminaba, y para colmo la porción, en el plato, parecia tener siempre el mismo tamaño.

#### 21

Un joven recorre las mesas del café ofreciendo a los parroquianos un retrato al instante. por pocas monedas. Himénez, que espera aburrido a su esposa, acepta. El joven se sienta frente a él y comienza a trabajar con carbonilla sobre un gran block de papel garbanzo blanco, tamaño oficio. Himénez descubre que gracias al espejo que decora las cuatro caras de una columna, en combinación con otro gran espejo que corre a lo largo de la pared a mediana altura, puede obsevar perfectamente el trabajo del joven. Después de unos dos minutos advierte con asombro que el dibujo va tomando la forma de una cabeza como de ornitorrinco, adornada con monumentales guampas y asentada sobre algo parecido a un nido de víboras. Comienza a transpirar sin poder evitarlo, pero no se atreve a decir nada v se limita a retorcerse las manos. Luego escucha que un grupito de parroquianos que se ha reunido, de pie, alrededor del dibujante, comenta con admiración el parecido.

#### 22

-... y todo, todo era mentira -concluyeron los padres a dúo, arrancándose las máscaras con ademán violento.

–Las van a necesitar –dijo el niño, fríamente, recogiéndolas del suelo–. Dentro de cuarenta segundos van a llamar a la puerta.

#### 23

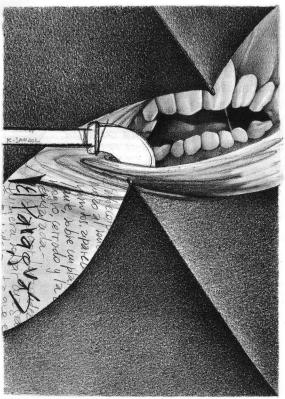
Rernández viene y se sienta en el extremo

del banco de madera de un parque. Llega Rodríguez y es sienta en el otro extremo. Rernández se levanta y es va, como si Rodríguez lo hubira echado. Rodríguez queda dueño del banco. Viene Rutiérrez y se sienta en el extremo opuesto. Rodríguez se levanta v se va.

"ESTAMPIDA DE BUFALOS COBRA DECI-MA VICTIMA", decía el titular de un diario. En la foto, aunque un poco borrosa, podía verse una vaca que pastaba tranquila y solitaria en el campo.

© 1987, Mario Levrero.





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

### Carlos Gardini

# HISTORIA DE ROSICLER, O LOS COLORES PERDIDOS

ILUSTRO RAUL FORTIN

Cuando un poderoso tiene un capricho—dijo el viejo Grul-, nunca se sabe quién tendrá que pagarlo. Demepciano II, emperador de Salpicondia, un dia se enamoró. Y se enamoró locamente, porque un emperador de Salpicondia nunca hace nada de manera normal. Demenciano paseaba en bicicleta por los pasillos de su palacio de Laxaria cuando decidió asomarse al balcón. Por el balcón vio un parque, y en el parque, senta-de nun banco, a una muchacha vestida de rojo. Llamó enseguida al primer ministro. —Ministro-dilio-, acabo de enamorarme.

El primer ministro bajó los ojos. Nó los bajó por vergüenza sino para mirar al emperador, quien, con bicicleta y todo, no era demasiado alto. Demenciano lo llevó al balcón y señaló el parque.

-Es esa muchacha vestida de rojo -explicó con un suspiro-. ¿No es bellísima? Desde esa altura, y a esa distancia, no se veía mucho que digamos. Pero el ministro respondió:

-Claro que lo es, majestad.

Bien dijo Demenciano II-. Quiero cortejarla. Esa muchacha vestida de rojo es la futura emperatriz de Salpicondia, así que te ordeno que la respetes.

-¿Pero ella aceptará, majestad? -¿Cómo no va a aceptar? En cuanto me

vea se enamorará de mí. Desde aquí intuyo su buen gusto y su inteligencia –suspiró Demenciano–. ¿No es una mujer excepcional?

El primer ministro no intuía mucho que digamos, pero respondió:

-Claro que lo es, majestad.

 Bien, una mujer excepcional, futura emperatriz, merece un regalo excepcional.
 El primer ministro tembló y cerró los

OS.

-He pensado en regalarle un vuente -dijo Demenciano

-¿Un puente? -tartamudeó el primer ministro

-Así es. Un hermoso puente donde podamos pasearnos solos bajo las tres lunas. ¿No

es romántico?

-Claro que lo es, majestad. -Y se apresuró a añadir, antes que el emperador tuviera una ocurrencia más exótica: De inmediato ordenaré cerrar un puente para que dispongas de él.

-Ni hablar -dijo Demenciano-, No pretenderás que le regale un puente usado. Construiremos un puente nuevo y gigantesco. una obra inmortal. Se llamará el Puente de los Enamorados. ¿No es original?

-Claro que lo es, majestad. Pero en las arcas no hay dinero para construir puentes. -Tendrá barandas de bronce, mosaicos de colores, banquitos para sentarse a mirar las lunas, puestos de venta de helados...

Diliste que no hay dinero? No. maiestad. Tus obras inmortales han

vaciado las arcas

-Si -reflexionó Demenciano-. El bienestar del pueblo es costoso. Hay que construir cosas para que las admire, aun contra su voluntad, v después hay que poner guardias para que no las use ni las estropee. No hay plata que alcance, y para colmo nadie lo agradece. Pero estoy seguro de que todos se mueren por tener un Puente de los Enamorados para que lo use exclusivamente yo. Habrá que crear un nuevo impuesto.

Demenciano echó a correr con la bicicleta por los pasillos del palacio. El primer ministro lo siguió al trote. Demenciano frenó ante un gran mapa de Salpicondia.

-Tantos impuestos fastidian a la gente. majestad - jadeó el primer ministro, alcan-

zándolo-. Hay mucho descontento.

-Al contrario. La gente se pone contenta cuando me hace feliz-dijo Demenciano, mirando el mapa-. Pero seremos sutiles, para que no se ponga contenta en exceso y le haga mal. Hay que inventar un impuesto diferen-

-: Pero el ministro de Finanzas va no sabe qué impuesto inventar! -protestó el primer

ministro.

 Yo sí –dijo Demenciano, señalando un punto en el mapa-. Veamos. Dicen que esta ciudad de Arrebol tiene demasiados colores. Eso es lo que yo llamo un lujo innecesario. Les pondremos un impuesto al color. Que

hov mismo les manden un mensajero imperial. -Y sin una palabra más, se bajó de la bicicleta, se calzó los patines, y se puso a patinar por los pasillos del palacio.

Ese mismo día salió de Laxaria un mensajero imperial. Cruzó la Llanura del Trompo Caído y llegó a Arrebol, donde visitó al alcalde v le levó este mensaje imperial:

-Demenciano II, emperador de Salpicondia, también llamado el Bueno y el Generoso, privilegiado por los notables con el título de Hombre Más alto del Imperio, premiado por sus ministros como Creador de Obras Ilustrísimas, exige a la ciudad de Arrebol un nuevo impuesto. Considerando que el color es un lujo prescindible, pues la gente austera bien puede vivir en blanco y negro, enviará en tres semanas al recaudador imperial a hacer un recuento de los colores, etcétera. etcétera. -El mensaiero imperial detalló la suma que se debía pagar por cada color, y los castigos que recibirían los evasores-. Ha sido un honor -dijo al despedirse, y dejó al alcalde con la cara hasta el piso

El alcalde se asomó a la ventana para mirar los colores de la ciudad. Siempre lo tranquilizaban cuando tenía que enfrentar un problema. Pero esta vez no lo tranquilizaron ni alegraron, sino que le recordaron todo lo que debería pagar y lo pusieron más nervioso. Se miró la corbata con pintitas y se afligió pensando en lo que tendría que pagar por ese colorinche. Miró la montaña que había junto a la ciudad y tuvo la sensación

de que se le venía encima.

El alcalde tenía una hija, Rosicler, v Rosicler tenía las mejillas del color del alba. En ese momento. Rosicler también tenía la sensación de que la montaña se le venía encima. pero por otras razones: estaba esquiando en la ladera, como todas las mañanas y acababa de dar un gran salto. Mientras volaba en el aire jugaba con el viento de la montaña que era su amigo y al soplarle en la cara le encendía aun más las mejillas. El color de esas mejillas era el orgullo de la ciudad, pero ese mediodía, cuando Rosicler bajó de la montaña, todos la saludaron con desgano. Los habitantes de Arrebol amaban el colorido de sus tapices, alfombras, pinturas y banderines. En Arrebol no había dos calles del mismo color, ni siquiera dos adoquines del mismo color. Pero ese mediodía todos parecían enfurruñados con los colores. Notando que algo raro pasaba, Rosicler fue a ver a su padre.

62-EL PENDULO

-El emperador nos cobrará un impuesto por los colores-le explicó al alcalde. Y pensó en lo que tendría que pagar por las hermosas mejillas de Rosicler.

-No podemos permitirlo- dijo Rosicler. -El emperador es el emperador -dijo el abatido alcalde-, y los impuestos son los impuestos. Algunos me han propuesto pintar la ciudad de un solo color, para pagar

menos.

-Eso nunca -protestó Rosicler-, Arruinaríamos la ciudad en vano. Son capaces de cobrarnos por el color de arriba y por el color de abajo. Y si pagamos nos pondrán más impuestos. Tiene que haber otra solución.

Pero en las calles de Arrebol no había soluciones, sólo llantos y caras largas.

Rosicler tomó los esquíes y fue a ver al viento de la montaña. Un viento tan poderoso debía tener alguna idea sensata. Encontró al viento jugando en la nieve y le contó su problema. El viento sopló y pensó.

-Hav una solución -dijo-, pero es muy peligrosa.

-Habrá que correr el riesgo -contestó Ro-

El viento de la montaña habló y Rosicler entendió que la idea era peligrosa en serio. pero no se le ocurrió nada mejor. Dio las gracias al viento y se deslizó velozmente montaña abajo.

Mientras tanto, en Laxaria, Demenciano II se paseaba por los pasillos colgado de un globo. De vez en cuando se detenía en el balcón, miraba a la muchacha vestida de rojo, v suspiraba pensando en ella y en el Puente de los Enamorados.

-¡Ministro! -gritaba-. ¿Cuánto falta para cobrar ese impuesto?

Faltaban días, y los habitantes de Arrebol estaban desesperados. Y sólo por desesperación aceptaron el plan que el viento de la montaña había sugerido a Rosicler.

-Es toda una aventura -suspiró el alcal-

de, tocándose la frente.

Pero era mejor que cruzarse de brazos mientras el recaudador imperial los esquilmaba. La apacible Arrebol se convirtió en un hervidero de actividad. Todos clavaban, martillaban y serruchaban. Y en medio de ese trajín, se sintieron extrañamente felices. El riesgo les devolvía una dicha que el exceso de tranquilidad les había quitado. Trabajaron sin descanso y después, con temor y ansiedad, se pusieron a esperar, amarrados con fuerza a paredes, sillas, mesas y barandas.

Mientras tanto, en Laxaria, Demenciano II se paseaba por los pasillos del palacio cabeza abajo, con la corona en los pies.

-¡Ministro! -gritaba-. ¿Cuánto falta

para cobrar ese impuesto?

Faltaban horas, y el recaudador imperial ya preparaba una caravana con muchos carretones para traer el dinero, y muchos soldados para escarmentar a los evasores.

Mientras la caravana cruzaba la llanura del Trompo Caído, una tormenta barría las calles de Arrebol. El viento de la montaña, según lo convenido con Rosicler, se lanzó sobre al ciudad con toda su furia. Parecía que un dique se hubiera rajado en el cielo, descargando en Arrebol una catarata de aire turbulento. El viento sopló y resopló con violencia, v no derrumbó paredes, ni arrancó techos, ni hizo volar cosas y personas porque todo estaba muy bien reforzado o atado. Pero los colores empezaron a aflojarse. Flamearon como banderas, y al fin se desprendieron y se mezclaron en el aire como papelitos. Cuando el viento dejó de soplar, no quedaba en la ciudad ni una pizca de azul, amarillo o rojo. Todo era blanco y negro, aun el sol y las lunas.

Cuando llegó el recaudador imperial. quedó pasmado. Él y su comitiva eran la única nota de color en toda la ciudad. Hizo registrar cada calle, cada casa, cada sótano y cada azotea, pero no encontró ni un mísero colorcito. Mandó llamar al ministro de Finanzas. Cuando llegó el ministro de Finanzas, quedó turulato. Busco y rebuscó, pero nada. Mandó llamar al primer ministro. Cuando llegó el primer ministro, quedó boquiabierto. Miró abajo de los felpudos y en los huecos de los árboles, pero todo era blanco y negro. Mandó llamar al emperador. Cuando llegó el emperador, quedó patitieso. En Arrebol no había colores

-Hemos entendido la lección, majestad -le dijo el alcalde-, y hemos decidido vivir

sin lujos.

Demenciano II volvió a Laxaria hirviendo de rabia. Todo el color que faltaba en Arrebol lo tenía él en las mejillas y los bigotes. Decidió que no cobraría más impuestos en Arrebol. En esa ciudad estaban locos de remate, y para locura él va tenía bastante con la suya. Para su consuelo, no tuvo necesidad de cortejar a la muchacha del vestido rojo y mucho menos de regalarle un puente. Un día, mientras se paseaba por los pasillos del palacio montado en su camello favorito, se asomó al balcón y llamó al primer ministro.

-Ministro -dijo-, empiezo a sospechar algo raro. Hace más de tres semanas que la muchacha del vestido rojo está sentada en el mismo banco, sin moverse, frente al palacio. ¿No será una espía?

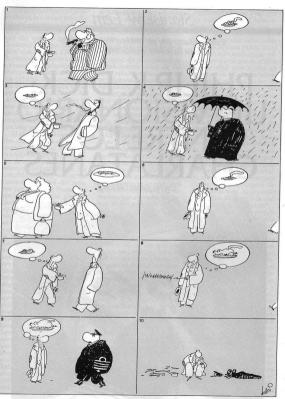
La mandó arrestar, pero no era una espía sino una muñeca, sin duda olvidada en el parque por una niña distraída.

—Es una muñeca muy astuta —dijo Demenciano— Logró despistarme aun a mí. —Y para premiar esa astucia condecoró a la muñeca y la llevó a pasear en monopatín por los pasillos del palacio. Y cada vez que pasaba frente al mapa de Salpicondia, daba un putetavo a la ciudad de Arrebol

Esos puñetazos, sin embargo, no afectaban a la verdadera Arrebol, donde los habitantes habian organizado partidas para buscar los colores perdidos. Hombres y mujeres de todas las edades buscaron en las rocas, prados y ríos de los alrededores de la ciudad. Los juntaron uno por uno y los llevaron de vuelta a Arrebol para ponerlos en su lugar. Claro que no todo quedó como antes. Algunos colores habían caído en el agua v habían desteñido un poco, otros se habían mezclado, otros se perdieron para siempre. Así, quedaron jardines donde el césped era más violeta que verde, y algunos perros perdieron sus manchas pardas, y algunos árboles quedaron en blanco y negro, y hubo rubios que quedaron morenos y negros que quedaron pelirrojos. Pero esos cambios valían la pena con tal de burlar a un prepotente que llamaba lujo a la alegría de vivir. El alcalde nunca encontró el color de las pintitas de su corbata, pero el pelo le quedó canoso en vez de castaño, v se alegró porque las canas daban más distinción a un alcalde. Y Rosicler, desde luego, recobró el color de las mejillas, porque ese color del alba era el orgullo de la ciudad y los buscadores no cejaron hasta encontrarlo. Y cada mañana. cuando Rosicler iba a esquiar a la montaña. el viento le encendía aun más las mejillas, y ese color encendido era para él la mejor muestra de gratitud.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com?ars

### Stanislaw Lem

El primer esfuerzo serio por establecer en qué consiste la diferencia de un autor decididamente diferente.

## PHILIP K. DICK: UN VISIONARIO ENTRE LOS CHARLATANES

ILLISTRO ANDRES CASCIOLI



Nadie que esté en sus cabales busca la verdad psicológica del crimen en los cuentos policiales Quien busque tal verdad preferirá Crimen v castigo En relación con Agatha Christie Dostojevski constituve un tribunal de apelación más alto, pero nadie que esté en sus cabales condenará por esa razón los relatos de la autora inglesa. Tienen derecho a ser tratados por lo que son entretenidas historias de suspenso, y los propósitos que se fijó Dostojevski son ajenos a ellos

Si alguien está insatisfecho con la cf en su nanel de examinadora del futuro v la civilización, no hay modo de realizar un movimiento análogo desde las simplificaciones literarias hasta la plenitud del arte. porque no hay tribunal de apelación para ese género. No habría daño en ello salvo que la cf norteamericana, explotando su situación excepcional, pretende ocupar los pináculos del arte v el pensamiento. A uno le fastidian las veleidades de un género que desecha las acusaciones de primitivismo alegando que está destinado al entretenimiento v luego, una vez que se han silenciado dichas acusaciones, renueva sus infulas Al ser una cosa y querer pasar por otra, la cf promueve una mistificación que además se perpetúa con el asentimiento tácito de los lectores y el público. El desarrollo de cierto interés por la cf en las universidades norteamericanas, al contrario de lo que podría haberse imaginado, no ha alterado en nada esta situación. Con toda franqueza debe decirse, aunque uno

se arriesque a perpetrar un crimen laesae Almae Ma tris, que los métodos críticos de los teóricos de la literatura son inadecuados ante la táctica engañosa de la cf. Pero no es difícil captar la razón de esta paradoja: si las únicas obras de ficción relacionadas con los problemas del crimen fueran como las de Agatha Christie, ¿a qué clase de libros podrían apelar aun los más eruditos para demostrar la pobreza intelectual v la mediocridad artística del género policial? En literatura, las normas cualitativas y los límites superiores no son establecidos por postulados críticos sino por obras concretas. Una montaña de lucubraciones teóricas no puede compensar la ausencia de una obra de ficción sobresaliente como modelo elevado. La crítica de los expertos en historiografía no socavó la ierarquía de la Trilogía de Sienkiewicz, pues no hubo un León Tolstoi polaco que dedicara una Guerra v Paz al período de las guerras contra los cosacos y los suecos. En pocas palabras, inter caecos luscus rex donde no existe una obra de primera calidad, su papel será usurpado por la mediocridad, que se fija metas fáciles y las alcanza por medios fáciles.

La consecuencia de la falta de tales obras-modelo queda deomostrada, más claramente que por cualquier discusión abstracta, por el cambio de ánimo que Damon Knight, autor y critco respetado, expresó en el número 3 de Science Fiction Studies. Knight declaraba que se había equivo-cado anteriormente al ata-

car libros de van Vogt por su incoherencia e irracionalismo alegando que si van Vogt cuenta con un público numeroso debe estar por esa misma razón en el camino adecuado como autor, vestá mal que la crítica desacredite esos textos en nombre de valores arbitrarios si el público lector no quiere reconocer tales valores. La tarea de la crítica es, en cambio descubrir esas características a las que la obra debe su popularidad. Tales palabras, dichas por un hombre que luchó durante años para erradicar la chabacanería de la cf. son más que la admisión de una derrota personal: son el diagnóstico de una enfermedad general. Si aun el defensor perenne de los valores artísticos depone las armas, ¿qué puede esperarse de espíritus ménores en esta situación?

En verdad, no puede descartarse que la elevada descripción de Joseph Conrad, según la cual la literatura revela "la más alta verdad al universo visible", se convierta en un anacronismo: que la independencia de la literatura respecto de la moda y la demanda pueda desaparecer también fuera de la cf. v luego lo que coseche aplausos inmediatos como bestseller será identificado con lo más digno. Ésa sería una perspectiva lúgubre. La cultura de cualquier período es una mezcla de lo que dócilmente trafica con los caprichos y gustos pasajeros y lo que trasciende esas cosas y también es capaz de juzgarlas. Lo que se inclina ante los gustos actuales se convierte en un entretenimiento que alcanza el éxito

de inmediato o no lo alcanza en absoluto, pues no existe nada parecido a un espectáculo de magia o un partido de fútbol que hoy pase inadvertido y alcance la fama dentro de cien años. La literatura es otra cuestión: es creada por un proceso de selección natural de valores, que se desarrolla en sociedad y que no necesariamente relega a la oscuridad a obras que también sean entretenimiento. pero que las condena al olvido si son mero entretenimiento. ¿Por qué es así? Podrían decirse muchas cosas sobre ello. Si se aboliera el concepto del ser humano como un individuo que desea de la sociedad y del mundo algo más que satisfacciones inmediatas la diferencia entre literatura v entretenimiento también desaparecería. Pero como todavía no identificamos la destreza de un mago con la expresión personal de una relación con el mundo, no podemos medir los valores literarios por el número de ejemplares vendidos. Pero ¿cómo ocurre que

algo que es menos popular pueda, en el largo plazo histórico, perdurar frente a lo que cosecha éxitos inmediatos e incluso llama a silencio a sus opositores? Ello resulta de la mencionada selección natural en la cultura, asombrosamente similar a la misma selección en la evolución biológica. Los cambios en virtud de los cuales algunas especies ceden el lugar a otras en la escena evolutiva rara vez son consecuencia de grandes cataclismos. Que la progenie de una especie sobreviva a otra por un margen de sólo una en un AR-FI PENDILLO

millón, v a la larga la primera especie permanezca viva, aunque la diferencia entre las posibilidades de ambas sea imperceptible a corto plazo. Así ocurre también en la cultura: los libros que a ojos de sus contemporáneos son tan similares como para estar en la misma jerarquía se van separando con el transcurso de los años: el encanto fácil, siendo efímero, al fin cede ante lo que es más difícil de percibir. Es así como las regularidades en el ascenso v declinación de las obras literarias nacen y dan rumbo al desarrollo de la cultura espiritual de una época.

No obstante, puede haber circunstancias que frusten este proceso de selección natural. En la evolución biológica el resultado puede ser la retrogresión, la degeneración, o cuando menos el estancamiento en el desarrollo, típico de poblaciones aisladas del mundo exterior v viciadas por la esogamia, pues ellas carecen de la fructífera diversidad que sólo es garantizada por la apertura a todas las influencias del mundo. En la cultura una situación análoga conduce a la emergencia de enclaves encerrados en ghettos, donde la producción intelectual también se estanca a causa de una esogamia manifestada en una incesante repetición de los mismos patrones y técnicas creativas. La dinámica interna del ghetto puede parecer intensa, pero con el paso de los años se vuelve evidente que es sólo una apariencia de movimiento, pues no conduce a ninguna parte, pues no ali-

menta ni es alimentada por el dominio abierto de la cultura, pues no genera nuevos patrones o tendencias v. por último, pues nutre las ideas más falsas sobre sí misma, por falta de una evaluación franca de sus actividades desde el exterior. Los libros del ghetto se asemeian unos a otros. convirtiéndose en una masa anónima, mientras que semejante entorno arrastra lo mejor hacia lo peor. de modo que las obras de calidad diferente se encuentran a mitad de camino, como quien dice, en el proceso de nivelación a que son sometidas. En semejante situación el éxito de publicación no sólo puede sino que debe transformarse en la única pauta de evaluación, pues la inexistencia de pautas es imposible. Por lo tanto, cuando no hay valoración según los méritos, ella es reemplazada por una valoración de tipo comercial

Ésa es la situación imperante en la cf norteaméricana, que es un reino de creatividad gregaria. Su carácter gregario se manifiesta en el hecho de que los libros de diversos autores se transforman, como quien dice, en diferentes sesiones del mismo juego o diversas figuras de la misma danza. Debería enfatizarse que, tanto en la cultura literaria como en la evolución natural, los efectos se transforman en causas en virtud de curvas de realimentación: la pasividad artístico-intelectual v la mediocridad de obras calificadas de brillantes repelen a los autores y lectores más exigentes, de modo que la pérdida de individualidad en cf es de inmediato una causa y un efecto de la reclusión en un

ghetto. En la cf queda poco espacio para obras creativas que aspiren a tratar sobre problemas de nuestro tiempo sin mistificación. simplicación excesiva o fácil entretenimiento: obras. por ejemplo, que reflexionaran sobre el papel que la Razón puede ocupar en el Universo, sobre los límites de conceptos formados en la Tierra como instrumentos cognitivos, o sobre las consecuencias del contacto con la vida extrarrestre que no encuentran lugar en el desesperadamente primitivo repertorio de convenciones de la cf (limitado por la alternativa "ganamos nosotros"/"ganan ellos"). Estas convenciones guardan con el tratamiento serio de dichos problemas la misma relación que guardan los relatos policiales con los problemas del mal inherente a la humanidad. Si alguien utiliza la artillería pesada de la etnología comparada, la antropología cultural y la sociología contra tales convenciones. se le dice que está usando un cañón para derribar gorriones, porque es una mera cuestión de entretenimiento; una vez que calla. vuelve a alzarse la voz de los apologistas del papel modelador, anticipativo. predictivo v mitopoético de la cf. La cf se comporta como un mago que saca conejos de la galera, que, amenazado con una investigación de sus pertenencias, finge pensar que estamos locos al sugerir semejante cosa y explica indulgentemente que sólo

En el mundo de Dick, plagado de locura, donde aun la cronología de los acontecimientos está sometida a convulsiones, sólo las personas conservan su normalidad."

realiza trucos... después de lo cual no tardamos en enterarnos de que se hace pasar en público por un auténtico taumaturgo.

¿El trabajo creativo sin mistificación es posible en semejante medio ambiente? Los relatos de Philip K. Dick dan una respuesta a esta pregunta. Aunque ellos se destacan del trasfondo contra el cual se originaron, no es fácil captar de qué modo lo hacen, pues Dick emplea los mismos materiales y la misma utilería que otros autores norteamericanos. Del depósito que desde hace mucho tiempo es propiedad común de todos ellos, él toma toda esa raída carga de telépatas, guerras cósmicas, mundos paralelos y viajes en el tiempo. En sus historias ocurren catástrofes terribles, pero esto tampoco es una excepción a la regla, pues alargar la lista de modos sofisticados en que puede terminar el mundo está entre las preocupaciones tipo de la cf. Pero mientras otros escritores de cf nombran explícitamente y delimitan la fuente del desastre, ya sea social (guerra terrestre o cósmica) o natural (fuerzas elementales de la naturaleza), el mundo

narrativo de Dick sufre cambios espantosos por razones que permanecen enigmáticas hasta el final La gente no perece porque hava estallado una nova o una guerra, ni a causa de una inundación, hambruna, peste, seguía o esterilidad, ni porque los marcianos havan aterrizado en nuestro umbral: más bien. opera un factor inescrutable que es visible en sus manifestaciones pero no en su origen, y el mundo se comporta como si fuera presa de un cáncer maligno que a través de sus metástasis ataca una zona de vida tras otra. Esto es, digámoslo desde un principio. adecuado como crítica a los diagnósticos historiográficos, pues de hecho la humanidad no suele llegar a diagnósticos exhaustivos o concluventes sobre las causas de los males que la afligen. Basta con recordar cuántos factores diversos y en parte mutuamente excluventes aducen en la actualidad los expertos como fuentes de la crisis de la civilización. Y agreguemos que también es apropiado como supuesto artístico, pues la liferatura que otorga al lector una omnisciencia divina acerca de todos los acontecimientos narrados es hoy un anacronismo que ni la teoría del arte ni la teoría del conocimiento se molestarán en defender

Las fuerzas que provocan desastres mundiales en los libros de Dick son fantásticas, pero no son un mero invento ad hoc para conmover a los lectores. Mostremos esto con el ejemplo de Ubik, una novela que, de paso, puede considerarse un grotesco fantástico, un de inmediato o no lo alcanza en absoluto, pues no existe nada parecido a un espectáculo de magia o un partido de fútbol que hoy pase inadvertido y alcance la fama dentro de cien años. La literatura es otra cuestión: es creada por un proceso de selección natural de valores, que se desarrolla en sociedad y que no necesariamente relega a la oscuridad a obras que también sean entretenimiento, pero que las condena al olvido si son mero entretenimiento. ¿Por qué es así? Podrían decirse muchas cosas sobre ello. Si se aboliera el concepto del ser humano como un individuo que desea de la sociedad v del mundo algo más que satisfacciones inmediatas, la diferencia entre literatura v entretenimiento también desaparecería. Pero como todavía no identificamos la destreza de un mago con la expresión personal de una relación con el mundo, no podemos medir los valores literarios por el número de ejemplares vendidos. Pero ¿cómo ocurre que

algo que es menos popular pueda, en el largo plazo histórico, perdurar frente a lo que cosecha éxitos inmediatos e incluso llama a silencio a sus opositores? Ello resulta de la mencionada selección natural en la cultura, asombrosamente similar a la misma selección en la evolución biológica. Los cambios en virtud de los cuales algunas especies ceden el lugar a otras en la escena evolutiva rara vez son consecuencia de grandes cataclismos. Que la progenie de una especie sobreviva a otra por un margen de sólo una en un 48 FL PENDUIO

millón, v a la larga la primera especie permanezca viva, aunque la diferencia entre las posibilidades de ambas sea imperceptible a corto plazo. Así ocurre también en la cultura: los libros que a ojos de sus contemporáneos son tan similares como para estar en la misma jerarquía se van separando con el transcurso de los años; el encanto fácil, siendo efímero, al fin cede ante lo que es más difícil de percibir. Es así como las regularidades en el ascenso y declinación de las obras literarias nacen y dan rumbo al desarrollo de la cultura espiritual de una época.

No obstante, puede haber circunstancias que frusten este proceso de selección natural. En la evolución biológica el resultado puede ser la retrogresión, la degeneración, o cuando menos el estancamiento en el desarrollo, típico de poblaciones aisladas del mundo exterior y viciadas por la esogamia, pues ellas carecen de la fructífera diversidad que sólo es garantizada por la apertura a todas las influencias del mundo. En la cultura una situación análoga conduce a la emergencia de enclaves encerrados en ghettos, donde la producción intelectual también se estanca a causa de una esogamia manifestada en una incesante repetición de los mismos patrones v técnicas creativas. La dinámica interna del ghetto puede parecer intensa, pero con el paso de los años se vuelve evidente que es sólo una apariencia de movimiento, pues no conduce a ninguna parte, pues no ali-

menta ni es alimentada por el dominio abierto de la cultura, pues no genera nuevos patrones o tendencias y, por último, pues nutre las ideas más falsas sobre sí misma, por falta de una evaluación franca de sus actividades desde el exterior. Los libros del ghetto se asemeian unos a otros, convirtiéndose en una masa anónima, mientras que semejante entorno arrastra lo mejor hacia lo peor, de modo que las obras de calidad diferente se encuentran a mitad de camino, como quien dice, en el proceso de nivelación a que son sometidas. En semejante situación el éxito de publicación no sólo puede sino que debe transformarse en la única pauta de evaluación, pues la inexistencia de pautas es imposible. Por lo tanto, cuando no hav valoración según los méritos. ella es reemplazada por una valoración de tipo comercial.

Ésa es la situación imperante en la cf norteamericana, que es un reino de creatividad gregaria. Su carácter gregario se manifiesta en el hecho de que los libros de diversos autores se transforman, como quien dice, en diferentes sesiones del mismo juego o diversas figuras de la misma danza. Debería enfatizarse que, tanto en la cultura literaria como en la evolución natural, los efectos se transforman en causas en virtud de curvas de realimentación: la pasividad artístico-intelectual y la mediocridad de obras calificadas de brillantes repelen a los autores y lectores más exigentes, de modo que la pérdida de individualidad en cf es de inmediato una causa y un efecto de la reclusión en un

ghetto. En la cf queda poco espacio para obras creativas que aspiren a tratar sobre problemas de nuestro tiempo sin mistificación. simplicación excesiva o fácil entretenimiento: obras. por ejemplo, que reflexionaran sobre el papel que la Razón puede ocupar en el Universo, sobre los límites de conceptos formados en la Tierra como instrumentos cognitivos, o sobre las consecuencias del contacto con la vida extrarrestre que no encuentran lugar en el desesperadamente primitivo repertorio de convenciones de la cf (limitado por la alternativa "ganamos nosotros"/"ganan ellos"). Estas convenciones guardan con el tratamiento serio de dichos problemas la misma relación que guardan los relatos policiales con los problemas del mal inherente a la humanidad. Si alguien utiliza la artillería pesada de la etnología comparada, la antropología cultural v la sociología contra tales convenciones. se le dice que está usando un cañón para derribar gorriones, porque es una mera cuestión de entretenimiento; una vez que calla, vuelve a alzarse la voz de los apologistas del papel modelador, anticipativo. predictivo v mitopoético de la cf. La cf se comporta como un mago que saca conejos de la galera, que, amenazado con una investigación de sus pertenencias, finge pensar que estamos locos al sugerir semejante cosa y explica indulgentemente que sólo

**56** En el mundo de Dick, plagado de locura. donde aun la cronología de los acontecimientos está sometida a convulsiones, sólo las personas conservan su normalidad."

realiza trucos... después de lo cual no tardamos en enterarnos de que se hace pasar en público por un auténtico taumaturgo.

El trabajo creativo sin mistificación es posible en semejante medio ambiente? Los relatos de Philip K. Dick dan una respuesta a esta pregunta. Aunque ellos se destacan del trasfondo contra el cual se originaron, no es fácil captar de qué modo lo hacen, pues Dick emplea los mismos materiales y la misma utilería que otros autores norteamericanos. Del depósito que desde hace mucho tiempo es propiedad común de todos ellos, él toma toda esa raída carga de telépatas, guerras cósmicas, mundos paralelos y viajes en el tiempo. En sus historias ocurren catástrofes terribles, pero esto tampoco es una excepción a la regla. pues alargar la lista de modos sofisticados en que puede terminar el mundo está entre las preocupaciones tipo de la cf. Pero mientras otros escritores de cf nombran explícitamente v delimitan la fuente del desastre, ya sea social (guerra terrestre o cósmica) o natural (fuerzas elementales de la naturaleza), el mundo

narrativo de Dick sufre cambios espantosos por razones que permanecen enigmáticas hasta el final. La gente no perece porque hava estallado una nova o una guerra, ni a causa de una inundación, hambruna, peste, seguía o esterilidad, ni porque los marcianos havan aterrizado en nuestro umbral: más bien opera un factor inescrutable aue es visible en sus manifestaciones pero no en su origen, y el mundo se comporta como si fuera presa de un cáncer maligno que a través de sus metástasis ataca una zona de vida tras otra. Esto es. digámoslo desde un principio, adecuado como crítica a los diagnósticos historiográficos, pues de hecho la humanidad no suele llegar a diagnósticos exhaustivos o concluyentes sobre las causas de los males que la afligen. Basta con recordar cuántos factores diversos y en parte mutuamente excluventes aducen en la actualidad los expertos como fuentes de la crisis de la civilización. Y agreguemos que también es apropiado como supuesto artístico. pues la literatura que otorga al lector una omnisciencia divina acerca de todos los acontecimientos narrados es hoy un anacronismo que ni la teoría del arte ni la teoría del conocimiento se molestarán en defender.

Las fuerzas que provocan desastres mundiales en los libros de Dick son fantásticas, pero no son un mero invento ad hoc para conmover a los lectores. Mostremos esto con el ejemplo de Ubik, una novela que, de paso, puede considerarse un grotesco fantástico, un

"macabresco" con oscuros subtextos alegóricos, presentado bajo el disfraz de cf común.

Sin embargo, si se la considera una novela estrictamente cf, el contenido de *Ubik* puede sintetizarse muy sencillamente de la siguiente manera:

Los fenómenos telepáticos, que han sido dominados en el contexto de la sociedad capitalista, han sufrido una comercialización como todas las demás innovaciones tecnológicas. De modo que los empresarios contratan telépatas para robar secretos comerciales a los competidores, y éstos se defienden contra este espionaje industrial extrasensorial" con la ayuda de "inerciales", personas cuya psique anula el "campo psi" que permite recibir los pensamientos ajenos. Como manera de especialización, han surgido empresas que alquilan telépatas e inerciales" por hora, y el "hombre fuerte" Glen Runciter es el propietario de una empresa de ese tipo. Los médicos han aprendido a detener la agonía de las víctimas de enfermedades mortales, pero aún no tienen medios para curarlos. Por lo tanto esas personas son mantenidas en un estado de "semivida" en instituciones especiales, "moratoriums" (es decir, "clínicas de postergación"... de la muerte, obviamente). Si tan sólo descansaran inconscientes en sus sarcófagos helados, sería un magro consuelo para sus deudos. Por lo tanto se ha desarrollado una técnica para mantener la vida mental de esas personas en cold-pac. El mundo que experimentan no forma parte de la realidad, sino que es una ficción creada mediante métodos apropiados. No obstante, los normales pueden establecer contacto con los congelados, pues el aparato de sueño-frio tiene incorporado un artefacto para esta finalidad, algo

parecido a un teléfono. La idea no es del todo absurda en términos científicos: el concepto de congelar a los enfermos incurables para esperar el tiempo en que se encuentre remedio a su enfermedad ya es tema de discusiones serias. También sería posible, en principio, mantener las funciones vitales en el cerebro de una persona cuando el cuerpo muere (por cierto, ese cerebro pronto sufriría una desintegración psicológica como consecuencia de la privación sensorial). Sabemos que la estimulación cerebral mediante electrodos produce en el sujeto de tal operación experiencias indistinguibles de las percepciones ordinarias. En Dick encontramos una extensión perfeccionada de tales técnicas, aunque él no las comenta explícitamente en la novela. Aquí se presentan varios dilemas. ¿Debería informarse al "semiviviente" sobre su condición? ¿Es correcto mantenerlo bajo la ilusión de que está llevando una vida normal?

Según Ubik, la gente que pasado años en sueño frío, como la esposa de Runciter, es muy consciente del hecho. Es diferente el caso de quienes, como Joe Chip, han estado a punto de encontrar un fin violento y han recobrado la conciente.

cia imaginando que escaparon de la muerte, cuando en verdad descansan en un moratórium. Debe admitirse que en el libro éste es un aspecto poco claro, lo cual sin embargo es enmascarado por otro dilema: si el mundo de experiencias de la persona congelada es puramente subjetivo, cualquier intervención externa en ese mundo debe ser para ella un fenómeno que altera el curso normal de las cosas. Así, si alguien se comunica con la persona congelada, como Runciter con Chip este contacto es acompañado en las experiencias de Chip por fenómenos inquietantes y turbadores, pues es como si la realidad de la vigilia irrumpiera en medio de un sueño "sólo desde un lado", sin por ello disipar el sueño y despertar al durmiente (quien, después de todo no puede despertar como un hombre normal porque no es un hombre normal). Pero, por avanzar un paso más, ¿no es posible también el contacto entre dos individuos congelados? ¿No podría una de estas personas soñar que está en perfecto estado y que desde su mundo habitual se comunica con la otra, y que sólo la otra persona sucumbió al infortunado incidente? Esto tambén es posible. Y, por último, ¿es posible imaginar una tecnología totalmente infalible? No puede existir tal cosa.

Por lo tanto, ciertas perturbaciones pueden afectar el mundo subjetivo del durmiente congelado, quien creerá que su medio ambiente está enloqueciendo, tal vez que allí aun el tiempo se está haciendo trizas.

Interpretando los acontecimientos presentados de este modo, llegamos a la conclusión de que todos los personajes principales de la novela fueron muertos por una bomba en la Luna. y en consecuencia todos ellos tuvieron que ser instalados en el moratórium v desde este punto el libro refiere sólo sus visiones e ilusiones. En una novela realista (pero esto es una contradictiol in adjecto) esta versión correspondería a una narración que, luego de la muerte del héroe, continuara describiendo su vida después de la muerte. La novela realista no puede describir esta vida, pues el principio del realismo descarta tales descripciones. Sin embargo, si damos por sentada una tecnología que posibilite la "semivida" de los muertos, nada impide al autor permanecer fiel a sus personajes v seguirlos con su narración hasta las honduras de su sueño helado, que a partir de ahora es la única forma de vida posible para ellos.

Así es posible racionalizar la historia como acabo de hacerlo, pero no quiero insistir en ello con demasiada seriedad, por dos razones. La primera razón es que hacer la trama totalmente coherente en los términos bosquejados arriba es imposible. Si toda la gente de Runciter murió en la Luna, ¿quién los trasladó al moratórium? Otra cosa que no admite ninguna racionalización es el talento de la muchacha que por mero esfuerzo mental fue capaz de alterar el presente transponiendo nódulos causales en un pasado ya concluido. (Esto ocurre an-

tes del incidente de la Luna, cuando no hay razones para considerar el mundo representado como el mundo puramente subjetivo de un "semiviviente".) Inquietudes similares inspira Úbik mismo, "el Absouto en un rociador de aerosol", al cual dedicaremos atención un poco más adelante. Si abordamos este mundo ficticio con pedantería, es imposible defenderlo, porque está plagado de contradicciones. Pero si olvidamos tales objeciones y preferimos preguntar por el sentido general de la obra, descubriremos que se acerca al sentido de otros libros de Dick, aunque parezcan muy diferentes uno de otro. Esencialmente en ellos figura siempre el mismo mundo: un mundo de entropía elementalmente desatada, de decadencia que no sólo ataca, como en nuestra realidad, la armoniosa disposición de la materia, sino que llega a consumir el orden del tiempo que transcurre. De ese modo Dick ha amplificado. vuelto monumentales y al mismo tiempo monstruosas ciertas propiedades fundamentales del mundo real, dándoles aceleración dramática e ímpetu. Todas las innovaciones tecnológicas, los magníficos inventos y las capacidades humanas que acaban de dominarse (como la telepatía, que nuestro autor ha dotado de una insólitamente rica articulación con "especialidades") en última instancia se reducen a nada en la lucha contra la inexorable marejada del Caos. La provincia de Dick es así un "mundo de desarmonía preestablecida", que al

principio está oculta y no se manifiesta en las escenas iniciales de la novela: éstas son presentadas sin prisa v con serena precisión, para que la intrusión del factor destructivo sea mucho más eficaz. Dick es un autor prolífico, pero vo hablo sólo de esas novelas suvas que constituyen la "secuencia principal" de sus trabajos; cada uno de estos libros (contaría entre ellos: Los tres estigmas de Palmer Eltritch, Ubik, Now Wait for Last Year, v quizá también Alfarero galáctico Itraducido como Gestarescalal) es una encarnación un poco diferente del mismo principio dramático: la conversión del orden del universo en deterioro y ruinas ante nuestras narices. En un mundo plagado de locura, donde aun la cronología de los acontecimientos está sometida a convulsiones, sólo las personas conservan su normalidad. De modo que Dick las somete a la presión de una prueba terrible, y en su experimento fantástico sólo la psicología de los personajes permanece no fantástica. Luchan a brazo partido y estoicamente hasta el fin, como Joe Chip en este ejemplo, contra el caos que los acucia por todas partes. y cuyo origen permanece en verdad insondable, de modo que en este aspecto el lector es remitido a sus propias conjeturas.

Las peculiaridades de los mundos de Dick surgen especialmente del hecho de que en ellos la realidad de la vigilia sufre una disociación y una duplicación profundas. A veces el agente disociador consiste en sustancias químicas (alucinó-

genos, como en Los tres estigmas de Palmer Eldritch); a veces en una "técnica de sueño frío" (como en Ubik); a veces en una combinación de narcóticos y "mundos paralelos" (como en Now Wait for Last Year). El efecto final es siempre el mismo: es imposible distinguir entre la realidad de la vigilia y las visiones. El aspecto técnico de este fenómeno es irrelevante: no importa si la escisión de la realidad es producida por una nueva tecnología de manipulación química de la mente o, como en Ubik, por una tecnología quirúrgica. Lo escencial es que un mundo equipado con medios para escindir la realidad percibida en reproducciones indistinguibles de sí mismo crea dilemas prácticos que sólo son conocidos para las especulaciones teóricas de la filosofía. Éste es un mundo donde, por así decirlo, la filosofía sale a la calle v se vuelve para el común mortal una cuestión no menos apasionante de lo que es para nosotros la amenaza de destrucción de la bios-

No tiene caso recurrir a una meticulosa contabilización fáctica para hallar un equilibrio racional en la novela, mediante el cual satisfaría las exigencias del sentido común. No sólo estamos obligados sino que en cierto punto deberíamos dejar de defender su "naturaleza cienciaficcional", incluso por una segunda razón no mencionada hasta ahora. La primera razón nos fue dictada simplemente por la necesidad: dado que los elementos de la novela carecen de punto fode desempeñar el papel de un guía por sus mundos fantasmagóricos, da la impresión de estar perdido en sus laberintos."

cal, es imposible volverla coherente. La segunda razón es más esencial: la imposibilidad de imponer coherencia al texto nos obliga a buscar su sentido global no en el reino de los acontecimientos mismos. sino en el de su principio constructivo, el mismo factor que es responsable de la falta de foco. Si no existiera tal principio de significación, habría que calificar de mistificaciones a las novelas de Dick, pues cualquier obra debe justificarse a sí misma va en el nivel de lo que presenta literalmente o en el nivel de un contenido semántico más profundo, no tanto presente abiertamente como invocado por el texto. En verdad. las novelas de Dick están plagadas de non sequiturs, y cualquier lector suficientemente sensible puede preparar sin dificultades listas de incidentes que desafían por igual la lógica y la experiencia. Pero (por repetir lo que ya se ha dicho de otras maneras) ¿qué es la incoherencia en literatura? O bien es un síntoma de incompetencia, o bien de repudio de ciertos valores (tales como la credibilidad de los incidentes o su coherencia lógica) en nombre de otros valores.

Aguí llegamos a un punto resbaloso de nuestra discusión, pues los valores aludidos no pueden ser comparados objetivamente. No hay una respuesta universalmente válida para la pregunta de si es permisible sacrificar el orden en nombre de la visión en una obra creativa: todo depende del orden y de la visión involucrados. Las novelas de Dick han sido interpretadas diversamente. Hay críticos, como Sam Lundwall, que dicen que Dick está cultivando un "brote de misticismo" en la cf. No se trata, sin embargo, de misticismo en el sentido religioso, sino más bien de fenómenos ocultos. Ubik suministra cierto fundamento para esa conclusión. ¿Acaso la persona que echa de su cuerpo el alma de Ella Runciter no se comporta como un "espíritu posesivo"? ¿No se metamorfosea en varias encarnaciones cuando lucha con Joe Chip? De modo que semejante enfoque es admisible.

Otro crítico, George Turner, ha negado todo valor a Ubik, declarando que la novela es un cúmulo de absurdos conflictivos, lo cual puede demostrarse con lápiz v papel. Pienso. sin embargo, que el crítico no debería ser el fiscal de un libro sino su defensor, aunque sin permiso para mentir: sólo puede presentar la obra en la luz más favorable. Y como un libro lleno de contradicciones sin sentido es tan indigno como un libro que se explaya sobre vampiros v otros aparecidos monstruosos, ya que ninguno de ambos toca problemas dig-

72-EL PENDULO

nos de consideración seria, prefiero mi versión de Ubik a todas las demás. El tema de la catástrofe estaba tan trillado en la cf que parecía gastado hasta que los libros de Dick se convirtieron en la prueba de que esto había sido objeto de una frívola mistificación. Pues el fin del mundo en la cf era provocado o bien por el hombre mismo (por ejemplo, una guerra sin limitaciones) o por un cataclismo tan extrínseco como accidental, que por lo tanto bien pudo no haber acaecido.

Dick, por el contrario, al introducir en el tema de la aniquilación -cuyo tempo se vuelve más violento a medida que avanza la acción- instrumentos de la civilización tales como alucinógenos, realiza tal combinación de las convulsiones de la tecnología con las de la experiencia humana que ya no queda claro cuál es la causa de esos atroces milagros: un Deus ex machina o una machina ex Deo, un accidente histórico o la necesidad histórica. Es difícil elucidar la posición de Dick en este sentido. porque en ciertas novelas ha dado respuestas mutuamente excluventes a esta pregunta. La apelación a la trascendencia aparece va como una mera posibilidad para las conjeturas del lector, va como una cuasi certeza de diagnóstico. En Ubik, como hemos dicho. una solución conjetural que rehúsa explicar los acontecimientos en términos de alguna versión del ocultismo o el espiritismo encuentra apoyo en la extravagante tecnología de la "semivida" como última

probabilidad ofrecida por la medicina a los moribundos. Pero ya en Los tres estigmas de Palmer Eldritch el mal trascendenal emana del héroe del título, lo cual, dicho sea de paso, es metafísica de segunda, comparable al falso tratamiento de "presencias sobrenaturales" y "fantasmas", y lo único que salva a la novela de volverse un fiasco es el virtuosismo narrativo del autor. Y en Gestarescala tenemos que habérnosla con una parábola fabulosa acerca de una catedral hundida en algún planeta y con la lucha entre la Luz v las Tinieblas para levantarla, de modo que la última apariencia de literalidad de los hechos se desvanece. Dick es pérfido, según juzgo instintivamente, porque no nos proporciona respuestas carentes de ambigüedad a las preguntas suscitadas por la lectura de sus libros, pues no llega a ningún equilibrio y no explica nada "científicamente", sino que prefiere confundir las cosas, no sólo en la trama sino con respecto a una categoría supraordenada: la convención literaria dentro de la cual se despliega la historia. Pues aunque Gestarescala se inclina hacia la alegoría, no adopta esta posición sin ambigüedad ni en forma definitiva, y una indeterminación genérica similar es también característica de otras novelas de Dick. quizá en grado aun mayor. Así nos topamos aquí con la misma dificultad clasificatoria que hemos encontrado en los escritos de Kafka.

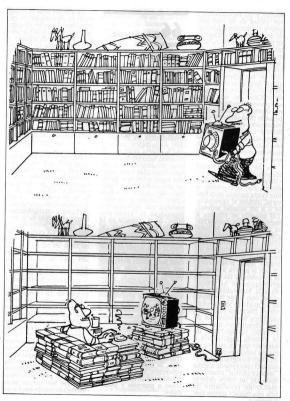
Debería enfatizarse que la filiación genérica de una

obra creativa no es un problema abstracto que sólo interesa a los teóricos de la literatura, sino que es un requisito indispensable para la lectura de una obra: la diferencia entre el teórico v el lector común se reduce al hecho de que el segundo ubica el libro que ha leído en un género específico automáticamente, bajo la influencia de sus experiencias internalizadas, tal como empleamos nuestra lengua natal automáticamente, aunque ignoremos su morfología o su sintaxis a partir de estudios especializados. La convención típica de un género concreto se fija con el paso del tiempo y es familiar para todo lector calificado: en consecuencia, "todo el mundo sabe" que en una novela realista el autor no puede hacer que el héroe atraviese puertas cerradas. pero sí puede revelar al lector el contenido de un sueño que el héroe tiene y olvida antes de despertar (aunque una cosa es tan imposible como la otra desde el punto de vista del sentido común). La convención del relato policial requiere que el culpable de un crimen sea descubierto, mientras que la convención de la cf requiere una exposición racional de acontecimientos muy improbables y aun aparentemente reñidos con la lógica y la experiencia. Por otra parte, la evolución de los géneros literarios se basa precisamente en la violación de las convenciones narrativas que ya se han vuelto estáticas. Así las novelas de Dick en cierta medida violan la convención de la cf, lo cual puede adjudicársele como un mérito, pues así adquieren una significación más amplia que tiene peso alegórico. Este peso no puede determinarse con exactitud: la indefinición que de este modo origina favorece la emergencia de una aureola de misterio enigmático alrededor de la obra. Se trata de una estrategia autoral moderna que algunos pueden encontrar intolerable. pero que no puede atacarse con argumentos fácticos, pues la exigencia de pureza absoluta de los géneros se está transformando hov día en un anacronismo en literatura. Los críticos y lectores que atacan a Dick por su "impureza" genérica son tradicionalistas fosilizados, y una actitud análoga a la de ellos sería insistir en que los prosistas deberían seguir escribiendo como Zola y Balzac, y sólo así. A la luz de las observaciones precedentes se entiende mejor la peculiaridad y singularidad del lugar ocupado por Dick en la cf. Sus novelas desconciertan a muchos lectores acostumbrados a la cf convencional y provocan quejas tan ingenuas como iracundas, como que Dick, en vez de suministrar "explicaciones precisas" a modo de conclusión, en vez de resolver los enigmas, barre las cosas bajo la alfombra. En relación con Kafka, objeciones análogas consistirían en exigir que La metamorfosis concluvera con una "justificación entomológica" explícita, aclarando cuándo y en qué circunstancias un hombre normal puede transformarse en una alimaña, y que El proceso explicara de qué se acusa al señor K.

Philip Dick no facilita la vida a sus críticos, pues en lugar de desempeñar el papel de un guía por sus mundos fantasmagóricos da la impresión de estar perdido en sus laberintos. Por lo tanto ha necesitado aun más la avuda de los críticos, pero no la ha recibido. v ha continuado escribiendo con la etiqueta de "místico" v librado totalmente a sus propios recursos. No hay modo de saber qué cambios habría sufrido su obra si hubiera caído bajo el escrutinio de críticos genuinos. Tal vez el cambio no habría sido para bien. Una segunda característica de la obra de Dick, además de su ambigüedad genérica, es cierta chapucería no carente de encanto, que recuerda a las mercancías ofrecidas en ferias campestres por artesanos primitivos que son sagaces e ingenuos al mismo tiempo, poseedores de más talento que conocimiento cabal. Ên general Dick ha tomado escombros de los materiales de construcción de los convencionales profesionales norteamericanos de la cf. a menudo añadiendo un verdadero destello de originalidad a conceptos remanidos v. lo que sin duda es más importante, levantando con ese material edificios totalmente propios. El mundo enloquecido, con un flujo temporal espasmódico y una red de causas y efectos que se contorsiona como si sufriera náuseas, el mundo de la física frenética, es incuestionablemente invención suya, pues es una inversión de la familiar convención según la cual sólo nosotros, pero jamás nuestro medio ambiente,

podemos ser víctimas de una psicosis. En general. los héroes de la cf son sorprendidos sólo por dos clases de calamidades: las sociales, tales como los "infiernos de la tiranía del estado policial", y las físicas. tales como las catástrofes causadas por la Naturaleza. El mal, pues, es infligido a la gente o bien por otra gente (los invasores de las estrellas son gente con disfraces monstruosos) o bien por las fuerzas ciegas de la

Con Dick, el fundamento mismo de una articulación tan claramente delineada del diagnóstico propuesto entra en crisis. Podemos convencernos de ello sometiendo a Ubik a preguntas de ese tipo. ¿Quién fue responsable de las extrañas v terribles cosas que sucedieron a la gente de Runciter? El estallido de la bomba en la Luna fue obra de un competidor, pero desde luego no estaba en su poder causar el colapso del tiempo. Una explicación que apele a la tecnología médica de congelación es igualmente incapaz, como hemos señalado, de racionalizar todo. Las brechas que separan los fragmentos de la trama no pueden ser eliminadas, e inducen a sospechar la existencia de una necesidad de orden más alto que constituve el destino del mundo de Dick. Es imposible decir si este destino reside en la esfera temporal o más allá de ella. Cuando uno reflexiona hasta qué punto nuestra fe en los beneficios infalibles del progreso técnico se ha desvanecido, la fusión que Dick propone entre cultura y naturaleza, entre el instru-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mento v su fundamento. por virtud de la cual adquiere el carácter agresivo de un neoplasma maligno. ya no parece una mera fantasía. Esto no significa afirmar que Dick está prediciendo un futuro concreto. Los mundos en desintegración de sus relatos, como quien dice inversiones del Génesis-el orden regresando al Caos-, no son tanto una previsión del futuro como shock del futuro, no expresado directamente sino encarnado en la realidad ficticia: es una proyección objetivada de los temores v fascinaciones típicas del individuo humano en nuestros tiempos.

Se ha vuelto habitual identificar la caída de la civilización, falsa v estrechamente, con la regresión a una etapa pasada de la historia, incluso al cavernícola o a un estadio animal. Tal evasión se emplea a menudo en la cf. pues la falta de imaginación se refugia en un pesimismo simplista. Luego nos muestran el remotísimo futuro en un moroso estado de sociedad feudal, tribal o esclavista, ya que la guerra atómica o la invasión de las estrellas presuntamente ha arrojado a la humanidad hacia atrás, aun a las honduras de un modo de vida prehistórico. Decir que esas obras esgrimen los conceptos de una filosofía cíclica (por ejemplo, spengleriana) de la historia, equivaldría a sostener que un motivo repetido incesantemente por un disco fonográfico representa el concepto de alguna "música cíclica" cuando se trata de un mero defecto mecánico resultante de una púa roma y surcos gas-76-EL PENDULO

Dick parece tan atrapado en su visión que no se interesa en su plausibilidad literal ni en su mensaje no literal."

tados. De modo que estas obras no rinden homenaje a la historiosofía cíclica, sino que revelan una mera insuficiencia de imaginación sociológica, para la cual la guerra atómica o la invasión interestelar es sólo un pretexto conveniente para desovillar interminables sagas sobre la vida trival primordial bajo el pretexto de retratar el futuro lejano. Tampoco es posible sostener que dichos libros promulgan el "credo atómico" de la creencia en la inevitabilidad de una catástrofe que pronto destrozará nuestra civilización. pues el cataclismo en cuestión no es más que una excusa para eludir obligaciones creativas más importantes.

Tales expedientes son ajenos a Dick. Para él. el desarrollo de la civilización continúa, pero es como si estuviera aplastado por sí mismo, volviéndose monstruoso en las alturas de sus logros. Como punto de vista prognóstico, es más original que la tesis nada esclarecedora de que, si se derrumba la civilización técnica, la gente tendrá que sobrevivir volviendo a herramientas primitivas, incluso a garrotes y pedernales.

La alarma ante el ímpetu de la civilización se expresa hoy día en los slogans de un "retorno a la Naturaleza" después de romper y desechar todo lo "artificial", es decir, la ciencia v la tecnología. Estas ensoñaciones también aparecen en la cf. Afortunadamente, están ausentes en Dick. La acción de sus novelas transcurre en un tiempo en el que ya no puede hablarse de retorno a la naturaleza o alejamiento de lo "artificial", pues la fusión de lo "natural" con lo "artificial" es desde hace tiempo un hecho consu-

En este punto quizá valga la pena señalar el dilema enfrentado por la cf futurista. De acuerdo con una opinión muy generalizada entre los lectores, la cf debería describir el mundo del futuro ficticio no menos explícita e inteligiblemente que el mundo de su propio tiempo pintado por Balzac en La comedia humana. Ouien afirma esto no tiene en cuenta que no existe ningún mundo más allá o por encima de la historia y común a todas las épocas o todas las formaciones culturales de la humanidad. Aquello que, como el mundo de La comedia humana, nos parece totalmente claro e inteligible, no es una realidad plenamente objetiva, sino una mera interpretación particular (decimonónica, y por lo tanto próxima a nosotros) de un mundo clasificado, comprendido y experimentado de manera concreta. La familiaridad del mundo de Balzac, pues, sólo significa que nos hemos acostumbrado totalmente a es-

76-EL PENDULO

ta versión de la realidad v en consecuencia el lenguaje de los personajes de Balzac, su cultura, sus hábitos y modos de satisfacer sus necesidades espirituales y corporales, y también su actitud ante la naturaleza y la trascendencia nos parecen transparentes. Sin embargo, el movimiento de los cambios históricos puede infundir nuevo contenido a conceptos considerados fundamentales y fijos, tal como la idea de "progreso", que de acuerdo con las actitudes decimonónicas equivalía a un optimismo confiado, convencido de la inexistencia de un límite inviolable que separaba lo que daña a un hombre de lo que lo beneficia. Hoy empezamos a sospechar que el concepto así establecido está perdiendo relevancia, porque los rebotes perjudiciales del progreso no son componentes incidentales, fáciles de eliminar, adventicios, sino más bien el costo de las ganancias adquiridas, que en algún momento llega a liquidar toda la ganancia. En breve, absolutizar el impulso hacia el "progreso" podría resultar en un impulso hacia la ruina.

De modo que la imagen del mundo futuro no puede limitarse a añadir una variedad de innovaciones técnicas, y la predicción significativa no consiste en presentar el futuro adobado con mejoras o revelaciones sorprendentes como sustituto del futuro.

Las dificultades que encuentra el lector de una obra situada en un período histórico remoto no son el resultado de una arbitrariedad del escritor, de una

predilección por el "extrañamiento", de un deseo de impactar al lector o desconcertarlo, sino que forman una parte ineludible de semejante empresa artística. Las situaciones y conceptos sólo pueden entenderse relacionándolos con lo ya conocido, pero cuando un intervalo demasiado grande separa a gente de épocas diferentes se pierde la base para comprender experiencias cotidianas que irreflexiva y automáticamente imaginamos invariables. Se deduce que un autor que de veras lograra delinear una imagen del futuro lejano no alcanzaría éxito literario. pues por cierto no sería comprendido. En consecuencia, en las narraciones de Dick sólo puede adjudicarse un valor-verdad a su fundamento generalizado. que puede sintetizarse más o menos así: cuando las gentes se vuelven hormigas en los laberintos de la tecnosfera que ellas mismas han construido, la idea de un retorno a la Naturaleza no sólo se vuelve utópica sino que ni siquiera puede ser articulada con coherencia, pues hace siglos que no existe algo así como una Naturaleza que no haya sido transformada artificialmente. Hoy todavía podemos hablar de "retorno a la naturaleza" porque somos sus reliquias, sólo ligeramente modificados en lo biológico dentro de la civilización, pero traten de imaginar el slogan del "retorno a la Naturaleza" pronunciado por un robot: significaría regresar a los depósitos de mineral de hierro.

La imposibilidad de que

la civilización vuelva a la Naturaleza, que simplemente equivale a la irreversibilidad de la historia, lleva a Dick a la pesimista conclusión de que atisbar el futuro lejano satisface tanto los sueños de poder sobre la materia que convierte el ideal de progreso en una monstruosa caricatura. Esta conclusión no se deduce inevitablemente de las presunciones del autor, pero constituye una eventualidad que también debería tenerse en cuenta. De paso, al expresar estas cosas ya no estamos resumiendo el trabajo de Dick. sino dando rienda suelta a reflexiones sobre él, pues el autor mismo parece tan atrapado en su visión que no se interesa ni en su plausibilidad literal ni en su mensaje no literal. Es tanto más infortunado que la critica no hava desentrañado las consecuencias intelectuales de la obra de Dick v no haya señalado las perspectivas inherentes a su posible continuación, perspectivas y consecuencias ventajosas no sólo para el autor sino para todo el género, pues Dick no nos ha brindado tantos logros terminados como promesas fascinantes. En verdad, se ha producido lo contrario: la crítica del género ha luchado instintivamente para domesticar las creaciones de Dick, para restringir su significado, enfatizar en ellas lo que es similar al resto, y no decir nada sobre lo que es diferente, cuando no se limitó a denunciarlas como indignas por esa diferencia. Esta conducta evidencia enfáticamente una aberración patológica de la selección natural de las

obras literarias, pues esta selección debería separar la mediocridad en serie de la originalidad promisoria, no amalgamarlas, ya que esa actitud tan "democrática" en la práctica iguala la escoria con el metal noble.

Admitamos, sin embargo, que los encantos de los libros de Dick no son químicamente puros, de modo que con ellos ocurre como con la belleza de ciertas actrices, a quienes es mejor no examinar muy de cerca para no sufrir una triste desilusión. No tiene sentido estimar la probabilidad futurológica de ciertos detalles de la novela, como esas puertas de departamento v de refrigerador con las cuales debe discutir el inquilino. Se trata de ingredientes ficticios creados para cumplir dos funciones al mismo tiempo: introducir al lector en un mundo decididamente diferente del actual, y comunicarle cierto mensaie por medio de ese mundo.

Toda obra literaria tiene dos componentes en ese sentido, pues cada cual exhibe un mundo fáctico dado y dice algo por medio de ese mundo. Pero en diferentes géneros y diferentes obras la proporción entre los diversos componentes varía. Una obra realista contiene una gran dosis del primer componente v muy poca del segundo, pues retrata el mundo real, que en sí mismo, es decir fuera del libro, no constituye ningún mensaje, sino que se limita a existir v florecer. No obstante, como el autor, desde luego, hace ciertas elecciones cuando escribe una obra literaria, dichas elec-78-EL PENDULO

ciones le dan el carácter de una afirmación dirigida al lector. En una obra alegórica hay un mínimo del primer componente v un máximo del segundo, dado que su mundo es en verdad un dispositivo que emite el verdadero contenido -el mensaie- al receptor. La tendenciosidad de la ficción alegórica en general es obvia, la de la ficción realista más o menos oculta. No hav obras sin tendenciosidad; cuando uno habla de tales obras, lo que en verdad tiene en mente son obras desprovistas de una tendencia expresamente enfatizada, que no pueden ser "traducidas" al credo concreto de una visión del mundo. El objetivo de la épica, por ejemplo, es precisamente construir un mundo que pueda interpretarse de varias maneras, tal como la realidad extraliteraria puede interpretarse de varias maneras. Sin embargo, si las afiladas herramientas de la crítica (de tipo estructural, por ejemplo) son aplicadas a la épica, es posible detectar la tendenciosidad oculta en tales obras, porque el autor es un ser humano y por lo tanto un litigante en el proceso existencial, y por lo tanto la imparcialidad total le es imposible.

Lamentablemente, sólo se puede apelar directamente al mundo real desde la prosa realista. Por lo tanto, el veneno de la cf es el deseo –condenado al fracaso desde el principio – de describir mundos que se proponen ser productos de la imaginación y no significar nada, es decir, no tener el carácter de un mensaje sino de estar a la par de los

obietos de nuestro medio ambiente, desde los muebles hasta las estrellas, en lo que concierne a su autosuficiencia obietiva. Este es un error fatal afincado en las raíces de la cf, pues donde no se permite la tendenciosidad deliberada se filtra la tendenciosidad involuntaria. Por tendencia aludimos a una inclinación interesada, o punto de vista que no puede ser divinamente objetivo. Una obra épica puede darnos esa impresión de objetividad. porque el cómo de la exposición (el punto de vista) se nos oculta imperceptiblemente bajo el qué. La épica es también una relación parcial de los acontecimientos, pero no advertimos su tendenciosidad porque compartimos su inclinación v no podemos salir de ella. Descubrimos la tendencia de la épica siglos más tarde, cuando el paso del tiempo ha transformado las pautas de "objetividad absoluta" y podemos percibir, en lo que pasaba por un informe veraz, el modo en que se entendía en un tiempo la "información veraz". Pues no existen la verdad ni la objetividad en singular: ambas contienen un irreductible coeficiente de relatividad histórica. Ahora bien, la cf no puede estar nunca a la par de la épica, porque el qué que nos presenta la cf pertenece a una época (en general el futuro), mientras que el cómo pertenece a otra época. el presente. Aun si la imaginación logra volver plausible cómo podría ser, no puede romper del todo con el modo de aprehender los acontecimientos que es típico del aquí y ahora. Este

modo no es sólo una convención artística, es mucho más: un tipo de clasificación, interpretación y racionalización del mundo visible que es peculiar de una época. En consecuencia, el contenido problemático de una obra épica puede estar profundamente escondido, pero el de la cf debe ser legible, de lo contrario la historia, decayendo por tratar problemas no ficticios y sin alcanzar objetividad épica, se derrumba fatalmente y termina por descansar en estereotipos como el cuento de hadas, la novela de aventuras, el mito, el marco del relato policial, o algún híbrido tan ecléctico como adocenado. Un modo de salir del dilema puede consistir en obras para las que el análisis componencial, diseñado para separar lo "fáctico" de lo que configura el "mensaje" ("visto" desde un "punto de vista") resulta totalmente impracticable. El lector de semejante obra no sabe si lo que le muestran existe como una piedra o una silla. o si se supone que significa algo más allá de sí mismo. La indeterminación de una creación semejante no es reducida por los comentarios del autor, pues el autor puede equivocarse en ellos, tal como un hombre que tratara de explicar el verdadero significado de sus propios sueños. Por lo tanto, considero que los comentarios de Dick son irrelevantes para el análisis de sus obras.

En este punto podríamos embarcarnos en una digresión sobre el origen de los conceptos cienciaficcionales de Dick, pero bastará

con un ejemplo de Ubik: a saber, el nombre que figura en el título del libro. Viene del latín ubique, "por doquier". Se trata de una fusión (contaminación) de dos conceptos heterogéneos: el concepto de lo Absoluto como un orden eterno e inmutable, que se remonta a la filosofía sistemática, y el concepto del gadget, el servicial artefacto que utilizamos en ciertas ocasiones cotidianas, producto de la tecnología seriada de la sociedad de consumo, cuyo lema es facilitar a la gente todas las tareas, desde el lavado de la ropa hasta la ondulación del pelo. Este "Absoluto enlatado", pues, es el resultado de la colisión e interpenetración de dos estilos de pensamiento de épocas diferentes, y al mismo tiempo de la encarnación de la abstracción bajo el disfraz de un objeto concreto. Tal procedimiento es una excepción a la regla de la cf v es un invento de Dick.

Es difícil crear de ese modo objetos que sean empíricamente plausibles o que tengan probabilidad de llegar a existir. Por lo tanto, en el caso de Ubik, se trata de un recurso poético. es decir metafórico, y no "futurológico". Ubik desempeña un papel importante en la historia, enfatizado aun más por los "avisos comerciales" que figuran como epígrafes en cada capítulo. ¿Es un símbolo, y en tal caso, de qué? Eso no es fácil de responder. Un Absoluto exorcizado por la tecnología, que presuntamente debe salvar al hombre de las desastrosas consecuencias del Caos o la Entropía tal como un desodo-

rante protege nuestro sentido del olfato del hedor de los efluvios industriales, no es sólo la demostración de una táctica típica de hoy (combatir, por ejemplo, los efectos laterales de una tecnología por medio de otra tecnología), es una expresión de nostalgia por un ideal reino perdido de orden impasible, pero también una expresión de ironía, pues este "invento" por cierto no puede tomarse en serio. Más aun, Ubik desempeña en la novela el papel de su "micromodelo interno", pues contiene in nuce toda la gama de problemas específicos del libro, los de la lucha del hombre contra el Caos, al final de la cual, tras algunos triunfos temporarios, lo aguarda inexorablemente la derrota. El Absoluto enlatado como un aerosol, que salva a Joe Chip en el momento de la muerte. aunque sólo momentáneamente: ¿se trata pues de una parábola, v de la escritura en la pared, de una civilización que ha degradado lo Sagrado al encerrarlo en lo Profano? Siguiendo con esta hilación de asociaciones, Ubik podría verse finalmente como un desprendimiento de la tragedia griega, con el papel de los héroes antiguos, que luchan en vano contra la Moira, asignado a los telépatas al mando del ejecutivo de una gran empresa. Si Ubik no fue concebida teniendo esto en mente, apunta de todos modos en esa direc-

Los escritos de Philip Dick han merecido al menos un destino mejor del que les estaba asignado por su lugar de nacimiento. Aunqué no son de calidad uniforme ni totalmente lo grados, sólo por medio de la fuerza bruta pueden ser amalgamados con esa mezcla de materiales desprovistos de valor intelectual y estructura original que constituye la cf. Sus aficionados son atraídos por lo peor de Dick-la tipica acción de la cf norteamerican, extendida a las estrellas, y un ritmo sostenido que va de sorpresa en sor-

presa- pero le reprochan que, en vez de desentrañar los enigmas, al fin deje al lector en el campo de batalla, envuelto en la aureola de un misterio tan grotesco como extraño. Sin embargo, sus extravagantes fusiones de técnicas alucinógenas y palingenéticas no le han ganado muchos admiradores fuera de las paredes del ghetto, pues allí los lectores sienten rechazo por el adocenamiento de la

utilería que ha tomado del inventario de la cf. En verdad, estos escritos a veces on inferiores al intento; pero yo permanezco pese a todo cautivado por su hechizo, como sucede a menudo ante el espectáculo de los esfuerzos de una imaginación solitaria por enfrentar una aplastante superabundancia de oportunidades, esfuerzos en los que aun una derrota parcial au una derrota parcial puede parecer una victoria.

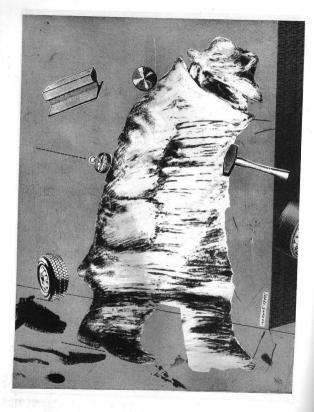
Título de la versión inglesa de Robert Abernathy: Philip K. Dick: A Visionary Among the Charlatans. © 1975 by R. D. Mullen and Darko Suvin. Traducción de Rafael Urbino.



80-EL PENDUIA



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

# Leo Masliah CASO EXTREMO

ILUSTRO JORGE SANZOL

Me desperté y me sentía bien, muy bien. Ya no me dolía la columna (había pasado, en ese sentido, una muy mala noche) y tuve ganas de moverme un poco, de salir a caminar. No a correr, sino a caminar. Hago la aclaración porque no quiero que se me confunda -si es que hay alguien ahí que pueda hacerlo-con esa gente que tenía el hábito de salir a correr todas las mañanas. Pero no deseo iniciar el presente testimonio enumerando las cosas que me distanciaban del resto de las personas. Prefiero aprovechar estas primeras líneas para recrear la alegría que experimenté esa mañana al caminar por el parque que había cerca de mi casa, sin ser molestado por ningún tirón inoportuno en la espalda. Me sentía tan a gusto v en armonía con la naturaleza que no tuve. hasta bastante después, deseos de fumar. Respiraba hondo y me complacía en imagi-

nar que mis pulmones eran rosados. No obstante mi entusiasmo, debi empezar a respirar con más cuidado, porque el aire no resultó todo lo puro que yo me había figurado. Pequeñas briznas que se desprendian de los árboles, o polen, o quién sabe que clase de polvillo que el viento –presumi- transportaba, se me metían en la nariz y me hacían estornudar.

Sin embargo, una observación más detenida de mi entorno me reveló que no había viento. Las ramas de los árboles se velan tan quietas como si estuvieran modelando para El Bosco. No logré explicarme entonces la presencia de tanto polvo en el arie, ni tampoco el hecho de que algunas hojas secas, así como pequeños insectos, vinieran hacia mi y permanecieran sobre mis ropas mientras yo no me los sacudiera. Tampoco abna tento go explicación para este fenómeno pero al

menos lo que sucedió después me brindó un panorama más completo de las habilidades

ocultas de la naturaleza.

Mi paseo se extendió por casi una hora más, y se acercaba la hora en que debía partir a trabajar pero desistí de hacerlo. Cansado de aspirar polvo, opté por regresar cuanto antes a casa y, una vez allí, me desprendí de las últimas tres hojas secas que aún tenía adheridas a la ropa. Las tiré en el tacho de la basura y coloqué rápidamente la tapa porque vi que otra vez pretendían volver a mí, sin saber yo por qué, ya que mi tacho de basura -como todos, me imaginono tenía ningún ventilador en la base.

Fue entonces que unas hojitas (pero no de árbol, sino de papel) que se hallaban sobre mi escritorio, se elevaron por el aire y fueron a mi encuentro. Las tomé, las arrugué y

también las tiré a la basura.

Sentí que me faltaba el aire, y abrí la ventana de la cocina. Pero tuve que cerrarla enseguida, porque una fuerte corriente me embistió, y esto a pesar de que ninguna otra ventana ni puerta de la casa estaba abierta.

Algo me hacía cosquillas en la espalda. Pensé que sería algún insecto, cosechado involuntariamente durante mi paseo. Traté de sacarlo metiendo la mano entre la camisa y la piel, pero no pude: la tela estaba pegada a mi espalda como con cemento, v mi mano era incapaz de llegar hasta la zona crítica. Por suerte luego el cosquilleo cesó. pero yo estaba preocupado por la excesiva adhesión de la camisa a la piel, y fui al baño a mojarme. Finalmente logré, gracias a esto, desvestirme, aunque con gran esfuerzo. Sin embargo, cuando quise secarme sentí que ya no tenía el menor indicio de gotas de agua sobre la piel. No hacía calor, empero, y saqué del ropero una remera para abrigarme. Elegí una que me quedara holgada, para no sufrir nuevamente percances como el señalado.

Volví a la cocina, porque había decidido desayunar. Tenía un pedazo de pan del día anterior y corté un par de rebanadas. Pero, para mi sorpresa, las pequeñas migas que se desprendieron durante el corte se me vinieron a la cara. Me deshice de ellas, pero quedaron sobre el cuero de mi zapato, sin saber yo por efecto de qué clase de magnetismo. Calenté café y me lo serví en una taza.

Cuando destapé el azucarero empecé a preocuparme seriamente: todo el azúcar se abalanzó hacia mí y se me pegoteó más o menos uniformemente por el cuerpo. Traté de sacarme la ropa para limpiarme, y otra vez encontré de parte de ella una inexplicable resistencia à desprenderse de mi piel.

Entonces sonó el timbre, y sentí el alivio de pensar que podría contarle a alguien lo que me estaba sucediendo. Fui a abrir la puerta. Era Zulma. Inmediatamente empecé a referirle los hechos, y quería preguntarle si ella sabía algo de todo eso, o si le pasaba lo mismo, pero no pude hacerlo, porque ella interrumpió mi relato besándome en la boca. Cerré la puerta, porque el viento se empecinaba en obsequiarme tierra, hojas secas, insectos y otras cosas que yo no necesitaba en ese momento.

El beso de Zulma se prolongaba demasiado. Traté de separarla de mí, pero me abrazaba con tanta fuerza que cambié de idea v la arrastré hasta mi cuarto. Su boca seguía indisolublemente ligada a la mía. Crevéndola excitada sexualmente, la fui desnudando como pude, y me pareció que ella oponía alguna resistencia, pero en el momento yo interpreté esto como un juego,

dada su actitud bucal.

Me fue imposible bajarme el pantalón, pero afortunadamente sí pude descorrer el cierre de la bragueta, así que segundos después iniciábamos con Zulma lo que sería -sin saberlo nosotros, o por lo menos vo-

nuestra última relación sexual.

Pese a que ella no parecía gozar como otras veces, vo cerré los ojos y me entregué de lleno al placer. Me molestaba que ella no quisiera dejarme la boca libre -para poder besarla en otras partes- pero, creyendo que Zulma intentaba ensayar nuevas técnicas amatorias, no volví a intentar suspender aquel insistente beso, aun cuando expeler el aire por la nariz en el momento de la eyaculación me resultó sumamente fastidioso.

Creo que me quedé dormido encima de Zulma. Cuando desperté ya ella no se encontraba allí. Quise levantarme para buscarla y, contra mi voluntad, me acompañaron en la empresa las sábanas, la manta y el colchón. Empecé a luchar para librarme de ellos, pero me sentía muy mareado y caí al suelo. Noté entonces que me sangraba la nariz. Mirando mi remera manchada de sangre vi que, a la altura del ombligo, tenía un extraño objeto adherido. Me arrastré hasta el corredor buscando más luz, ya que en mi habitación la persiana estaba cerrada, v pude entonces hacerme una idea más

cabal de la naturaleza del objeto: era una especie de hueso, algo así como una vértebra. ¿De dónde había salido? Traté de sacármelo, y no solamente no pude hacerlo sino que, por la forma en que debí forcejear, llegué a tener la desagradable sospecha de que la posible vértebra no estaba adherida a la superficie exterior de mi remera, sino que la atravesaba, quedando en contacto directo con mi cuerpo. Con sábanas, manta y colchón a cuestas, y haciendo un sobrehumano acopio de fuerzas -dado mi estado de debilidad- me dirigí al viejo armario donde guardaba las herramientas, para procurarme una pinza con la cual extraer el hueso. Pero apenas empecé a avanzar por el corredor, la visión que tuve de la situación en que se encontraba mi casa me aterró. Nada estaba en su lugar. Los cuadros se hallaban suspendidos en el aire; los lápices, cuadernos y carpetas de mi escritorio también, y se dirigían inequívocamente hacia mí. El mismo escritorio se encontraba un par de metros más cerca de la puerta del estudio que lo que era habitual. Flores artificiales, diarios viejos, almohadones, libros, jarrones y toda clase de objetos venían también hacia mí desde distintas partes de la casa. Me propuse huir. Fui hasta la puerta, y vi cómo los objetos flotantes modificaban su rumbo para alcanzarme. Algunos ya lo habían logrado, y se agitaban entre las sábanas y la manta.

Thain.

Tha a abrir la puerta cuando recordé mi propósito de extraerme la vértebra, pero al tocarme y mirar la zona de mi vientre descubrí no sólo que tal vértebra había desaparecido sino que también lo habían hecho numerosas zonas de la remera. El resto, conumerosas zonas de la remera. El resto, co-

mo jirones, permanecía adherido a mi piel. Estaba decidido a salir cuando lo que vi por la ventana (ya desprovista de cortinas, que también venían hacia mí) me desalentó completamente de hacerlo. Contra el vidrio se habían aglutinado no solo hojas e insectos, sino también seres humanos, perros, pájaros, gatos, ratas y árboles. Volvi a mi cuarto, levante la cortina de enrollar, y lo que se veía tras el vidrio era un enjambre de composición similar.

No sabía qué hacer. Me encerré en el ropero, y me llamó la atención que las sábanas no me acompañaran. No supe dónde habían quedado.

Por un buen rato debí luchar contra mis trajes, camisas, bufandas, etcétera, que se cernían contra mi cuerpo y me aprisionaban desde todas partes. La victoria estuvo de mi parte, porque a partir de cierto momento, palpando mi alrededor, comprobé que en el interior del ropero no había nada más que yo (ni siguiera quedaban va rastros de la remera, pantalón, calzoncillos, calcetines y zapatos que yo portaba minutos antes). Iba a salir del ropero cuando las maderas con que éste había sido construido empezaron a crujir, a romperse y a apretujame. Esto duró poco, y vi cómo las tablas que aprisionaban mis brazos a modo de camisa de fuerza, y a medida que me oprimían más y más, se iban desvaneciendo, desaparciendo como tragadas por mi propia piel.

Y así siguió ocurriendo con todos los muebles y objetos que había en casa, lo mismo que con las personas, animales, plantas, casas, edificios y demás entes que venían a mi desde el exterior, una vez que las propias paredes de mi casa se desgranaron y se incorporaron al flujo centripeto de mi cuerpo. Al principio pude reconocer a algunas de las personas que se me iban integrando, pero luego eso ocurría a tal velocidad que me era imposible hacer distingos.

El proceso continuó con mi absorción de todo el planeta, así como de la Luna y luego otros planetas, el Sol, Alfa del Centauro, y tue viniendo a mi todo el resto de la Via Láctea, seguido de otras galaxias, agujeros negros, quasars y otros adefesios que no supe identificar. Fese a la creciente magnitud de los objetos que ná cuerpo fagocitaba, mi sorpresa se fue reduciendo gradualmente, hasta que me sumí en una especie de abulia de la que hoy día no sé cómo salir, ya que no hay nada a mi alrededor a lo que pueda recurrir.

La gente me había dicho muchas veces que yo era demasiado egocéntrico, pero jamás pensé que pudiera llegar a tanto.



Todo lo

que hacemos es

noticia.

## Luisa Axpe CRONICA

ILUSTRO RAUL FORTIN

Una hoja lenta de otoño ha caído a nuestro lado.

La tomamos, sosteniéndola por el (allo entre el pulgar y el índice, y la observamos. Está seca, las nervaduras son canales vacíos por donde ya nada circula. Es marrón y frágil: una ligera presión la quebraría. Tiene varias puntas que se doblan hacia el centro y le dan una forma ahuecada.

Aprovechamos esa forma y la depositamos con cuidado sobre la cinta de agua que corre a nuestros pies, junto al cordón de la vereda. La parte cóncava hacia arriba; la punta más larga hacia adelante.

Es un barco.

Un cajón de fruta olvidado, vacío, asoma entre bolsas de desperdicios. Lo levantamos y lo miramos bien: como todos los cajones de fruta, es rectangular. Cualquiera de sus lados puede ser la base. Si lo apoyamos sobre una de las caras menores, parece un edificio.

Es un edificio

Lo dejamos junto al cordón, a dos pasos del lugar donde encontramos la hoja caída.

Una mariposa que ha perdido el rumbo revolotea un minuto ante nuestros ojos, buscando alguna superficie. En un largo parpadeo baja hasta el nivel del agua y vacila; después, elige.
Con cuidado para no dañarse las alas.

aterriza sobre la cáscara quebradiza que navega despacio.

Ahora también ella navega: es una pasajera.

El agua se desliza, lenta, por el suave declive de la calle. La mariposa embarcada,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

también. Pero es otoño: eso hace no sólo que las hojas se sequen y caigan, y las mariposas pierdan el rumbo, sino que el viento se empeñe en trastornar los movimientos de la vida.

El viento obliga al agua a cambiar de dirección. Ahora, la hoja se dirige hacia donde está el cajón de fruta.

Solitario, un niño se asoma a mirar el leve espectáculo.

Nunca ha visto una mariposa navegando. No sabe que lo estamos mirando, y eso hace más único su gesto de no tocarla. Se queda quieto, agachado en el borde de la vereda, vigilando el paso de la embarcación.

Seguimos su mirada: va hacia la mole que corta la corriente de agua, la que a pesar del declive corre hacia allí empujada por el viento. Después, los ojos del niño vuelven a la mariposa encaramada. Sigue quieto; per o ahora nos parece menos estático que antes. Un movimiento ha empezado a insinuarse.

El niño mira alternativamente el cajón y la hoja, y al fin se decide. Se agacha un poco más y, estirando el brazo, toma la mariposa por la punta de las alas y la deposita en una rodilla, desde la que ella emprenderá el vuelo otra vez.

La hoja sigue navegando vacía, arrastrada por el viento. Un poco más, y se detendrá de golpe contra el cajón de madera que interrumpe el paso del agua. Tal vez intente bordearlo y seguir la marcha; tal vez quede allí detenida, como un navío anclado en el puerto.

Al día siguiente leemos en los diarios que un barco que navegaba aguas arriba por un río caudaloso chocó contra el frente de un edificio, mientras la única pasajera fue salvada milagrosamente por la intervención de un gigante.

© 1987, Luisa Axpe.



88-EL PENDUILO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

## Pablo Capanna

Las extrapolaciones omnipotentes de un heredero de Francis Bacon.

## PROMETEO PARANOIDE

HIJETRO JOSE AL DERTO MARCHI



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La Real Sociedad para el Avance de la Ciencia, fundada en Inglaterra en 1660, debe parte de su fama al hecho de que su segundo presidente fue Sir Isaac

Newton La idea de su creación surgió de las páginas de una novela utópica, que hoy no vacilaríamos en calificar de ciencia ficción escrita por el ex canciller Sir Francis Bacon, Esta era La Nueva Atlántida (1627). que había profetizado una sociedad progresista orientada hacia la ciencia v la tecnología bajo la dirección de una academia de Sabios: para halagar al rev Jacobo I. Bacon la había llamado Instituto de Salomón.

La iniciativa de fundar un Instituto semejante se materializaría mucho más tarde, con el nombre de Royal Society. Sus fundadores reconocieron en Bacon a su profeta; la Oda fundacional de la Royal Society lo alaba como aquel que "un sabio Rey y la Naturaleza sabia escogieron como Lord Canciller de sus

respectivas leves". En ambas cancillerías. el comportamiento de Bacon dejó bastante que desear: como hombre público hizo llevar al patíbulo a su mayor benefactor, el conde de Essex; intervino en la injusta condena de Sir Walter Raleigh; presenció las torturas de un clérigo disidente a quien había denunciado: v terminó por admitir, ante ambas Cámaras, que había recibido sobornos, lo cual lo llevó a pasar una temporada en los calabozos de la Torre de Londres.

Su obra filosófica ha te-

nido mejor fortuna. Suele presentárselo como el adalid del método científico moderno, quizás gracias a los méritos ganados por Newton y la Royal Societte. En realidad, Bacon puede ser considerado un precursor de la tecnocracia y un adelantado del espíritu capitalista, aunque es dudoso que la ciencia hubiese ganado mucho con seguir sus métodos.

Bacon fue el creador del inductivismo, hoy decididamente abandonado: pretendía que el científico llevara una especie de contabilidad de los fenómenos. registrándolos en planillas de "presencia", "ausencia" y "grados", para inferir sus causas mediante un balance. Hizo poquísimos experimentos; el más interesante de todos fue su intento de conservar la carne congelada, que le costó un enfriamiento y acabó por llevarlo a la tumba.

Su Novum Organum, la obra con la cual pretendía trazar el derrotero de la nueva ciencia natural, incluve afirmaciones francamente anticientíficas: por ejemplo, califica de "cuento aristotélico" la idea de que los cometas siguen trayectorias ligadas a un astro; sostiene que la hipótesis atómica es "absoluta-mente falsa";2 afirma que el telescopio y el microscopio "no son confiables":3 rechaza el magnetismo y la electricidad como "fantasías" 4 v abunda en consideraciones elogiosas sobre

la magia.

Teniendo en cuenta estas referencias, resulta un tanto extraño que un divulgador científico de hoy, Adrian Berry, asegure que

"como resultado directo (de las obras de Bacon) tenemos hoy la electricidad, la energía nuclear, las computadoras, las autopistas gigantes, el avión a reacción etc." <sup>5</sup>

De hecho, Berry parece atribuirle a Bacon la fundación de la ciencia moderna, a unique admite con cierta displicencia que "antes de su tiempo, habia habido realmente cierto progreso científico" (pág. 20). Pensemos que Bacon (1561-1626) conocía las obras de Copérnico y Gilbert, y fue contemporáneo de Kepler y Galleo.

El esquema de Berry es tan simplista como antojadizo: condena a Platón v silencia a Aristóteles (de la misma manera que lo hace Carl Sagan), pero atribuve todos los errores de la ciencia anterior a Bacon a la influencia moralizante de Séneca (¿?) sobre la filosofía occidental. Aprovecha para decirnos que Séneca no tuvo una vida demasiado virtuosa, aunque a continuación pasa a enumerar las fechorías de Bacon, que

disculpa con generosidad. Esta visión mitológica de la historia es bastante conocida, aunque Berry tiene sus propios héroes y villanos: no menciona a Galileo v su juicio, pero exalta a Bruno: un personaje que quizás esté más vinculado con la magia, de no ser por la estupidez de sus jueces, que lo convirtieron en mártir de la pluralidad de los mundos. Como cabía esperar, el proceso culmina en la Enciclopedia francesa de Diderot v D'Alembert, fervorosos promotores de la tecnología, pero bastante poco imaginativos en cuanto a ciencia: D'Alembert, que era matemático, estimaba que las matemáticas no tenían futuro, porque ya todo estaba dicho.

Y sin embargo, Berry insiste en convertir a Bacon en un fetiche de la ciencia, bajo cuya advocación pome sus profecias para el próximo diez milenio; de modo lapidario anuncia que "todas las clases de milenarismo, comunismo, militarismo, no podrán hacer nada contra el legado de Francis Bacon" (pág. 235).

En el muy respetable gremio de los divulgadores científicos no faltan, en efecto, los especulativos o los ideologos que avalan con el prestigio de la verdad demostrada sus propias y subjetivas opiniones; opiniones que el lector ingenuo corre el riesgo de tragarse sin reparos.

A esta especie pertenece Adrian Berry, quien recurre a la seducción de sus indiscutibles cualidades expositivas para endilgarnos su desmesurada visión triunfalista de un progreso ilimitado, y su ideología tecnocrática.

Con el de Berry se asocian además otros nombres, que forman una verdadera elite de formadores de opinión; basta fijarse en los autores que lo citan y ver a quiénes cita. Hay muchos puntos en común entre las ideas de Berry y las de Carl Sagan: ambos llegan incluso a sostener las mismas ideas teológicas. Entre los norteamericanos, también están Freeman J. Dyson, quien le aporta a Berry sus especulaciones más audaces, y Gerard 92-EL PENDULO

66 Berry no piensa obedecer otra ley que la del progreso indefinido: propone una transformación física del sistema solar, de la Galazia, del propio Cosmos."

O'Neill, el proyectista de ciudades espaciales. Desde la URSS, el académico Kardashev, citado por Berry v Sagan, ofrece su teoría de las civilizaciones técnicas extraterrestres, de las cuales, no está de más decirlo, no conocemos ninguna. Entre sus compatriotas británicos, Berry cuenta con el físico Iain K. M. Nicolson y el astrónomo Patrick Moore, conocido por sus denuestos contra la ciencia ficción; ambos, Moore y Berry, practican el elogio mutuo. Todo este grupo comparte una cierta filosofía, y es probable que pongan en juego su imagen y sus influencias para apoyar la financiación de proyectos vinculados con aquélla, como por ejemplo el SETL

En una de sus memorables reseñas bibliográficas del Guardian, J. G. Ballard calificó a Los próximos diez mil años como "un libro loco" (a mad book). No es para menos: si Esquilo exaltó a Prometeo encadenado, y Shelley lo desató, Berry parece un Prometeo enfermo de megalomanía: sueña con que el hombre y sus descendientes robóticos conquistarán todo el universo, lo remodelarán a su imagen y semejanza, y aun serán capaces de impedir su muerte entrópica, recreándolo cuando llegue el momento.

### UN DELIRIO EXPONENCIAL

Según el economista norteamericano Kenneth Boulding, "cualquiera que crea que el crecimiento exponencial puede seguir para siempre en un mundo finito, tiene que ser un demente o un economista' Berry no es economista: sus extrapolaciones económicas son de una ingenuidad asombrosa. Pero tampoco piensa en un mundo finito; su escenario es el Cosmos. Y aunque sus actores sean los hombres (que sí son finitos), piensa dotarlos de una progenie de máquinas" que harán realidad el sueño de la infinitud.

"Tres cosas", afirma, "forman la clave del progreso humano: conocimiento, riqueza y poder" (pág. 195). Su tesis es que "el progreso económico y la tecnología van a progresar, no sólo durante unas décadas, ni durante siglos, sino durante milenios" (pág. 30).

Para Berry, no hay limites para el crecimiento, ni para el progreso tecnológico (pág. 192). Siguiendo esta lógica, tampoco habria que suponer que los tuviere el crecimiento de la población. Pero Berry nos asegura que la población mundial (que ya ha crecido bastante desde que escribió su libro) se estabilizará hacia el año 2000. Incluso, echando mano de caprichosas estadísticas, pretende de-

mostrarnos que actualmente está disminuyendo (págs, 48-49).

Los recursos metodológicos a que apela Berry no pasan de la fórmula del interés compuesto. Si el producto bruto inglés crece en un 2.8% anual, cada veintitrés años se duplicará. "No hay ninguna razón por la cual nuestra riqueza global, o por lo menos la riqueza de las naciones industriales, no siga creciendo indefinidamente a un promedio anual de un 3 a un 5% (pág. 65). Si se mantiene una tasa de crecimiento del 3%, nuestra civilización será diez mil veces más rica cada setecientos treinta años (pag. 67). Para el año 2010 seremos "cien millones de veces más ricos en energía que los romanos y bastante más civilizados"(pág. 195). Berry parece confundir la capacidad de producir energía con el progreso de la ética v la convivencia, algo sobre lo cual no estamos tan seguros.

Pero el alegre extrapolador no se detiene a pensar en estas nimiedades. Si el producto bruto global de la humanidad (pnc) era en 1974 de 5<sup>12</sup> dólares, para el año 2215 será de 5000<sup>15</sup>, y así indefinidamente.

De hecho, afirma Berry, no existe una ley conocida que nos impida ocupar y transformar la Galaxia (pág. 221). Kardashev ha establecido que, a la larga, toda especie inteligente acabará construyendo su biosfera artificial mediante la remodelación de su sistema solar" (pág. 191).

Llegará el momento en que tengamos una serie de imperios humanos en la 66 Los científicos se ocupan hoy de especulaciones que antaño desvelaban a los metáfisicos, aunque hay que reconocer que éstos lo hacían con un costo considerablemente menor."

Galaxia, quizás dominios de un sistema planetario sobre millones de otros sistemas" (pág. 31). Como vemos, el progreso tecnológico indefinido no parece incluir la desaparición del imperialismo; en los oídos de este kipling galáctico aún parecen resonar los compases del Rule Britannia.

## DISPAREN SOBRE EL ECOLOGISTA

Sin duda, la bête noire de Berry es el Club de Roma, en especial por haber producido el llamado "in-forme Meadows" sobre los limites del crecimiento. Si bien ha sido compilado usando la técnica de la dinámica de sistemas de Forrester (creada por un discipulo de Von Neumann, una de las figuras que más respeta Berry), no vacila en calificarlo de inconsistente y sensacionalista.

No se trata aquí de discutir la validez objetiva del informe Meadows y su modelo de "crecimiento cero", sino el argumento con el cual Berry pretende refutarlo. Extrapolando las curvas del consumo, los recursos obtenibles y la polu-

ción, el informe pretendía demostrar la imposibilidad de un crecimiento infinito en un medio finito: a estas curvas, Berry le opone las del diagrama de Hertzsprung-Russell, que grafica la evolución de las estrellas. La vida que el diagrama le asigna al Sol es lo suficientemente larga como para que Berry deduzca que la vida de la especie humana será por lo menos igual, v no habrá límites para el crecimiento: "En seis mil millones de años, casi todo lo que puede ocurrir, ocurrirá' (pág. 60).

Fara el, la contaminación y la destrucción del medio físico, simplemente no existen: "El crecimiento no existen: "El crecimiento (pág.194). Las tecnologías alternativas (solar, eólica, etc.) son una claudicación, una renuncia al progreso (pág.234). Hasta el lema

"Una sola Tierra", propuesto por la un para la conferencia de Estocolmo sobre el medio ambiente de 1972, le parece "increíble" y "reaccionario" (pág. 233).

Según Berry, la posibilidad de una guerra nuclear es insignificante, así como sus efectos, vistos desde la perspectiva cósmica: sólo lograría extirpar toda vida inteligente si matara a todos los vegetales y animales, y repitiera la operación cada millón de años (pág. 43). Con sólo quedar unas pocas bacterias vivas, se reanudaría el proceso evolutivo, aparecería el hombre y con él el progreso tecnológico. Claro está que la contaminación radiactiva puede llegar a esterilizar muy eficazmente el planeta, haciendo altamententa particio de la reaparición de la vida; pero Berry es optimista. En otros textos, parece incluso aceptar la necesidad, sugerida por Herman Kahn, de algunas guerras nucleares limitadas, limpias y eficaces, que no pondrían en peligro el propereso.

Los ecologistas y demás críticos del progreso indefinido deberán cuidarse, en adelante, porque Berry les dirige un verdadero ulti-mátum: "La gente que piensa de otra manera, los que buscan relegar males. v por lo tanto desafían la ley del progreso de Bacon, corren el riesgo de recibir una respuesta como la que recibieron los señores japoneses de la guerra en Nagasaki e Hiroshima, de un Poder que no admite discusión" (!) (pág. 236).

Berry reconoce haber tomado esta siniestra advertencia, que sólo un Sieg Heil! podría rubricar, de un libro que parecería situarse en sus antípodas ideológicas. El retorno de los brujos de Pauwells v Bergier. Aunque quizás no haya tal distancia; existe una cierta gnosis, ocultista en unos, cientificista en otros (también la encontramos en Sagan, que se complace en divinizar al hombre y prometerle el dominio del cosmos).

## LOS TRABAJOS DE PROMETEO

El plan concebido por Berry para que los hombres lleguen a ser como dioses está puesto bajo el lema baconiano natura parendo vincitur. Una traducción adecuada sería "a la naturaleza se la vence obedeciéndola" (es decir conociendo sus leyes y aprendiendo a usarlas en provecho propio). Pero Berry no piensa en "obedecer" ninguna otra lev "natural" que no sea el progreso indefinido; propone, en consecuencia, una transformación física del sistema solar, de la Galaxia, del propio Cosmos.

El primer paso será la explotación de la Luna. Bery realiza un prolijo inventario de los metales valiosos que podemos extraer
de nuestro satélite, y propone fundar colonias terrestres abastecidas deenergía por un ingenioso
sistema de tuberias que
aprovechen el salto térmico para producir vapor

(pág. 78).

Luego, los planetas interiores (Venus v Marte) serán sometidos a un proceso de "terraformación", destinado a hacerlos habitables. Para Venus, Berry propone la receta del Dr. Sagan: rodear el planeta con una flota de naves espaciales que lo bombardeen sistemáticamente con misiles cargados de algas verdiazuladas. Al reproducirse en la alta atmósfera, estas algas producirán oxígeno y agua, que en un determinado momento se precipitará como un verdadero diluvio sobre el calcinado suelo venusino. En unos pocos siglos, Venus tendrá mares v ríos. una atmósfera respirable. praderas y bosques.

Para Marte, Berry recurre a un proyecto de Freeman Dyson: consiste en instalar una base de robots autorreproductores en Encelado, la luna de Saturno. Estos arrancarán grandes trozos de hielo y los proyectarán hacia la órbita marciana: la lluvia de meteoritos artificiales así producida elevará la temperatura marciana, proveerá de agua al planeta rojo y la vida brotará en los míticos canales (pág. 185).

Pero es preciso ir más lejos, más allá del sistema solar. La velocidad de la luz y la brevedad de nuestra vida ponen limites a la expansión humana entre las estrellas. Por el momento, Berry se limita a especular con el "superespacio", propuesto por algunos físicos como medio para trascender esa limitación impuesta por la constante universal, la velocidad de la luz; ya encontrará algo meior.

Existe otra manera de viajar por las galaxias, aunque sea de modo indirecto enviando "máquinas de Von Neumann". Estas hipotéticas máquinas son robots capaces de autoprogramarse y a la vez poseedores de toda la información necesaria para producir otros robots idénticos, de la misma manera que un organismo encierra en su ANN el programa de su reproducción.

Estas máquinas no tenrán vidas tan breves como las nuestras, y varias generaciones de ellas no se aburirán si las embarcamos para Andrómeda. Ellas podrán colonizar la Galaxia y someterla en nombre nuestro. Prometeo Berry se extasía al imaginarlas: con ellas, el hombre habrá creado sus propios Adán y Eva: "Su posición será tan

94-EL PENDULO

sublime como la del Jehová bíblico" (pág. 182).

¿En qué se entretendrán los humanos mientras las máquinas autorreproductoras exploran y conquistan la Galaxia por ellos? Una vez que los hijos se marcharon lejos a probar fortuna, podemos ponernos tranquilamente a refaccionar la casa. Para ello, nada mejor que llamar al arquitecto Freeman Dyson. quien nos ofrece construir una esfera artificial que rodee a los planetas centrales para aprovechar al máximo la energía radiante del Sol; su confortable interior podrá amoblarse luego con planetas artificiales v ciudades satélites.

Se trata de un proyecto que requiere bastante materia prima y no menos energia. ¿De donde obtenerlas en abundancia? La respuesta está en desmantelar algún gigante gaseoso, por ejemplo el planeta Júpiter, y usar sus fragmentos para construir la

actorn

"Algunas personas", dice Berry, "han puesto con. horror objectiones a cualquier desmantelamiento de Júpiter" (pág. 207); con seguridad, deben ser los ecologistas despistados de siempre. Pero Berry nos tranquiliza: tiene razones para creer que la influencia de Júpiter en el equilibrio mecánico del sistema solar es casi nula, de manera que podemos destrozarlo sin remordimientos ni sensiblerías.

Según los cálculos de Dyson, la obra tardaría apenas unos cuarenta mil años en completarse. Una manera práctica de hacerla sería rodeando el ecuador

de Júpiter con unos cuantos millones de metros de cable, hasta formar una suerte de bobinado. De esta manera, la tensión con que se cargarían los cables al convertir la energía solar en electricidad haría que Júpiter fuera paulatinamente aumentando su velocidad de rotación hasta que la fuerza centrífuga comenzara a destrozarlo. Claro está que sería un poco difícil manejar los fragmentos, del tamaño de un asteroide, que saldrían disparados en todas direcciones

Es por ello que Berry. sensato al fin, se inclina por el método de Iain Nicolson. que requiere apenas provocar una explosión equivalente a 1021 bombas de hidrógeno de unos cuarenta megatones cada una. Si esto tampoco resulta convincente, podemos optar por el método de J. H. Fremlin. que consiste en transformar el hidrógeno gaseoso de Júpiter en elementos pesados, como el hierro, por procedimientos de fusión nuclear. Claro está que esto liberaría mucha energía, la cual llegaría a la Tierra en forma de radiaciones y nos mataría a todos de leucemia.

¿Cómo evitar las consecuencias no deseadas de un plan tan filantrópico? Muy sencillo: construyendo otra esfera de Dyson que proteja a la Tierra. Esta se puede hacer "bastante fácilmente" desmantelando unos cuantos satélites de Júpiter, Saturno o Neptuno, amén del planeta Mercurio. Luego podremos dedicarnos sin peligro a construir la esfera mayor, y por fin al lenar ambas con pla-

netas artificiales que hagan más confortable la vida. "Las esferas de Dyson se convertirían en una cosa tan común en la Galaxia como las autopistas en los países industriales modernos" (pág. 215). Y eso, pese a que algunas personas dicen que Dyson está loco (pág. 187). Nótese que cuando habla de personas como Dyson. Berry no omite detalles de su copioso currículum, mientras que cuando se refiere a los científicos que lo critican. siempre usa expresiones vagas como "algunas personas" (pág. 207).

### UN DIOS TECNÓCRATA

Esta titánica remodelación del sistema solar, que convertiría en semidioses a nuestros descendientes. parece dejar intacto aquello que hace tiempo solía llamarse "la naturaleza humana", o por lo menos suponer que no habrá posibilidad de mejorarla. Cuando habla de su Galaxia colonizada por el hombre, Berry especula con hechos de "piratería cósmica" (pág. 170) y guerras entre imperios donde "sobrevivirá el más fuerte' (pág. 171); el "darwinismo social" parece destinado a provectarse sobre el cosmos. En otro libro, como veremos, Berry propone la construcción de "agujeros negros" artificiales, que nos permitan comunicarnos con los puntos más alejados del espacio; pero menciona la posibilidad de que el acceso a estos "túneles" espaciales sea volado por terroristas, y recomienda medidas de seguridad para protegerlos.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este pesimismo se acentúa toda vez que Berry alude a la política. Los grandes enemigos del proyecto "baconiano" parecen ser los militares y los políticos: los primeros suelen ser generosos proveedores de recursos, pero acostumbran usar la ciencia para sus fines; en cuanto a los segundos, carecen de formación científica, y siempre están retaceando los presupuestos. En un pasaje bastante cínico, Berry explica cómo engañar a los militares (norteamericanos) para que financien la construcción de un radiotelescopio en la Luna; bastará hacerles creer que los soviéticos están construyendo un poderoso láser antisatélité, y que la Luna es el sitio ideal desde donde observarlos. usando como cobertura un pacífico observatorio astronómico.

En El sol de hierro 6 Berry dedica un capítulo entero a "Los Políticos"; comparándose con Galileo, en cuyos diálogos se ponían en escena grandes figuras de ese tiempo, Berry inventa un futuro debate parlamentario en el cual se discute la asignación de fondos para la construcción de un agujero negro; los políticos aparecen como petulantes, y los científicos terminan manejándolos, gracias a su dominio del lenguaje técnico, con el cual logran confundirlos.

Tanto este rechazo por la política como cierto talante autoritario, que le hace amenazar a sus adversarios con la bomba atómica, nos permiten entender a Berry como un epigono de la Tecnocracia: esa especie de fascismo para ingenieros que propuso Howard Scott en la década del '30. No es casual que Berry, al igual que Scott, proponga medir el producto bruto en ergios o unidades de energía, y reacomodar el sistema monetario bajo "patrón energético".

Pero Berry también incursiona en la teología, con tesis curiosamente similares a las que predica Sagan en su novela Contacto. Se trata de una reedición del deísmo del siglo xvIII, con "el dios de Spinoza" en el centro; un dios impersonal que se expresa a través de las leves físicas, totalmente ajeno a cualquier divinidad personal o impersonal de las religiones históricas. Berry rinde homenaje a Robespierre, quien fue el primero en llamarlo "Ser Supremo"(pág. 224) y proclama la superioridad de ese credo sobre la teología cristiana. Para lograrlo. antes ha reducido a ésta a una ridícula pugna entre dos principios equivalentes, Dios y el Diablo, empeñados en salvar o perder 'almas" y despreocupados por el resto (págs. 225-226). En todo caso, lo que Berry expone es una versión bastante burda del dualismo iranio; tan burda como la de alguien que dijese que la física narra la lucha entre dos principios, la Materia v la Energía...

Tras "refutar" así a la religión, y proponer su propio credo, Berry incurre en consideraciones de una ingenuidad que creíamos superada después de la Ilustración. Es un finalismo que haría enrojecer aun al volteriano Doctor Pangloss: los mares de la Luna gloss: los mares de la Luna són suaves porque están hechos para alunizar en ellos; es providencial que Júpiter tenga todos los materiales necesarios para construir una esfera de Dyson, etc. (pág. 228).

## HACEDORES DE ESTRELLAS

El sol de hierro parte de una fascinante exposición de la física de los "agujeros negros", para saltar enseguida a proyectos aun más ambiciosos que los de Los próximos diez mil años; con ellos, podremos ocupar el tiempo libre que nos quede cuando hayamos acabado de construir las esferas de Dyson y enviado sondas a la Galakia.

Abandonando por el momento la idea del "superespacio", que permitiria burlar la velocidad de la luz como limite para los viajes interestelares, Berry acaba por rendirse ante Einstein y admitir que en este universo es imposible alcanzar una velocidad mayor que la de la luz.

Sin embargo, fue el propio Einstein quien sugirió en algún momento que los plegamientos del espacio podrían llegar a vincular entre sí puntos enormemente alejados, formando lo que se llamó un "puente de Einstein-Rosen". Al parecer, estos puntos existen. y son los "agujeros negros", descubiertos en la década del sesenta; como simple hipótesis, habían sido sugeridos nada menos que por Laplace en 1798.

Cualquier libro de divulgación nos enseña que las estrellas comienzan su carrera como gigantes gaseo-

sos y azules, que se van con centrando por su propia gravedad. Cuando alcanzan la edad madura, como nuestro Sol, suelen ser amarillas; en la vejez, se convierten en enanas blancas. Pero si la estrella en cuestión tiene una masa equivalente a por lo menos tres veces la del Sol, continúa contrayéndose aun más, hasta volverse una estrella neutrónica superdensa. El colapso no termina aquí, sino que prosigue hasta que la gravedad se hace tan grande que supera el "horizonte de eventos"; a partir de este momento. ni siquiera la luz puede escapar de su enorme campo gravitatorio: se ha convertido en un "agujero negro". En su centro se forma una "singularidad", un punto donde la gravedad se ha hecho infinita, y donde cesan de existir la materia, el espacio y el tiempo. Pasando por la singularidad, podría accederse a otros puntos del espacio-tiempo, pero nada material puede pasar por ella sin desaparecer.

Esto era así, según Berry, hasta que Roy P. Kerr propuso, para explicar el fenómeno de los "pulsars". que los agujeros negros tenían un movimiento rotatorio. Según se cree, el agujero negro tiene la forma de una lente, cuyo centro gira a mayor velocidad que la periferia. Por acción de la fuerza centrífuga se formarían en él dos "horizontes de eventos", uno exterior y otro interior. Quien pudiera pasar entre ambos eludiría la singularidad y aparecería en otro punto del espacio. Berry asegura que para un agujero negro de diez masas solares, debería existir un "túnel" relativamente ancho (unas 640 yardas). Bastaría sincronizar el movimiento de la nave espacial con la velocidad de rotación del agujero negro, para penetrar en el "túnel".

Puesto que los agujeros negros naturales parecen estar un poco alejados. Berry propone construir uno artificial en las cercanías del Sol. El proyecto tampoco ofrece dificultades aquí: basta reunir abundante polvo interestelar de uno de los brazos espirales de la Galaxia, el llamado "brazo de Orión", en el cual ha ingresado nuestro sistema solar hace unos milenios, y comprimirlo hasta formar una estrella neutrónica. Se trata de juntar la masa de diez soles, dejar actuar la gravedad, y al cabo de un tiempo tendremos nuestro propio agujero negro. Para ello habrá que usar "topadoras" cósmicas, que acumulen polvo y gases en cantidades suficientes.

Ya tenemos el diseño de estas topadoras, que han sido bautizadas "arietes de Bussard' (Bussard's Ramjet). Se trata de un proyecto de nave espacial cuyos planos pueden encontrarse en las páginas de Cosmos, el libro de Sagan.7 Básicamente, se trata de un embudo magnético colocado en la proa de una nave espacial, que absorbe hidrógeno, lo somete a fusión, y expulsa por sus toberas elementos pesados.

Usando una flota de estos bulldozers, Berry confía en formar un agujero negro, ponerlo en rotación, e inaugurar a corto plazo una puerta de acceso a la Galaxia. Su costo no sería elevado: apenas tanto como el producto bruto de toda la humanidad en el año 1974 (5<sup>15</sup> dólares).

Claro está que esta puerta serviría sólo de entrada. v no garantizaría el regreso, que de hacerse por los medios tradicionales insumiría milenios. Berry sugiere que se envíen a través de la "puerta" naves robots, o mejor "máquinas de Von Neumann" que se pongan a trabajar en el extremo opuesto para construir un segundo agujero. De este modo, en unos pocos miles de años se podría inaugurar un servicio de ida y vuelta a cualquier parte del cosmos. Así de fácil...

#### COMBATIENDO LA ENTROPÍA

Los libros de Berry tienen una rara cualidad: si
ponemos entre paréntesis
sus delirios más conspicuos (que a decir verdad no
hacen más que exagerar las
propuestas de Dyson,
Fremlin, Sagan y otros
científicos "especulativos"), su estilo suele ser sumamente ameno, y el contenido está respaldado por
la bibliografía científica.

Berry también se repite: como suele decirse ahora, canibaliza" sus textos. El apéndice sobre la teoría de la relatividad, aparentemente muy bien logrado, ha pasado intacto de Los próximos diez mil años a El sol de hierro; ciertas exposiciones, como la de las máquinas de Von Neumann. son retomadas una v otra vez, como si el autor pensara dirigirse a públicos distintos. Pero, de todos modos, el resultado global no

sólo es discutible, sino también estimulante.

El tercer libro de Berry que vamos a considerar lleva por título La máquina superinteligente, <sup>8</sup> y trata sobre informática, tanto real como especulativa.

Toda su primera parte. la más extensa, es una de las más entretenidas exposiciones que hayamos leido sobre el desafío que representan esas "máquinas pensantes" con las cuales nos estamos rápidamente acostumbrando a convivir. y aun a depender de ellas. Los temas que toca son muy variados: lecciones elementales de lenguaje Basic, algunos juegos de ingenio para hacer con una calculadora de bolsillo, las habituales consideraciones sobre el test de Turing, y una larga discusión sobre el fin del régimen Lovelace". Esto último se refiere a la caducidad del postulado de Ada Lovelace, según el cual la máquina sólo podrá hacer aquello que le ordenemos. Berry sostiene. junto con otros, que el régimen Lovelace ha sido superado ya por algunos ingeniosos programas de uso terapéutco, como ELIZA O PARRY, a los cuales va me referí en otro tiempo y lugar.

Tampoco olvida aqui hacer las habituales criticas a los políticos: para el caso, destruye el discurso de un político populista, 
usando las usuales técnicas del análisis de contenidos, 
y concluye con un apoyo indirecto, o por vía del absurdo, a la política necocnado, a la política necocnatervadora de la señora Thatcher.

Hasta aquí todo es bastante divertido y sin demasiadas implicaciones filosoficas. Pero de pronto, en la segunda parte, Berry vuelve a referirse a las máquinas de Von Neumann; inmediatamente retoma el tono solemne y echa a rodar de nuevo la especulación, quizás aun más desatada que en las obras anteriores.

Como Stanislaw Lem. Berry parece suponer que las máquinas pensantes heredarán el cosmos: la diferencia es que Lem parece estar más obsesionado que conforme con esta idea, recurriendo a los exorcismos de la sátira, la ironía v la fábula, mientras que Berry cae seducido por una imagen triunfalista que hace vibrar sus más íntimas fibras prometeicas. Al preguntarse cuál será el destino final de los seres pensantes, aclara: "Al hablar de seres pensantes estoy refiriéndome a máquinas pensantes, cuya resistente naturaleza física los hará probablemente herederos últimos del Universo. (pág. 161).

Como aquellos escritores de ciencia ficción que en cada novela se limitan a desarrollar sólo las posibilidades de una idea, Berry parece dejar de lado el proyecto de construir agujeros negros y túneles hiperespaciales; se inclina ahora por una conquista del cosmos realizada por máquinas autorreproductoras. Su modelo es la expansión de los polinesios. Aquellos argonautas del Pacífico Sur de que hablaba Malinowski colonizaron en tiempos prehistóricos toda la Polinesia utilizando catamaranes. Llegados a una isla, se instalaban en

ella y construían otros catamaranes, con las maderas locales, para emprender una nueva etapa. De la misma manera, Berry imagina a sus máquinas de Von Neumann colonizando paso a paso el cosmos entero. De esta manera sobrevivirán a los "viscosones" (para usar un término de Lem) que les dieron origen, extendiendo un poder vicario sobre el universo.

Los dos "límites" natu-

rales, la velocidad de la luz y la precarriedad de la vida orgánica, quedan así neu-tralizados: el primero mediante la construcción de útineles" hiperespaciales, y el segundo reemplazando nuestros endebles cuerpos protoplasmáticos por arteactos indestructibles, hechos con los materiales de mil planetas de militar de m

Pero queda otro "límite": la finitud del universo. Aquí Berry (como buen baconiano) una vez más se pone conservador, y parece admitir como insuperables tanto la constante einsteniana de la velocidad de la luz como la hipótesis del Big Bang.

De acuerdo con ésta, si admitimos que hubo un Big Bang, una "singulari dad" inicial en la cual nacieron el espacio, el tiempo, la materia, y nuestro cosmos inició su expansión, el universo es finito. Si por una parte tuvo un comienzo, es posible pensar que tendrá un fin; es lo que antaño se llamaba muerte térmica del universo", y que ahora se concibe de manera algo distinta. Si toda la materia que compone el universo tuviera una determinada masa

global (masa sobre la cual no hay acuerdo unánime). podría ocurrir que a partir de cierto momento la expansión original se revirtiera, haciendo que las galaxias, por causa de la gravitación, comenzaran a concentrarse. Se iniciaría así una nueva etapa de aglutinación de la materia (si por un momento ponemos entre paréntesis toda la teoría de los aguieros negros" y "blancos"), hasta alcanzar una nueva concentración puntual, un Big Crunch en lugar de un Big Bang; en su centro posiblemente se formaría una singularidad que acabaría tragándose todo, materia. espacio y tiempo. Tendría pues razón el poeta, cuando decía: "Así se acaba el mundo, no con un estallido sino con un quejido...

Cuando todo parece estar perdido para el optimismo prometeico, pues aun las máquinas eternas no podrán evitar el colapso universal, reaparecen el mago Dyson y su profeta

Berry.

Dyson ha expresado en una cifra hiperbólica (1010 elevado a la potencia 67) la duración del universo, entre el Big Bang y el Big Crunch, y considera que tenemos suficiente tiempo, nosotros o nuestros sucesores sintéticos, para "hacer algo" antes de que se acabe el mundo. Dyson confía en que una intervención de la inteligencia pueda reanudar de manera artificial la expansión del cosmos. Claro está que esto significaría "la manipulación física de

miles de millones de galaxias". Dyson v Berry piensan que eso por ahora no está a nuestro alcance, pero nuestras sucesoras las máquinas" podrán hacerlo. La galaxia Messier 87 está actualmente emitiendo una "llamarada" que, por la ley de acción y reacción, la está desplazando de su lugar. Berry no pretende sostener que se trate de algo más que de un fenómeno natural, pero no deja de especular que quizás haya allí "máquinas" queestén emprendiendo alguna obra de mega-ingeniería al estilo de Dyson.

De todos modos, la conclusión es enfática: "La raza humana y sus sucesores heredarán los cielos"

(pág. 167).

Como puede verse, los científicos se ocupan hoy de especulaciones que antaño desvelaban a los metafísicos, aunque hay que reconocer que éstos lo hacían con un costo considerablemente menor. Personaies como Berry, además de la encomiable tarea de divulgación, suelen dogmatizar aquellas conjeturas para construir ideologías: en este caso, una visión fáustica y triunfalista que sirve de marco ideológico para respaldar políticas de investigación mucho más cercanas a nosotros. Con la promesa de que nuestros herederos asumirán las responsabilidades de ese dios "espinociano" en el cual cree Berry, se descartan todas las alternativas pensables para hacer un poco más humana la vida aquí abajo v disminuir siguiera la injusticia en este planeta: una tarea que diríamos prometeica, a uzgar por el poco éxito que ha tenido hasta hoy.

La megalomanía tecnocrática de Berry nos invita a dejar todo como está, a seguir acumulando poder en las mismas manos, con la promesa de un más allá del tiempo venturoso donde el hombre, de humilde mamífero que ocupa un trozo de roca en un rincón de la galaxia, se convierta en un dios omnipotente, resolviendo el enigma de la historia.

Por pometer mucho menos que esto, se han hecho críticas despiadadas a las grandes religiones.

#### NOTAS

- 1 Francis Bacon, Novum Organum (id. 1620); traducción de Francisco Gallach Palés; Espasa-Calpe, Madrid, 1933; xxxv, pág. 198.
  - ib., vm, pág.118.

10., VIII, pag.118.
1 ib., xxxix, pag. 222.
1 ib., xi.viii, pag. 260.
2 Adrian Berry, Los próximos diez mil años (The Next Ten Thousand Years: A Vision of Man's Future in the Universe, 1974); traducción de Andrés Ortega Klein; Alianza, Ma-drid, 1977; pág. 26. (Las citas si-

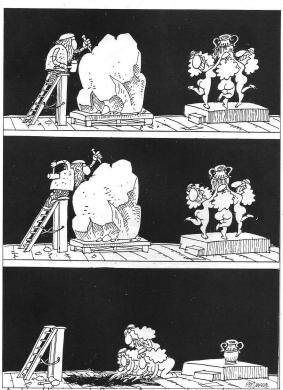
guientes remiten a esta edición.) Adrian Berry. The Iron Sun: Crossing the Universe Through Black Holes (1977); Coronet Books, Londres. 1979. (Existe versión española.)

Carl Sagan, Cosmos (1980); Planeta, Barcelona, 1982; pág. 204. 8 Adrian Berry, La máquina supe-

rinteligente: Una odisea electrónica (The Superintelligent Machine: An Electronic Odyssey, 1983); traducción de Jesús Fernández Zulaica; Alianza, Madrid, 1983.

9 Pablo Capanna, "Fantasmas en la máquina", Minotauro 7, Buenos Aires, 1984; "El desafío intelectrónico", Minotauro 8, Buenos Aires, 1984

© 1987, Pablo Capanna.



Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.aio.101



transición.

# Kim Stanley Robinson AIRE NEGRO

ILUSTRO CARLOS NINE

Zarparon del puerto de Lisboa, las banderas ondeantes y las culebrinas de bronce relucientes bajo un sol alto y blanco. Los sacerdotes proclamaban en sonoros latines las bendiciones del Papa, los soldados con armadura se agolpaban en los castillos de proa y popa, y los marineros poblaban las jarcias como arañas, saludando a los ciudadanos que habían interrumpido sus tareas para subir a las colinas y observar las naves apiñadas en el soletado fondeadero, pues ésta era la Armada, la Muy Venturosa Armada Invencible, que parta para someter a los heréticos ingleses a la voluntad de Dios. Nunca habría otra partida inual.

Lamentablemente el viento sopló del nordeste durante un mes, sin desplazarse siquiera un punto en la brújula, y al cabo de ese mes -la Armada estaba tan cerca de Inglaterra como la propia Iberia. Para colmo, los apremia-

dos toneleros de Portugal habían construido muchos barriles de la Armada con madera verde, y cuando los cocineros de a bordo los abrieron la comida estaba podrida y el agua apestaba. Así que entraron en el puerto de La Coruña, donde varios cientos de soldados v marineros nadaron hasta las costas de España para no volver más. Las enfermedades habían matado a otros cientos, así que desde su lecho de convaleciente en el buque insignia, don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno. séptimo duque de Medina Sidonia y almirante de la Armada, interrumpió la redacción de su diaria queja a Felipe II para ordenar a sus soldados que fueran a la campiña a juntar campesinos para tripular las naves.

Una patrulla de estos soldados se detuvo en un monasterio franciscano, en las inmediaciones de La Coruña, para impresionar a los jóvenes que vivían allí y ayudaban a los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

monjes mientras esperaban ingresar en la orden. Aunque a los monjes no les agradaba la propuesta, no pudieron oponerse a ella, y los jóvenes ingresaron en la flota.

Cada uno de estos jóvenes fue llevado a una nave diferente. Entre ellos estaba Manuel Carlos Agadir Tetuán, un muchacho de diecisiete años que había nacido en Marruecos, hijo de africanos occidentales capturados y esclavizados por los árabes. En su corta vida ya había vivido en la costera localidad marroquí de Tetuán, Gibraltar, las Baleares, Sicilia y Lisboa. Había trabajado la tierra y limpiado establos, había ayudado a fabricar sogas y paños, y había sido mozo de tabernas. Después que su madre murió de viruela y su padre se ahogó, había mendigado en las calles y callejones de La Coruña, el último puerto de donde había zarpado su padre. Cuando tenía quince años, un franciscano había tropezado con él mientras dormía en un callejón, había hecho preguntas, y lo había lle-

vado al refugio del monasterio.

Manuel lloraba aún cuando los soldados lo condujeron a bordo de La Lavia, un galeón levantino de casi mil toneladas. El piloto, un tal Laeghr, se hizo cargo de él y lo condujo bajo cubierta. Laeghr era un irlandés que había dejado su país principalmente para ejercer su oficio, pero también por odio a los ingleses que gobernaban Irlanda. Era un hombretón con torso de jabalí v brazos gruesos como los penoles del buque. Cuando advirtió la angustia de Manuel demostró que no carecía de bondad. Palmeándole la nuca con la mano callosa, le dijo en un español gangoso pero fluido: - Deja de lloriquear, muchacho. Saldremos a conquistar a los malditos ingleses, y cuando lo hagamos los padres del monasterio te nombrarán abad. Y antes de eso, varias muchachas inglesas caerán a tus pies y pedirán que las toques con esas manos negras. Vamos, cálmate. Te mostraré primero tu litera, y cuando estemos en alta mar te indicaré tu puesto. Te pondré en la cofa mayor. Todos nuestros negros son buenos gavieros

Læghr se deslizó por una puerta de la mitad de su tamaño con tanta facilidad como una comadreja escabulléndose en su madriquera. Una manaza de la mitad de anchura que la puerta surgió de la oscuridad y arrastró a Manuel. El aterrado muchacho casi resbaló por una escalerilla de peldaños grandes, pero logró aferrarse antes de caer sobre Læghr.

Abajo varios soldados se rieron de el. Manuel nunca había estado en nada más grande que una pataches siciliana, y había hecho casi toda su rica experiencia maritima en carracas costeras, de modo que la ancha cubierta, cortada por franjas de luz amarilla que entraba por troneras abiertas grandes como ventanas de iglesia, atestada de toneles, fardos de heno y roscas de soga, y un centenar de hombres atareados, era una maravilla. —Que Santa Ana me proteja—dijo, sin poder creer que estaba en un barco. Vaya, ni siquiera el monasterio tenía una sala tan amplia como ésa. —Ven aquí —dijo Laeghr con tono alentador.

Una vez en la cubierta de esa sala gigantesca bajaron de nuevo, a una cámara maloliente con la cuarta parte de ese tamaño, iluminada por angostos abanicos de luz que penetraban por troneras que eran meras ranuras en el casco. —Dormirás aquí —dijo Laeghr, señalando un rincón oscuro de la cubierta, contra una mampara de roble macizo. Alli se movian formas, aparecían ojos al abrirse los párpados.

-Otro que nunca volverás a encontrar en esta oscuridad, ¿eh, piloto? -dijo una voz opaca.

—Cállate, Juan. ¿Ves, muchacho? Hay vigas que dividen tu litera del resto. Eso evitará que andes rodando cuando nos hagamos a la mar.

Igual que un ataúd, con la tapa arriba.
 Cállate, Juan.

Después que el piloto le indició la ranura donde debia dormir el muchacho se desanimó y rompió a llorar nuevamente. La litera era más corta que el, y las tablas divisorias clavadas en la cubierta estaban rajadas y astilladas. Los hombres de alrededor dormían o conversaban, ignorando la presencia de Manuel. El cordel de su medallón lo ahogaba, y el lo cambió de lugar y se acordó de rezar.

Los monjes habían decidido que su santa protectora era Ana, madre de la Virgen Maria y abuela de Jesús. Manuel tenía un pequeño medallón de madera con la cara de Santa Ana pintada, un obsequio del abad Alonso. Manuel tomó el medallón entre los dedos y miro los puntitos pardos que eran los ojos de la santa. "Por favor, madre Ana -rogó en silencio-, sácame de este barco y, llévame de vuelta a casa." Apretó el medallón con tanta fuerza que el dorso, tallado de tal modo que una cruz de madera so-

104-EL PENDULO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bresalía de la superficie, le imprimió una cruz roja en la palma. Tardó muchas horas en

Dos días después, la Muy Venturosa Armada Invencible zarpó de La Coruña, esta vez sin las banderas, las multitudes de espectadores, ni las nubes de incienso que los clérigos arrojaban al viento. En esta ocasión Dios los favoreció con un viento oeste, y navegaron hacia el norte a buena velocidad. Las naves estaban dispuestas en una formación ideada por los soldados, ordenadas falanges cabeceando en las olas: las galeazas al frente, los transportes de pertrechos en el centro, y los grandes galeones en ambos flancos. Las miles de velas suspendidas de cientos de mástiles constituían un espectáculo grandioso y sobrecogedor, como un bosquecillo de árboles blancos en una llanura vasta v azul.

Manuel estaba tan impresionado por el espectáculo como el resto de los hombres. Había cuatrocientos en La Lavia, y sólo se requerían treinta por vez para tripular la nave, de modo que los trescientos soldados estaban en el castillo de popa, observando la flota, y los marineros que no estaban de servicio o durmiendo hacían lo mismo en el castillo de proa, ligeramente más abajo.

Los deberes de Manuel como marinero eran sencillos. Estaba apostado en el coronamiento de babor, en el centro del barco, al cual estaban sujetas las escotas de las velas del palo mayor, y las escotas de la gran yela latina del palo de trinquete. Manuel ayudaba a otros cinco hombres a atiesar y a aflojar esos cabos, siguiendo las órdenes de Laeghr; los otros se encargaban de los nudos, de modo que la tarea de Manuel se reducía a tirar de una cuerda cuando se lo mandaban. Podría haber sido peor, pero el plan de Laeghr, de convertirlo en gaviero como los otros africanos de a bordo, se había ido al traste. Claro que Laeghr había insistido. -¿Acaso Dios no os dio mejor cabeza para las alturas, para que pudierais treparos a los árboles e impedir que os comieran los leones? - Pero cuando Manuel había seguido a un marroquí llamado Habedeen por la escalerilla de la driza hasta la cofa de gavia. se encontró pataleando en el espacio, casi rozando las nubes bajas y neblinosas, y el mar, bordado con la estela de las naves directamente debajo de él. Se había aferrado con brazos y piernas a un puntal de la cofa, y

se habían requerido cinco hombres burlones y malhumorados para soltarlo y bajarlo. Con gran enfado, aunque sin demasiada fuerza, Laeghr le había pegado con el bastón y lo habia llevado al coronamiento de babor. -Tú has de ser un siciliano con insolación. -Y así le había asignado su puesto.

Pese al incidente se llevaba bien con el resto de la tripulación. No con los soldados: eran rudos y arrogantes con los marineros. que los esquivaban para no recibir una maldición o un golpe. De modo que tres cuartos de los hombres de a bordo pertenecían a otra clase, v seguían siendo extraños. Los marineros, por lo tanto, se mantenían unidos. Formaban un grupo heterogéneo, traído de todas partes del Mediterráneo, y Manuel no era especial a causa de su arribo reciente. Estaban unidos sólo por su disgusto y rencor hacia los soldados. - Estos héroes no podrían conquistar la Isla de Wight si no los lleváramos nosotros -decía Juan.

Manuel trabó amistad primero con los hombres de su puesto, y luego con los hombres del dormitorio. Como hablaba español v portugués, y dominaba bastante el árabe. el siciliano, el latín y un dialecto marroquí. podía conversar con cualquiera en su rincón de la cubierta inferior de proa. En ocasiones le pedían que tradujera para los marroquíes; a menudo, esto lo convertía en árbitro de una disputa, y él pensaba de prisa y traducía mal cuando era conveniente para la paz. Juan, el que había hecho los comentarios sarcásticos a Laeghr a la llegada de Manuel, era el único español puro del dormitorio. Era parlanchín, y se que jaba continuamente a Manuel y a los demás. -He luchado antes contra el Draco, en las Indias -alardeaba-. Tendremos suerte si escapamos de ese demonio. Recordad mis palabras: no podremos ganar.

Los compañeros de Manuel en el coronamiento de babor eran más animosos, y él disfrutaba de sus turnos de guardia con ellos y los ejercicios bajo las exigentes órdenes de Laeghr. Estos hombres lo llamaban Gaviero o Trepador, y tomaban a broma sus nudos en las cabillas, que eran difíciles de desatar. Esta ineptitud le granjeó a Manuel unos cuantos bastonazos de Laeghr, pero había peores marineros a bordo, y el piloto no parecía tenerle inquina.

Una vida de cambio perpetuo había vuelto versátil a Manuel, y la rutina de a bordo se convirtió para él en el curso natural de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.comanos

existencia. Laeghr o Pietro, el líder del grupo de Manuel, lo despertaban con un grito. Subía hasta la cubierta de los cañones, que era dominio de los soldados, y de allí por la gran escalerilla que conducía al aire libre. Sólo entonces podía saber qué hora era. En las primeras semanas era un deleite inexpresable salir de la oscuridad de las cubiertas inferiores para estar bajo el cielo, en el viento v el aire limpio v salado: pero a medida que avanzaban hacia el norte, el frío empezó a incomodarlo. Al terminar el turno, Manuel y sus compañeros solían retirarse a la cocina para recibir las galletas, el agua y el vino. A veces, los cocineros mataban cabras v pollos v preparaban sopa. Pero casi siempre comían galletas, galletas que aún no se habían endurecido en los barriles. Los hombres se quejaban de esto.

—Las galletas son mejores cuando están duras como madera, y horadadas por los gusanos —le explicó Habedeen a Manuel. —;Cómo las comes entonces? —preguntó

Manuel.

—Golpeas las galletas contra la mesa hasta que se caen los gusanos. Puedes comer los gusanos, si quieres. —Los hombres rieron y Manuel presumió que Habedeen bromeaba, pero no estaba seguro.

Odio estas boñigas –dijo Pietro en portugués. Manuel tradujo al árabe marroquí para los dos callados africanos, y admitió en español que eran duras para el estómago.

-Lo peor -aventuró- es que algunas partes están rancias y otras todavía están frescas.

La parte fresca jamás la han cocinado.

-No, son los gusanos. Al continuar el viaje, aumentó la confianza entre Manuel y sus compañeros. Más hacia el norte, los marroquíes sufrían terriblemente el frío. Después de un turno bajaban a la cubierta inferior con la carne de gallina en toda la tez oscura, como parcelas de rastrojos después de una cosecha. Tenían los labios v las uñas morados, v tiritaban una hora antes de dormirse, entrechocando los dientes como castañuelas. Además, las olas del Atlántico aumentaban de tamaño, y los hombres, como estaban obligados a usar cada jirón de tela que tuvieran, rodaban en las literas de madera sin amortiguación ni protección. De modo que los marroquies, y luego todos en la cubierta inferior de proa, empezaron a dormir de a tres por litera. turnándose para ocupar el medio, amonto-106-EL PENDULO

nados como cucharas. Así apiñados, el zarandeo del barco podía apretarlos contra las vigas, pero no podía echarlos a rodar. La buena voluntad de Manuel para prestarse a estos apiñamientos, y para apoyarse contra las vigas, le granjeó simpatias. Todos convenían en que del era un buen colchón.

Tal vez enfermó a causa de las manos. Aunque su espíritu se había reconciliado con la cruzada hacia el norte, su carme fue más lenta. El diario forcejeo con las toscas cuerdas de cánamo le había despellejado las palmas, y la sal, las cabillas y algunas botas le habían dejado marcas, así que después de la primera semana se había envuelto las manos en tiras de tela arrancada de los faladones de la camisa. Cuando lo dominó la fiebre, las manos le palpitaban dolorosamente con cada contracción del corazón, y supuso que la fiebre le había entrado por las heridas de las palmas.

Luego se le rèbeló el estómago, y no pudo retener nada. Ver galletas o sopa le repugnaba; la fiebre recrudeció y quedó demacrado y debil; pasaba mucho tiempo en la proa, atormentado por la disenteria. -Te han envenenado las galletas -le dijo Juan-. Tal como a mí en la Indias. Eso sucede por almacenar galletas frescas. Daría igual haber puesto estifercol fresco en esos barriles.

Los compañeros de Manuel le hablaban a Laeghr de su estado, y Laeghr lo hizo trasladar al hospital, que estaba a popa, en una cubierta inferior, en una sala amplia y baja, que los enfermos compartían con el gobernalle, un enorme tronco alisado que atravesaba el suelo y el cielo raso. Todos los demás hombres estaban gravemente enfermos. Manuel sintió angustia cuando lo dejaron en su camilla, estremecido por la náusea y temeroso del hospital, que hedía a putrefacción. El hombre de la camilla vecina estaba inconsciente y rodaba con el zarandeo del barco. Tres candelabros iluminaban la sala v la llenaban de sombras. Uno de los dominicos, un tal fray Lucien, le dio agua caliente y le enjugó la cara. Hablaron un rato, y el fraile ovó la confesión de Manuel, algo que en rigor correspondía a un sacerdote. A ninguno de ambos le importó. Los sacerdotes de a bordo eludían el hospital, y solían atender sólo a los oficiales y a los soldados. Fray Lucien tenía fama de ser solícito con los marineros, y era popular entre ellos.

La fiebre de Manuel se agudizó, y le impi-



dió comer. Pasaban los días, y cuando despertaba los hombres de alrededor no eran los mismos que estaban cuando se habia dormido. Creyó que moriría, y nuevamente lamentó que lo hubieran enlistado en la Muy Venturosa Armada Invencible. -¿Por que estamos aqui? -preguntó al fraile, con voz cascada--.¿Por qué no dejamos que los ingleses se vayan al infierno, si lo prefieren?

-El propósito de la Armada no es sólo destruir a los heréticos ingleses -dijo Lucien. Acercó una vela a su fibro, que no era una Biblia, sino un volumen pequeño y angosto que mantenía volumen per quien. Las sombras brincaban en las siguy tablones sombras brincaban en las sombras brincaban en las sombras brincaban en las compenentes de cuero del suelo-Dios también nos envió para probarnos. Escucha:

"Asumo la apariencia del fuego del refinador, purgando la escoria de formas gastadas. Este es mi aspecto de severidad; soy como quien prueba el oro en un horno. Mas cuando hayas pasado por el fuego, el oro de tu alma quedará purificado, y visible como fuego: entonces se te otorgará la visión de tu Señor, y viéndolo a El contemplarás el resplandor de tu yo verdadero.

"Recuerda eso, y sé fuerte. Bebe esta agua... Vamos, ¿quieres fallarle a tu Dios?

Esto es parte de la prueba.

Manuel bebió, vomitó. Su cuerpo era apenas una lengua de fuego encerrada en la piel, excepto en las palmas ardientes. Perdió noción de los dias y olvidó la existencia de todos, con excepción de fray Lucien y él mismo. —Yo no queria salir del monasterio —le dijo al fraile-, pero nunca pensé que permanecería alli largo tiempo. Jamás he permanecerío largo tiempo en ninguna parte. Era mi hogar, pero yo sabía que no lo era. Aún no he hallado mi hogar. Diecn que hay hielo en Inglaterra... una vez vi la nieve en las montañas de Cataluña. Padre, ¿iremos a casa? Yo sólo quiero regresar al monasterio y ser un padre como tú.

-Iremos a casa. Qué será de ti, sólo Dios lo sabe. Él tiene un lugar para ti. Ahora duerme. Duerme.

Cuando la fiebre cedió, las costillas le sobresalian del torso como dedos de un puño. Apenas podía caminar. La cara enjuta de Lucien se destacaba en la sombra con la 
nitidez de un recuerdo. –Prueba esta sopa.

1884 PRODUO.

Parece que Dios ha juzgado oportuno retenerte aquí.

Gracias, Santa Ana, por tu intercesión
 gimió Manuel. Bebió la sopa con avidez
 Ouiero regresar a mi litera.

-Pronto.

Lo llevaron a cubierta. Caminar era como flotar, mientras se aferraba a las barandas y puntales. Laeghr lo saludó con placer, y también sus compañeros. El mundo era una turbulencia de azules; las olas siseaban. nubes bajas se apiñaban en su carrera hacia el este, volteando columnas de sol que se derramaban en el agua. Lo excusaron del servicio activo, pero pasó todas las horas que podía en su puesto. Le costaba creer que había sobrevivido a la enfermedad. Desde luego, no estaba recobrado del todo; aún no podía comer sólidos, y menos galleta, de modo que su dieta consistía en sopa y vino. Se sentía débil, y perpetuamente mareado. Pero cuando estuvo en cubierta, en el viento, sintió que mejoraba, así que permaneció allí el mayor tiempo posible. Estaba en cubierta, en realidad, cuando avistaron Inglaterra. Los soldados señalaban y gritaban con gran excitación, mientras el cabo que Laeghr llamaba El Lagarto brincaba en el horizonte. Manuel se había acostumbrado tanto al mar, que la franja de tierra baja que se erguía ante ellos le parecía antinatural, una intrusión en un mundo marino, como si las aguas del diluvio se estuvieran retirando y laderas sumergidas acabaran de asomar de las olas, anegadas y cubiertas por algas verdes que aún no habían muerto. Y eso era Inglaterra.

Pocos días después se toparon con las primeras naves inglesas, más veloces que los galeones españoles, pero mucho más pequeñas. No podían estorbar el avance de la Ármada, así como las moscas no podrían detener un rebaño. Las olas se volvieron más abruptas y continuas, y el vaivén de La Lavia dificultaba a Manuel tenerse en pie. Una vez se golpeó la cabeza y en otra ocasión se arrancó las costras de la palma, cuando intentaba conservar el equilibrio en el zarandeo violento causado por el oleaje. Una mañana no pudo levantarse y permaneció en su litera, adonde sus compañeros le llevaron tazas de sopa. Así continuó un largo tiempo. De nuevo temió que moriría. Por último. Laeghr y Lucien bajaron juntos.

-Ahora debes levantarte -declaró

Laeghr—. Lucharemos en una hora, y te necesitamos. Te hemos preparado un trabajo fácil.

—Sólo tienes que suministrar mecha lenta a los artilleros —dijo fray Lucien, mientras lo ayuda a incorporarse—. Dios te ayudará.

-Dios tendrá que ayudarme -dijo Manuel. Podía ver las almas de los dos hombes fluctuando por encima de sus cabezas: pequeños nudos triples de llamas transparentes, que nacían en los cabellos y les iluminaban las facciones-. El por de tu alma quedará purificado, y visible como fuego -recordó Manuel.

-Calla-dijo Lucien con mal ceño, y Manuel advirtió que lo que Lucien le había

leído era un secreto.

En medio del barco Manuel notó que ahora también podía ver el aire, que estaba teñido de rojo. Estaban en el fondo de un océano de aire rojo, así como estaban en el techo de un océano de agua azul. Cuando respiraban el aire rojo es oscurecía; los hombres emitían penachos de aire como los hombres emitían penachos de aire como los caballos que sueltan volutas de vapor en una mañana helada, sólo que el vapor era ojo. Manuel miraba fijamente, maravillado ante las nuevas aputitudes que Dios había dado a su visión.

-Ten -dijo Laeghr, conduciendolo toscamente por la cubierta-. Esta caja de yesca es tuya. Esto es mecha lenta, ¿entiendes? -Contra la pared había una cubeta llena de carreteles de cuerda estrechamente trenzada. Un extremo de la cuerda colgaba sobre el borde de la cubeta; ardía, tiñendo el aire de un carmesí profundo. Manuel cabeceó: -Mecha lenta.

-Aquí tienes tu cuchillo. Corta tramos de esta longitud, y enciéndelos con un trozo que conservarás a tu lado. Luego entrégalos a los artilleros que pasan, o llévalos a ellos si lo piden. Pero siempre conserva algún trozo

encendido. ¿Entiendes?

Manuel manifestó que entendía y se sento aturdido junto a la cubeta. Uno de los cañones más grandes asomaba por una tronera a poca distancia. Los artilleros lo saludaron. Sus compañeros estaban en el coronamiento, en cubierta. Los soldados estaban alineados en los castillos de proa y popa, gritando de excitación, brillando como crustáceos al sol. A través de la tronera Manuel veía parte de la costa inglesa.

Laeghr se acercó para ver cómo estaba.

-Oye, muchacho, no quites los dedos de allí, ¿Ves allá? Esa es la Isla de Wight. La rodearemos y la conquistaremos, no me cabe duda, y la usaremos como cabecera para atacar la tierra firme. Con estos soldados y barcos, ellos jamás podrán expulsarnos de la isla. Es un buen plan.

Pero las cosas no salieron de acuerdo con el plan de Laeghr. La Armada circundó la costa este de la Isla de Wight en una amplia medialuna formada por cinco falanges de barcos. Al rodear la Isla, sin embargo, las galeazas de la vanguardía se toparon con la resistencia inglesa más tenaz que habían encontrado hasta entonces. Volutas de humo blanco salían de los barcos y se teñían rápidamente de rojo, y el ruido era tre-

mendo. Luego las naves del Draco rodearon el cabo sur de la isla, acercándose por el flanco, y de repente La Lavia entró en acción. Los soldados rugían y disparaban los arcabuces, y el gran cañón cercano a Manuel retrocedía bruscamente sobre sus ruedas, con un estruendo que lo aplastó contra la pared. Después de eso apenas pudo oír. De pronto le reclamaron la mecha lenta; cortó la cuerda y acercó la punta encendida a las puntas apagadas, prendiéndolas con su aliento rojo. Las balas de cañón trazaban estelas ondulantes en el aire color sangre. Hombres tiznados arrebataban la mecha lenta y se precipitaban a sus cañones, esquivando los aparejos que caían a la cubierta. Manuel veía las balas de cañón, grandes como uvas, volando hacia ellos desde las naves inglesas y pasando con un silbido. Y podía ver los nudos de llamas transparentes, girando más alto que nunca alrededor de las cabezas de los hombres.

Luego una bala entró por la tronera, arrancó el cañón de las ruedas y derribó a los artilleros. Manuel se levantó y notó con horror que los nudos de llamas de los artilleros caídos no estaban más; ahora les veía la cabeza con claridad, y eran sólo hombres. sólo carne destrozada echada sobre la superficie hendida de la cubierta. Trató, sollozando, de levantar a un artillero que sangraba sólo por las orejas. El bastón de Laeghr le rozó los hombros. -¡Sigue cortando mecha! ¡Hay otros para atender a estos hombres! Así Manuel cortó tramos de cuerda y los encendió con jadeos desesperados y manos trémulas, mientras los cañones rugían, y los soldados expuestos en los castillos gritaban

bajo una cellisca de hierro, y el aire rojo era desgarrado por los disparos.

Los siguientes días vieron varias batallas como ésa, mientras la Armada era obligada a dejar atrás la Isla de Wight para internarse en el Canal de la Mancha, Manuel no podía dormir a causa de la fiebre, y de noche ayudaba a los heridos en su cubierta, sosteniéndolos y enjugándoles el sudor de la cara, delirando casi tanto como ellos. Al alba comía galleta y bebía su taza de vino, e iba a su cubeta de mecha lenta para aguardar el próximo combate. Como La Lavia era el mayor barco del flanco izquierdo, siempre recibía el grueso del ataque inglés. En el tercer día el juanete del palo mayor de La Lavia cavó sobre sus compañeros del coronamiento, aplastando a Juan y a Pietro, Manuel corrió por la cubierta para ayudarlos, gritando de angustia. Llevó a un aturdido Juan hasta la litera y regresó arriba. Alrededor de él los hombres caían en la cubierta. pero no le importó. Brincaba en la bruma roja que casi le oscurecía la visión, llevando trozos de mecha a los artilleros, ahora tan diezmados que no podían enviarle hombres. Conducía a los heridos hasta el hospital, ahora convertido en una verdadera antesala del infierno; avudaba a arrojar los muertos por la borda, murmurando una breve plegaria en cada ocasión; atendía a los soldados que, ocultos tras las amuradas. esperaban en vano que los ingleses se pusieran al alcance de sus arcabuces. El grito que cundía a bordo era: "¡Manuel, mecha aquí! ¡Manuel, un poco de agua! ¡Auxilio, Manuel!" En una seca fiebre de energía. Manuel acudía en avuda de todos.

Andaba con tanta prisa que en medio de un furioso combate casi tropezó con su protectora, Santa Ana, que de pronto apareció junto a la cubeta. Se sorprendió de verla. -¡Abuela! -exclamó-. No deberías estar

aquí, es peligroso.

-Así como tú has ayudado a otros, yo estoy aquí para ayudarte -repuso ella. Señaló sobre el oleaje púrpura una de las naves inglesas. Manuel vio una voluta de humo en el costado, y de la voluta surgió una bala de cañon, trazando un arco sobre el agua. La veía tan claramente como habría visto una aceituna arrojada hacia él a través de una sala: una bola negra y redonda, girando perezosamente, creciendo al acercarrando perezosamente, creciendo al acercar-

se. Manuel notó que venía hacia él. directamente hacia él, de modo que su travectoria se cruzaría con su corazón. -Cielos, bendita Ana -dijo, con la esperanza de que la santa lo advirtiera. Pero ella va la había visto, v tocándole apenas la frente se elevó hacia la cofa entre los soldados que no la veían. Manuel la observó, mirando al mismo tiempo la bola que se acercaba. Al contacto de su mano un aparejo cavó de la punta de la verga mayor; interceptó el vuelo de la bala, dirigiéndola hacia el casco, donde quedó incrustada en la gruesa madera. Manuel miró boquiabierto la semiesfera negra. Saludó con un ademán a Santa Ana, quien devolvió el saludo y subió al cielo entre las nubes rojas. Manuel se arrodilló, le dedicó una oración de gratitud a ella, y a Jesús por enviarla, v siguió cortando mecha.

Una o dos noches más tarde -Manuel mismo no estaba seguro, pues el paso del tiempo se había convertido para él en algo plástico y elusivo, y ante todo insignificante- la Armada fondeó en la rada de Calais, frente a la costa flamenca. Por primera vez desde que habían salido de La Coruña La Lavia se quedó quieta, y escuchando de noche Manuel advirtió en qué medida el coro constante de chillidos y gruñidos de madera era la voz de la tripulación, y no de la nave. Bebió de prisa su ración de vino y agua, y recorrió la cubierta inferior, hablando con los heridos y ayudando a arrançar esquirlas cuando podía. Muchos de los hombres querían que los tocara, pues su tránsito indemne por algunas de las peores escenas de carnicería no había pasado inadvertido. Él los tocaba y, cuando lo deseaban, decía una plegaria. Después subía a cubierta. Había una hermosa brisa del sudoeste, y la nave se mecía suavemente en la marea. Por primera vez en una semana el aire no estaba impregnado de rojo: Manuel veía estrellas y hogueras distantes en la costa flamenca, como estrellas caídas apagándose en la tierra.

Laeghr cojeaba por el centro del barco, desviándose de su camino habitual para evitar un trozo de cubierta derrumbada

evitar un trozo de cubierta derrumbada.

-¿Estás herido, Laeghr? -preguntó Ma-

nuel. Por te

Por toda respuesta Laeghr gruñó. Manuel caminó a su lado. Al cabo de un rato Laeghr se detuvo y dijo: –Dicen que eres un hombre sagrado porque en estos días anduviste corriendo por toda la cubierta, actuando como si los disparos que recibíamos fueran granizo y sin resultar herido jamás. Pero yo digo que sólo actúas así porque eres necio. Los necios bailan donde los ángeles se ocultarían. Es parte de la maldición que recibimos. Los que aprenden las reglas y saben comportarse terminan heridos... a veces por extremar la cautela. Mientras que los necios que actúan con ciega imprudencia jamás son tocados.

Manuel reparó en el andar de Laeghr.

-¿Tu pie?

Laeghr se encogió de hombros. -No sé

qué será de él.

Bajo un farol Manuel se detuvo y miró a Laeghr a los ojos. -Santa Ana apareció y desvió una bala de cañón que se dirigía hacia mí. Salvó mi vida con un propósito.

-No. -Laeghr golpeó la cubierta con el bastón.- La fiebre te ha enloquecido, muchacho.

-¡Puedo mostrarte el proyectil! -dijo Manuel-. ¡Se incrustó en el casco! -Laeghr se

alejó a los tumbos.

Manuel miró hacia Flandes, angustiado por las palabras de Laeghr y por su andar vacilante. Vio algo que no comprendió.

-¿Laeghr?

-¿Qué? -dijo la voz de Laeghr desde la cubierta.

-Algo brillante... tal vez las almas de todos los ingleses al mismo tiempo. -Le temblada la voz. -¿Qué?

-Algo se acerca. Ven aquí, piloto.

Tump, tump, tump. Manuel oyó el jadeo de Laeghr, la maldición mascullada.

-Brulotes -bramó Laeghr a voz en cue-

llo-. ¡Brulotes! ¡Despertad!

En un minuto el barco era un manicomio, con soldados corriendo por doquier. -Ven conmigo -le dijo Laeghr a Manuel. quien siguió al piloto hasta el castillo de proa, donde el cable del ancla descendía al agua. En el camino Laeghr había tomado una alabarda, y se la dio a Manuel-. Corta la línea.

-Pero perderemos el ancla.

-Esos brulotes son demasiado grandes para detenerlos, y si tienen pólvora estallarán y nos matarán a todos. Córtala.

Manuel empezó a hachar el grueso cable, que parecía el tronco de un árbol pequeño. Hachó y hachó, pero sólo un mechón de la enorme cuerda estaba cortado cuando Laeghr tomó la alabarda y empezó a hachar

él mismo, esforzándose penosamente para no apoyarse en el pie herido. Overon la voz del capitán del barco: -¡Cortad el cable del ancla! -Y Laeghr rio.

La cuerda se partió, y flotaron libremente. Pero los brulotes estaban a poca distancia. En la luz infernal Manuel vio marineros ingleses caminando en las cubiertas ardientes, atravesando las llamas como salamandras o demonios. Sin duda eran diablos. Los fuegos que se elevaban sobre los ocho brulotes compartían la vida demoníaca de los ingleses; cada lengua de llama amarilla contenía un ojo diabólico inglés buscando a la Armada, y algunos brincaban del resplandor que se retorcía sobre los brulotes en vanos intentos de lanzarse sobre La Lavia e incinerarla. Manuel rechazaba esos rescoldos con el medallón de plata, y el gesto que en su niñez de Sicilia ahuyentaba el mal de ojo. Entretanto, las naves de la flota bogaban libremente en la corriente, chocando en la prisa por eludir los brulotes. Los capitanes y oficiales aullaban furiosamente a sus colegas de otros barcos, pero en vano. En la oscuridad y sin anclas las naves no podrían reunirse de nuevo, y al avanzar la noche la mayoría se perdió en el Mar del Norte. Por primera vez las pulcras falanges de la Armada estaban deshechas, y nunca más se formarían de nuevo.

Cuando todo terminó La Lavia mantuvo su posición en el Mar del Norte maniobrando con el velamen, mientras los oficiales procuraban identificar las naves circundantes y averiguar las órdenes de Medina Sidonia. Manuel y Juan estaban en el medio del barco con el resto de sus compañeros. Juan meneaba la cabeza. -Yo fabricaba corchos en Portugal. Éramos como un corcho allá en el Canal, empujados hacia el cuello de una botella. Mientras estábamos atascados en el cuello todo iba bien... el cuello se angostaba cada vez más, y tal vez nunca nos habrían sacado. Ahora los ingleses nos han metido dentro de la botella. Estamos flotando en nuestras propias heces. Y jamás volveremos a salir de la botella.

-No por el cuello, al menos -acordó uno de los otros.

-Por ninguna parte.

-Dios nos conducirá a casa -dijo Manuel. Juan meneó la cabeza.

En vez de internarse en el Cánal, el almirante Medina Sidonia decidio que la Armada debería rodear Escocia y luego emprender el regreso. Laeghr fue conducido al buque insignia por un día para ayudar a trazar un curso. pues él conocía el norte meior que

cualquier piloto español.

La vapuleada flota se alejó del sol avanzando aun más en el frio Mar del Norte. Después de la noche de los brulotes Medina Sidonia había restaurado la disciplina con exacerbado rigor. Un día los sobrevivientes de las muchas batallas del Canal fueron testigos de la ejecución de un capitán, colgado del penol de la verga por permitir que su nave se adelantara al buque insignia del almirante, una posición ahora probibia. Una carraca recorrió la flota una y otra vez para que cada tripulación viera el cadáver del capitán desobediente hamacándose en lo alto.

Manuel observó el espectáculo con disgusto. Una vez muerto, un hombre era apenas un saco de huesos; en ninguna parte de las nubes podia ver el alma del capitán. Tal vez se había zambullido en el mar, en su camino al infierno. Era una extraña transición, la muerte. Era curioso que Dios no hiciera más explíctio el desenlace póstumo.

De modo que La Lavia siguió fielmente al buque insignia, al igual que el resto de la flota. Se adentraban cada vez más en el norte, en el dominio del frío. Algunas mañanas, cuando salían a cubierta en el crudo amarillo del alba, las jarcias estaban bordeadas de carámbanos, de modo que parecían collares de diamantes. Algunos días parecían atravesar un mar de leche, bajo un cielo de plata. Otros días el océano tenía el color de una magulladura, y el cielo era de un celeste tan claro que Manuel jadeaba con el deseo de sobrevivir al viaje y vivir. Pero estaba frío como la muerte. Recordaba las noches ardientes de su fiebre tan afectuosamente como si recordara su primer hogar en la costa de África del Norte.

Todos los hombres padecían el frío. El ganado estaba muerto, de modo que cerraron la cocina: no hubo más sopa caliente. El almirante impuso racionamiento a todo el mundo, incluido el mismo; la privación lo retuvo en cama el resto del viaje. Para los marineros, que tenían que halar cuerdas húmedas o escarchadas, era peor. Manuel observaba las caras sombrías, en fila para las dos galletas y el tazón de vino y agua –la

112-EL PENDUILO

ración diaria—y concluyó que continuarian navegando a loret hasta que el sol quedara bajo el horizonte y ellos estuvieran en el helado reino de la muerte, el polo norte donde el dominio de Dios era débil, y allí todos desistirían y moririan al instante. En verdad, los vientos los impulsaron casi hasta Noruega, y les costó mucho orientar los cascos acribillados de metralla hacia el oeste.

damente fatal.

Una vez más Manuel pudo ver el aire. Ahora era azul espeso, indudablemente más oscuro cuando los hombres lo exhalaban, de modo que todos estaban amortajados en un aire azul oscuro que enturbiaba la corona ardiente de sus almas. Todos los heridos del hospital habían muerto. Muchos de ellos habían llamado a Manuel en sus últimos momentos; él les había asido las manos o les había tocado la frente, y mientras sus almas se alejaban llameando de sus cabezas como rescoldos de un fuego moribundo, había rezado por ellos. Ahora otros hombres demasiado débiles para abandonar sus literas lo reclamaban, y él iba a acompañarlos en su desgracia. Dos de estos hombres se recobraron de la disentería, de modo que su presencia fue reclamada aún con mayor frecuencia. El capitán mismo pidió el toque de Manuel cuando cayó enfermo, pero murió de todos modos, como la mayoría.

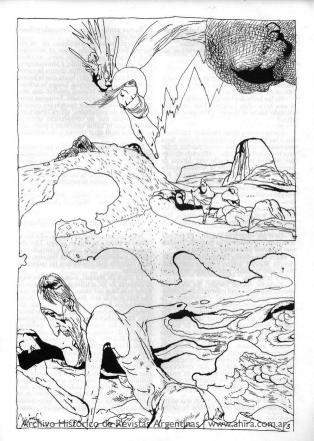
Una mañana Manuel estaba de pie con Laeghr en el centro del barco. Estaba frio y nublado, el mar tenía el color del pedernal. Los soldados estaban subiendo los caballos y arrojándolos por la borda, para ahorrar agua.

—Eso debió hacerse apenas nos expulsaron del Canal –dijo Laeghr–. Un desperdicio de agua.

 Yo ni siquiera sabía que teníamos caballos a bordo –dijo Manuel.

Laeghr soltó una breve carcajada. –Muchacho, vaya si eres tonto. Una sorpresa tras otra.

Observaron: los caballos caían torpe-



mente, revolviendo los ojos, exhalando nubes de aire azul por los belfos aleteantes. Por unos instantes intentaban nadar.

-Por otra parte, tal vez deberíamos comer algunos -dijo Laeghr.

-¿Carne de caballo?

-No puede ser tan mala.

Todos los caballos desaparecieron, cambiando aire azul por agua color pedernal. -Es cruel -dijo Manuel.

-En las latitudes benignas nadan durante una hora -dijo Laeghr-. Esto es mejor. -Señaló hacia el oeste.- ¿Ves esas nubes

altas? -Sí.

-Están encima de las Orcadas. Las Orcadas o las Shetland, va no estov seguro, Será interesante ver si estos necios pueden guiar esta tinaja entre las islas. -Mirando alrededor, Manuel pudo ver sólo una docena de barcos; tal vez el resto de la Armada estaba delante de ellos, más allá del horizonte. Reflexionó sobre lo que Laeghr acababa de decir, pues normalmente sería tarea de Laeghr conducirlos a través de las Islas Británicas más septentrionales; en ese preciso instante Laeghr revolvió los ojos como los caballos, y se desplomó en la cubierta. Manuel y algunos marineros lo bajaron al hospital.

–Es el pie –dijo fray Lucien–. El pie está triturado y la pierna se ha podrido. Tendría

que habermé permitido amputar.

Hacia el mediodía Laeghr recobró la conciencia. Manuel, que no lo había abandonado, le asió la mano, pero Laeghr frunció el

ceño y la apartó.

-Escucha -jadeó Laeghr. Su alma era apenas una gorra azul cubriéndole el enmarañado cabello color sal y pimienta-. Te enseñaré unas palabras que tal vez te sean útiles más tarde. -Y dijo lentamente-: Tor conaloc an dhia. -Manuel las repitió, y Laeghr le pidió que las repitiera de nuevo. Manuel dijo las sílabas una y otra vez, como una plegaria en latín. Laeghr asintió.- Tor conaloc an naom dhia. Bien. Recuerda siempre las palabras. -Luego se quedó mirando las vigas, y no respondió a ninguna de las preguntas de Manuel. Las emociones fluctuaban como sombras sobre su rostro, una tras otra. Por último, apartó los ojos del infinito y miró a Manuel.- Tócame, muchacho.

Manuel le tocó la frente, y con una sonrisa sardónica Laeghr cerró los ojos: la corona 114-EL PENDULO

de llamas azules se elevó aleteando y desapareció en el cielo raso.

Lo sepultaron ese atardecer, en un poniente humoso, pardo como el infierno. Fray Lucien dijo una breve misa, murmurando en una voz inaudible, y Manuel apretó el dorso de su medallón contra la carne fría del brazo de Laeghr, hasta que la forma de la cruz quedó impresa. Luego lo arrojaron por la borda. Manuel observó con una serenidad que lo sorprendió. Semanas atrás gritaba de rabia y dolor cuando sus compañeros eran despedazados; ahora observaba con una paz que no comprendía cómo el hombre que lo había instruido y protegido se hundía en el agua ferrosa y desaparecía.

Un par de noches después Manuel estaba sentado aparte de sus restantes compañeros, que dormían apilados como una camada de gatitos. Observaba las llamas azules que aleteaban sobre la carne exhausta, las observaba sin razón ni sentimiento. Estaba fatigado.

Fray Lucien se asomó por la angosta puerta y susurró: -¡Manuel! ¿Estás allí?

-Estov aquí.

Ven conmigo. Manuel se levantó y lo siguió. - Adónde vas?

Fray Lucien meneó la cabeza. -Es hora. -Todo lo demás lo dijo en griego. Llevaba una pequeña lámpara con tres costados cerrados, y alumbrados por ella llegaron hasta la escotilla que conducía a las cubiertas inferiores.

La litera de Manuel, aunque estaba bajo la cubierta de los artilleros, no estaba en la parte más baja del barco. La Lavia era mucho más grande aún. Bajo la cubierta de los dormitorios había tres cubiertas más, sin troneras, pues estaban bajo la línea de flotación. Allí estaban almacenados, en perpetua oscuridad, los barriles de agua y galletas, las balas de cañón, las cuerdas y otros pertrechos. Pasaron junto a la santabárbara, donde el armero calzaba pantuflas de fieltro para que una chispa de sus botas no volara el barco. Encontraron una escotilla con una escalera que conducía a una cubierta aun más baja. En cada nivel los pasajes se angostaban más, y tuvieron que agacharse. Manuel se asombró cuando volvieron a descender, pues suponía que ya estarían en la quilla, o en una cámara extraña suspendida bajo la quilla; pero Lucien conocía el camino. Allá fueron, por un laberinto de negros pasillos de madera húmeda. Manuel, desorientado, aferró el brazo de Lucien por temor a separarse de él y quedar irremediablemente atrapado en las entrañas del barco. Por último llegaron a una puerta que transformaba el estrecho corredor en un callejón sin salida. Lucien golpeó la puerta y ususurró algo, y la puerta se abrió, dejando escapar luz suficiente como para encandilar a Manuel.

Después de los corredores, la cámara donde entraron parecía muy amplia. Era el depósito de cables, situado en la proa del barco justo encima de la quilla. Desde el encuentro con los brulotes, La Lavia tenía poco cable, y lo que quedaba yacía en los rincones de esa cámara. Ahora estaba iluminada por velas, insertadas en pequeños candelabros de hierro clavados en las vigas laterales. El suelo estaba cubierto por una pulgada de agua que reflejaba cada llama de las velas como un borrón de luz blanca. Las paredes curvas goteaban y relucían. En el centro del cuarto había una caja dada vuelta, cubierta con un paño. Alrededor de la caja había varios hombres: un soldado, uno de los oficiales menores, y algunos marineros que Manuel conocía sólo de vista. Los nudos transparentes de llamas color cobalto sobre sus cabezas añadían un matiz azulado a la luz del cuarto.

-Estamos preparados, padre -le dijo a Lucien uno de los hombres. El fraile condujo a Manuel a un sitio cerca de la caja, y los otros se alinearon en círculo alrededor de él. Contra la pared que daba a popa, cerca de hendijas donde el suelo se unía imperfectamente con la pared, Manuel vio dos grandes ratas de pelaje lustroso y pardo, que pestañeaban y movían los bigotes ante la inusitada actividad. Manuel frunció el ceño y una de las ratas se zambulló en el agua que cubría el suelo y nadó bajo la pared, agitando la cola como una pequeña serpiente, revelando a Manuel su verdadera naturaleza. La otra rata se quedó donde estaba y sus ojillos brillantes y redondos parpadearon mientras sostenían con firmeza la mirada hostil de Manuel.

Desde atrás de la caja Lucien miró a cada uno de los hombres y leyó en latín. Manuel entendió la primera parte: "Creo en Dios Padre Todopoderoso, Hacedor del Cielo y la Tierra, y de todas las cosas visibles e invisibles..." Lucien siguió leyendo con una voz potente pero tranquilizadora, cautivante pero orgullosa. Al terminar el credo tomó otro libro, el volumen pequeño que siempre llevaba consigo, y leyó en español:

—"Sabe, oh Israel, que lo que los hombres llaman vida y muerte son como cuentas blancas y negras ensartadas en una hebra, y esta hebra de mudanza perpetua es mi propia e imbutable vida, que enlaza la interminable hebra de pequeñas vidas y pequeñas muertes.

"'El viento desvía a una nave de su curso en el océano: los vientos errantes de los sentidos arrojan la mente del hombre a la deri-

va en el océano.

" Mas llegará el día en que la luz que es aplacará todos los vientos, y dominará cada maligna y líquida oscuridad; y todas tus moradas serán bendecidas por el resplandor blanco que desciende de la corona."

Mientras Lucien leía el soldado caminaba despacio por la cámara. Primero pued sobre la caja una bandeja de galleta cortada en rebanadas; el pan estaba duro, tal como se ponía después de meses en el mar, y alguina en el participa de la como de participa de cortar rebanadas, y luego de reducirlas a hostias tan delgadas que eran traslucidas, colormiel. Algunos agujeros de gusano les daban aspecto de viejas monedas, achatadas y horadadas para uso de los joveros.

Luego el soldado sacó de atrás de la caja una botella de vidrio vacía, con la parte superior cortada de tal modo que parecía una suette de cuenco. Tomando una redoma en la otra mano, llenó el cuenco hasta la mitad con el espantoso vino de La Lavia. Dejando la redoma, recorrió el grupo mientras el fraile terminaba de leer. Cada homber tenia tajos en las manos por los que manaba sangre más o menos continuamente, y cada hombre se abrió un tajo sobre la botella, soltando una gota de sangre, hasta que el vino se oscureció tanto que para Manuel, consciente de la luz azul, fue de un violeta profundo.

El soldado dejó el cuenco junto a la bandeja de hostias, sobre la caja. Fray Lucien terminó de leer, miró la caja, y recitó una frase final: -jOh, lámparas de fuego! Iluminad las hondas cavernas de los sentidos; con extraño resplandor dad calor y luz a vuestros amados, para que seamos uno con vosotras. -Tomando la bandeja, recorrió la cámara, dejando una hostia en la boca de cada hombre.- El cuerpo de Cristo, entregado por ti. El cuerpo de Cristo entregado por ti.

Manuel partió la hostia de galleta entre los dientes y la masticó. Al fin entendía qué estaban haciendo. Ésta era una comunión por los muertos: una ceremonia por Laeghr. una ceremonia por todos ellos, pues todos estaban condenados. Más allá de la pared curva y húmeda de la cámara estaba el profundo mar, ejerciendo presión sobre el maderamen, ejerciendo presión sobre todos ellos. A la larga todos serían engullidos, y se hundirían para ser pasto de los peces, después de lo cual sus huesos decorarían el suelo del océano, donde Dios rara vez aparecía. Manuel, con un nudo en la garganta. apenas podía tragar la galleta masticada. Cuando fray Lucien alzó el cuenco y se lo llevó a los labios, diciendo: "La sangre de Cristo, derramada por ti", Manuel lo detuvo. Tomó el cuenco de manos del fraile. El soldado se adelantó, pero Lucien lo apartó con un ademán. Luego el fraile se arrodilló delante de Manuel v se persignó, pero de izquierda a derecha, como los griegos. Manuel dijo: -Tú eres la sangre de Cristo. -Y llevó el cuenco a los labios de Lucien, inclinándolo para que él bebiera.

Hizo lo mismo con cada uno de los hombres, el soldado incluido. -Tú eres el Cristo. -Era la primera vez que ellos participaban en esta parte de la comunión, y algunos apenas podían tragar. Cuando todos hubieron bebido, Manuel se llevó el cuenco a los labios y lo bebió hasta las heces.- El libro de fray Lucien dice: todas tus moradas serán bendecidas con el resplandor blanco que es la corona de fuego, y todos seremos el Cristo. Y así es. Todos bebimos, y ahora somos el Cristo. Ved ... - Señaló a la rata restante, que ahora estaba erguida sobre las patas traseras, lavándose las patas delanteras como si rezara, los ojos redondos y brillantes fijos en Manuel .- Aun las bestias lo saben ... - Partió un pedazo de hostia y se inclino para ofrecerlo a la rata. La rata aceptó el fragmento entre las patas, y lo comió. Se dejó tocar por Manuel. Manuel se levantó v sintió que la sangre le subía a la cabeza. Las coronas de fuego resplandecían sobre cada cabeza, elevándose hasta las vigas del cielo raso, llenando la cámara de luz. ¡Él está aquí! -exclamó Manuel-. ¡Ved, nos ha tocado con luz! -Tocó por turno cada una de las frentes, y vio que los ojos se agrandaban de asombro el percibir las almas ardientes, y que todos se señalaban mutuamente las cabezas; luego todos se abrazaron en la luz clara y blanca, estrechándose. Les corran lágrimas por las mejillas, y grandes sonrisas les entreabrían las barbas. Los reflejos de luz ballaban en mil partes del suelo inundado. La rata, sobresaltada, se zambulló bajo la hendija de la pared, y ellos rieron y rieron y rieron.

Manuel rodeó con el brazo al fraile, cuyos ojos brillaban de alegría. -Está bien -dijo Manuel cuando todos se hubieron calma-

do... Dios nos conducirá a casa. Regresaron a las cubiertas superiores como niños jugando en una cueva que conocen

muy bien.

La Armada atravesó las Orcadas sin Laeghr, aunque algunas naves apenas consiguieron pasar. Luego salieron al Atlántico Norte, donde las olas eran más anchas, con senos más hondos y crestas altas como locastillos de La Lavia, y luego aun más altas.

Los vientos venían del sudoeste, ráfagas crudas e incesantes, y tres semanas más tarde no estaban más cerca de España que cuando habían atravesado las Orcadas. La situación en La Lavia era desesperada, al igual que en toda la flota. Todos los días morían hombres en La Lavia, y eran arrojados por la borda sin más ceremonia que la impresión del medallón de Manuel en los brazos. Las muertes aliviaban la escasez de agua y comida, pero aun así el problema era serio. La Lavia era conducida por una tripulación fantasmal, compuesta principalmente por soldados. No había hombres suficientes para accionar bien las bombas, y cada día el Atlántico abría brechas nuevas en la quilla rota. La nave empezó a hacer tanta agua que el capitán -que había iniciado el viaje como tercer oficial- decidió que debían enfilar directamente hacia España, sin buscar el reparo de la poco conocida costa oeste de Irlanda. Esta decisión fue compartida por los capitanes de otros buques averiados. Comunicaron su decisión al cuerpo principal de la flota, que se dirigiría más hacia el oeste antes de virar hacia España. Desde su lecho de convalecencia Medina Sidonia otorgó su aprobación, y La Lavia puso proa al sur.

Lamentablemente una tormenta se abalanzó desde el noroeste poco después del cambio de rumbo. Quedaron a su merced. La Lavia se revolcó en el oleaje y fue embestida por una cresta tras otra, hasta que el pobre casco quedó frente a la costa de sota-

vento, Irlanda.

Era el fin, y todos lo sabían. Manuel lo sabía porque el aire se había vuelto negro. Las nubes eran como miles de negras balas inglesas, rodando a diez brazos sobre un suelo claro situado justo encima de los mástiles, y escupiendo relámpagos en el mar cuando dos de ellas se estrellaban con fuerza. El aire de abajo también estaba negro. apenas menos denso: el viento era tan tangible como las olas, y se arremolinaba alrededor de los mástiles con furia humeante. Otros hombres tenían atisbos de la costa, pero Manuel no podía verla a causa de la negrura. Estos hombres clamaban atemorizados; la costa oeste de Irlanda parecía formada por acantilados abruptos. Era el fin.

Manuel sólo sentía admiración por el ex tercer oficial, ahora capitán, que tomó el timón y gritó al vigía de la cofa que encontrara una bahía en los acantilados hacia donde enfilaban. Pero Manuel, como muchos de los hombres, ignoró las órdenes del capitán de permanecer en sus puestos, pues sin duda no tenía sentido. Los hombres se abrazaban en los castillos, despidiéndose: otros se acurrucaban asustados contra las mamparas. Muchos de ellos se acercaron a Manuel pidiendo que los tocara, y Manuel les rozaba la frente mientras caminaba furiosamente por el castillo de proa. En cuanto Manuel los tocaba, algunos de los hombres volaban directamente al cielo mientras otros se lanzaban por la borda y se convertían en marsopas apenas tocaban el agua, pero Manuel casi no reparaba en estos sucesos, pues estaba atareado rezando, rezando a pleno pulmón.

-¿Por qué esta tormenta, Señor, por qué? Primero hubo vientos del norte que nos retenían, y es por ello que yo estoy aquí. Conque me querías aquí. Pero ¿por qué, por qué, por qué? Juan está muerto y Laeghr está muerto y Pietro está muerto y Habedeen está muerto y pronto todos estaremos muertos, ¿y por qué? No es justo. Prometiste que nos llevarías a casa. - Presa de la furia, tomó su cuchillo para mecha lenta, bajó a la inundada parte central del barco, y fue al palo mayor. Hundió el cuchillo en la madera, siguiendo la dirección de la fibra. -¡Ahí tienes! ¡Así respondo a tu tormenta!

-Eso es blasfemia -dijo Laeghr mientras

arrancaba el cuchillo del mástil y lo arrojaba por la borda-. Tú sabes lo que significa apuñalar el palo mayor. Hacerlo en una tormenta como ésta... ofenderás a dioses mucho más antiguos que Jesús, y también más noderosos

 Mira quién habla de blasfemias – repuso Manuel-. Y te preguntas por qué verras por los mares como un fantasma, cuando dices cosas así. Deberías tener más cuidado, -Miró hacia arriba y vio a Santa Ana, en la cofa mayor, impartiendo instrucciones al tercer oficial.-¿Oíste lo que dijo Laeghr? -le gritó Manuel. Ella no lo ovó.

-¿Recuerdas las palabras que te enseñé?

-preguntó Laeghr.

-Desde luego. No me fastidies ahora, Laeghr. Pronto seré un fantasma como tú. Laeghr retrocedió, pero Manuel cambió de parecer y dijo:- ¿Por qué sufrimos este castigo, Laeghr? Emprendíamos una cruzada por Dios, ¿no es así? No comprendo.

Laeghr sonrió y dio media vuelta, y Manuel vio que tenía alas, alas con plumas intensamente blancas en la negrura turbia del aire. Aferró el brazo de Manuel. -Tú sabes todo lo que yo sé. -Con feroces aleteos echó a volar, enfilando hacia el este en el

aire negro, como una gaviota.

Con la avuda de Santa Ana el tercer oficial había descubierto una abertura en los acantilados, una bahía bastante amplia. Otros barcos de la Armada también la habían encontrado, y ya se partían contra una playa ancha mientras La Lavia se aproximaba a la costa. La quilla tocó fondo y de inmediato se empezaron a romper cosas. Olas burbujeantes barrieron la nave escorada, y Manuel subió al castillo de proa, que ahora estaba bajo una maraña de aparejos del destrozado palo de trinquete. El palo de trinquete cayó por la borda, y la banda de sotavento se astilló como una caja de fósforos y se inundó ante los ojos de todos. Entre los restos flotantes Manuel vio un madero con una bala negra incrustada, sin duda la que Santa Ana había desviado de su curso. Recordando que ella le había salvado la vida, Manuel se apaciguó y esperó a que la santa apareciera. La playa estaba a poca distancia, apenas visible en el aire denso; como la mayoría de los hombres, Manuel no sabía nadar, y buscaba con apremio a Santa Ana cuando fray Lucien apareció a su lado, con su túnica negra. Por encima del aullido del viento oscuro Lucien gritó: –Si nos afe-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas I www.ahira.com.ar

rramos a un madero iremos flotando a la

-Hazlo tú -respondió Manuel-. Yo espero a Santa Ana. -El fraile se encogió de hombros. El viento le alzó la túnica, y Manuel vio que Lucien intentaba salvar el oro litúrgico de la nave, en forma de cadenas que el fraile se había sujetado a la cintura. Lucien caminó hacia la baranda y saltó hacia un mástil que una ola alejaba del barco, pero las manos le resbalaron en el palo redondeado y se hundió al instante.

El castillo de proa estaba ahora anegado, y pronto las espumosas rompientes lo arrancarían de la quilla. La mayoría de los hombres va habían abandonado la nave. confiándose a los restos flotantes, pero Manuel siguió esperando. Cuando empezaba a preocuparse vio a la bendita abuela de Dios, de pie en la playa, haciéndole señas entre figuras borrosas. Ella caminó hacia el agua blanca, y él comprendió ... -¡Nosotros somos el Cristo, desde luego! ¡Caminaré hacia la costa como una vez lo hizo Él! -Tanteó la superficie con un zapato; no parecía demasiado firme, pero sin duda serviría. Sería como el suelo de la capilla, ahora derrumbada, una lámina de agua cubriendo un buen sólido de Dios. Así que Manuel bajó a la siguiente ola que pasó a la altura del castillo de proa, y se hundió en el agua salada.

-¡Eh! -gorgoteó mientras braceaba para emerger -. ¡Eh! -Esta vez no hubo respuesta de Santa Ana, sólo agua salada y fría. Inició el laborioso proceso del ahogo, recordando mientras forcejeaba una ocasión en que era niño y su padre lo había llevado a la plava en Marruecos, para ver la partida de la galera de los peregrinos de La Meca. Nada podía asemejarse menos a la costa irlandesa que esa playa serena, caliente, parda, y él y su padre se habían internado en los bajíos para chapalear en el agua tibia, atrapando limones. Su padre arrojaba los limones a las aguas más profundas, donde cabeceaban a un palmo de la superficie, y Manuel chapoteaba para recobrarlos, riendo y tragando agua.

Manuel recordó perfectamente esos limones mientras resoplaba, tosía v pataleaba tratando de asomar la cabeza una vez más por encima de esa sopa escarchada. Limones cabeceando en el mar verde, limones oblongos y nudosos, del color del sol cuando el sol se ensancha por encima del 118-EL PENDULO

ellos. No podía moverse muy bien. Tardó media hora en girar la cabeza para escudriñar la playa, y otra media en liberarse de su pila de algas. Y luego tuvo que acostarse de

horizonte del alba, cabeceando suavemente a un palmo de la superficie, revelando una protuberancia aquí y allá. Manuel pretendió que era un limón mientras trataba de recordar el precario estilo perruno que le había permitido flotar en los baijos. Los brazos, empujar hacia abajo. No daba resultado. Las olas lo arrastraban como a un limón hacia la costa. Se golpeó contra el fondo y se levantó. El agua le llegaba apenas a la cintura. Otra ola le pegó en la espalda y el fondo se le escapó. No es justo, pensó. El codo se le raspó en la arena, y Manuel se retorció y se incorporó. Esta vez el agua le llegaba a las rodillas. Vigiló las traicioneras olas que surgían de la negrura, y trajinó entre ellas hasta una playa de arena tosca, cubierta por una estera de algas marinas.

A cierta distancia en la playa había marineros, compañeros, sobrevivientes de las naves naufragadas. Pero entre ellos había soldados a caballo. Soldados ingleses, a caballo y a pie -Manuel gruñó al verlos- empuñando espadas y garrotes sobre los hombres exhaustos dispersos entre las algas. -¡No! -exclamó Manuel-. ¡No! -Pero era verdad.- Ah, Dios -dijo, y se hundió hasta quedar sentado. En la costa los soldados apaleaban a sus hermanos, partiendo los cráneos frágiles como huevos para derramar entre las algas la vema de los sesos. Manuel golpeó en la arena los puños insensibles. Embargado por el horror, observó el corcoveo de los caballos en el aire turbio. gigantescos y sombríos. Luego vinieron por la playa hacia él. -Me haré invisible -decidió-. Santa Ana me hará invisible. -Pero, recordando su plan para caminar en las aguas, decidió contribuir al milagro, trotando playa arriba y enterrándose bajo una alta pila de algas. Era invisible sin ella, desde luego, pero la cobertura de algas lo mantendría tibio. Con ese pensamiento, tiritó y tiritó hasta quedar en la tierra quieta tan insensible como sus manos.

Cuando recobró el conocimiento, se en-

Cuando despertó los soldados se habían

marchado. Sus compañeros estaban tendi-

dos en la playa como restos de naufragio; los

cuervos y los lobos ya se lanzaban sobre

contró detrás de un gran tronco, un viejo trozo de madera que estaba plateado tras años de rodar en la arena. El aire era claro otra vez. Lo sentía entrar y salir, pero ya no lo veía. Había despuntado el sol; era de mañana, y la tormenta había terminado. Cada movimiento del cuerpo de Manuel era un esfuerzo total, una experiencia total. Veía profundamente dentro de su propia piel, que parecía avinagrada. Había perdido toda sus ropas, excepto por unos harapientos jirones de pantalón que le colgaban de la cintura. Con toda su voluntad, obligó a un brazo a mover la mano, y con el Indice rigido tocó el tronco. Lo sintíd. Aún estaba vivo do tocó el tronco. Lo sintíd. Aún estaba vivo

Su mano cayó en la arena. La madera tocada por el dedo estaba cambiando, transformándose en una mancha verde brilante en la plata circundante. Un retoño delgado y verde brotó de ese lugar, y creció hacia el sol; salieron hojas del retoño mientras el retoño se engrosaba, y bajo la mirada fascinada de Manuel surgió un pimpollo y se abrió: una rosa blanca, que relucía húmedamente en la blanca luy de la mañana

Había logrado ponerse de pie, y cubrirse con algas, y caminar un cuarto de milla tierra adentro, cuando se topó con alguien. Tres personas, dos hombres y una mujer. Manuel no podía imaginar gentes de aspecto más salvaje: los hombres tenían barbas que no se habían cortado nunca, y brazos como los de Laeghr. La mujer lucía exactamente como su retrato en miniatura de Santa Ana, hasta que ella se acercó y Manuel vio que estaba sucia y tenía los dientes rotos y la tez mosqueada como el vientre de un perro. Nunca había visto antes tantas pecas, y se

quedó mirándolas, y también a la mujer, tal como ella y sus compañeros lo miraban a él. Les tuvo miedo.

-Ocultadme de los ingleses, por favor -dijo. Ante la palabra "ingleses" los hombres fruncieron el ceño y ladearon la cabeza. Lo apremiaron en un idioma que el no conocia. -Ayudadme -dijo. No entiendo vuestras palabras. Ayudadme. -Probó suerte con el español, el portugués, el siciliano y el árabe. Los hombres parecian ofuscados. Probó suerte con el latin, y retrocedieron. -Creo en Dios Padre Todopoderoso, Hace-dor del Cielo y la Tierra, y en todas las cosas visibles e invisibles. -Río, con cierta histeria. -Especialmente las invisibles. -Aferró el medallón y les mostró la cruz. Ellos lo estudiaron, obviamente desorientados.

-Tor conaloc an dhia -dijo él sin pensar. Los cuatro se sobresaltaron. Luego los dos hombres corrieron a sus flancos para sostenerlo. Le hablaron, agitando los brazos libres. La mujer sonrió, y Manuel vio que era joven. Repitió las sílabas, y ellos parlotearon un poco más. -Gracias, Laeghr -dijo él-. Gracias, Ana. Ana -le dijo a la muchacha, y extendió el brazo hacia ella. Ella chilló v retrocedió. Los hombres lo alzaron, pues ya no podía caminar, y lo guiaron por el brezal. Él sonrió y besó a ambos hombres en las mejillas, lo cual les hizo reír, y repitió nuevamente la frase mágica y empezó a dormirse y sonrió y repitió la frase. Tor conaloc an dhia. La muchacha le apartó de los ojos el cabello húmedo; Manuel reconoció ese toque, y sintió que el florecimiento comenzaba en su interior.

...piedad por amor de Dios...

Título del original en inglés: Black Air.
© 1983, Mercury Press, Inc.
Traducción de Carlos Gardini.





LIBROS

La cornucopia y el Golem Pablo Capanna

Yanchinski
Hacer
trabajar a
los genes
La nuova en industrial
de la hioteenologia

El premio Nobel concedido a un argentino emigrado (César Milstein) y un best seller político. La Argentina en el siglo XXI, de Rodolfo Terragno, han puesto de moda la "biotecnología" una palabra que no puede faltar en el vocabulario de los políticos, los periodistas o los funcionarios; quien quiera figurar entre los 'modernizados" no podrá dejar de mencionar la informática y la biotecnología, aunque al

hacerlo quizás esté pensando en máquinas de sumar y productos lácteos.

soniar y productos iacideos.

Al parecer, esto no ocurre sólo en nuestras subdesarrollados tierros; la autora de un libro serio y accesible sobre tam meneado temá" calcula que los usuarios de la polabreja representan un 5% de la población semiculla, y que una contidad mucho menor sobe realmente de qué se trata.

Mucho menos eufórica que Terragno, la autora expone con gran claridad los fundamentos científicos de esta verdadera revolución tecnológica; aunque subrava aue la biotecnología despertó "muchas felices esperanzas en aquellos días va tan lejanos de principios de los años ochenta": al parecer, hoy las perspectivas va no son tan revolucionarias y se insinúan algunos problemas.

Aun oceptando esta o citida de prudencia, no pueden desestimarse las proyecciones que los procesos industriales derivados de la nueva biologia tendrán sobre la economia mundial, transformando muchas formas de producción y concentiando aun más in queza entre oquellos que possen el know how, los poises desarrollados.

¿Qué efectos tendrá esta revolución sobre la economía del Tercer Mundo, productor de materias primas? ¿Qué

\* Stephanie Yanchinski, Hacer trabojor a las genes. La nueva era industrial de la biotecnología (Setting Genes to Wark, 1985); traducción de Maria del Mar Moya i Tasis; Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1986; 187 págs. consecuencias producirán en los propios países centroles estas ternologías, que no parecen generar empleos sino más bien lo contrario 8 on preguntos que con toda honestidad no dejo de plantearse la propia autora, más de una vez.

La biotecnología anuncia un mundo al revés, donde el combustible se convierte en alimento, y el alimento sirve para producir combustibles, donde muchos miles de hectáreas de explotación agrícola son reemplazados por fábricas que ocupan apenas media manzana: su potencial transformador parece ser enorme, gunque sus efectos no deseados sean imprevisibles. Suele hablarse

indistintamente de "biotecnología" y de "ingeniería genética". En rigor, "biotecnología" es el concepto más amplio, pues abarca todas aquellas técnicas de producción en las cuales intervienen microorganismos, desde la fabricación de cerveza. queso y yogur en adelante. A estas antiguas técnicas de fermentación. reactualizadas por la industria avímica durante la Segunda Guerra Mundial para producir ciertos insumos estratégicos, en las últimas décadas se les ha sumado la "ingeniería genética". Esta es la manipulación del ADN de una bacteria. incorporándole material

genético humano o animal, o la producción de "hibridomas" (como es el caso de la célula puesta a punto por Milstein y Köhler para la producción de anticuerpos monoclonales);

Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se fuerza así la bacteria a sintetizar determinados productos, como drogas, tármacos, alimentos o combustibles.

Stephanie Yanchinski retrocede en la historia de la biología para rastrear las fundamentos de esta revolución: un tifi repasa que va desde Mendel y Prasteur hasta las patentes industriales de Cohen-Boyer y Chakraborty, el primero en registrar una bacteria como inventir.

invento Estas revisiones históricas siempre resultan esclarecedoras, porque ponen en evidencia situaciones va conocidas en otros campos, o disipan las versiones simplistas que suelen circular. Por ejemplo, la autora rinde homenaie a J. F. Miescher, quien descubrió el ADN nada menos que en 1865 (!), sin que el mundo científico le diera importancia; también a Sven Furberg, quien a comienzos de los años '50 fue el primero en proponer un modelo en 'doble hélice" para el ADN. aunque tropezó con un jefe de cátedra demasiado ocupado para atenderlo. También nos señala cómo detrás de Watson, Crick v Wilkins, que recibieron el Nobel en 1962, estaba una muier, Rosalind Franklin. cuva labor fue silenciada por el machismo de sus colegas.

La revolución biotecnológica propiamente dicha comienza con el descubrimiento de las "enzimas de restricción", utilizadas como "fijeras" para fraccionar las cadenas de ADN. Durante un "histórico desayuno" en Hawaii, los biologos Cohen

y Boyer sentaron las bases del procedimiento consistente en insertar estos segmentos en una célula bacteriana, usando como vehículo un virus o plásmido: con ella pensaban dirigir el metabolismo celular. poniendo los genes a trabajar para ellos: era la ingenieria genética". El diseño de las "máquinas de genes", asistidas por computadoras, permitió controlar eficazmente estos. procesos, dando vida a una nueva industria v a nuevas empresas: Cetus, Genentech, Biogen, Genex,

Los campos que se abrieron desde entonces pora la biotecnología son vastisimos: la producción de alimentos y forrajes sintéticos; la explotación de petrólea y minerales poco accesibles usando bacterias "ompestradas": la incursión en el terreno de la electrónica por medio de biosensores y biochios, la producción masiva de interferones y vacunas en la industria farmacéulico; la transformación de las agraindustrias, con la producción de plaquicidas "inaturales" y semilias

Los primeros resultados

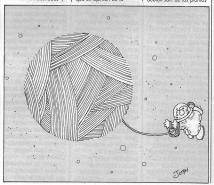
meioradas, etc., etc.

de esta revolución no

parecen haber side tan espectaculares como algunos preveian: el provecto de la Shell de invertir en una planta productora de petróleo quedó postergado por la baja general de los precios del combustible: varios provectos de producción de proteínas para uso humano fracasaron ante la resistencia de los consumidores: otros procedimientos resultaron poco seguros, de manera que en opinión de la

autora la biotecnología comenzará a gravitar decididamente en la economía sólo dentro de dos Hécadas

Queda por último el problema del control y la seguridad, que por cierto no es el menos importante. El primero en plantearlo fue un Nobel, Paul Bera; en 1970 encabezó las Tirmas de una famosa carta publicada en Nature. donde advertia sobre el peligro de una "fuga" de bacterias patógenas o mutadas, algo tan peligroso como un escape radioactivo. En 1975 estas preocupaciones llevaron a convocar las conferencias de Asilomar: allí, mientras algunos proponían una interrupción temporal para la investigación biogenética, se formuló un código de seguridad por el cual las bacterias no debían salir de las plantas



industriales Esto, en realidad, no impide la infección del personal que allí trabajava se han registrado casos de bacterias intestinales con genes ensamblados. que invadieron el organismo de técnicos v empleados de las fábricas: en general, parece que las defensas naturales rechazan estas intromisiones, y los gérmenes artificiales son neutralizados. Pero los médicos que asesoran a los sindicatos recuerdan que no se está trabajando con fármacos sino con sustancias vivas, cuvo comportamiento no es del todo previsible: algunas enfermedades tardan dos décadas en aparecer, de modo que según alaunos "estamos sembrando problemas para el futuro" (pág. 155).

dramático, un verdadero Chernobyl biológico, seg el que denunciaron Seale. Strecker y Segal hace unos meses: al parecer, el SIDA, que viene asolando los países desarrollados v oficialmente había sido atribuído al "mono verde" africano, habría nacido accidentalmente en un laboratorio bélico donde se realizaban experiencias de ingeniería genética.

Quizás el caso más

Al margen de esto, aún auedan las conocidas pesadillas de ciencia ficción, que por lo visto son cada vez más probables: la reproducción in vitro de seres humanos clonados, tanto para formar cuerpos militares de elite, como para realizar sueños racistas o eternizar a algún millonario; en el plano

científico y técnico, estas posibilidades no plantean dificultades demasiado arandes. Son las experiencias "orwelianas" de que habla la autora pensando auizás en Huxley.

De tadas madas estas tecnologías parecen ofrecer a los países poseedores del know how la posibilidad de autoabastecerse de alimentos y combustibles o reproducir a voluntad las especies más exóficas de la flora mundial en sus propios laboratorios. Esto puede favorecer su replieque, la "desconexión" de que habla el economista Samir Amin, entre un mundo avanzado, cada vez más autosuficiente, y un mundo periférico, cada vez más empobrecido, al cual ni siguiera valdría la pena explotar; en este sentido se orientan algunas de las preocupaciones de la autora.

Una vez más, una tecnología que en principio no parecía ofrecer más que la cornucopia de la abundancia, podría terminar empobreciendo a la mayoría del género humano, al deteriorar catastróficamente los términos del intercambio. Y al mismo tiempo, junto con la riqueza, podría salir alaún Golem incontrolable: nuevas enfermedades o plagas creadas por el hombre.

Pero esto no agota las posibilidades para los países periféricos. El desarrollo de alcoholes combustibles o la producción masiva de vacunas en países del Tercer Mundo, usando la biotecnología, son ejemplos de sus ventaias. Como todas las técnicas, ésta no será la panacea que cure todos los males: sólo es una herramienta, que conviene aprender a usar. conociendo sus límites v con una clara visión de los fines para los que va a ser usada

# El arte del reciclate Elvio E. Gandolfo



Hace seis años, al comentar la primera media docena de novelas de Stephen King (El Péndulo 2), manifestábamos no concebir demasiadas esperanzas de que el autor de El resplandor rompiera "las dulces cadenas del bestsellerismo para ahandar en su zona creativa más auténtica". La serie ininterrumpida de novelas que produio desde entonces confirmaron tal sospecha. En varios casos, sin embargo, dieron pie a buenos films; como si lo que Kina hiciera fueran borradores de narraciones definitivas que necesitan la imagen v no la palabra: Cujo de Lewis Teaque, Christine de John Carpenter, La zona muerta de David Cronenbera, Los ojos del gato de Lewis

Teggue. Un muestrario de directores que superan el nivel medio general del cine norteamericano reciente. Incluso Kina se dio el luio de interpretar un papel, con notable sentido del humor, en la reciente Creenshow Las dos novelas\*

traducidas en la colección Gran Super Ficción de Martinez Roca presentan una nueva faceta de su modo de producción. Fueron escritas con el seudónimo de Richard Bachman, a pedido expreso de sus editores. para no saturar en exceso el mercado con el nombre Stephen King, Como esa marca de fábrica es ahora inhundible (¿como el Titanic? 1. los libros aparecen con el nombre de King en cuerpo enorme y abajo, en letra pequeñísima 'escribiendo como Richard Bachman"

¿Se diferencia en algo la producción de Bachman de la de Kina? La respuesta es afirmativa, y por desgracia no significa una mejora en relación a sus mediocres libros recientes La zona muerta sique siendo su mejor novela). El cambio que se advierte de inmediato es de aénero: la producción de King se inserta en términos generales dentro del terror. de lo macabro: la de Bachman es en cambio ciencia ficción. Se ambienta en el futuro, extrapola algunas tendencias actuales de la sociedad

norteamericana, trata de \* Stephen King, El fugitivo (The Runnina Mant: traducción de Hernán Sabaté: Martinez Roca, Barcelona, 1986: 257 págs. La larga marcha (The Long Walk); traducción de Hernán Sabaté: Martínez Roca, Barcelona, 1986: 286 páas.

122-EL PENDULO

describir mínimamente un entorno convincente.

Un rasao que cualquier aticionado al género advertirá en cuanto lea alaunas páginas es el escaso estuerzo realizado por King-Bachman al emprender la escritura de este nar de novelas: en todos los aspectos las mismas se dedican al desagnado reciclaie de nersongies, temas v ambientes premasticados una v otra vez nor otros autores. El tema de El fuaitivo, por eiemplo, ha sido repetido en tantas ocasiones desde que Robert Sheckley escribió "FI precio del peligro" y "La séptima víctima", que sólo a un lector dedicado en exclusiva al aénero v con un huen fichero le sería posible rastrear cuántos equivalentes existen, en las últimas tres décadas, de narraciones en las que un pobre hombre se vé empujado a intervenir en un concurso televisivo donde la aquesta es la propia vida, con mayores o menores vigriaciones de las realas.

En cuanto a la ambientación de ese futuro. escrito en 1982, se limita a absorber todo un contexto visual v social de smoa denso, clases sociales muy marcadas, clima general de depresión absoluta, poder hiperrepresor e individuos aplastados por la Máquina Estatal, edificios en decadencia, calles llenas de basura que se han convertido en lugar común retórico a partir de la revista francesa de historietas Métal Hurlant, v de las versiones españolas y norteamericana (Heavy



Metal, que llegó a elaborar líneas propias).

desarrollado que imagina con curiosa persistencia un futuro de subdesarrollo, el empleo de ese depresivo mundo imaginario (que en parte desplégaron las historietas de Fierro en nuestro país), con plena conciencia del reciclaie, no es de por si descalificante Basta pensar en dos buenas películas recientes. Brazil v Blade Runner Fl defecto reside en la nula caraa de creatividad personal que Kina aporta en esta novela, "El precio del peligro" de Sheckley lpublicado en la primera época de la revista Minotauro) contaba con unas veinticinco páginas; El fugitivo tiene doscientos cincuenta v cinco v le sobran doscientas treinta. Es el clásico cuento estirado a novela que no gang en profundidad

descriptiva o psicológica y pierde en tensión narrativa.

Otro factor francamente multiple de la constitución de la constitución

La escena no deja des estar presente en la otra novelo. La larga marcha estar presente en la otra novelo. La larga marcha in realidad, muy poco de la novelo anterior deja de estar presente en ésto, en una especia de recicidja ol cuadrado: otra vez se trata de un concurso, otra vez el público que la contempla como si King gozara en buntarse del productor de sus fuest-sallero.

propingra una dosis sonortable de castigo) otra vez se trata de un cuento alaraado, Aqui, sin embargo, el alarque se hace tan evidente que disuelve toda verosimilitud Los cientos de ióvenes integrantes de una maratón de la muerte que atraviesa Estados Unidos, para llenar las casi 300 páginas del libro, pasan el tiempo y la novela hablando entre si sin cesar, kilómetro tras kilómetro. En condiciones reales semeiante desaaste verbal los deiaría rendidos en las primeras diez horas. Aquí en cambio soportan cuatro días mientras son eliminados cruel y gratuitamente apenas afloja el ritmo de marcha. Es muy probable que Kina hava querido incrustar esos diálogos en una gran alegoría sobre la sociedad

norteamericana vista como

marcha sin sentido hacia

calculadamente le

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.compapia

un éxito también insensato, en el que el precio es la vida o la cardura. Pero una y otra vez cede a los impulsos primarios, a la titilación con lo sexual que no se resuelve, y a la única catarisi que parece considerar valida: el empleo directo, grosero, repulsiva de la violencia.

Para adictos a la ciencia ficción, ambas novelas se sitúan en un nivel decididamente bajo. El fuaitivo se toma un poco más de trabajo en la descripción de la sociedad futura, pero sique estando leios del nivel rutinario de un Heinlein o un Pohl en ese campo. La larga marcha es una extensa alegoría fallida, con muy poco esmero en su construcción argumental y ambiental. Para adictos al propio King, la primera es también un producto levemente más aratificante. una hamburquesa de preparación apresurada, con una pizca más de condimento.

## La mano del otro en la oscuridad

### Márgara Averbach



La morada del viento es un lugar de partida, un espacio para el comienzo.

El sonido del título \* es verdadero: esta colección de cuentos inaugura los caminos de la ficción de Ursula K. Le Guin en más de un sentido. Cualquiera que conozca la obra de esta escritora californiana puede descubrir aquí la primera expresión de los temas que se repiten una v otra vez en sus páginas: las relaciones entre los sexos. los problemas de la rebelión v la autoridad, la marginalidad, el poder de la palabra, los árboles y la ecología, la política y los

aobiernos. Le Guin es consciente del carácter fundacional de su libro y trata de explicar el lugar de cada uno de los cuentos en su literatura. mediante breves comentarios intercalados en el texto. Estos fragmentos autorreferenciales, tal vez la más interesante de la colección, esbozan una idea de la literatura y la creación artística en general.

Las novelas de Ursula K. Le Guin transcurren en aeografías precisas. nombradas, específicas. Lo que sucede en Terramar, por ejemplo, sólo tiene sentido sobre la tierra particular de cada una de las islas. En la introducción a una de las primeras historias de ese reino de magos, la autora habla de la "exploración" de ese mundo, y en otra, de los "descubrimientos" que realizó en él. Esta forma de describir el proceso de

\* Utsula K. Le Guin, Las doce maradas del viento, [The Wind's Twelve Quarters]; \*raducción de Maria Elena Rissi Ethasa, Barcelana, 1985; 206 págs.



creación puede explicar mucho de la fuerza de novelas como Los desposeidos o La mano izquierda de la oscuridad, en las que el lugar parece estar más allá de las palabras, como si hubiera existido mucho antes que el texto, o como si el autor planteara su historia en un sitio del mundo que todo lector ha oído nombrar, por lo menos. Y si cualquier Buenos Aires de ficción es tan irreal como la pintura de un planeta lejano, los escenarios de Ursula K. Le Guin parecen tan sólidos v preexistentes como el Nueva York de las noticias.

En Las doce maradas del viento, describir un lugar es "explorarlo"; inventar un personaie es "conocerlo". Los seres de Ursula K. Le Guin son tan exigentes como los de Pirandello, a juzgar por lo que ella misma relata, y también ellos pertenecen al mundo de lo marainal. En cuentos como "Abril en París", "Nueve vidas" v "Los maestros", aparece va el interés de esta muier -que empezó a escribir a

los treinta años- por los que no encuentran un lugar, los rebeldes, los parias. La psicología de los abandonados todavía no es demasiado profunda en estos primeros cuentos. pero tiene va la belleza triste y magnifica que alcanzará más adelante en Los desposeidos, por ejemplo. Y la edad es importante, porque la defensa de la rebeldia hace de Ursula K. Le Guin una escritora apeaada al espíritu de la juventud de la década del 60, a pesar de su comienzo tardío.

Las ideas que se expresan en los fragmentos introductorios de Las doce moradas del viento presentan al autor de ficción como un arqueólogo, un descubridor de lo que ya es; nunca un inventor. Esta relación directa de lo escrito con algún tipo de "realidad" preexistente puede leerse incluso en los dos momentos en que Le Guin describe los lazos que unen a su ficción con la ciencia En la explicación de "Los maestros", se dice que la ciencia ficción podría definirse como un tipo de escritura en la que "los logros de la ciencia son, de un modo u otro. esenciales". Esa "esencialidad" se explica un poco más exhaustivamente en la página que precede al que, para mí, es el meior de los ocho cuentos publicados aquí, "Nueve vidas": "Uso el elemento científico como una metáfora o un símbolo. un medio de decir algo que de otra manera sería inexpresable." En esta

historia en particular, la

124-EL PENDULO

ciencia es el camino hacia una idea abstracta sobre el ser humano. Este camino tiene una base "real". generalmente una teoria conocida que pertenece a un campo no literario. Ursula K. Le Guin manipula esas teorías siempre de la misma forma, ya sean teorias científicas. biológicas o políticas: provecta el pensamiento teórico a una distancia temporal o espacial considerable y lo hace concreto; luego, así, en acto, lo investiga por dentro, hasta aceptarlo o hacerlo pedazos. Este es el esquema de "Nueve vidas" v será el de Los desposeídos, basado en una utopía política; el de La mano izquierda de la oscuridad, que combina ideas políticas y biológicas; el de El nombre del mundo

Todas estas pruebas y proyecciones parecen tener una sola solución para Ursula K. Le Guin, una solución que nada tiene que ver con el "sueño" de su país: desde "Nueve vidas" hasta Los desposeidos, la clave del mundo es la tolerancia, la comunicación entre los que no son iquales. El secreto parece ser "tocar" al otro. aprender el camino hacia una voz diferente de la propia. "Nueve vidas" termina con un gesto diminuto y poderoso como una idea nueva, un gesto que define la ficción de esta autora, el aesto del encuentro; "Kalph lo miró y vio lo que nunca había visto antes: Owen Pugh, sí; el extraño que extendia la mano en la oscuridad."

es bosque, que explora una

verdad ecológica.



#### CTATE

# Le ley de Lynch

# Marcelo Figueras

La experiencia de Frismann En los albores de 1951, un científico austríaco. Th. Erismann, provevó a un cobayo humano de un par de extrañas gafas. Este coneiillo de Indias. austríaco también, cuvo nombre ardió en las calderas que hacen rodar la locomotora de la Historia, debía portar los anteoios a toda hara, sin descanso, sin excepciones. La singularidad de ambas lentes radicaba en aue invertian el orden habitual de los elementos: el cielo raso se convertía en piso. las alcantarillas en escotillas, la gente calzaba zapatos donde antes gorra y no lucía perilla à la D'artagnan sino un par de primorosos iuanetes. parapetado detrás de los cristales, la primera semana fue para el cobavo un doméstico Averno. No podía caminar por las calles de Viena. No coordinaba sus movimientos. Las cefaleas jugaban con su cerebro como con un trompo. Tiempo más tarde, empero, el coneiillo de Indias se

habituó a sus ojos artificiales. Logró conducir un automóvil, leer a Goethe con naturalidad suma e, incluso, admirar belleza en esas mujeres cuyas fosas nasales apuntaban al cielo, al *viejo* cielo.

La invención de Lumière. El biógrafo, el cinematógrafo, el cine, proponía al espectador una convención semejante a la de las gafas de Érismann. Quien quisiera someterse al iuego, debía suspender temporalmente su incredulidad y aceptar como vero ese mundo ä l'envers. La inversión, sin embargo, no solía ser tan obvia como en el artiluajo del austriaco, Máquinas, hombres, paisaies, todo parecía conservar la cabeza en su lugar. El mecanismo trastocado pues, permanecía oculto en una región de difícil acceso. El biógrafo, según Lumière, reaistraba la realidad tal cual era, en todo su esplendor. La pantalla desempeñaba el rol de una ventana al mundo, sólo que, en lugar de las gardenias del jardín, lo que se veía a través de ella era el asalto a un tren, o las pirámides, o la torre Eiffel, En verdad, lo que el cine lograba era re-producir el mundo. Lo reformulaba a partir de un código cuyos elementos básicos no eran sino luces, sombras v sonidos. El cine se revelaba a sí mismo como un lenguaje nuevo, distinto, y en su condición de tal encerraba en su abecé una concepción del mundo, a la que no convenía asimilar a la percepción audiovisual

común del ser humano, puesto que le introducía sustanciales variantes. Versión sofisticada de las sombras chinescas, un pastor o un dragón tenian sobre la pantalla la misma entidad cinematográfica: signos, apenas, a los que podía combinarse en la Weisse Wand, en el rectángulo blanco, como ideogramas sobre un papiro, en virtud de su esencia artificial -esto es. no natural

El grito de Buñuel. El que primero comprendió la condición artificial (¿mágica?) del cine, fue Georges Méliès, Para este prestidiaitador, el biógrafo era, en todo caso, una ventana al delirio. Limitarlo al registro de lo natural significaba no comprender sus potencialidades. No se trataba de que el cine pudiera mostrar lo fantástico: en realidad. reclamaba ese dominio para sí, como un ámbito al que aspiraba por esencia. No es de extrañar, pues, la irrupción del surrealismo en la pantalla a poco de la invención mecánica del cinematógrafo. ¿Acaso existe un dominio más apropiado "donde la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incomunicable, lo alto v lo baio, cesen de ser percibidos contradictoriamente"? (André Breton, Second manifeste du Surréalisme). Para el teórico Ado Kyrou, el cine es esencialmente

surrealista (Le surréalisme

Entiende con esto que un

au Cinéma, Ediciones

Ramsay, Paris, 1963).

arte tal apuesta a "la

liberación del hombre mediante el descubrimiento de cómo funciono en verdad el nensamiento. nara la cual es precisa desmontar las seniles ideas cartesianas" El cine anuncia Kyron, procede de acuerdo con una lógica atra, aunque a menudo imite los encadenamientos de imágenes y sucesos que el público podría llamar racionales Lógica onírica más bien. En 1928, Luis Buñuel sale a la grena con Un perro andaluz, y dos años más tarde presenta La Edad de Oro, cuvo programa incluía un manifiesto firmado nor Aragon, Breton, Eluard. Dalí Tzara Sus imágenes -la mula muerta sobre el piano, los escorpiones, el oio rebanado nor una navaia- anunciaron que el movimiento surrealista veía en el cine un vehículo dilecto, el híbrido perfecto de las imágenes de Tanguy v los experimentos radiatónico-teatrales de Artaud, Los dos films de Buñuel evidenciaban lo que el cine podía llegar a hacer, provecto al que muchos calificaron de anatema: se suscitó el escándalo, las prohibiciones el vandalismo, la actuación de células a las que hoy llamariamos parapoliciales, como la Lique des Patriotes y la Lique Antijuive. Quizá porque el cine surrealista reclamaba para si el domicilio de la utopía -esto es, la destrucción de la convencional, la apuesta a un futuro alternativo. La cabeza de Lynch. Cabe preguntarse por qué el cine devino más y más naturalista con los años, v



menos surreglista La resnuesta a ese interrogante abarcaria sin duda, un par de aruesos volúmenes en los que no podría escaparse a la consideración de elementos de psicología de masas v la política más llana Cabria preguntarse también, sobre la resurrección de cierto modus operandi surrealista en los videos musicales de la década del 80, que no por cosmética dehe ser soslavada. Lo que nos atañe, ahora, es un filmsiano: Eraserhead. primera incursión en el argometraie del norteamericano David Lynch, O. Cabeza borradora, como se lo rebautizó para su estreno en España. Film-tesis, que preparó como culminación de sus estudios universitarios en materia de cine. Fraserhead prueha aue Lynch ha sabido leer al Buñuel temprano. No se trata, sin embargo, de que Eraserhead ensamble of acaso elementos surrealistas, como El proceso o La Noche del Cazador, Más bien. Eraserhead fue concehida ad initio como una película surrealista, de testa a rabo. Eraserhead reformula aquel

vieio arsenal huñueliano desde los años 80 con lo que esto tiene de homengia v recreación a la vez pero con un matiz diano de ser subravado: la retórica onirica no es empleada gauí como un arma "para minar la ideología humuesa" al decir de aquellos manifiestos En honor a la verdad, casi no restan madriqueras en las que calzar las minas El surreglismo de Fraserhand no hatalla contra un enemigo poderoso: por el contrario, celebra su muerte. Hinca los dientes entre los pliegues de su came. Se ceba en la muare de sus orificios. Anida en sus tumores -Fraserhead como un buitre cinematográfico

La viscera de Henry Fl film se abre con un plano sobre la cabeza de Henry Spencer (John Nance) Fl obietivo de la cámara gira sobre sí mismo, haciendo a su vez girar a Henry como si estuviera atado a una rueda. La banda sonora evoca una sinfonía industrial, el gemir de una maguinaria pesada. Se ve a un hombre manipular palancas, hacia atrás nacia adelante. El operario está dentro de la cabeza de Henry, de ese planeta cerebral, abriendó y cerrando compuertas. Henry alucina, Sueña con algo semejante a una tripa. a un saco de piel humana vacío, que cae. Se lo ve entonces caminar por un terreno baldio. Nadie a la vista. Blanco y negro. Gris poroso, orgánico. Henry es regordete, con un gesto constante entre la angustia v el azoramiento. Calza

traje oscuro v zoquetes blancos. Su cabello se alza en el gire como si la vida tada fuera una matiné de barrio con films de terror Henry camina En silencia El paisaie es urbano semidernido. No se cruza con nadie. No ove a nadie. Máquinas anenas Vive en un cuarto sin ventanas, en el que hay un radiador siempre en marcha Una vecina bella de cariz latino, le informa que lo ha llamado Mary X su novia: lo espera para cenar ¿Donde habías estado?" interroga Henry a la blanda, escuálida, llorosa Mary, Entran en la casa. también muarienta, también decrénita. La madre de Mary interroga a Henry, que se confiesa impresor en una fábrica vecina Cenan, Mary llora, Su. padre sirve a Henry un pollo entero: al tocarlo con a punta del cuchillo, el ave se convulsiona, expele sanare limo La dueña de casa dice a Henry que Mary ha parido un hijo suvo, v que deben casarse. Ambos, la joven v el niño. se mudan al cuarto de Henry, Pero el niño no es un bebé común, sino un mutante: se parece a un pene, o a un enorme gusano. Lleva vendado el cuerpecito. Llora constantemente. Para huir en espíritu de ese infierno, Henry sueña que hay un teatro dentro del radiador. en el que una mujer, de rostro aniñado v deforme. canta: "En el cielo, todo está bien...". Marv regresará a lo de sus padres, v Henry caminará hasta el bebé con una tijera en las manos, y habrá sangre, y Henry perderá

126-EL PENDULO

-literalmente- la cabeza, con la que alguien intentará fabricar gomas de borrar

borrar... El nieto de Meursault. lynch ha enhebrado Fraserhead con las fibras que componen el teiido de las pesadillas. Con su ausencia de color. Con su porosidad. Con su carencia de lógica, en el sentido aristotélico. Con su representación del tiempo El relato cinematográfico "sostiene un discurso condicionado por su temporalidad propia, inviolable, materialmente ríaida, no disareaable". escribió Gianfranco Bettetini: ese es especialmente, el caso de Eraserhead, con su regodeo en gestos nimios, con su alorifación de los espacios vacíos y los saltos espacio-temporales. El film posee, además, las imágenes de una pesadilla Nadie podria afirmar a ciencia cierta qué son esas tripas que asuelan a Henry, va minúsculas, va del tamaño de un bebé. Nadie podría, tampoco, negar la repulsión que esos íconos motivan sin causa aparente FI hors-du-champ, aquello que queda fuera de cuadro sin ser explicado, contribuye también al horror: ¿En qué lugar transcurre Eraserhead? >En qué tiempo? ¿Por qué el mundo se ha convertido en eso que es? ¿Cómo habrá sido el sexo entre Henry y Mary X? ¿Por qué su hijo es un mutante? Lynch obra con frialdad meridiana. registra a sus criaturas con despoiamiento. distanciado, cool, como si fuera Camus redivivo

filmando una adaptación de I Fl extraniero a los años 80. 'Hoy ha muerto mamá. O quizá aver No lo sé" cuenta Meursault en las primeras páginas de la novela. Henry podria decir lo mismo. No es azar-Eraserhead se inscribe en cierto revival existencialista de la década en que vivimos. Como Meursault, Henry es un everyman, un "hombre común" a quien los autores colocan en el sitio requerido para suscitar la identificación del lector/expectador, Pero. también como Meursault. Henry es un everyman monstruoso, Podría predicarse de él aquella trase sartreana de que "el hombre es angustia". Pero el neo existencialismo de Eraserhead, de Menos aue cero, de Cielo líquido, Stop Makina Sense, Tren de nata, The Cure -cuvo primer single, casualmente, se llamó Matar a un árabe. una relectura musical de la novela de Camus- v otras expresiones artísticas de esta década, lo es en un sentido inocente. No es un impulso consciente el que deriva de la lectura de Heideager o de La náusea. sino una intuición. Pálpito de fin de siglo. Impulso individual.

propio de una etana a la que se vivencia como decadente, de concentración y no expansión, que recicla el pasado en lugar de probar formas nuevas. Ese es el horror, al decir de Kurtz/Brando, que sienten Lynch, Bret Faston Fllis. Slava Tsukerman, David Byrne, Robert Smith. Andrea De Carlo: el de la impasibilidad. No sienten nada, Les da jaual, No. pueden con-moverse: permanecen de pie donde están, quietos, con un aesto de suficiencia mientras el mundo se derrumba. Lynch registra lo monstruoso con rigurosidad clínica, como si se tratara de un anareamiento de mapaches o de la caída de un alaciar. Horror cotidiano. No se puede gritar con Lynch. No hay catarsis posible en Eraserhead -esto es, no se da calce a la purga de las

buenas conciencias. El Angel Exterminador. Extraña mezcla la de Lynch: una estética surreal, aplicada no a la batalla frontal contra "la ideología burguesa", sino a la funeraria. Lynch como involuntario heredero de Buñuel y Carmus. Su trayectoria también es



graentino la conoce más por El Hambre Elefante y la horrenda Duna que por Eraserhead, nunca estrenada en el país Su cuarto film. Blue Velvet. significa un retorno a la estética de los comienzos virada esta vez hacia el technicolor exasperado. Nuevamente recurre a la morboso: el héroe (Kyle McLachlan) halla una oreia en un terreno baldio. Ilena de hormigas. Otra vez está la fascinación por un doble rostro femenino, el rubio. lavado, vanavi de Laura Dern, y el moreno, latino de Isabella Rossellini Otra vez se boicotea la lógica narrativa de Hollywood. Pero quizá esta vez hava ido aun más leios, puesto que Blue Velvet no intenta. como Eraserhead, recrear la imaginería surreal, sino que pervierte los lugares comunes del thriller. Blue Velvet es la destrucción del estilo Hitchcock, "Es preciso diferenciar entre el sadismo liberador, sano, révolté de un Tod Browning o de un Buñuel, del sadismo aratuito de los pederastas", sostiene, enfático, Ado Kyrou. Deberia agregar a Lynch a su lista de révoltés. Álgunos psicólogos alegan que el velatorio tiene un valor positivo para los deudos del muerto, ya que ayuda a asumir esa desaparición. Lynch, en ese caso, es el hombre que llega por las mañanas con su maletín. para sellar el ataúd del que alguna vez fue el cine, pero al que sus excesos han llevado a la tumba -Lynch como el cuidador del cementerio, hasta que haga su entrada un nuevo doctor Frankenstein...



El Pédudo, número 15, tercera época. Revista bimestral de Ediciones de la Urraca S.A. Reducción. Venezuela 842. (1955 Capital Federal, telefonos 3-487889728974 registro Nacional de la Projedad Intelectual N° 39-569. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados. Databbaloses en Capital Federal: Macción y Gai. Distributores en el interior. SADY ES.A.C.I.F., Databbaloses en Capital Federal: Macción y Gai. Distributor de conservados en el mierto. SADY ES.A.C.I.F., Cortros 4594. Fotocomposición: Photo Lettering S.A. Director: Andrés Cación. MACO 1887 (1955). Productor de Capital Sanda (1955). MACO 1950 (1955).



# DUNE.



**EL MESIAS** DE DUNE



Frank Herbert HIJOS DE DUNE



CASA CAPITULAR: DUNE.



es el sexto y último libro de la saga más famosa de la Ciencia Ficción. Con DUNE, FRANK HERBERT nos introduce en un futuro sin retorno; en un mundo desconocido y terrible; en un destino al que no podremos escapar. Y es más; en unos años, la CASA CAPITULAR puede convertirse en un

nuevo DUNE, compensando así la terrible destrucción del ARRAKIS original. Lo que ha sido considerado en 1963 el inicio de la Ciencia Ficción contemporánea, encuentra su epílogo y a la vez un comienzo. Integran la saga DUNE: 1- DUNE - 2- EL MESIAS DE DUNE - 3- HIJOS DE DUNE

4- DIOS EMPERADOR DE DUNE - 5- HEREJES DE DUNE - 6- CASA CAPITULAR: DUNE



BARCELONA - MADRID - BOGOTA - BUENOS AIRES - MEXICO D.F. - MIAMI - MONTEVIDEO

DIOS

EMPERADOR DE DUNE

HEREJES

DE DUNE

